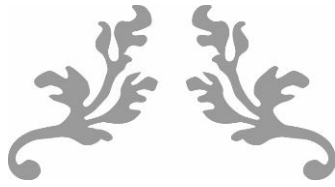


3 NOVELAS DE ROMANCE Y ERÓTICA
CON HOMBRES PELIGROSOS



HOMBRES EQUIVOCADOS

CLARA MONTECARLO



HOMBRES EQUIVOCADOS

3 Novelas de Romance y Erótica con Hombres Peligrosos



Por Clara Montecarlo

© Clara Montecarlo, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

Dedicado a;

Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.

Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.

Índice

El Montañero — *Romance, Erótica y Segunda Oportunidad con el Viudo*

La Princesa del Jefe — *Salvada y Protegida por el Criminal Millonario Virgen*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

El Montañero

Romance, Erótica y Segunda Oportunidad con el Viudo

1

Habían pasado meses luego del accidente y el recuerdo aún se comportaba como una herida abierta; no lo culpo por sentirse devastado. Constantemente le veía rondar los parajes de aquella verde montaña de Canadá en la que se había consagrado para estar solo, disfrutando del tiempo mientras que se lamentaba por el pasado con la esperanza de encontrar la redención en la soledad, en la auto compasión y en una depresión invariable que le seguía todo el tiempo, a todos lados. Adam estaba afligido por eventos que lógicamente se escapaban de sus manos, pero por lo cuales se culpaba día tras día.

No soy más que la forma en que consigue escaparse de la realidad. Incluso en vida, enfatizaba que sin mí no tenía ambición alguna porque yo era, y cito, su único motivo para estar vivo, para trabajar o hasta para ser feliz.

De hecho, justamente después del accidente, luego de verlo enfrentarse al incuestionable lance de que no volvería a estar más nunca con él; temía lo peor tomando en cuenta que se reclutó en la soledad casi de inmediato. Sí que fue reconfortante el darme cuenta que las cosas no resultaron como me lo esperaba. Me alegró enormemente el saber que seguía vivo después de mi partida porque ¿quién era yo?, sino un escalón más en su vida.

Pero, la soledad ha sido parte de mi esposo desde que tiene memoria.

Cabe destacar que Adam ama ser un hombre solitario. Desde antes de que compartiéramos nuestras vidas, él disfrutaba de su soledad; decía que se sentía a gusto haciéndose compañía y que no necesitaba a más nadie hasta que me conoció, luego de eso, comenzó a decir que el estar conmigo era todo lo que necesitaba para estar feliz: yo, la naturaleza, un buen plato de comida y la soledad eran sus pasatiempos perfectos.

Así que el trabajo de guarda bosques le calzó a la perfección junto a otras cosas que contribuyeron en su selección de trabajo: un sano interés recreativo por el alpinismo, la expedición, las montañas; eso, en esencia, fue el motivo por el cual se encuentra justo ahora caminando por aquel terreno ligeramente empinado, acompañado, no más, que por su sombra y su relativa tranquilidad.

De cierta forma me encontraba a gusto por la manera en la que estaba viviendo su vida, aunque no del modo que quería que lo hiciese después de mi muerte (porque siempre contemplé esa posibilidad al igual que muchas otras). Sí, no cabía duda de que por lo menos se encontraba bien en uno de los sentidos de la palabra y, eso, me reconfortaba; aunque también me llenaba de pena.

Sin embargo, Adam estaba relativamente bien.

Durante días lo observé llorando, queriendo poder decirle que todo estaría bien, que la vida continuaría sin mí, pero, ni podía hacerlo ni había forma de decirle algo que no supiese ya.

Lentamente me daba cuenta que se volvía más y más dependiente de esa soledad que tanto valoraba.

Cuando estaba conmigo, disfrutaba del tiempo, se divertía, tenía una vida plena y llena de momentos hermosos. Al paso del tiempo descubrí que no había cambiado del todo, sino que me había hecho parte de ella porque él no parecía querer dejar esa secesión del mundo. De todos modos, es algo sano, no hay motivos para que no pudiera hacerlo.

Así que no me mal intérpretes, eso no era un problema; mientras estaba viva todo era bueno,

divertido, enriquecedor. Creo que se hizo un problema ahora porque sé lo difícil que es sobrellevar una pérdida cuando nos aislamos de esa forma. Heme aquí, flotando sin poder interferir. A pesar de que presumo conocerlo y que justo ahora puedo estar en su mente, sigo sintiendo que necesita compañía para poder superar esta transición.

Y lo digo porque desde que estoy aquí, nada más lo he visto dar vueltas de un lado a otro, llorando o comiendo sin siquiera discutir con la almohada al respecto.

Eso sí, luego de que muchos días pasaron comenzó a frecuentar el pueblo, aún vivía de su trabajo sin compartir con más nadie, ni queriendo hacerlo porque le parecía absurdo tener que esperar algo de los demás, de la vida, porque estaba molesto e inconforme, pero para mí pareció un buen primer paso.

Como otra gran sorpresa, resultó que iba al mercado (lo que significaba que estaba comiendo) al taller mecánico, a la librería, a la tienda de alpinismo y camping; conversaba con quienes le atendían de forma natural, lo que me pareció otro buen paso hacia la recuperación.

Todos en el pueblo le conocía, así que sabían qué decir y qué no cuando lo tenían cerca, por lo que tampoco le hicieron molesto aquel nuevo primer paso. Alguna que otra persona comentaba a sus espaldas, pero no era algo que no pudiese soportar.

—Adam no es el mismo desde el accidente —decían en el pueblo al verlo pasar— parece que ya no disfruta de la vida.

—No me imagino estar así —decía algún otro pensando querer a alguien tanto como él me quiso y luego perderlo.

Cuando se hacía presente, demostrando que aún estaba sano y salvo a pesar de su forma de vivir tan solitaria, sus problemas eran motivo de conversación.

—Pobre hombre, debe ser horrible estar tanto tiempo... —trataban de revivir el momento porque les resultaba difícil de concebir y, mucho más, de superar.

Mi muerte no era un secreto contado a voces, sino un hecho que todos recordaban, lloraban y por el que hicieron luto al igual que cualquier otro conocido o familiar. Pero, luego de ver la reacción de Adam ante mi partida, comenzaron a ver ese recuerdo como un hecho prohibido al que no podían acceder si él estaba cerca.

—¡No lo digas, que te va a escuchar! —trataban de no levantar la voz, y de no pronunciar las palabras que sabían que no era prudente decir, para evitarle un mal recuerdo, el caso es que casi siempre era tarde y Adam ya se había dado cuenta.

Comentaban de su vida al verlo mientras iba de su casa al trabajo y del trabajo a su casa o cuando necesitaba hacer algo en el pueblo. Adam no pasaba desapercibido por mucho que lo quisiese.

Eso sí, todos en el pueblo respetaban a Adam por quien era antes del accidente. Por muy a pesar de que nunca había sido un hombre de muchos amigos, siempre destacó a su manera. Fuese por su aspecto de montañero que parecía que se enfrentaba a osos con las manos desnudas, porque es bueno prácticamente en todo lo que hace, por su forma de hablar (o de no hacerlo), su atractivo natural o su misterioso carácter; fuera lo que fuese él siempre estuvo presente en el pueblo, y para cuando pasó de ser quien es a ser mi pareja, se hizo más relevante aún.

El estar conmigo le hizo avanzar en los peldaños de las interacciones sociales: una chica linda de la capital que se había mudado al pueblo años atrás (era una adolescente y sin embargo continuaba siendo la extraña del lugar), y que viví el tiempo suficiente como para no dejar de ser la ciudadina que todos querían conocer, pero si para ganarme la confianza del poblado porque prácticamente me vieron atravesar la pubertad.

Hablaba con aquellos que me hablaban, disfrutaba de mi compañía mientras que compartíamos con otros porque no le importaba otra cosa más que estar conmigo. Sí, no se volvió precisamente el tío más sociable que los trataba a todos, pero sí interactuaba más con los demás gracias a mí.

—Si no es por ti, ni siquiera saldría de mi casa. No tengo motivos verdaderos para socializar, creo que ni siquiera trabajaría; pero tú, tú me haces querer hacer cosas porque el hacerlas te hacen feliz y tu felicidad es mi prioridad, es algo que disfruto, que necesito.

Decía Adam.

Al principio no le creía, pero al pasar el tiempo comencé a tomarlo más en serio. Mi esposo resulto ser un hombre interesante completamente asocial y ¿sabes qué? Aprendí a estar a gusto con eso.

Durante años vivimos amenamente; disfrutamos de nuestra juventud, del amor que nos teníamos; nos enfrentábamos a la vida con entusiasmo: alpinismo, snowboard, esquiar, acampar en la montaña por semanas, explorar, sembrar árboles, sexo al aire libre... todo lo que hacíamos nos gustaba, a él le encantaba y yo estaba conforme con eso. El hombre que tanto amaba estaba feliz y eso me hacía feliz a mí.

Y la verdad es que era maravilloso. La vida valía la pena para Adam, sí que lo hizo. Así fue hasta aquel fatídico día, después del que nada volvió a ser igual para él. Lo recuerdo como si hubiese sucedido hace tan solo unos minutos atrás y, eso, era un tormento constante para Adam.

Parecía que sería un día cualquiera: nos levantamos llenos de entusiasmo, dispuestos a comenzar una jornada diaria de actividades y emociones que había pasado a ser una rutina de años, la cual partía desde sexo semanal al aire libre, a escalar una montaña antes del almuerzo. Todo eso lo hacíamos con el fin de enaltecer el espíritu ya que nos sentíamos almas libres y queríamos hacerle honor a ello.

Y sucede que todo iba de maravilla, en serio... o eso creí hasta que el azar del destino me jugó una mala pasada. En sí, para ser precisa, tuve un mal cálculo con el cual no había manera de predecir lo que sucedería; ese simple error provocó una serie desagradable de eventos que nos llevaron a un desenlace devastador. Uno que resultó en mi viaje «al país sin descubrir del cual ningún viajero vuelve», y convirtiéndome en este fantasma vagabundo que es transformado en pensamiento y espectador cuando la indómita culpa del hombre que amo me revive día tras día.

Como ya podrás haber notado, mientras que observo a mi esposo caminar por el bosque viendo todo a su alrededor, concentrado en su paisaje natural y la frescura del ambiente; soy la esposa muerta de Adam contando su historia, la misma historia que estás leyendo justo ahora.

Lo que me lleva a preguntarte a ti, quien lees esto: ¿has escuchado el conjunto de palabras que suena más o menos así: «descansa en paz»? ¿Sí? En ese caso ¿existo realmente si me encuentro en su recuerdo mientras me revive la culpa, o, sólo soy un espectro, una figura literaria que sirve de mediadora entre la deprimente vida de mi esposo y tú? ¿Descanso realmente en paz si no tengo un lugar del cual «no» volver? ¿Acaso hay un lugar en dónde realmente pueda descansar, o es que en realidad es un fútil vacío y justo ahora no estoy ni aquí ni allá? ¿soy un fantasma, un recuerdo o un pensamiento recurrente?

La verdad es que yo, siendo lo que soy, no lo sé. Durante este tiempo he estado tanto del mismo sola y/o mal acompañada que, ni siquiera si lo intento, hay forma de que pueda deshacerme de estas ideas.

Pero sí hay algo de lo que estoy segura, y es de que daría mi vida de nuevo para poder volver a acariciar a ese hombre, para decirle que lo amo, que incluso después de la muerte no hallo la paz sin él.

La verdad es que quisiera que el paraíso fuese entre sus brazos, pero creo que estoy condenada al infierno que significa no poder hallarme a su lado; un infierno que me obliga a estar sobre su cabeza tan cerca, y ahora, luego de haber compartido tantos encuentros con él, estar al mismo tiempo tan lejos de sus labios.

Me siento como una paralela destinada a estar suspendida sobre él, ahí como una tonta, extendiéndome hasta el infinito cara a cara con mi amado sin que este lo sepa, consolada únicamente por la esperanza de que un día llegaremos a nuestro punto de fuga para encontrarnos en el horizonte como una línea dibujada en perspectiva; el problema es que no quiero que muera, ni que experimente esto.

Esto que me ha hecho víctima del tormento de no poder desaparecer sólo porqué sí, ¡Ni la vida ni la muerte son justas, por lo que veo! ¿No me crees? Pues heme aquí, obligada a atormentar a mi amado, segura de que mi relativa presencia lo lleva a recordar que no estoy ahí, haciendo de mi existencia un gran dolor en el trasero para ambos.

Pero eso es algo de lo que prefiero no seguir hablando. No mientras sigo viendo cómo Adam contempla su entorno. Mientras yo me concentraba en nuestro pasado, él continúa caminando y resguardando todo a su paso a la vez que velaba por el cuidado de cada criatura que veía. Desde que lo conozco, he visto que ama la naturaleza, el ciclo de la vida y el concepto de un ecosistema autosustentable que garantiza su propia supervivencia sin importar quien forma parte de él. Le fascinan ese tipo de cosas.

Y la verdad es que me encanta verle tener algo en que pensar que no sea yo. Mientras hace sus rondas matutinas (al medio día y la última antes de que se esconda el sol), Adam parece disfrutar realmente de la vida como yo sé que él lo hace.

Sólo que es una interminable rutina. Otro día, otras veinticuatro horas más estando solo.

No soporto verlo así. Pasa de estar tranquilo a un absoluto e inexplicable silencio. No lo he escuchado hablar en meses ni decir cosas que no sean expresiones o simple narraciones de lo que está haciendo. No conversa con el vacío, consigo mismo, con nadie, ni siquiera con la idea de mi presencia cuando cree que me tiene cerca.

Si no es porque me alojo constantemente en sus pensamientos, no podría saber siquiera qué está pensando; pero no es más reconfortante que eso; tampoco piensa en algo en específico. Ha mantenido tan callado su dolor que parece que lo ha asimilado como si fuera un miembro perdido, una cojera que no lo deja caminar bien, pero a la que se ha acostumbrado hasta el punto de ignorarla por completo.

Ya me estaba pareciendo agobiante el verlo estar en ese estado, imperturbable, tan atiborrado de sentimientos y sin ganas de superarlos que, creo incluso, que tú también estás pensando lo mismo ¿cuándo comenzará a cambiar? ¿su historia tendrá algo que valga la pena saber?

Por fortuna, sí.

Al día siguiente, el 25 de mayo de 2017, Adam se había despertado como siempre lo ha estado haciendo. Pasó de levantarse con el ánimo de trabajar (pero no de seguir vivo) a acicalarse apropiadamente, a ponerse su uniforme reglamentario, a preparar un típico desayuno canadiense lleno de proteínas y de proporciones gruesas dignas de un hombre de su tamaño y textura, para terminar con un café sin azúcar ni leche mientras contemplaba la belleza de la naturaleza por una de las ventanas de su cabaña. Lavó y acomodó los trastes, hizo su cama, barrió el suelo disciplinada y religiosamente porque le encantaba esa rutina tan estricta que le distraía y hacía sentir útil.

«Un hombre que no sabe cuidar su hogar no es un hombre digno de ser llamado por su

nombre» decía cada vez que me quejaba con él porque pasaba mucho tiempo limpiando la casa cuando acababa de hacerlo el día anterior. No lo culpo, tener una cabaña en el medio del bosque hace de cosas como la tierra e insectos molesto, el pan de cada día.

En fin, ese día estaba tan calmado como siempre. Se encontraba convencido de que todo lo que haría sería igual a lo que llevaba haciendo desde entonces (sin contar las variables que involucraban lo incierto de la naturaleza), por lo que salió de su cabaña a hacer su recorrido matutino.

Lo gracioso de todo esto es que Adam se había rendido a la búsqueda del amor incluso antes de ponerlo en práctica. El estar casi todos los días evitando a las demás personas del pueblo, fuesen: turistas, mujeres hermosas (que cuando estaba con vida me aseguraba de que no se le acercaran, y ahora quisiera que dejaran el miedo y le hablasen), señoras, señores, niños... sus padres; no era de mucha ayuda. Del trabajo a la casa y de la casa al trabajo; no hacía otra cosa, no hablaba con nadie. Pero, mi testarudo y necio solitario, no pudo contra el destino.

2

A las diez de la mañana de ese mismo día, luego de patrullar como de costumbre, no tenía motivos para creer que algo saldría mal y ¡es que no los habían! Todo iba de maravilla, pero no por mucho tiempo. No estaba acostumbrado a encontrarse con algo fuera de lo normal luego de que no hubiera sucedido nada interesante por horas.

—Ya van a ser las once —dijo Adam, viendo al sol mientras se protegía los ojos un poco con la mano.

Tenía reloj, pero aun así consideraba prudente medir la hora de esa forma. «¿Y si el reloj se daña? Necesito saber medir el tiempo de otra forma si se presenta la ocasión». Siempre tenía una respuesta para todo, en esos momentos en los que yo le interpelaba con una pregunta específica, buscando entender sus motivos para hacer ese tipo de cosas.

Y mientras lo hacía, se acordó de mí. Se imaginó teniéndome al lado y preguntándole el porqué de hacerlo así, cuando ambos sabíamos que tenía reloj.

—Porque no me quiero arriesgar a no saber hacerlo y morir —respondió en voz alta, para luego bajar la mirada con una sonrisa en el rostro— supongo que sí es un poco extremo, pero necesario.

No lo dudo, mi vida; no lo dudo.

Se cuestionó si regresarse por el mismo camino por el que iba o si tomar una desviación hacía la cabaña para ir un poco más rápido y patrullar una zona diferente. Luego de una fácil selección infantil, decidió coger el camino corto.

—Tengo hambre, mejor me voy por aquí.

Encontraba entretenido decir sus pensamientos en voz alta; después de todo estaba solo, no había nadie que lo pudiera escuchar y que juzgase su cordura. Comenzó su recorrido y, por lo pronto, todo iba de maravilla. No había nada fuera de lo ordinario; ninguna huella en la tierra, ninguna rama mal cortada o rota. No había ningún animal corriendo asustado ni aves volando con apremio de sus nidos porque algo les llamó la atención.

Todo marchaba de maravilla, de tal forma, que Adam incluso bajó la guardia.

—Total, no está pasando nada del otro mundo —se dijo.

En situaciones diferentes no se habría dado el lujo de hacer eso; tenía hambre, no quería pensar en muchas cosas a la vez.

A parte de un recuerdo recurrente de su esposa comiendo, de la vida como era antes y una extraña sensación de vacío en el pecho, por su mente sólo se podía ver en qué pensaba comer. Quería hacerse un buen almuerzo que le dejara en una especie de coma digestivo, quería dormir; casualmente, ese día, quería hacerlo porque ya había hecho patrulla en esa montaña tantas veces que estaba seguro que, si se saltaba una, nadie se daría cuenta.

—Si consigo unos hongos comestibles, tal vez pueda... —vaciló, llevándose la mano a la cabeza— pero si sólo pudiera recordar en donde —Pensando en cómo agregarle algo delicioso a su almuerzo, recordó de inmediato un lugar en donde había visto unos hongos que él sabía se podían comer— ¡Claro! Justo en frente del árbol ese...

Él se la pasaba subiendo las montañas día tras día, conocía ese lugar como la palma de su

mano así que no había forma de perderse. Se desvió un poco aprovechando que estaba cerca y comenzó a subir. Mientras más lo hacía más tardaba en llegar a la cabaña, pero no le importaba, quería agregar esos hongos a su almuerzo y nada le detendría.

Caminó y caminó convencido de que, incluso habiendo cambiado su propia rutina, queriendo algo que no acostumbraba a buscar y tomando una desviación que no solía tomar, todo estaba bien, es decir, no era como que se lo esperara.

Pudo haber caminado montaña abajo, en donde sabía que había más hongos y estaba más cerca de su cabaña, tal vez se encontrase con algunas vallas, o un fruto con el que pudiera hacer un jugo; es que incluso tenía un pequeño huerto de vegetales y especias que él mismo había sembrado para no tener que hacer eso.

Claro, naturalmente no podía decirle que no lo hiciera, ni oponerme a ello, así que simplemente lo seguí. Lo observé caminar mientras luchaba con la gravedad completamente dispuesto a hacerlo, hasta que, cuando menos se lo esperaba, aun pensando en que algo ligeramente extraño podría suceder, apareció ella, desafiando todo lo «medianamente fuera de rutina» que significaba hacer lo que estaba haciendo.

—¿Qué demonios? —dijo al escuchar un sutil grito ahogado.

Varias piedras comenzaron a rodar de arriba de la montaña, seguro de que algo podía estar sucediendo. Era sencillo de identificar algo fuera de lo normal cuando se está acostumbrado a no ver ese tipo de cosas. Lo que realmente le llamó la atención fue el hecho de que un grito ahogado antes de que todo comenzara a colapsarse apareció de la nada.

—¿Qué está pasando? —se preguntó, viendo hacia arriba tratando de encontrar la respuesta.

Se hizo a un lado en lo que vio que algo grande caía desde arriba, podría ser un tronco, una piedra, cualquier cosa.

Para su sorpresa, la cosa que estaba cayendo dio primero con una de las ramas de los árboles cercanos al desfiladero que estaba más arriba, del que venían todas esas piedras y ese misterioso tronco de color naranja escandaloso.

Toca una rama y esta se rompe. Pasa a la siguiente.

Se golpea también con esa y de igual forma se rompe.

Cae, poco a poco, siendo amortiguada por varias ramas ligeras que sólo amainan la velocidad de su caída.

—¡Maldición! —gritó mi esposo, apresurándose a hacer algo al respecto.

No sé si fue cuestión del destino, el azar o que esa mujer tenía demasiada suerte, porque, justo antes de tocar el suelo, pudo suavizar un poco su caída sobre unos grandes arbustos que estaban al pie de ese pobre árbol que acababa de detener su agresiva caída, el cual también estaba cerca de mi esposo, quien contribuyó en detenerla de morir por el impacto (si es que el árbol no la había matado ya).

Dio un salto en el aire para aterrizar lo más cerca del arbusto y poder sostener lo que podía de su cuerpo. Por fortuna de la chica, logró cogerla a tiempo.

—Mierda, mierda, mierda —repetía angustiada mientras sostenía el frágil cuerpo y la cabeza ensangrentada de aquella mujer— ¿Qué demonios acaba de pasar?

Miró hacia arriba para ver si algo más caía y también buscando el motivo por el cual ella estaba cayendo. No se veía como una alpinista, ni tenía equipo para escalar. Estaba sudada, y no sabía si todas las heridas que tenía eran de los golpes que se acababa de dar o a causa de algo más.

Pero la mujer no estaba inconsciente, no todavía. Cuando sintió los grandes brazos de mi

esposo sacándola de aquel arbusto (o tal vez escuchó su voz), el tracto de sus manos mientras que revisaba que no tuviese el cuello roto o algún golpe grave en la cabeza, ella intentó abrir los ojos.

Al no poder (no sé por qué, se veía como que le dolía hacerlo), comenzó a gritar.

—Suéltame —susurró agotada— ...suéltame... —sus palabras, a pesar de que las decía con un tono tan bajo de voz, lento y pausado, daban la impresión de estar llenas de angustia— No, no quiero morir. No.

Se escuchaba como una persona hablando en un sueño. Adam, definitivamente no sabía qué pensar al respecto, mucho menos yo.

—Tranquila, tranquila —le susurró mi esposo— todo va a estar bien. Descuida.

Confundido y preocupado por la vida de esa completa extraña, Adam evaluó la situación.

—Rayos, rayos, rayos —miraba a su alrededor de manera intuitiva, como haría cualquiera que está ante un herido y busca ayuda en quien esté cerca, pero en aquella montaña no había nadie cerca.

No quería soltarla porque cabía la posibilidad de que si hacía un movimiento brusco la mataría, también. No sabía con exactitud qué hacer aparte de lo que yo le había enseñado. Los primeros auxilios eran lo mío, era yo quien lo mantenía vivo, así que el que estuviera en una situación de apuro le recordaba, subconscientemente, el accidente que acabó con mi vida.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —comenzó a alterarse— ¿Qué haría Nadia?

Entrando en crisis, me hizo sentirme devastada. Quería poder decirle lo que debía hacer, que tenía que pensar rápido antes de que algo se complicara un poco más de lo que ya estaba complicándose. Estar herido en el medio del bosque no es muy bueno que digamos.

Quería que se calmara.

—Tomarle el pulso —dijo de repente, recordando lo básico.

Exactamente, hay que tomarle el pulso para saber si aún sigue consiente o si su ritmo cardíaco es bajo.

¡No! No intentes eso —grité, olvidando que no podía escucharme— y es que lo vi tratar de acercar su oreja al corazón de la chica herida. Ya era bastante difícil entender que el mantenerla en sus brazos con partes del cuerpo como el cuello en la posición en que lo tenía, no era muy prudente; ahora, tratar de acercar su pecho a su oreja, viéndose en la obligación de levantarla y moverla, resultaría en un problema mayor.

No sabíamos qué tenía, no podíamos arriesgarnos.

—No... —dijo, como si me hubiera escuchado.

Afortunadamente desistió en su plan y pasó a medirle el pulso con el dedo medio de la mano.

Tenía que medir los segundos, e intentó recordar en donde tenía el reloj, hasta que se dio cuenta del problema que traía en manos. Lo tenía en el brazo derecho y era con el que sostenía el peso de la chica.

—Si Nadia estuviera aquí... —dijo, porque sabía lo que le iba a decir.

Y es que siempre le decía que el reloj iba en la muñeca izquierda, y que no entendía por qué simplemente no se lo cambiaba, a lo que se defendía con que su padre era zurdo y por ello se acostumbró a usarlo de ese lado.

Sin una solución a la mano, no tardó mucho en pensar al respecto porque no tenía tiempo que perder.

—Ciento diez, ciento once, ciento doce, ciento trece... —comenzó a contar, tratando de simular los segundos de manera precisa.

Luego de determinar que tenía el pulso lento porque no pudo contar cuantos latidos tenía

porque, seamos honestos, no había forma de hacerlo, así que no sabía con exactitud qué tan bajo lo tenía.

—Digamos que está grave —se dijo— eso es malo, si eso es malo, debo actuar rápido.

Fue sensato.

—Veamos, veamos ¿qué haría Nadia? —preguntó de nuevo— ¡Demonios! ¿Qué haría?

Primero me calmaría.

De manera inmediata, tomó un gran respiro y trato de calmarse. Cerro los ojos y una imagen desagradable apareció ante él; trató de ignorarla, no quería pensar en eso ese momento.

—Primero me calmaría.

Adam había acertado a la primera... supongo que esta vez lo hizo de ese modo porque no estaba yo de por medio.

—Veamos, ¿qué más? ¿qué más? Tiene pulso, ya sabemos que tiene pulso —sondeó haciendo un sonido de chasqueo con la lengua, tratando de encontrar la respuesta en su cabeza— ¿qué era lo otro?

D, lo que buscas es la «D»

—Peligro —acertó de nuevo— busquemos qué tiene.

Le había explicado el método DRABC (Danger, Response, Airway, Breathing, Circulation; Peligro, Respuesta, Vía respiratoria, Respiración, Circulación), algo muy sencillo que consistía en seguir las reglas adecuadas para acercarse a un herido y garantizar que sobreviviera antes de ir a un hospital. En este caso, no creo que hubiera forma lógica de llevarla rápido a un centro de emergencias, así que, por cómo iba hasta ahora, estaba bien.

Comenzó a mirar y a tocar su cuerpo delicadamente con la mano que tenía libre para evaluar si había algún peligro.

—No veo nada fuera de lo normal —dijo— no sé si es grave ¿cómo se supone que sepa si hay algo grave? —parecía frustrado.

De nuevo, buscó la calma respirando profundo con los ojos cerrados.

—Vale, vale, tranquilo —empezó de nuevo— Peligro. —la miró otra vez— No hay peligro alguno, por lo pronto parece estar relativamente bien. Ahora, lo otro: respuesta.

Adam pensó en lo ridículo que era eso, ya había dejado de responder, por lo que sabíamos, las últimas palabras que había dicho podrían ser las últimas. Pero, eso era incierto.

—Bueno, respondió hace rato. Creo que está bien. Pero... —pensó— Ey, tú ¿Estás bien? ¿Me escuchas? ¿Estás ahí?

Esperó unos segundos, trató de soplarle el rostro a ver si eso le hacía reaccionar ya que no podía pegarle en la cara.

—No, no responde. Está inconsciente —hizo un mohín con la cara; no había más nada que hacer con esa parte del método— ahora... ¡Rayos! la garganta.

Trató de acomodarle la cabeza un poco porque no sabía si podría tener una lesión en el cuello, pero hizo lo que pudo para tratar de evitar que la lengua bloqueara sus vías respiratorias.

—Okey, creo que así está bien —apoyó la cabeza de la mujer en su hombro.— Está respirando así que puedo saltarme esa parte —ya había recordado los pasos— ahora sólo falta la circulación —dijo. Bajó la mirada y sondeó su cuerpo con ella buscando alguna señal de que estaba sangrando sin parar— no hay nada grave.

Al notar que no estaba del todo grave, pasó a su estado de calma habitual. Era extraño verlo hablar, de cierta forma, con otra persona. Luego de mi muerte, me había comenzado a parecer raro hacerlo, así que sentía que, por muy confusamente raro que pudiese ser esa situación, era otro gran

paso en su camino a la recuperación; estaba interactuando con otro ser humano, ¿quién sabe? Podría ser que incluso conviviera con ella.

Habiendo pasado la parte molesta de saber si estaba en peligro o no, Adam decide que es hora de llevarla a la cabaña.

—Vamos —se levantó— ahora iremos a un lugar seguro, chica extraterrestre.

Luego de entrar a la cabaña de una patada a la puerta, comenzó su búsqueda del botiquín de primeros auxilios para comenzar a atenderla de una forma un poco más apropiada, por así decirlo.

—¿En dónde está el collarín? —preguntó, nervioso, con la chica todavía en sus brazos.

Aunque Adam sabía lo arriesgado que era moverla sin saber con exactitud lo que tenía, qué le dolía porque no estaba en condiciones para hablar o si hacía alguna herida interna lo suficientemente grave como para determinar que todo lo que hizo era más imprudente de lo que parecía, también sabía que, si la dejaba ahí en el medio de la montaña, terminaría muerta o algo por el estilo.

Por lo tanto, arriesgando a perderla en el camino, se dispuso a llevarla. Mientras buscaba el collarín, yo evaluaba las posibles causas de una complicación, de una muerte inesperada o de su recuperación. No sabíamos nada de ella: cuantos años tenía, cómo se llamaba, de donde era, qué hacía en esa montaña y por qué estaba vestida de un naranja tan llamativo.

Estábamos inseguros con respecto a la procedencia de aquella mujer, de cierta forma; Adam estaba más concentrado en encontrar el botiquín de primeros auxilios que en averiguar de dónde venía aquella chica, pero yo no. Mientras que él se distraía con lo suyo, me quedé viéndole fijamente.

—Todo va a estar bien —dijo Adam, hablándose a sí mismo, tratando de calmarse— todo va a estar bien. Pronto va despertar y luego la llevaremos a un hospital.

Luego de haber ubicado todo lo que debía, depositó a la chica sobre su cama y corrió a coger lo que había estado buscando. El botiquín, el collarín, y un vaso de agua por si acaso despertaba.

Acostada adecuadamente, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás para que pudiera respirar, le colocó el collarín por protocolo, esperando que no tuviera ninguna lesión en el cuello porque eso se escapaba de sus manos.

—Veamos —tocaba sutilmente su cuerpo con ambas manos buscando alguna inflamación o un corte profundo.

Tenía sangre en el rostro y en varias partes del cuerpo. En ese punto, sólo sospechaba en heridas superficiales, en cortadas hechas por las ramas y las piedras mientras caía. Pero, hasta donde sabíamos, nadie caía de la nada, no había motivos para que las personas salieran de aquella montaña, así como así.

Adam continuó limpiándole las heridas. Le levantó la ropa sin romperla porque no tenía nada con qué sustituirla, sondeando la zona. Le limpió la sangre que tenía con cuidado para no lastimarla, evitando hacer algo que pudiera despertarla asustada.

Recordó que cuando la cogió estaba pidiendo que no le hicieran daño, que no quería morir.

—¿Qué habrás querido decir con eso? Aparte de lo obvio.

Hablaba con la chica como si estuviese consiente. Parecía que había perdido la habilidad para comunicarse con otros, que no entendía que el estado en el que se encontraba no había manera que le escuchara, pero eso no fue un problema para él.

Estaba de rodillas al suelo, atendiendo a la mujer que se encontraba en su cama.

—Cuando despiertes, intentaremos llamar a algún familiar para que nos ayude a llevarte al hospital —pensó en que de hacerlo, alguien más iría a su cabaña; su pequeño santuario era

privado, se reservaba el derecho de admisión— oh no, mejor esperaremos a que puedas caminar y te acompaño al pie de la montaña, ahí podrán buscarte.

Limpiaba su abdomen, su frente, sus brazos. Intentó levantarlo por encima del sujetador, pero prefirió dejar tapada esa parte, al igual que su entrepierna. El pantalón que llevaba puesto estaba hecho un desastre: desgarrado, sucio por la tierra y manchado con su sangre.

—Creo que no te gustaría despertar sabiendo que te quitaron el pantalón —se levantó y la contemplo para evaluar sus opciones— no creo que suceda como en las películas, que se despierta con otra ropa y sigue sin problemas. Probablemente piense que la viole o algo.

Se imaginó un puñado de demandas por acoso sexual de una mujer a la que sólo intentaba salvar.

—Sí, no me gustaría ser demandado —se acercó a ella y tapó su abdomen desnudo— mejor lo dejamos así.

Se había dado por vencido antes de siquiera intentarlo. Tenía pensado en dejarla ahí y buscar un termómetro para tomarle la temperatura.

—Pero —se detuvo antes de salir de la habitación— Tal vez si le rompo un poco más en donde están las heridas —se regresó— puede que no se dé cuenta que fui yo. Si pregunta, sólo le diré que le limpié como pude.

Realizado como si hubiera tenido la mejor idea del mundo, comenzó a poner en práctica su plan.

Yo no veía que hubiera nada grave con ella, tal vez cuando se despertara tendría una contusión, pero nada de qué preocuparse, de todos modos, no había manera de que pudiera hacer un diagnóstico completo sin que ella estuviera consiente, en esa cabaña y sin tocarla. Mi trabajo había acabado el día que no pude ayudar a mi esposo a que me ayudase.

Viéndola acostada en su cama, indefensa, con el collarín en el cuello y el rostro sutilmente cubierto de cortadas, no pudo evitar pensar en el accidente. Trató de resistirse de hacerlo, ya le era difícil tener que vivir con la culpa de mi muerte todos los días como para agregar otra a la ecuación. En lo más interno de su ser pensó en que tenía que salvarla, en que debía hacer lo posible para que sobreviviera, de lo contrario, no podría consigo mismo.

En ese punto, no logré comprender qué era más frustrante, si saber que mi esposo se flagelaba por algo en lo que no tuvo nada que ver, o que pudiera sentirse aún peor por culpa de esta completa extraña.

—¿Por qué simplemente no llamas por ayuda? —se preguntó Adam. Miró su móvil en la mesa de noche al lado de su cama, considerando la posibilidad.

No quería entrometerse en ese asunto, pensar en qué tenía que hacer algo como si fuera su obligación.

—No tengo por qué estar haciendo esto —dijo, a pesar de seguir limpiándole las heridas a aquella chica— seguro ni siquiera me lo agradezca —suspiró a contrariedad, inquieto por no poder decidirse en qué hacer, e infeliz por no poner en marcha cualquier cosa— ¿y si se muere? Sería mi culpa por haber estado con ella, porque no hay más nadie en esta montaña más que yo. ¿Entonces?

La chica continuaba respirando débilmente y a pesar de que tenía poco interés por su salud, me mantuvo en suspenso su condición. Haber caído de aquella altura (una que de por sí era desconocida), debió haberla matado al instante e, incluso de que hubiese una remota posibilidad de que no la matara, ¡las lesiones mortales que de ella resultarían deberían matarla! De una u otra forma la muerte era inminente, yo sé de eso. Sin embargo, seguía respirando débilmente (aunque

no era una señal del todo buena).

Y ahí estábamos los personajes principales de esta historia: quien actúa, quien no está consciente y quien sólo observa. Primero, un guardabosque viudo que decidió recluirse en la montaña en la que trabaja a causa de la depresión; segundo, una chica herida que apareció sin explicación de la cual no se sabía mucho más que lo obvio; y tercero, yo, una entidad singular que ignora su propósito en esta vida (¿puedo decirle así?) hasta este capítulo.

Estábamos interpretando nuestros papeles. Adam quería salvar, en contra todo pronóstico, a esa mujer, supongo que ella no quería morir, un deseo lo suficientemente racional para mí, así que podría decir que estaba luchando por su vida; y yo, invitada a esta fiesta para servir de mal tercio.

Pero antes de que continuemos, quiero que recuerdes este punto, el punto en el que sólo se trataba sobre un hombre solitario y deprimido que rescataba a una chica luego de un extraño accidente, porque una vez pases esta página,

3

Quería suponer que todo era más grande que yo, que definitivamente debía haber algo que explicara mi posición en esta ecuación, que Adam debía superar sus demonios y verme en cualquier momento porque no sólo quería que sucediera ¡tenía que suceder! O sino, ¿por qué estoy aquí? ¿por qué está esa chica aquí? Es algo que me mantuvo pensando por varios segundos, por lo menos los que logro identificar con mi absurda medida de tiempo.

Pero basta de hablar de mí.

Adam dejó que la mujer descansara, no quiso tocarla más porque no sabía mucho al respecto. Fue lo más sensato. De ese modo, con la idea en mente de que debía cuidarla, cogió una silla del comedor y la llevó hasta su habitación para sentarse en frente de la cama y esperar a que despertara.

Pensó en la forma menos tenebrosa en la que podría sentarse a esperar. Miró a la esquina y supuso que ver a un hombre enorme viéndote, o durmiendo, en una esquina de la habitación (y se imaginó que sucedería de noche, con los pocos rayos de luz tenue que lograsen atravesar los frondosos árboles de afuera) sería algo que te asustaría hasta los huesos, así que descartó esa posibilidad.

Tal vez podría sentarse a un lado de la cama, no de frente sino lateral a ella, viendo hacia la misma dirección que ven sus pies, evitando el contacto visual en el momento justo en que se despierte, así no sería lo primero que viese al abrir los ojos.

No se asustaría, no gritaría de terror. Duda que logre levantarse dado el estado de su cuerpo, sabe que el dolor la va a detener, pero prefiere evitar cualquier problema antes de explicarle que sólo estaba pasando cuando la encontró. Por fortuna, tal vez le crea a la primera.

O, también podría simplemente esperar afuera —pensó, viendo hacia la sala—, la cabaña no era a prueba de sonido; dentro de ella todo lo que se hiciera o dijese, atravesaría las paredes sin ningún problema. En el caso que se despertara, podría saberlo casi de inmediato, tal vez unos segundos después para darle tiempo de calmarse, tal vez si lo hacía de ese modo, podría evaluar la situación y saber que está a salvo.

—O puede que no —susurró— puede que se despierte y piense que la han secuestrado y la tienen atada, pues como no se puede mover... —comenzó a evaluar los posibles problemas.

Si era así, cuando lo viese entrar a la habitación probablemente se asustaría.

—¿Sabes qué? —colocó la silla al lado de la cama, a unos cuantos metros, lo suficiente como para decir que no estaba invadiendo su espacio personal pero también para asegurar que estuviera viva todo ese tiempo— me voy a quedar aquí y voy a esperar. No importa. Si intenta hacer algo, le explico la situación.

Miró alrededor de la habitación buscando armas o algo que pudieran usar en su contra hasta quedar satisfecho de que, en el caso de que todo se tornara un poco agresivo, no sufriera ningún daño.

Adam pensaba todo, hasta el más mínimo detalle, porque no tenía mucho con lo que mantener su mente distraída. En ese lugar no había televisiones, no quería usar ninguno de esos modernos aparatos que te proveen de Internet inalámbrica; a penas y disfrutaba de agua caliente porque no

soportaba la idea de tener que vivir con frío todos los días. Estaba solo en ese lugar de muchas maneras, pero ahora, con esa chica acostada a su lado, se podría decir que era una especie de avance: ya no había tanto silencio.

—Estás roncando, supongo que eso es bueno —la miró, queriendo poder saber a qué se enfrentaba, imaginándose una escena en la que no estuviese así, en que todo fuera mejor— espero estés bien —le dijo, apartando su mirada y acomodándose para tratar de quedarse dormido, ya que después de todo eso era lo que tenía pensado hacer.

Para él, mientras dormía, pasaron unos pocos minutos desde que pudo conciliar el sueño y acomodarse, hasta que se despertó. En tiempo real habían pasado unas tres horas, para mí, parecía una eternidad y para la chica, segundos desde que cayó de esa montaña.

Durante ese tiempo, estudié la situación de la mejor forma posible. Mis años en vida me ayudaron a tener la experiencia necesaria para evaluar las cosas de manera precisa; la mujer no parecía de por ahí. La forma en que se vestía, aunque no era normal por los alrededores, tenía combinaciones de cosas que no había visto jamás; tomando en cuenta que poco fue lo que salimos de ese pueblo.

A las horas Adam se despierta.

—Sigues dormida —le dijo al cuerpo inmóvil de la chica— me pregunto cuando despertarás.

Una intensa sensación de hambre logra invadir sus pensamientos. Se llevó las manos al abdomen luego de sentir el punzante dolor que le pedía a grito que comiese, acompañado de un sonido característico de su estómago.

—Rayos —exclamó en un susurro.

Miró a la chica para ver si seguiría despierta en los siguientes minutos u horas y así poder prepararse lo que tenía pensado en el almuerzo.

—Son las cuatro —dijo levantando el reloj.

De nuevo puso su mirada en la chica, pensando en qué podría darle si por casualidad se despertaba con hambre. Se giró para medir la distancia entre la cocina y su habitación, inclinándose un poco hacia el frente sin levantarse de la silla para evaluar los pasos que daría, lo lejos que estaría de ella si se decidía a prepararse el almuerzo y si podría mantenerle un ojo encima si lo hacía.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó a la chica inconsciente— si tengo hambre no puedo cuidarte de manera adecuada.

Suspiró inseguro.

—Pero si me levanto a cocinar podría no estar aquí cuando despiertes, o podrías necesitar algo y yo no estaría aquí —vaciló. Una arcada de dolor le interrumpió la idea, obligándolo a pensar en lo que realmente era esencial.

Suspiró resignado. Bajó su mirada, aceptando de una vez que ella no lo estaba escuchando y, de hacerlo, estaba seguro que no sentiría empatía por él. Aunque de todos modos no consideraba probable que lo hiciera.

—Olvídalo Adam, levántate de una vez —se dijo; acto seguido, siguió su propio consejo.

Cualquiera podría decir que Adam estaba sumido en su propia soledad hasta el punto de conciliar un amigo en él mismo. No estaba de acuerdo con ese tipo de comportamiento, no antes de morir; antes de morir no veía ningún problema en él hablando solo porque, según había escuchado toda mi vida, los genios, las personas interesantes, los que sabían mantener una conversación... todos ellos hablaban solos y para mí, Adam era todo eso.

No fue problema sino hasta que lo observé durante meses en su auténtica soledad, que entendí

que podría llegar a ser un poco ¿Cómo le digo? No me preocupaba, no en el sentido estricto de la palabra, ni tampoco me daba miedo, o me perturbaba; era más como que sentía lastima por él, por lo que tenía que atravesar. Ciertamente no podía hacer nada, pero deseaba fervientemente que consiguiese a alguien con quien hablar.

Se levantó de su silla, en un extraño silencio y caminó hasta la cocina. En vez de preparar su «almuerzo» del lado en donde lo solía hacer, prefirió hacerlo de espaldas a la sala, en cuya posición podría tener una mejor vista del interior de su habitación si se apartaba un poco hacia atrás. Comenzó con lo suyo, esperando durante los primeros treinta minutos, que ella se despertara.

—¿Qué le diré si se despierta?...

Algo que hay que entender de Adam es que él conversaba consigo mismo como si lo hiciera con otras personas. Cuando se preguntaba algo, a pesar de saber la respuesta (cosa que hacía para ver si en medio de la pregunta podría concluir en algo diferente a lo que llevaba previamente pensando), en un intento de retroalimentación de ideas, se respondía.

—Evidentemente la verdad: hola, mi nombre es Adam, soy un guardabosques —pensó en algo; luego bajó su mirada— oh sí, tengo que tener mi uniforme de manera adecuada —detuvo su preparación, se acomodó la camisa y retomó lo suyo— bueno; mi nombre es Adam, soy un guardabosques —sacudió los hombros un poco mostrando el uniforme, ensayando también los movimientos que haría—. Te encontré en el medio del bosque mientras caías de la montaña y te traje hasta mi cabaña para ayudarte. Esperaba que te despertases para poder llevarte hasta el hospital del pueblo porque no quería que te complicases en el camino al pie de la montaña porque es un largo camino al pueblo y, pues, por eso estás aquí.

Se imaginó a la chica levantándose con apremio deseando salir corriendo del lugar.

—Tranquila, no soy un secuestrador —detuvo sus manos, reconsiderando lo dicho— no, no puedo decirle eso. No es lo que alguien quisiera escuchar —vaciló— todo está bien, estás a salvo; mejor —asintió, satisfecho, con la cabeza.

Adam continuó con su ensayo de los hechos mientras preparaba su almuerzo, en parte decepcionado por no poder comerlo con los hongos que tenía en mente, pero seguro de que no era importante porque, hasta donde sabía, había salvado una vida y eso era lo que importaba.

Cogió la pasta porque era lo que más rápido tenía para cocinar y la colocó en la olla con agua hirviendo. Preparó los vegetales (pimientos, cebolla, un poco de zucchini, ajo y un poco de alcachofa) que había recogido de su huerto junto a unas cuantas rebanadas de salchichas de cochino que había quedado del desayuno sin cocer; las salteó en un sartén con aceite de oliva, pimienta y sal en el que luego pasaría la pasta.

A Adam le gustaba su comida tan grande como el plato y, si podía servirlo, se lo iba a comer.

—Un poco para mí, un poco para ella. —Estaba contando las porciones— ¿Qué tanta sal le gusta comer? —pensó, al recordar que ya había puesto sal en la pasta— ¿Será que le gusta la pasta? —dijo viendo la pasta ya en la olla, no queriendo que significara un problema— ¿Será vegetariana? —se cuestionó luego de cortar la salchicha que había sacado de la nevera.

No sabía qué pensar. ¡Yo no sabía que pensar al respecto, tampoco! El verlo hacer eso significaba que mi esposo estaba atento a su apariencia, a la opinión que podía tener una completa extraña, en el hecho de que no tenía motivos reales para cuidarla más que un civismo y un sentido de la moral tan grande como su cuerpo; Adam estaba siendo una persona normal que quería dar una buena impresión y yo, entre un despliegue de buenas intenciones y demás, no sabía qué pensar ¿qué significaría eso?

Luego de comer, de separar en un plato lo que pensaba darle a la chica (luego de cuestionarse cuanto acostumbraba ella en comer y después de decidirse que le guardaría un poco menos de lo que él acostumbra), se sentó de nuevo en la silla que estaba al lado de la cama a esperar. No tenía sueño porque había dormido un poco, pero eso no era un problema para él.

Habiéndose sentado ya, se acomodó, estuvo un rato pensando y luego se quedó dormido de nuevo. En lo que quedaba de la tarde y durante la noche, se despertaba esporádicamente para evaluar la situación, ver si la chica se despertaba o si mostraba señales de complicaciones o mejoría. No sabía nada de eso, ni qué concluir de sus respuestas ni nada por el estilo, pero Adam hacía su mejor intento para ayudarla y eso era lo que importaba.

Mientras los dos estaban inmóviles, sin hablar, sin moverse y presuntamente dormidos, yo estuve ahí despierta evaluándolo todo. No sabía qué hacer porque, yo, no podía hacer nada, aunque sí me quedé viéndola. Era difícil hacerme con un diagnóstico médico sin tocarle, sin hacerle las pruebas adecuadas ni ver su respuesta, así que, hiciera lo que hiciese, sería infructífero para ella, para él y para mí.

Hasta donde sabía, obviando el hecho que había caído de la nada desde algún lugar de la montaña, sólo había recibido unos severos golpes que debieron haberla matado en el proceso, había balbuceado algunas palabras extrañas antes de quedar inconsciente y que ya llevaba en ese estado unas cinco o seis horas.

Hasta los momentos, su estado no reflejaba nada grave: respiraba de manera normal, no mostraba ninguna lesión grave a simple vista y sus parpados, mientras dormía, reaccionaban cómo deberían reaccionar en una persona durmiendo ¿qué eso no era una evaluación propia de una doctora? Evidentemente, pero estoy muerta, en un estado en el que mi mera existencia está sobre tela de juicio y no puedo tocarla; era lo mejor que podía hacer.

Adam estaba alerta a cualquier sonido, abriendo los ojos de vez en cuando para asegurarse que todo estaba bien. La chica no hacía ningún movimiento completamente brusco, lo que le causaba cierto terror a mi esposo que, a pesar de no saber si eso era bueno o malo, le preocupaba que significara que estaba muerta. Le colocaba la mano en la frente para medirle la temperatura e incluso llegó a colocarle el dedo entre los labios y la nariz para ver si estaba respirando.

En sí, todo lo que hacía era repetitivo, tanto así que llegué a aburrirme de verlo sentado no más, privándome de hacer lo mismo de siempre cuando lo veo dormir porque no quería perder de vista a esa chica.

Y, así estuve hasta que se despertó.

En el momento en que escucha algo, Adam se despierta; no es el único en hacerlo.

Primero es un quejido, un suspiro acompañado de un ruido grueso ahogado por los labios cerrados. Adam sabe que eso no lo hizo él, además, estuvo toda la noche alerta, así que sabía de dónde provenía.

Se acomodó en la silla, pasándose las manos por el rostro con el fin de que no se notara que estaba durmiendo.

La chica abrió lentamente los ojos ignorando en donde estaba. Al mismo tiempo, Adam acomodó su silla en silencio para poder quedar de frente a ella, justo al lateral de la cama, como un niño ansioso para abrir un regalo. Borró la sonrisa de alegría de su rostro porque no quería parecer más aterrador de lo que la situación parecía serlo ya.

De repente, se queja de dolor luego de moverse al ser frustrada por las lesiones en su cuerpo. Acto seguido, intenta mover su cuello, pero el collarín no la deja, lo que le alarma aún más.

—¿ah? —masculló alarmada. Supuse que era una especie de «qué» aunque lo que realmente escuchamos fue un ruido en tono de pregunta.

Abrió sus ojos. Adam la miró en silencio, como si hubiera presenciado algo inquietante, sorprendido por lo que había visto. Esa mirada me hizo preocupar casi de inmediato.

—¿Qué sucede? ¿Dónde estoy? —eso fue lo que dijo, aunque nosotros no la escuchamos claramente.

No gritó, sólo parecía estar hablando consigo misma. Pienso que fue lista, si alguien te atrapa, es inteligente suponer que no hay modo de salir de esa gritando.

Buscó a mover sus manos y al ver que podía las llevó a su cuello, palpando el collarín en un intento desesperado por saber qué era. Supuse, por la expresión de su rostro, que no lo identificó.

Adam seguía ahí, en silencio, presenciando la escena. Al ver que la chica parecía cada vez más alarmada, se apartó un poco para que no se diera cuenta luego de un movimiento brusco, que él estaba ahí; no quería asustarla.

La chica intentó levantarse, supongo que creía que estaba atada. Logró levantar el torso, pero se mareó, supuse que fue debido a las lesiones, el dolor, el hecho de que intentó levantarse rápidamente. No quería darle un nombre a lo que tenía porque todos esos eran síntomas de muchas enfermedades.

—Mierda —vociferó, hablaba con fluidez, lo único que pude notar es que no lo hacía en el mismo idioma que nosotros, nada comparado con los que acostumbrábamos escuchar — ¿qué me sucedió? ¡Demonios! —hablaba en voz baja, se llevó las manos hacia sus orejas, tal vez le dolía; no puedo decirlo con seguridad.

Ignoraba que no estaba sola.

—¿Qué es eso que suena? —dijo de nuevo; obviamente no le entendí.

El que no estuviese hablando en inglés me hacía difícil saber qué tenía. Si tan sólo pudiese hablarle...

Mi esposo intentó hablar, aclarar su garganta, hacer un ruido o lo que fuera para hacer notar su presencia, aunque no lo hizo porque sintió que podría ser un problema, así que se mantuvo en

silencio observando sin ser visto.

—¿Qué rayos? —la chica se veía confundida, inquieta— ¿Por qué tengo esto en el cuello?

Adam sabía que estaba haciéndose preguntas, sonaba así, pero no tenía idea de lo que ella estaba diciendo, así que evitó hacerlo. Esperaba que ella se diera cuenta por sí misma que no estaba sola. Aunque pensó que eso podría ser una mala idea ¿Y si se asustaba y eso la hacía saltar de la cama y caerse? Ya se había dado cuenta que no hablaban el mismo idioma, eso la asustaría aún más.

Seguro se trataba de una turista que había estado intentando escalar aquella montaña y se cayó, pero «no tenía nada que indicara eso», pensó Adam.

En ese momento, ella hizo un esfuerzo por levantarse, logrando únicamente erguir la espalda (con mucho dolor) y sentarse en la cama. Al lograrlo, miró a su alrededor, un poco tambaleante, hasta percatarse de la presencia de mi esposo, lo que desató los eventos que Adam se esperaba.

La chica dio un grito reprimido por el dolor y trató de alejarse.

—No, no, tranquila, estás a salvo —fue lo primero que pudo decir— no pasa nada, estás a salvo.

De a momento pensé que no le iba a entender porque, claramente, no hablaban el mismo idioma. Ella se notaba perdida, movió la cabeza, parecía que estaba reproduciendo las palabras de mi esposo una y otra vez para saber qué decir.

Esa confusión me decía que en serio algo le sucedía, pero por lo pronto, podría ser cualquier cosa.

—¿Dónde estoy? —preguntó la chica en un casi perfecto inglés— ¿Quién eres tú?

—Me llamo Adam, soy guardabosques —hizo el movimiento con los hombros para llamar la atención a su uniforme como lo había ensayado— estaba haciendo mi patrulla matutina cuando de repente caes de la montaña. Te cogí antes de caer al suelo y luego te traje a mi cabaña.

—No, en dónde estoy —repitió la chica, realmente interesada en la respuesta— No hablas español, así que no estoy en España. —Sus palabras se entrecortaban, dando la impresión de que le costaba hablar.

—Estás en Canadá.

—Canadá —repitió para sí misma como si estuviera recreando una serie de eventos— eso lo explica todo —diciendo lo último en su idioma.

—¿Qué sucede? —Adam sintió de repente que los papales se habían invertido; ahora era él quien estaba confundido.

—Nada —aseveró— no es nada —intentó sacudir la cabeza pero se detuvo; al parecer estaba muy mareada.

La chica miró a su alrededor, evaluando el lugar, apoyándose de la cama como si la habitación estuviera moviéndose y con la confusión plasmada en el rostro.

—¿En qué parte de Canadá estoy?

—En un pequeño pueblo. No muy poblado. Estás a salvo.

—Lo dudo —dijo con soberbia— no creo que esté a salvo en ninguna parte del mundo.

Adam estaba cada vez más confundido. Por mi parte, veía que la chica estaba muy tranquila para estar lastimada en una cabaña en Canadá (porque, por lo que dijo, no sabía siquiera que estaba aquí). Su forma de hablar era tan natural y sencilla que no le hallaba sentido.

—¿Qué fue lo que dijiste? —preguntó.

—¿Qué? —se giró con cuidado en dirección a mi esposo— ¿Qué cosa?

—Que: ¿Qué fue lo que dijiste hace rato?

—¿Cuándo?

—Ahorita, lo que acabas de decir luego de que me preguntaste en donde estábamos.

—Ah —entendió— que eso lo explica todo —respondió, dando la impresión de que no significaba nada.

—¿Qué explica? ¿Por qué lo dices?

—Eso explica el frío que hacía a veces.

—¿Cuándo? ¿Tienes mucho tiempo aquí?

La chica ignoró sus palabras y, después de dar de nuevo un vistazo a la habitación, habló:

—Tienes una cabaña bastante grande —aseveró sorprendida, entrecerrando los ojos, tratando de ver mejor; la luz parecía molestarle.

Tanto a Adam como a mí nos pareció extraño su afirmación. Por lo menos esa habitación no tenía más de dos metros cuadrados, que le dijera grande era un poco desconcertante.

—¿Grande? —inquirió Adam, como si se tratara de una broma— No es tan grande, es normal.

—¿Normal? No seas modesto, es bastante grande. —dijo mirando a Adam— ¿por qué estás tan lejos?

Adam la miró confundido, intentando procesar sus palabras y encontrarle sentido. ¿Lejos? ¿Grande?, ¿Qué quería decir todo eso? La chica parecía normal, desde afuera, entonces ¿Por qué estaba diciendo todo eso como si viera las cosas de forma diferente? ¿Acaso las españolas son todas así?, pensó él.

—¿Lejos? Pero si estoy aquí mismo —señaló la distancia entre su cama y la silla sin ver el por qué decía eso— estoy prácticamente invadiendo tu espacio personal. —Lo estaba viendo como una broma, sin entender realmente lo que sucedía.

La chica comienza alarmarse, mirando a su alrededor sin entender lo que está sucediendo. Levantó sus manos para verlas y las miraba extrañada, como si esas no fueran sus manos. Las giró, las alejó cuanto pudo y luego las acercó a su rostro para intentar tocárselo, buscando sus ojos en un intento de saber si estaban ahí. Al ver la expresión que tenía, se podía entender que estaba realmente asustada.

—¿Qué me sucede? —preguntó con miedo.

Adam se alarmó también, aún sin saber de qué estaba hablando.

La chica bajó los pies de la cama queriendo salir corriendo, pero, en lo que se levanta, parece perder el equilibrio. Adam lo nota y se acerca a ella rápidamente para sostenerla del brazo con cuidado.

—Ey, tranquila —dijo— ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. ¿Qué me pasó? —Exclamaba cada vez más confundida.

—Te caíste de la montaña —repitió Adam— ya te dije.

—No, algo más pasó.

Adam la acercó a la cama para que se sentara de nuevo, sin soltarla, cuidando que no perdiese de nuevo el equilibrio.

—Adam ¿qué me pasó? —insistió la chica.

—Estaba caminando por la montaña cuando escuché que algo caía de la montaña y de entre los árboles.

—¿De entre los árboles?

—Sí, un árbol detuvo tu caída. Golpeaste algunas ramas...

La chica aproximó su rostro a Adam como si intentara verlo más de cerca. Sus movimientos me parecían cada vez más raros; algo extraño estaba pasando ahí.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? Dijiste que sólo caí de la montaña —vociferó la chica.

—Y era una montaña muy alta —exclamó Adam.

—Pero no me dijiste que me golpee con un árbol.

—Creí que era obvio.

—¿Obvio? —le parecía inaudito que él pensara eso.

De repente, la chica se puso a la defensiva con mi esposo, sacudiéndoselo del brazo para que le soltara, con un poco de miedo plasmado en la mirada, se veía que no estaba muy bien, porque se asustó a ver el rostro de mi esposo; se dio cuenta que algo raro estaba sucediendo. Ahora no se notaba tan tranquila.

—¿Te parece obvio que haya caído por la montaña? ¿Cómo puede parecerle obvio eso?

Adam la miraba con preocupación. Se sintió un poco culpable por el hecho de no haberle explicado bien lo sucedido, pero no entendía el porqué de su molestia.

—Pero ¿Qué tienes? ¿Qué ves? —preguntó, asumiendo que era algo con su vista.

—No lo sé, todo se ve extraño.

La chica comenzó a ver a su alrededor de nuevo, buscando la respuesta en la habitación de aquella cabaña como si fuera a encontrarla de verdad. Adam se apartó, creyendo que sería apropiado darle su espacio a la chica para que se sintiera segura. Sí, claro, segura. No parecía como que estuviese haciendo nada para demostrarlo; mi esposo ya se sentía inquieto, inseguro, quería ayudarla y no sabía cómo.

—Esta habitación se ve demasiado grande, tú te ves demasiado lejos. ¿Qué sucede?

—No lo sé —aseveró Adam.

—¿Cómo no lo vas a saber? —preguntó, dando a entender que, por algún motivo, debía ser muy obvio para Adam.

Yo, presenciaba todo con cuidado. Algo definitivamente estaba sucediendo con ella. Por la forma en que se alarmó al ver las cosas, me dejó la impresión de que eso era algo nuevo, que no acostumbraba a ver los objetos así.

Adam y ella seguían discutiendo lo sucedido. Mi esposo le hacía preguntas y ella le respondía con hosquedad sin ser demasiado clara. ¿Qué sucede? ¿Qué tienes? ¿Estás mareada? Mi esposo hacía preguntas vagas y de rutina par alguien que no sabe mucho al respecto en un intento por averiguar lo que sucedía. Estaba desesperado por encontrar una respuesta, tanto como la chica.

Entre los dos, era imposible que entendieran lo que estaba sucediendo. Aunque, para mí, eso no era problema. Esperaba que la chica diera más respuesta ya que un simple: veo todo lejos, no era suficiente, no del todo; no para todos. La veía responder a su entorno de manera rara, aceptando que algo definitivamente no andaba bien con ella, pero alarmada al punto de creer que estaba loca.

—¿Qué me sucede? —vociferaba alarmada, en un grito desesperado por respuestas.

Las lágrimas le corrían por la mejilla, alarmando de esa forma a mi esposo, haciéndole creer que algo más grave, mucho más grave de lo que parecía, estaba sucediendo. ¿Estará quedándose ciega? ¿Le habrá caído algo en el ojo? Adam no sabía qué hacer o pensar, estaba tan perdido como ella intentando encontrar la respuesta sin los medios adecuados.

¿Por qué simplemente no pensó en llamar a un doctor o algo así?

La chica se alarmaba cada vez más, intentó levantarse varias veces, pero perdió el equilibrio dándome la impresión de que no distinguía la profundidad de su entorno. En lo que logró levantarse por completo, caminó hasta la puerta como si el suelo se moviera, insegura, inquieta; Adam intentaba acercarse, pero ella lo apartaba creyendo que podía hacerlo por sí sola cuando

obviamente se veía que no.

—Tengo que salir de aquí —decía la chica, creyendo que entre los árboles podría encontrar la respuesta. No se veía muy brillante, me retracto de haberla llamado inteligente.

—Ten cuidado —le pedía mi esposo, a una distancia prudente de ella pero lo suficientemente cerca para sostenerla cuando perdía por completo el equilibrio y apuntaba al suelo.

Paso a paso evaluaba la situación, dándole un diagnóstico diferente cada vez más complicado que el anterior. No podía hacerle las preguntas adecuadas, verla a los ojos y hacerle las evaluaciones necesarias ¡Joder! Ni siquiera tenía una máquina de tomografías a la mano para ver si tenía algún tumor o algo por el estilo.

¿En dónde se golpeó? ¿Con qué intensidad? Para nosotros sólo había caído de la nada y golpeado con varias ramas de un árbol. Poco a poco me acercaba más al diagnóstico correcto, pero insegura porque no tenía más información.

Me daba la impresión de que tenía una especie de problema con las vías visuales aferentes lo que explicaría el problema de profundidad, pero seguía sin explicar la pérdida de equilibrio y el mareo.

—¿Qué tienes? —continuaba preguntándole Adam.

En realidad, tenía la esperanza de que ella diera una respuesta precisa que me ayudara a entender lo que le sucedía.

—Me duele la cabeza —dijo al fin— ¿me golpeé en la cabeza al caer? —preguntó.

Los dos se habían detenido al medio de la sala; ella, cabizbaja, sujeta a la pared de espaldas a Adam y, él, a unos cuantos pasos de distancia con las manos en posición para sujetarla de ser necesario.

—Supongo, golpeaste muchas cosas al caer —afirmó— tuviste una caída bastante fea.

—Eso explica el dolor de cabeza —se dijo, llevándose la mano con la que no se sostenía a la cabeza.

Eso podría explicar muchas cosas, para ser honesta.

—¿En dónde te duele? —preguntó Adam.

—En todos lados.

—¿Te duele el cuello? Si no te duele puedes quitarte el collarín, tal vez sea eso.

La chica se giró un poco en dirección a mi esposo y luego de verlo se llevó la mano al cuello. Adam intentó acercarse para ayudarla, pero ella lo detuvo con la mirada.

—Yo puedo —aseveró.

Comenzó a quitarse el collarín cuando dio el primer vestigio útil para el diagnóstico.

—Maldición —exclamó, algo le había causado dolor.

—¿Estás bien? —Preguntó Adam, tratando de acercarse pero deteniéndose al instante por no saber si podía tocarla o no— ¿Te duele mucho? ¿No puedes mover el cuello?

En la cabeza de Adam comenzaron a aparecer imágenes fatales de personas con el cuello roto, con la cabeza guindando de los hombros al estilo de un dibujo animado, mostrándose como una posibilidad inmediata por muy a pesar de saber que no era siquiera posible que algo así sucediera, pero el susto le hizo pensar locuras.

—Me duele la nuca —lo expresó con mucho dolor, haciéndome creer que no podía hablar por ello—creo que me golpeé en la nuca.

Y ahí fue cuando se me ocurrió un diagnóstico.

—¿La nuca? ¿Te duele el cuello por detrás? —Adam trataba de simplificar las cosas, así, de esa forma, podría hacerse de una idea de lo que tenía.

—No, no el cuello, la cabeza. Entre la cabeza y el cuello, justo en esa parte...

Justo en esa parte se encuentra el lóbulo occipital. Un trauma craneoencefálico resumía muchos de sus síntomas: el cambio de humor, el mareo, la confusión, la pérdida de equilibrio, no percibir la profundidad de manera adecuada. Pero saber exactamente donde podía haber sido el golpe, me ayudaba a entender mejor lo que sentía y lo que podría sentir. Era probable que estuviese oyendo pitidos, que le doliera la cabeza de manera anormal, la falta de ánimos y muchas otras cosas se veían afectadas por un trauma de ese tipo.

—¿Te duele mucho? —Adam sonó tan adorable preguntando eso. Evidentemente le dolía mucho, y ahora que sé que tiene, sé cuánto le duele— ¿No te quieres sentar? —preguntó.

—No, estoy bien.

No, no lo estás.

—Creo que necesito aire fresco.

No, no lo necesitas.

El verla hacerse la dura, el negar parte de sus síntomas, que quisiera apartarse cada vez más y más de mi esposo, afianzaban más mi diagnóstico. Un trauma como ese era lo suficientemente grave como para dejarla ciega (junto a muchos otros problemas en la vista), con falta de atención, fallas en el habla, mareos constantes, desequilibrios, cambios repentinos de humor, pérdida de la memoria temporal o permanente y muchas otras complicaciones que van creciendo en gravedad poco a poco hasta llegar a la muerte, en el peor de los casos, por un derrame cerebral.

—Vamos a hacer algo —intervino Adam, aproximándose un poco a la chica— primero, dime cómo te llamas; no puedo estar pensando en ti como «la chica» se siente muy extraño tratar de decirte algo y que sólo me venga a la mente «la chica» o «chica extraterrestre»

—¿Chica extraterrestre? —le pareció una buena broma, a pesar de que no lo era del todo.

—Sí, como caíste de la nada y eso. Eres extra terrestre ¿Entiendes? —preguntó, con una sonrisa tonta en el rostro como la de un mal comediante que espera que alguien se ría a carcajadas de su chiste— ¿Entiendes?

—Sí, entiendo —dijo— aunque de todos modos no tiene sentido.

Adam medio borró su sonrisa, decepcionado de que su invitada no aprobara su humor elegante. La chica le miró, y era como si se hubiera sentido culpable o algo.

—Pero lo entendí —reiteró, sorprendiéndome un poco, de hecho, porque me costaba entender cómo era posible que le siguiera todavía el paso a las ideas de Adam. A ese punto ya era para que ni siquiera pudiera identificar las palabras.

De todos modos, la gravedad de sus síntomas sólo los podía definir si le hacía una tomografía o le prestaba más atención a lo que hacía (sólo si pudiera hacer las preguntas adecuadas), aunque no creía que fuera necesario darle más de algo que no quería ofrecerle.

—Me llamo Abigail, pero puedes decirme Abby.

—¿Abby? —repitió Adam, con una sonrisa dibujada en el rostro, muy a gusto con el nombre— Entonces, Abby será —afirmó, aun sonriendo. Acto seguido, se acercó un poco más a ella— Bueno, Abby, por qué mejor no te sientas un rato hasta que dejes estar mareada, así evitamos que te caigas o algo por el estilo.

Abby le miró descontenta, no quería tomar en cuenta su idea, se notaba que estaba realmente convencida de que saliendo de la casa todo estaría mejor, que no necesitaba descansar en lo más mínimo.

—Vamos, no lo pienses mucho, inténtalo, aunque sea un poco. No queremos que te pase nada malo.

—Pero yo quiero —insistió.

—Lo sé, sé que quieres, pero ¿qué vas a hacer allá afuera?

Adam terminó de acercarse a ella como si le estuviese pidiendo permiso para tocarle y la cogió por el brazo, jalándole delicadamente por este para que le siguiera.

—Vamos, no lo pienses mucho.

Abby accedió a seguirle luego de resistirse sólo un poco.

Adam y Abby se sentaron en el sofá que mi esposo había hecho con la madera de un árbol que se cayó en frente de la cabaña; en medio de la sala, frente a la chimenea, uno junto al otro. Él le sostuvo las manos hasta que sintió que estaba segura, tan diligente, propio de un comportamiento social adecuado que no había visto en él en meses. Me estaba preocupando.

—Sí quieres podemos llamar a un doctor, conozco a gente que podría ayudarte —Adam tomó la palabra, pensando que todo ya estaba en orden entre los dos.

Y luego de decir eso, como si hubiese presionado el botón de la alarma de pánico, la chica se alteró por completo. Un cambio repentino de humor que, a pesar de tomarme por sorpresa, no era algo que se saliera de lo común cuando una persona recibe un trauma craneoencefálico.

—¡No! —exclamó, apartando sus manos de las de mi esposo como si le molestase que le tocaran— no quiero que llames a nadie —vaciló, tal vez por el mareo que aun sentía— no quiero que llames a nadie, podrían venir por mí.

En ese momento pensé de una vez que estaba loca. No era propio de mi hacerlo, tal vez había sido a causa del trauma en su cabeza, seguro estaba alucinando, pero no me sentía muy apegada a ella y no le debía nada. Apareció de la nada sacándome de la cabeza de mi esposo; no puede esperar que sienta empatía por ella.

—¿Qué? —se mostraba alarmado, no sabía qué pensar al respecto— ¿Qué paso?

Adam se apartó, alejándose de ella tanto como el sofá se lo permitió.

—¿Quién vendrá a por ti?

—Los del laboratorio.

—¿Laboratorio?

—Sí, el laboratorio que está por aquí cerca.

Pero, o sea, ¿cómo no voy a pensar que está loca luego de que dijo eso? Tanto Adam como yo sabíamos que no había ningún laboratorio cerca del lugar; era ilógico y descabellado pensar al respecto porque tanto él como yo conocíamos esa montaña de cabo a rabo y estábamos seguros de que ella estaba equivocada.

Aunque, de los dos, sólo yo la tomé por loca, incluso sabiendo que podría estar alucinando. Adam sabía que no había nada más arriba en la montaña, pero aun así no pensó que estuviese mintiendo.

—¿Cuál laboratorio? ¿En dónde? —Adam quería hacer la pregunta adecuada que le permitiese saber más al respecto.

Abby le miró extrañada, en una especie de confusión y descontento. Le parecía difícil de concebir que él no supiera del supuesto laboratorio.

—¿Cómo que cual laboratorio? ¿Cómo no vas a saber de qué —se detuvo para sostener llevarse la mano a la cabeza; se veía la expresión de dolor en su rostro— laboratorio hablo?

—Este, no lo sé.

—Es un laboratorio que está aquí... —se detuvo de nuevo, pero esta vez para evaluar la expresión de mi esposo— No lo sabes ¿verdad? —le preguntó.

—No, no sé de qué hablas.

—Supongo que está muy bien escondido.

Intentó levantarse, olvidando que aún no podía siquiera mantenerse de pie por sí sola.

—Eh, eh, ¿para dónde vas?

—Para el lugar en donde me encontraste, tal vez allí puedas ver que hay un laboratorio.

Adam la empujó hacia abajo por los hombros obligándola a sentarse de nuevo.

—No, no creo que sea posible. Está muy lejos y a penas puedes mantenerte de pie —Adam la soltó, sintiendo que estaba invadiendo su espacio personal.

Pero, mi esposo la miró a los ojos y entendió que ella realmente quería demostrar la legitimidad de ese laboratorio. Sintió que era su obligación creerle y que no había forma de que una persona, así de segura de algo, estuviese mintiendo. De poder hablarle, le diría que sí existen maneras de que alguien pueda estar seguro de una alucinación, pero no creo que con la convicción que le invadió en ese momento, pudiera hacerlo cambiar de parecer.

—Pero, si quieres, cuando te sientas mejor, podemos ir para allá.

Con eso supuso en Abby una meta: si se recuperaba, la llevaría al lugar en donde la encontró; y eso fue algo que evidentemente le había dado un motivo para quedarse tranquila, y lo supe tras notar el brillo en sus ojos.

—¿Está bien? —dijo él, queriendo una confirmación verbal.

—Sí, está bien.

No tengo idea de por qué de repente había sido tan importante. Con una persona que estaba alucinando y presentaba un síntoma tras otro, era difícil saber qué era relevante y qué no. Pero eso es así para mí, así es como lo veo yo; desde el punto de vista de mi esposo, es sólo una mujer que cayó de la nada y a quien ahora parece estar cuidando. Es un buen hombre y yo era una buena esposa, creo que el tormento de la muerte me ha hecho cínica, supongo.

Adam estaba sonriendo, tratando de ocultar su deseo de preguntarle acerca de lo que había mencionado. No sabía qué era verdad ni qué no, o que era posible que Abby estuviera alucinando, para él sólo existía dudas. ¿Cuál laboratorio? ¿De qué está escapando? ¿Qué hacen en ese laboratorio? ¿En dónde está? ¿Cómo llegó aquí?

Abby hablaba de lo que tendría que hacer, de que seguro se recuperaría pronto y podría demostrarle que no estaba loca. Ella aseguraba que él la había mirado con esos ojos con los que se le ve a una persona loca, pero, lo gracioso es que no había sido él quien pensaba eso.

Adam, por su parte, no decía nada; parecía estar escuchándola, pero en realidad una pregunta tras otra se formulaba en su cabeza mientras la veía a ella sacudirse sobre su propio eje en movimientos delicados propios del mareo y la falta de equilibrio. Quería saberlo todo, qué podría implicar todo eso para él y qué tanto peligro estaba corriendo. ¿Habría sido curiosidad o un legítimo interés por ella?

—Oye —interrumpió su silencio. Quería hacerle las preguntas sin preámbulos, pero, estaba inseguro de si hacerlo o no.

—¿Qué? —Abby dejó de hablar para darle la palabra a mi esposo.

—Este, tú —vaciló— por qué estabas...

E hizo silencio. Adam quería saberlo, quería que ella le explicara al respecto, pero, por un segundo pensó que no era apropiado preguntarle. Tal vez era algo delicado, tal vez no quería decir nada al respecto, si no ¿por qué no lo dijo antes? Una mujer española en medio de una montaña canadiense que escapó de un supuesto laboratorio en un lugar en el que él sabía que no había nada; todo eso era la fórmula perfecta para no querer divulgar información a un simple guardabosques.

—¿Sí? —preguntó con un tono de voz insistente, queriendo saber de qué quería hablar él.

—No, nada, no importa. —Se borró la idea de la cabeza como si fuera una estupidez; pensando que no estaba en su derecho de preguntar— mejor vamos a llevarte a la cama para que puedas recostarte —se levantó y le extendió las manos para que ella apoyara sus brazos en ellas — así podrás recuperarte rápido.

Ella se apoyó de ellas y se levantó con cuidado.

—Ya vas a ver que no estoy mintiendo.

—No creo que estés mintiendo —dijo Adam— una mujer no cae de una montaña así cómo así; debe haber una historia muy interesante atrás de todo eso. ¿A poco no?

Estaban lado a lado. Ella miraba al suelo tratando de medir sus pasos, victima aun de la falta de equilibrio y percepción adecuada del espacio. Él, siendo un hombre atento. No hay otra forma de describir a mi esposo haciendo de las suyas, tomándola delicadamente por los brazos a pesar de tener esas grandes manos y esos enormes músculos que parecen que pueden romper prácticamente cualquier cosa.

—No lo sé, es primera vez que caigo de una montaña.

—Y esperemos que sea la última —bromeó— no creo que puedas sobrevivir a otra caída como esa.

Abby parecía estroñada; en su rostro se veía el hastío que le sentía a todo. Algo normal tomando en cuenta lo que estaba pasando, pero no sabía si se debía al trauma o a que ella era así.

—¿Por qué mejor no dejamos de hablar? —le dijo con fastidio.

—¿Qué, te aburro? —preguntó mi esposo, ni un poco afectado al respecto.

—No, me duele la cabeza, no soporto el zumbido en los oídos y estoy mareada —explicó— no quiero hablar, y no me importa si no te gusta, solo me importa que te calles; tu voz es muy gruesa.

—Está bien —respondió mi esposo, completamente tranquilo.

Y con el índice y el pulgar, simuló cerrar un cierre en sus labios.

En cuestión de segundos la llevó a su cama. Por un momento creí que dormiría con ella, una suposición absurda, dado el hecho de que ¡No había otra cama en esa cabaña! Adam la depositó en esta con cuidado sin decir una sola palabra como lo había prometido.

—Gracias —dijo ella.

Adam asintió con la cabeza y una sonrisa, dispuesto a no hablar. Se lo estaba tomando en broma, pero quería hacer lo que ella necesitara para recuperarse. No haberlo visto así en meses me emocionaba un poco, quería que siguiera con su vida, que consiguiera algo con qué distraerse y, no me mal interpreten, la chica llegó en el momento indicado; sí, con un problema raro en la cabeza y un temperamento de mierda, pero al mismo tiempo no quería que hiciera eso que estaba haciendo; olvidarme.

5

Abby se había apoderado de gran parte de la cabaña en poco tiempo. Su condición en el momento le dejaba en cierta desventaja; no podía caminar, comer, siquiera levantarse de la cama por sí sola. Por días estuvo así, preocupando más y más a Adam, haciéndolo sentir culpable por no poder ofrecerle una solución inmediata. Constantemente le insistía en ir a un médico, de llamar a alguien que él conocía que era de confianza, a lo que ella respondía:

—No, es muy peligroso.

¿Peligroso por qué? ¿A qué le estaba huyendo? ¿A ese supuesto laboratorio? Pero, el problema no era su extraña respuesta sino la facilidad con que ese tema se escapaba entre los árboles como si no fuera importante. A mi parecer, era algo que debían estar discutiendo en todo momento ¿Quién es? ¿Qué hizo? ¿Por qué la siguen? No estábamos discutiéndolo y eso me preocupaba.

Los días pasaron, Abby continuaba presentando los mismos síntomas molestos que eran propios de un trauma como aquel, algo que no podía simplemente tomarse a la ligera pero que de todos modos hacía. Por otro lado, Adam no tenía preguntas incómodas para hacerle; se enfocaba únicamente en darle la mejor atención en todo momento.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, un poco mejor.

—¿Cómo va el dolor de cabeza?

—Está bajando. Creo que me siento mejor. Ya no me estoy mareando tanto.

—Me gustaría saber qué tienes; así podría saber cómo ayudarte... —resaltó de nuevo.

Adam quería llamar a alguien a como diera lugar. Todos los días, cuando veía la oportunidad, le decía lo que debían hacer. Él tenía razón, necesitaban la opinión de un experto para poder saber cómo tratarla. Sí, no era nada grave, no estaba en un peligro inminente; sí era un golpe peligroso, pero en su caso, con la ridícula suerte que tenía, nada malo le había pasado, pero ¡Eso no lo sabían ellos! Y no porque no fuese nada peligroso, no significa que debían tomárselo a la ligera ¡Personas se han muerto por una simple gripe!

Adam sabía eso, que podía ser peligroso, que si ignoras algo no quiere decir que está bien, pero aquella mujer era necia, no quería y no estaba dispuesta a tomar en cuenta la opinión de mi esposo.

—¡Ya te dije, Adam, no vamos a llamar a tu amigo el doctor! —respondía alterada.

—Pero tenemos que hacer algo al respecto. Ya vamos para una semana y aun sigues prácticamente igual —Adam pretendía explicarle el problema por enésima vez, sonando con una calma tan envidiable; no se alteraba, parecía que nada le molestase.

—¡Te dije que estoy bien! —insistió Abby.

—No lo sabemos, necesitas que te atiendan profesionales, necesitamos saber qué tienes y por qué.

Abby lo miró de manera desafiante; Adam supuso que le había retado, que, con lo dicho, le había propuesto demostrarle que realmente estaba bien, que ella sí lo sabía; de inmediato se arrepintió.

Casi de inmediato, soltó el vaso de agua que le había dado mi esposo antes de que comenzaran a hablar y lo colocó en la mesa al lado de la cama. Con la mano izquierda empujó como pudo el inmenso cuerpo de Adam para abrirse espacio. Él se apartó como si nada, dándole lo que quería.

—Oye, no, no intentes pararte.

Ya había estado a punto de caerse en varias ocasiones por intentar levantarse de la misma manera: por sí sola. Abby estaba convencida de que el dolor de cabeza que había estado sufriendo los últimos días no le estaba afectando para nada, que esas largas noches en las que no podía dormir bien por el dolor no era suficiente para preocuparse, o que el hecho de ver las cosas del tamaño que no eran definitivamente era algo natural.

Adam intentó acercarse a ella, darle el apoyo que se había acostumbrado a darle para ayudarla a levantarse.

—No, no me ayudes —exclamó con firmeza. Sonaba segura, estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Qué intentas hacer? No tienes que demostrarme nada, te he estado viendo todo este tiempo, sé que no estás bien.

—¡Claro que sí!

Tardó tanto en levantarse, en encontrar de dónde apoyarse, que parecía que era nueva en eso.

—Vamos, Abby, no tienes que hacer esto todo el tiempo.

—¡Claro que sí!

Apoyándose de lo único que tenía a la mano y que podía alcanzar con su mala percepción de la profundidad (la mesa de noche al lado de la cama), intentó levantarse. Lentamente empujó hacia arriba su cuerpo en un despliegue de torpeza y falta de equilibrio propio de alguien que no tenía ni la más mínima idea de cómo hacer las cosas.

Adam quería obligarla a desistir de esa estupidez, que le hiciese caso y dejara llamar a alguien que sabía al respecto, que podría ayudarles. En lo que pudo levantarse de la cama, se detuvo en seco, con los pies sobre el suelo, la mano todavía sobre la mesa y un poco encorvada hacia el frente.

—Ya te levantaste, perfecto, puedes levantarte sola —insistió Adam, hablando como un padre preocupado de su hijo el necio— ahora acuéstate, no sabemos que tienes y no podemos obligarte a hacer nada mientras tanto.

Se acercó un poco a ella hasta que un grito le detuvo.

—¡No te me acerques! —exclamó Abby— aún no termino.

La chica intentaba levantarse por completo, erguir su cuerpo y demostrar que estaba en las condiciones adecuadas para cuidarse por sí sola (algo que parecía molestarle desde hace ya un tiempo), y que no necesitaba de la ayuda de mi esposo.

En las últimas semanas se había estado comportando como una gran cretina, rechazando los cuidados más atentos del mejor hombre que conozco. Mi esposo dormía todas las noches en un sofá incómodo para que la malagradecida mujer esa pudiera estar tranquila; le daba de su comida que había pagado con su sueldo y había elegido sólo para él, desabasteciendo sus provisiones porque él no había contado con que tendría una persona más en su cabaña. Le ayudaba a levantarse, a caminar de un lado a otro, incluso complacía su capricho de salir a la montaña a dar un «paseo» y tomar aire fresco ¿Qué más aire fresco quiere ella del que puede obtener estando en una cabaña en el medio de la nada?

Pero Adam continuaba siendo Adam. No se quejaba, no le decía que la comida poco a poco se estaba acabando. Quería que estuviera cómoda y se encargó personalmente de eso a costa de su propia comodidad. Poco a poco fue pasando de dedicarle todo su tiempo a la nostalgia y soledad,

a darle toda su atención a una completa desconocida.

Me abrumaba la forma en que ella lo trataba; descortés, con groserías, sin agradecerle el esfuerzo. Adam se ocupaba de ella desde que se despertaba hasta que se dormía, sin descuidar sus obligaciones con la montaña; con una responsabilidad más que no debía tener.

Pero eso no era todo. No sólo le daba toda su atención o se ocupaba de ella en todo, también le creía. No concebía posible que una mujer como ella le estuviese mintiendo, por lo que, cuando estaba dormida, salía en silencio de la cabaña para no despertarla e iba al lugar del accidente para evaluar la situación.

—¿Qué habrá estado haciendo ella aquí? —se decía mientras recorría con la mirada el trayecto de su caída.

Para él era la misma montaña que siempre llevaba viendo gran parte de su vida. Estaba seguro que en ningún momento había visto un laboratorio, ni nada que indicase la existencia de uno, en los alrededores, pero no dudaba que estaba diciendo la verdad.

—Si yo fuera un laboratorio ¿en dónde estaría? —se preguntó una vez, recorriendo el trayecto de su caída con la mirada— es decir, no necesariamente deba estar justo aquí, pudo haber estado corriendo por allá arriba y luego se cayó —supuso.

Así que, a pesar de no ver muy bien porque era de noche al igual que todas las veces que hacía el mismo recorrido a pie mientras ella dormía, caminaba hasta donde creía él que pudo haber empezado a correr una española de un metro cincuenta, cada vez yendo un poco más lejos; no dejaba de buscar señales de algún laboratorio secreto que experimentara con humanos, confiando realmente en su palabra.

Estaba convencido de que no le mentía, no sé si era porque lo consideraba razonable o por tratarse de ella. De repente, me sentía ligeramente celosa de ello, aceptándolo, pero siendo incapaz de reconocerlo. Después de todo, estaba muerta y nadie me veía, no había mejor forma de ocultarlo a simple vista, además, no era difícil ver que Abby resultaba insoportable.

¡Pero para Adam no era así!

No obstante, trataba de corroborar la loca historia de la chica, también le daba toda esa atención que me dedicaba. Lentamente me sentía cada vez más olvidada por el simple hecho de tenerla a ella ahí. Mientras lo veía dormir, o cuando tenía suerte de verlo a solas, trataba de atesorarlo lo más que podía, sintiendo que en cualquier momento dejaría de estar ahí, de verlo como tal, de estar a su lado. Adam parecía estar atado a aquella mujer por una especie de necesidad y compromiso auto conferido que no me dejaba en paz, ni siquiera en muerte.

Al principio no era un odio en particular, no era como que me sintiera apartada, es decir, en realidad no estoy ahí, entonces ¿por qué me siento así? ¿Por qué rechazo a alguien que apenas conozco? ¿Por qué no puedo aceptar que mi presencia aquí es ilógica y que él tiene derecho de sentirse como quiera con quien quiera? Pero con el paso de los días, la mirada de mi esposo comenzó a ser diferente.

No era simplemente tratarla bien, darle su atención y cuidados, la miraba como una capsula de escape dentro de un barco que se hundía. No esperaba jamás que tuviera esa mirada en sus ojos, ni mucho menos que se sintiera atraído por alguien a quien a penas y trata de manera adecuada. Pero él estaba confundido, una parte de él decía que estaba loca, que alguien que salía de la nada con una historia como esa no podía estar dentro de sus cabales, que lo que tenía no era grave y que se podía ir en cualquier momento, pero la otra era esa que lo motivaba a seguir cuidándola.

Pensaba que Abby era una mujer atractiva; a pesar de su mal carácter, sus ojos cafés, su piel ligeramente tostada por el sol, cabello largo que simulaba el oleaje el agua en la playa y una

mirada penetrante que le hacía pensar en muchas cosas, cosas buenas en las que no pensaba estando solo. Pero eso era lo que él veía, sólo él. Yo veía a una chica normal, vestida de manera poco atractiva, despeinada, insoportable y que había quedado estúpida de los ojos por un trauma craneoencefálico luego de una caída que pudo haberla matado pero que no lo hizo.

Y así fueron esos últimos días antes de cumplir la semana encerrados los tres en esa cabaña. Mi amado viendo a otra mujer mientras que esta se desplazaba de un lado a otro ocupando mi lugar.

—Te dije que podía —exclamó Abby luego de un largo silencio mientras intentaba erguir todo su cuerpo.

Adam estaba preocupado mirándola, igual en silencio, queriendo poder ayudarla.

—Estas parada —afirmó mi esposo como si se tratara de una gran hazaña.

—Sí, te dije que podía levantarme sola de la cama, pero tú no me dejabas.

—No creí que pudieras, has estado tambaleándote mucho de un lado a otro cada vez que te ayudo a levantarte.

La mujer evidentemente seguía un poco mareada, era obvio que poco a poco la inflamación en su cabeza iría bajando, después de todo, como ya había dicho, no era nada grave; no a simple vista.

—Pero ahora me siento mejor —levantó la mirada, fijándose en los ojos de Adam— ¿ves? No es para tanto.

Adam estaba considerando dejar de lado la idea de llamar a su conocido en el hospital del pueblo. Pensó que tal vez no sería necesario ya que la chica parecía estar recuperándose por sí sola en tan poco tiempo por lo que, había posibilidad que luego de varios días más, pudiese recuperar su percepción del espacio, estado de salud, tal vez hasta se hicieran amigos en el proceso.

Mi esposo la observó erguida por su cuenta, sin sostenerse de nada, imaginando que pronto podría disfrutar de la compañía de otra persona sin tener que estar cuidándola.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con una tonta sonrisa en el rostro— ¿No estás mareada? ¿No quieres sentarte?

—No, quiero caminar por mi cuenta, creo que ya estoy lista para hacerlo —aseguró Abby— creo que si doy un paso a la vez, podré llegar a la puerta.

—¿Estás segura? —Adam estaba emocionado y preocupado a la vez; el verla ser independiente le daba cierto alivio al darse cuenta que podría liberarse un poco, pero no sabía si el que caminara tan pronto fuera adecuado.

Abby intentó mover una pierna; no pudo.

—Demonios —vociferó.

—¿Qué pasó? ¿Te duele algo?

—No —dijo, cabizbaja, viendo a sus pies como si con eso pudiera hacer que reaccionaran.

—¿Estás perdiendo el equilibrio? ¿No sientes tus piernas? ¿Quieres que te ayude? —Adam borró la sonrisa de su rostro, comportándose como un padre preocupado por la salud de su pequeño.

—No, no y no —respondió ella, sin levantar la mirada y un poco disgustada— no quiero que hagas nada, no te me acerques.

—Parece que estás sufriendo para moverte —señaló mi esposo viéndole las piernas— ¿segura que no quieres ayuda? Eso no hace inútil a nadie.

—¡No quiero que hagas un demonio! —Abby levantó la mirada llena de furia, quejándose de

la voz de mi esposo— Yo puedo sola —aseveró.

Adam no reaccionó de manera negativa. Estaba tan imperturbable como una estatua viviente. Le estaba teniendo paciencia a esa necia mujer, algo realmente encomiable.

—¿Entonces por qué no te mueves?

—Ya va —exclamó— poco a poco —sonaba como si todo estuviera dentro de su plan de acción, cuando en realidad se veía bastante desconcertada.

Adam la miraba inquieto, inseguro de si en realidad lograría moverse o no. Los dos estaban parados uno frente al otro imaginando la mejor forma de hacer las cosas, de ver cómo, dentro de su forma de actuar, podrían resaltar a su manera. Abby quería demostrar que no necesitaba más la ayuda de ese hombre pesado y grande que le había estado cargando de un lado a otro, haciéndole de comer y dándole agua. Mi esposo, no quería sentirse inútil y a la vez necesitaba de la presencia de aquella chica.

—Vamos, tú puedes —le motivó Adam.

—Yo sé que puedo —respondió con soberbia— solo necesito tiempo.

—Tomate todo el tiempo que quieras. —Adam no había descartado la idea de obligarla a sentarse en su cama, pero tampoco quería darle más presión de la que ya tenía, por lo que optó por darle ánimos.— Yo sé que tú puedes.

Abby no dejaba de lanzarle miradas penetrantes llenas de odio. Claramente el dolor de cabeza no se le había quitado porque el estruendo de la voz de mi esposo le continuaba molestando.

—¿Te puedes callar? —exigió Abby— trato de concentrarme —informó, para luego bajar la mirada y fijarse en sus pies— vamos, yo sé que puedo —susurró.

En un lapso de medio segundo, logró mover su pie derecho, librándose del miedo de caerse por la falta de equilibrio y de estabilidad que tenía su cuerpo en ese momento. Adam estaba preparado para cualquier mal movimiento, listo para cogerla entre sus brazos si veía que estaba a punto de caerse.

Abby logró dar el primer paso, tambaleándose un poco y teniendo que extender los brazos de lado a lado de su cuerpo para coger equilibrio, como si estuviera caminando por una cuerda floja, pero habiendo logrado su cometido al fin. Al lograr la estabilidad de ese movimiento, luego de alarmar un poco a mi esposo que casi se lanza frente a ella para sostenerla, sus ojos se iluminaron con un nuevo brillo lleno de entusiasmo y orgullo; había conseguido lo que quería, estaba a un simple paso de demostrar que estaba lista.

Pero, tan rápido como pudo pensar en eso, algo salió mal. Habiendo liberado el centro de equilibrio que había obtenido al hacer un punto de apoyo con el pie que tenía al frente y sin tener la estabilidad suficiente para mantenerse, perdió por completo el control y fue directo abajo. De nuevo, mi esposo, atento y preparado para todo, fue a su rescate sosteniéndola casi al nivel del suelo.

—Te dije que podías caerte —aseveró levantándola poco a poco para que no se mareara por el cambio de posición.

—También me dijiste que podía hacerlo —dijo, en una combinación entre frustrada y disgustada consigo misma.

—Pero eso fue antes de que estuvieras a punto de besar el piso.

Adam la fue llevando poco a poco hasta la cama para que se sentara en ella, arrodillándose frente a ella para estar al nivel de su mirada.

—No entiendo por qué no puedo caminar como una persona normal —exclamó disgustada— ¡Quiero poder moverme por mi cuenta, joder! —vociferó.

—Podríamos saber qué te sucede si dejas que te lleve a un hospital —Insistió Adam por última vez— Por lo menos si me dijeras qué te sucede podría...

—Tú sabes qué me sucede —exclamó como si fuera muy obvio para él— me has estado siguiendo todos estos malditos días sin dejarme en paz; ya es para que supieras qué me sucede.

—Abby, ya te dije que no hay forma que lo sepa, sólo quiero ayudar.

—¡Pues no lo estás haciendo muy bien! —vociferó con furia— ¡Sigo estando mareada, con dolores de cabeza y sin nada que pueda aliviarlo! ¿Por qué demonios no me das nada para el dolor?

—Porque no sé qué tienes y no sé si debería estar dándote medicamentos —explicó, muy calmado para el tono de voz que estaba usando ella—, las muertes por la automedicación es muy común en estos días, las personas creen que lo saben todo.

—¡Dame una maldita aspirina! ¡Haz algo útil!

De repente, una arcada de dolor le perforó el cráneo, obligándola a bajar la voz y sostenerse la cabeza con ambas manos.

—¿Estás bien? —preguntó mi esposo, como por enésima vez en todo este tiempo que ha estado con ella, acercándose para intentar tocarla— ¿Qué pasó ahora?

—El maldito dolor —se quejó Abby, jadeando como si hubiese hecho un gran esfuerzo— no soporto el dolor de cabeza.

—Eso es grave, necesitamos llamar a un médico.

—No —trató de gritar, de extender la mano para negar con fastidio con un gesto contundente, pero el dolor no la dejó hacer nada de eso.

Adam se quedó en silencio por unos segundos contemplando a su adolorida inquilina. ¿Qué podría hacer para ayudarla? Necesita de atención médica, necesita que alguien que pueda darle un diagnóstico la vea porque, de lo contrario, podría complicarse la situación y podría morir. Mi esposo la miraba como si se tratara de un perro con la pata rota al que, si no se le curaba la infección ni nada por el estilo, podría perderla y tener que caminar mal el resto de su vida.

Él no quería vivir con esa culpa, ya tenía suficiente con la de su esposa muerta, una más lo volverían loco. Así que, lleno de ánimos y seguro de su decisión, se levantó con un solo movimiento.

—Ya basta —dijo, levantando la voz por primera vez en mucho tiempo— no voy a esperar a que quieras que te ayuden, lo voy a hacer y ya; no me importa qué tengas que decir al respecto. Yo sé a quién voy a llamar, y si te digo que estarás a salvo, estarás a salvo.

Abby no tuvo tiempo de responder a esa afirmación; antes de poder abrir la boca, mi esposo ya había salido de la habitación para ir hasta dónde tenía su móvil con el fin de cogerlo y llamar a alguien a quien él conocía.

Yo sabía a quién iba a llamar, es la persona que yo llamaría si algo así se me presentara, después de todo, la última vez que lo vio le dijo: «llámame si necesitas hablar, estoy dispuesto a ayudarte»; ese tipo de cosas que dicen los conocidos cercanos luego de una tragedia que no entienden y que no padecen igual que uno. Adam no pensaba en llamar a ninguna de las personas que le dijeron eso el día de mi funeral luego de verlo callado, impávido, apartado de todos. Todos estaban preocupados por él.

Pero Adam no había olvidado a ninguna de esas personas, ni había borrado sus números de la lista de contactos de su móvil así que, ignorando el llamado de la mujer en su habitación quejándose de la decisión que había tomado, marcó el nombre y pisó en la opción de llamar.

Escucha el tono en llamada.

Siente un escalofrío recorriéndole el cuerpo ¿Desde cuándo no habla con él? ¿Qué le va a decir para entrar en contexto? ¿Exactamente qué espera con llamarlo? No estaba seguro de si había sido buena idea, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Suena el siguiente tono de llamada.

No le atienden, es normal, intenta llamar a un médico, suelen estar ocupados la mayor parte del tiempo y, cuando no, no están muy interesados en responder llamadas. Adam piensa de nuevo en si fue buena idea, después de todo ¿Exactamente qué le iba a decir? Abby no colaboraba con él en decirle qué sentía o la gravedad de sus síntomas, tampoco sabía mucho del tema por lo que no podría dar una respuesta precisa. Y, aparte de todo eso ¿Cómo comenzaría la conversación?: «Hola, Oscar, cómo estas, soy Adam, el esposo de tu hermana; tiempo sin hablar contigo» ¿Sería esa la mejor forma de iniciar una llamada?

Sonó de nuevo el tono de llamada.

—¿Qué le vas a decir? —se preguntó— ¿Qué tal si quiere venir? ¿Qué le digo si quiere venir? Sabes cómo es él, sabes que a veces exagera las cosas. ¿Qué voy a decirle entonces si me pregunta de más?

No le preocupaba si le etiquetaba de loco o si no le trataba bien, lo que le inquietaba era que no le tomase en serio y no diera la respuesta profesional que estaba esperando precisamente con esa llamada. Estaba lleno de ansiedad, con el estrés a millón.

Y, como si fuera una sorpresa anunciada, sonó de nuevo el tono de la llamada, haciendo crecer la ansiedad y el estrés que le estaba dominando.

—¿Adam? ¿Eres tú? —preguntó Oscar, legítimamente sorprendido.

—Hola Oscar, ¿Cómo estás? —preguntó Adam, sonriendo nerviosamente como si lo tuviese al frente.

—Qué bueno que llamaste —exclamó mi hermano, alegre por escuchar la voz de mi esposo— Creí que nunca me llamarías, estuve esperándote todo este tiempo. Te he visto varias veces por el pueblo pero no parecía que quisieras hablar —divagaba, como si estuviera pensando qué cosa sonaría mejor, preocupado por la impresión que Adam pudiese tener de él— Y ahora me llamas —vaciló— oh, vaya —respiró profundo y exhaló ese aire en un largo suspiro— sí que no me lo esperaba.

Oscar siempre había admirado a Adam desde que lo conoció, luego de que nos hicimos novios, su relación con él creció un poco, lo que le llevó a sentir que mi esposo era como un hermano mayor para él.

Durante meses Adam evitó a cada una de las personas que en algún momento fueron cercano para los dos, con los que compartimos más de una vez y, Oscar, era una de ellas (cuidado si no la primera de todas), lo que le hacía un poco difícil romper ese silencio con algo tan repentino como eso.

—Este, sí —dijo Adam, sin saber con exactitud cómo empezar— quise llamarte pero, no sé, no tuve oportunidad —se excusó.

—No te preocupes, supongo que necesitabas tomarte tu tiempo para —se escuchó cómo tragó saliva, ahogando su intención de decir lo obvio— tú sabes —vaciló— no te preocupes.

—Gracias por entender —Respondió Adam. Legítimamente agradecido.

Luego de un silencio incomodo causado por el hecho de que ninguno de los dos estaba seguro de qué decir ni de si hablar primero, Oscar decidió romper el hielo debido a que él era quien estaba en ventaja estratégica, por así decirlo: no sabía por qué Adam le había llamado.

—Y, cuéntame, ¿A qué se debe tu llamada? —dijo, tratando de sonar lo más alegre posible,

evidentemente nervioso.

De su tono de voz pude entender que su intención era no hacerlo parecer que estaba incordiándole con esa llamada, quería que se viera tan natural como le fuese posible, pero sin cruzar la línea de la indiferencia porque, tal vez, sólo tal vez, podría estar llamando para algo más personal. Lo sé porque conozco a mi hermano mejor que él mismo. Mi hermano es así, atento y decidido.

—Este, quería hacerte una pregunta médica —dijo Adam, yendo de una vez al grano— es algo que pasó y no sé cómo actuar.

—¿Todo está bien? ¿Tuviste un accidente o algo? —La voz de Oscar comenzó a disparar cierto tono de alarma— ¿Quieres que te aparte una cita?

—Oh no, no, no —negó Adam, aceptando que no había sido del todo explícito— no es para mí, no tengo nada, descuida. —Pero, tal vez, puede que haya sido explícito de más.

—¿No es para ti? Entonces ¿Para quién? ¿Todo marcha bien por allá en la cabaña?

Adam se sorprendió.

—¿Cómo sabes que estoy en la cabaña?

—Porque no has venido al pueblo, no estás en tu casa y porque últimamente, ahora, siempre estás ahí.

—Bueno, sí, tiene sentido.

—Es un pueblo, Adam, pocas cosas se escapan del pueblo. Además, siempre trato tener el ojo sobre ti, quiero estar seguro de que todo anda bien contigo.

Adam sintió cierta culpa; las personas se preocupaban por él incluso después de que se decidiera a olvidarlas a todas.

—Lo siento —se disculpó.

—Oh, no, Adam, no te disculpes, no hiciste nada malo.

—No, en serio, he estado un poco distante últimamente.

—No hay problema —interrumpió mi hermano— descuida, nosotros entendemos.

Nosotros. Adam pensó de nuevo en que afuera de esa cabaña había personas preocupadas por él, aunque no es algo que no le dejase dormir por las noches, por lo menos debería tomarlo un poco en cuenta.

—Cuéntame, quién necesita de ayuda médica —intervino Oscar, retomando el tema.

—Ah, sí, eso —Adam se giró para ver hacía su habitación en donde ya no se escuchaban los quejidos de Abby.

Puso su mano a un lado de sus labios como si se tratara de un secreto, intentando que Abby no le escuchara a pesar de saber que en esa cabaña no había privacidad.

—Es que encontré a una chica en el bosque.

—¿Encontraste a una chica? —inquirió sorprendido— ¿Cómo que «encontraste»? ¿Estaba perdida?

—No precisamente, cayó de la nada.

Con cada palabra sólo lograba confundir e interesar más a Oscar, quien, por naturaleza, es curioso.

Adam no quería revelar más información de la que ya estaba dando. Abby tenía motivos para creer que la estaban siguiendo que Adam consideraba más que suficientes (aunque eran escasos para mi) y por lo que trataba el asunto de la mujer extraña que cayó de la nada y ahora se refugia en su cabaña, como algo delicado. De cierta forma, el decirle lo poco que sabía (considerándolo también lo más valioso hasta ahora) no le parecía buena idea.

—¿Cómo que cayó de la nada? —preguntó mi hermano— ¿De dónde cayó exactamente?

—De la nada, ya te dije.

—Adam, no puede caer nadie de la nada; además, si cayó, ¿Cómo está? Y ¿Por qué no la trajiste de inmediato al hospital? —Oscar comenzaba a sonar como el doctor que era.

Su tono de voz fue cambiando hasta llegar al punto de comenzar a reprender con sus palabras a Adam por no haber tomado la decisión más adecuada en cuanto a la salud de aquella mujer; algo que cualquier médico preocupado por su trabajo haría: preguntarle a un paciente ¿Por qué no vino antes si sabía que había un problema?

Adam estaba indeciso entre decirle el motivo por el cual no lo hacía por temor que Oscar llamase a la policía y eso hiciera molestar a Abby, o mentirle, arriesgándose a no tener una buena excusa que justificara el por qué no lo hizo cuando ni siquiera sabía cómo empezar.

—Oscar, no te llamo porque no esté preocupado. No puedo decirte por qué tardé tanto —aseveró— pero tampoco es como que no quería hacerlo. Pero la verdad necesito tu ayuda ahora. ¿Podrías ayudarme? —preguntó, apelando al corazón de Oscar.

Mi hermano no respondió de inmediato, dejando un sabor amargo de boca en Adam ¿Me ayudaría? ¿Habrá sido buena idea llamarlo? La llamada se hacía cada vez más larga, superando sus expectativas previas: no sabía si iba a hablar más de lo necesario con Oscar.

—Está bien —accedió Oscar— ¿Qué necesitas?

Adam sonrió, reprimiendo el deseo de dar un salto de alegría.

—Esta chica está mareada desde hace ya varios días y creo que se debe al golpe en su cabeza, no ve bien las cosas y tiene jaquecas insoportables.

—¿Ha vomitado?

—No.

—¿Has notado algo raro en su comportamiento?

—¿Cómo así?

—Cambios repentinos de humor, irritabilidad, egocentrismo... cosas así —dijo Oscar.

—Bueno, no la he conocido de otra forma, hasta ahora creí que era así por naturaleza.

—Veamos —dijo Oscar, usando el mismo tono de voz que hacía cuando evaluaba algo.

Proyectó el sonido de la «s» mientras pensaba, aumentando el suspenso en la cabaña.

—¿Algo más? —interrumpió sus propios pensamientos.

—¿Cómo qué?

—Aparte de estar mareada; ¿Tiene problemas para hablar, para leer, para escribir?

—No lo sé. Ha estado hablando de forma normal, creo.

Adam hizo memoria de todos esos días que ha estado con ella, buscando si en algún momento intentó leer o escribir algo. Las preguntas de mi hermano le hacían confundir un poco; el no saber qué responderle lo dejaba en una desventaja que no le gustaba. Quería poder decirle todo, tan solo si supiera qué era necesario mencionar y qué no.

—No, no sabría decirte.

—¿Puede caminar por sí sola? ¿Le cuesta levantarse?

—Ah —por fin una pregunta cuya respuesta tenía— sí, ha tenido problemas para caminar, dice que las cosas están muy lejos cuando a las tiene a unos cuantos centímetros de su mano. Así que tengo que ayudarla a moverse por que siempre apunta mal y tropieza.

—No distingue la profundidad —concluyó Oscar.

Adam se sentía cada vez más preocupado; culpable por no haber acudido a Oscar con anterioridad, pensando que, el no hacerlo, significaba que había arruinado todo.

—¿Eso es malo? —preguntó Adam preocupado.

—Bueno, me dices que tiene dolores de cabeza, que cambia de humor constantemente, que tiene problemas para mantenerse de pie —vaciló— ¿Ha estado fatigada?

—Se cansa con facilidad.

—¿Se ha desmayado?

—La vez que se cayó, como por unas tres horas y luego se despertó.

—Está bien.

—¿En dónde, según ella, se golpeó la cabeza?

—Por la nuca.

—Sí, es verdad, me dijiste que no ve bien.

—Sí, lucha con el tamaño real de las cosas.

Oscar se mantuvo en silencio unos segundos, preocupando a Adam cada vez más, haciéndole creer que había matado a Abby por no haber actuado a tiempo. Mi esposo se inclinaba un poco para poder ver mejor adentro de la habitación en donde la había dejado, asegurándose que aun estuviese con vida; habiendo tardado tanto en llamar a mi hermano, pensó que su vida corría peligro.

El silencio le atormentaba más aún que la idea de que pudo haberlo arruinado todo; era la incertidumbre, el suspenso que mi hermano le inyectaba a las cosas.

—¿Oscar? ¿Todo está bien? —preguntó Adam, como si estuviera entrando en una habitación vacía en la que le acechaba el terror de encontrarse con un monstruo.

—¿Dices que estuvo tres horas desmayada, nada más? —preguntó Oscar, luego de un largo silencio.

—Sí, más o menos, no sabría decirte. Me quedé dormido gran parte del tiempo.

—¿Ha tenido dificultad para recordar cosas o luego de que la encontraste se le olvida lo que ha hecho recientemente?

—No.

—Y no se ha desmayado de nuevo —repitió Oscar por segunda vez durante la llamada.

—No, ya te dije, sólo luego de la caída, después de eso, más nada.

—Lo que quiero que me asegures es que no estuvo más de un día inconsciente.

—Oh no, no, sólo ese rato, luego se despertó.

Oscar aclaró su garganta, preparado para dar su diagnóstico.

—Bueno, no puedo hacer mucho al teléfono y mucho menos sin hacerle una resonancia magnética para saber exactamente qué le sucede a esta chica —explicó.

—Lo que sea que puedas decirme me ayudará; sólo quiero saber si es grave, si puedo ayudarla, si necesita urgentemente un médico o algo por el estilo. ¿Debe ser hospitalizada?

—No, no diría «hospitalizada» pero sí necesita que la atiendan, que la evalúen apropiadamente.

—Pero, ¿Qué tiene? —insistió.

—Tomando en cuenta lo que me estás diciendo, por un lado, y sacando conclusiones por el otro, puedo decirte que lo que esa chica tiene es un trauma craneoencefálico.

—¿Un qué?

—Un trauma en la región de la cabeza, casi siempre causado por golpes o algunas otras cosas; pero, dado el caso, la caída y todo lo demás, lo más probable es que se haya golpeado.

—¿Y por eso ve mal las cosas? Porque casi siempre está confundiéndolo todo, como si estuviese estúpida de los ojos.

—Sí, me dijiste que ella jura que se golpeó en la nuca ¿cierto?

—Sí.

—Bueno, eso puede explicar por qué su problema se inclina por ese lado ya que seguro tiene algo cerca del lóbulo que se encarga de procesar la información que se obtiene de los ojos lo que puede decir que está confundiendo la información recibida a —Oscar dejó que sus ideas fluyeran sin filtro, divagando a su manera— causa del traumatismo significando así en que confunda el tamaño real de los objetos y hasta las profundidades o incluso podría estar confundiendo rostros conocidos aunque no lo sabemos porque no te conoce pero de todos modos eso puede ser causa del mismo golpe que se dio en la nuca —habló sin detenerse siquiera para tomar aire hasta que dijo la última palabra, sin ninguna pausa ni nada por el estilo.

La forma en que lo dijo, a pesar de ser algo muy simple de entender si se explica bien, dejó a Adam más perdido de lo que ya estaba.

—Este —estaba confundido, perdido por completo en las pretenciosas palabras de Oscar— ¿Qué quiere decir todo eso?

Oscar respiró profundo, seguro de que su explicación había sido lo más cercano a la perfección, algo propio de mi hermano cuando comenzaba a emocionarse al hablar; perdía el hilo de las palabras y empezaba disparándolas como una ráfaga de balas faltas de estructura.

—Lo que intento decirte es que el golpe en la nuca puede explicar por qué está teniendo problemas para identificar de forma coherente lo que ve. ¿Me explico? —Dijo Oscar, sin estar a gusto con repetir lo ya dicho.

Mi hermano odiaba que le pidieran repetir lo que ya había dicho; había pasado mucho tiempo de su vida negándole a todos que él era el del problema, cuando evidentemente sí lo era.

—Y, ¿sabes qué puede estar causándolo? ¿Qué tan grave es?

—No puedo saberlo, puede ser desde una simple inflamación hasta un tumor —dijo Oscar— sin la tomografía no puedo decirte nada —vaciló— lamento no ser de más ayuda —agregó mi hermano.

La conversación con Oscar le dejó un amargo sabor de boca. Mi hermano supo explicarle, en lo que quedó de llamada luego de eso, pacientemente y con cuidado, lo que significaba el haber sufrido un trauma craneoencefálico. Con la poca información que manejaba mi esposo, pudieron concluir en que no era tan grave como él creía (algo que yo ya había asumido) y que sólo necesitaba tener paciencia dado que no quería ser tratada en el hospital. Le recomendó ciertos cuidados para que le ayudaran a reducir la inflamación (en el caso de haberla) esperando que todo se arreglase en los próximos días.

Adam y Oscar se despidieron como si nunca hubieran dejado de hablar, cosa que me hizo sentir muy bien porque me demostraba que mi esposo no había perdido esas habilidades sociales que tanto me había costado que tuviese.

Para Adam, todo parecía estar en orden.

Ya satisfecho con su respuesta, se liberó de esa incertidumbre que le acechaba como un posible problema más grave de lo que parecía, el cual sabía que era incapaz de identificar con su escaso conocimiento y que el no saber cómo tratarlo podría llevarla a su inminente muerte, obligándolo así, a tener que ahogarse en la culpa.

Adam caminó hasta la habitación en donde estaba Abby tendida sobre la cama con los ojos cerrados y evidentemente sumida en un sueño profundo. Él tenía la intención de acercarse a ella y explicarle lo que podría estar sucediéndole en ese momento. Se imaginaba llegar con una sonrisa y un: «tengo una buena y mala noticia», esperando a que ella se lo tomara de la mejor forma.

Adam estaba un poco renuente a abrirse con Abby luego de darse cuenta que no era la persona más amable con la que había tratado, dejando sus intereses de lado; lo que importaba era ella. Me costaba aceptar el hecho de que mi esposo estaba interesándose en ella, incluso a pesar de su actitud atorrante; no quería creer que fuera algo importante. Pero, el verlo acercarse al umbral de la habitación y detenerse ahí para verla mientras dormía sin la intención de hacer algún movimiento brusco porque pensaba que cualquier cosa que hiciera podría hacerla irritar, me hizo sentir celos de ella.

Ridículo ¿no?

Adam no quería creer que todo lo que ella decía o hacía era su forma de ser, que tal vez se debía al estrés de ser perseguida y estar lastimada, y, luego de que Oscar le dijera los motivos de sus cambios bruscos de humor, le abrió el camino a una nueva percepción de ella.

Mientras la veía, sólo se sentía ansioso de verla mejorar. En el peor de los casos, Abby podría complicarse hasta el punto de tener problemas permanentes, en el mejor de todos, se curaría con el tiempo; algo que él sabía que tenía de sobra.

—Espero que te sientas mejor —le dijo Adam a Abby desde la puerta, teniendo la conversación que quería con ella.

Adam dejó aquella habitación con la esperanza de tener un escape de todo eso que le estaba frustrando por los últimos meses luego de mi partida. El aislamiento al que se había sometido le estaba pasando factura de tal manera que no entendía la diferencia entre estar solo y el estar en completa soledad. La presencia de Abby significaba un cambio radical en su rutina; no sólo la veía, no sólo compartía con ella, era su presencia: algo fresco se le había presentado; se sentía secuestrado por su forma de ser, se había identificado con su secuestrador y de alguna forma, quería seguir teniéndole cerca.

Pero, esa cercanía que Adam estaba empezando a atesorar, no significaba nada para lo que ella representaba. Tal vez no se notaba mientras estaba dormida, pero era muy pronto y tarde a la vez.

6

Paulatinamente, los días fueron avanzando, de la misma forma, el estado mental de Abby iba mejorando. Adam había logrado apelar a su amabilidad, demostrándole que no tenía que ser necia ni molesta. Sí, por un lado, esa actitud extraña que tomaba la mujer era a causa de un simple golpe en su cabeza, pero, de todos modos, si tenía pensado quedarse ahí, mi esposo sabía que tenía que tener una relación agradable con ella.

Abby fue mejorando sus habilidades sociales, no se irritaba con facilidad e iba dejando que Adam le ayudase cuando realmente lo necesitaba. Los síntomas de su traumatismo iban amainándose al igual que su falta de amabilidad y tolerancia. Eso sirvió de trampolín para la amistad que podía entablar con mi esposo.

Tanto Adam como Abby fueron acostumbrándose el uno al otro. Mientras iba mejorando, a pesar de estar un tanto paranoica con respecto a lo que la había llevado hasta allá, mi esposo se sentía más a gusto con ella. La miraba como miraría a alguien de quien se estaba interesando poco a poco de manera personal. Sé que esa mirada que le daba no era nada normal; era el brillo que le iluminaba, lo que pensaba al verla.

Adam no sólo estaba interesándose en ella, en conocerla como en realidad era, sino que, paso a paso, sentía que el tenerla en la cabaña hacía mejor sus días.

—Aquí tienes —Le entregó un platillo cocinado por él, con los ingredientes de su nevera y su huerto.

—Huele bien —dijo ella.

—Ya estás identificando olores, eso es bueno —afirmó Adam.

—No había dejado de hacerlo —Abby acercó el plato que Adam le había entregado y lo inspeccionó con la mirada— siempre pude oler bien.

—Lo sé, sólo digo. No sabía qué decir de todos modos.

Abby aún tenía cierta dificultad para distinguir tamaños y formas, pero en comparación con lo poco que entendía días atrás, sí que estaba mejorando.

—¿En dónde aprendiste a cocinar? —preguntó Abby, mirando el plato, estudiándolo.

Tenía días haciendo lo mismo, evaluando cada detalle más de lo normal porque quería estar segura de lo que estaba viendo. Adam lo había notado en silencio, tenía mucho tiempo libre para estudiar a aquella mujer sin ningún tipo de interrupción, entendiendo, de esa forma, lo que ella estaba pensando.

Era algo que se notaba a simple vista, además, no era como que estuviese haciéndolo en secreto, resultaba bastante obvio lo que hacía. Abby continuaba observando el plato; Adam se percató de ello en lo que regresó de la cocina con su plato en mano.

—¿Alguna novedad? —preguntó Adam, al ver a Abby con la mirada fija en su comida.

Abby no respondía, continuaba mirando fijamente el plato como si tratar de imaginarse lo que había en él le ayudaría a ver mejor.

—Eso intento saber—dijo Abby.

—Déjame ayudarte —Adam soltó su plato sobre la mesa y se sentó al lado de ella— ¿Qué ves?

—Algo redondo —dijo como si estuviera forzando todas sus capacidades mentales para dar con esa forma.

Se fue acercando poco a poco a ella, casi como si estuviera intentando pegar su mejilla con la suya y trató de ver lo que Abby veía. Luego de un corto silencio, reaccionó con entusiasmo.

—¡Perfecto, entonces! —exclamó Adam, tomando por sorpresa a la chica— ya sabes qué es algo redondo. Así que terminamos por hoy —bromeó, quitándole importancia al asunto.

—No grites —se apartó un poco de mi esposo— y no es suficiente, tengo que saber qué forma tiene esta cosa que está en el plato.

—Tiene forma de filete —Adam fue hasta donde tenía su plato y comenzó a manipularlo— ¿Qué otra cosa quiere saber?

—No hay forma de filete, no porque digas «tiene forma de filete» —agregó, imitando la voz gruesa de Adam— hará que mágicamente identifique la forma del filete.

Adam había tratado de ignorar los evidentes problemas de su estado con gracia y paz, ya que, el preocuparse al respecto, no le serviría de nada. Era evidente que su recuperación era lenta, Oscar le había dicho que sin la ayuda adecuada así sería, que tal vez hasta podría tener daños leves pero permanentes. Decidió no pensar al respecto porque así podría disfrutar más la compañía que literalmente le había caído del cielo.

—Creo que deberías calmarte. Si sigues forzándote de esa forma, sólo conseguirás marearte más —agregó mi esposo, indiscretamente y sin saber mucho al respecto.

Abby se mostró frustrada, no sólo por no poder verle la forma a la comida, sino por lo dicho por Adam.

—No puedo calmarme —vociferó escandalizada— quiero poder encontrarle la forma a esto —dijo, señalando a su plato como si se tratara de una criatura desconocida— quiero poder ver qué forma tiene esta mesa y saber de nuevo cómo demonios se ve algo cuadrado.

Abby apartó el plato con furia, dejando que un poco de su comida cayera en la mesa.

—Tranquila, no tienes que tirar la comida —Adam dejó su tenedor y cuchillo a un lado para recoger lo que había caído del plato de la chica.

Ella lo veía confundida, frustrada. Se notaba que quería poder hacer las cosas por sí solas sin requerir la ayuda de alguien más. Estaba evidentemente perturbada por el hecho de no poder ver de tal forma que el poder mantenerse de pie, caminar y no seguir mareándose, quedaban en segundo plano ante tal problema.

—¿Y si no me curo? —preguntó ella asustada— ¿Y si me quedo así para siempre? —en su voz se notaba la ansiedad, estaba inquieta.— ¿Qué pasa si no puedo conseguir a alguien que me cure? ¿Qué tal si debo quedarme en esta cabaña toda la vida por miedo a que me consigan? No quiero tener que aprenderme de nuevo las formas geométricas básicas como si fuera una niña tonta.

Se veía como si estuviera a punto de quebrar en llanto, la frustración la estaba dominando, un estado emocional que Adam no había visto en muchas personas. El tener algo que te afecta y no poder darle una solución inmediata porque se escapa de tus capacidades, puede llegar a ser un gran tormento.

De cierta forma entendía a esa chica, ahí, sufriendo por su estado mental, por la forma en que vería el mundo de ahora en adelante y por todo aquello que debería dejar de hacer, porque, con su necesidad, no llegaría muy lejos y más si mi esposo continuaba mimándola. Ella necesitaba atención, terapia, evaluaciones médicas. No sé cuántas veces voy a resaltar lo obvio, lo peor, es que es infructífero porque continuo sin presentar ningún cambio o participación relevante en esta historia.

Adam supo que no era momento para bromear, que claramente la chica quería que alguien le ayudara, que una persona llegase mágicamente a darle una solución a sus problemas porque por sí sola no lo conseguiría. Mi esposo estaba consciente de que su frustración estaba a punto de cruzar el límite; no importaba cual, el que lo cruzara ya era grave de por sí.

Tragó saliva y abrió su boca para hablar.

—No creo que te quedes así para toda la vida —aseguró Adam.

—La verdad no sé si lo que tu creas pueda ayudarme de algo —respondió Abby, siendo ella y no la condición de su cerebro la que hablaba.

—Ah, ¿No me crees? —preguntó Adam como si ella estuviera poniéndole a prueba, retándolo o algo por el estilo.— ¿En serio?

—No estoy diciendo que no te crea, estoy diciendo que no pienso que tus creencias puedan ayudarme demasiado, ¿Sabes?

Adam tenía en mente amainar la tensión que se había creado en la mesa, por lo que usaría su mejor arma.

—Eso suena como que me estás retando.

Abby le miró, claramente confundida, supuso que estaba volviéndose loco.

—¿De qué estás hablando? —inquirió— ¿No ves que estoy diciendo que no quiero quedarme ciega?

—No estás ciega, puedes verme —explicó— Si puedes ver, no lo estás del todo.

—Estoy estúpida de los ojos, no puedo identificar formas, no puedo ni siquiera leer el maldito nombre del jugo de naranja que tienes en la nevera.

—Si no puedes leerlo, ¿cómo sabes que es jugo de naranja? —preguntó Adam con una sonrisa tonta— ¿Ah?

—¡Porque lo probé, demonios! ¿De qué otra forma voy a saberlo?

—Entonces, viste una cosa cuya forma no identificas en la nevera, con un nombre que sabes que no puedes leer, y ¿Decidiste llevártelo a la boca? —expresó Adam, analizando la situación.

Abby entrecerró los ojos como si quisiera perforarle el cráneo con la mirada.

—No estoy bromeando —aclaró con severidad.

—¡Oh, no! No me mal intérpretes, no estoy diciendo que sea un chiste, sólo te estoy preguntando algo que realmente me preocupa —continuó bromeando, pero con un tono de voz serio que ayudaba a esconder su verdadera falta de seriedad.

—Parece que te estás burlando de mí y de mi condición —vociferó Abby a la defensiva.

—No, sólo estoy demostrando mi preocupación ante lo que me acabas de decir. No es sólo que no puedas leerlo, sino que ¿Por qué probaste algo que ni percibes adecuadamente ni entiendes qué era? Sólo digo.

Abby se veía acorralada, honestamente no sé por qué, lo que decía Adam me parecía realmente tonto y no me era claro el por qué ella le seguía la corriente. Era obvio que estaba a la defensiva, algo normal estando en su posición.

—¡Ah! —vociferó— ¡Deja de hacer eso! —levantó las manos de la mesa colocándola en el espacio vacío entre ella y él simulando que lo estaba ahorcando— ¿Por qué siempre haces eso? —inquirió con furia.

Adam sólo estalló en risas, como si de la boca de Abby hubiese salido la broma más graciosa del mundo.

—¡No te rías! —pidió ella, en una combinación entre confundida, preocupada y afectada por la risa de mi esposo— ¿Por qué te rías? —No lo entendía ¿Por qué Adam hacía eso?

Es el tipo de preguntas que yo me hacía cuando él se comportaba de la misma forma conmigo. Mi esposo tenía esa afición por quitarle importancia a todo de tal forma que era exasperante, incluso, a veces, me llegó a dar la impresión de que no sentía empatía; al paso del tiempo me fui dando cuenta que sí era buena persona, sólo tenía una forma extraña de ser.

Abby, aunque intentando no dejarse dominar por las contagiosas carcajadas de mi esposo, no podía negar que se sentía a gusto con su forma de ser.

—¡No te rías, he dicho! —insistía.

—Relájate —propuso mi esposo— ¿Sí? —poco a poco fue bajándole la intensidad a sus carcajadas hasta quedar calmado por completo.— A pesar que no me haya sucedido algo similar a ello, sé lo que es sentirse frustrado y puedo entender que lo que te está pasando no es nada fácil de superar, pero...

—No parece —interrumpió Abby, cruzando los brazos con firmeza, tensando su cuerpo, tomando aire con fuerza y apartando la mirada a otro lado.

—Pero —repitió, haciendo énfasis en la palabra— ya el doctor de cerebros que llamé en estos días nos dijo que, así como es probable que sea malo, también es probable que todo marche bien y que, al final, incluso puede que te cures sin ningún tipo de intervención médica.

—Pero es que...

Abby relajó los brazos y el resto de su cuerpo mientras que iba dirigiendo su mirada hacia Adam.

—Pero es que nada —no la dejó hablar— ¡Ahí está! —señaló con entusiasmo, levantando los hombros y apuntando en dirección a Abby con ambas manos— ¿No ves? Puedes caminar, estás diferenciando poco a poco las formas y no te duele tanto la cabeza. ¿Acaso no es una mejora?

—Este...

—¡Dime! —insistió— ¿Acaso no es una mejora?

—Sí, lo es.

—Entonces ¿Para qué sigues torturándote de esa forma? —Bajó los brazos y cogió sus cubiertos— Yo digo que mejor nos tomemos todo con calma.

—Pero el doctor dijo que tenía que tomar terapia para recuperarme —señaló Abby— tú mismo lo dijiste. No puedo simplemente relajarme, tengo que —vaciló— eso, tú sabes —no conseguía las palabras— hacer la cosa —comenzaba a frustrarse.

No sé si era porque no conseguía la palabra en el idioma con el que se comunicaba con mi esposo, o es que el trauma en la cabeza le estaba facturando más problemas.

—¿Qué? —preguntó Adam al ver que estaba tardando mucho en terminar la idea.

Se preocupó por un segundo, suponiendo que podría significar que estaba teniendo problemas al hablar ¿Y si eso era una mala señal en cuanto a su lesión?

—O sea, no sé cómo se le dice al hecho de hacer terapia —miró a Adam, esperando a ver si él tenía la respuesta a su duda.

Adam sólo negó con la cabeza, cuestionándose si se trataba de un problema grave del que debía preocuparse o si sólo era otra de sus cosas locas de mujer extraña.

—Bueno —continuó ella— lo que quiero decir es que debería estar haciendo eso ¿me entiendes?

—Ahora sí —afirmó, suspirando de alivio.

—¿Qué? —preguntó, interrumpiendo su propia idea y mirándolo extrañada, como si hubiera notado algo fuera de normal.

—¿Qué de qué? —Dijo él.

—¿Por qué suspiras así? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Qué? —exclamó, preguntándose como si estuviera ocultando algo tan mal que la sonrisa lo delataba.

Abby lo miró entrecerrando los ojos, queriendo perforarlo con la mirada.

—¿Qué significaba ese suspiro? Sé que significa algo —hizo una pausa esperando a que diera una razón— Piensas que estoy loca ¿Verdad?

Yo sí.

—¿Loca? No, no he pensado eso —exclamó Adam, notando que estaba realmente ofendida.

—Sí, míenteme ahora. Sé que piensas que estoy loca.

Estando a la defensiva, volvió a entrelazar sus brazos en su pecho y a apartar la mirada con un gesto de disgusto tatuado en el rostro.

—¡Es en serio! —insistió Adam— no pienso que estés loca. En verdad.

—Entonces —se giró para verlo, cuestionando la credibilidad de sus palabras como si fuese una abogada— ¿Por qué suspiraste? ¿Ah?

—Es que —dudó en decírselo— es que —vaciló— creí que estabas presentando otro síntoma, y me preocupé. No quiero que te sigas complicando, mucho menos ahora que te estás mejorando —la miró fijamente— sólo suspiré de alivio al ver que sólo era que no sabías la palabra.

Abby no pudo evitar sentirse bien con sus palabras. Sus mejillas se sonrojaron, dejándola en una posición vulnerable. Era difícil no sentirse así con Adam cerca por tanto tiempo, yo sé al respecto.

Aclaró su garganta, pasando de estar a la defensiva a comportarse como una niña sensible.

—Estabas preocupado por mí —dijo, cabizbaja, tratando de ocultar sus mejillas rojas.

—Sí —Adam no le dio importancia, pero no dejaba de verla— quiero que te recuperes y no quiero que nada te pase, en serio.

Hubo un silencio entre los dos; se miraban fijamente sin decirse (ni pensar decirse) una palabra; estaban completamente convencidos de que cualquier cosa que hicieran arruinaría el momento, y estaban en lo cierto. Aunque, el verlos de esa forma era un problema para mí, no solo porque comenzaban a sentir una atracción honesta y bien infundada tratándose de mi esposo, sino que, no sé en dónde me dejaría eso si por algún motivo Adam se olvidaba de mí.

Abby aclaró de nuevo su garganta, rompiendo el hielo entre los dos. Pestañó rápidamente como si estuviera aclarando sus ideas, como si se estuviera retractando de lo que (evidentemente) pareció sentir en ese momento.

—¿Puedes pasarme mi plato? —Miró hacia donde Adam había apartado el platillo que Adam había recogido cuando ella lo lanzó.

—Claro —aseveró Adam, pasándoselo.

Abby lo cogió y puso en frente suyo.

—Creo que se ve delicioso.

La forma en que se hablaban había cambiado por completo. Lo que se decían se percibía como si estuvieran apenados, como si se tratara de un amorío inocente entre dos niños que no saben la forma en que pueden comportarse estando al lado del otro. Era adorable y un poco empalagoso verlos evitarse las miradas, querer tocarse las manos, pero no hacerlo porque estaban apenados; exasperante.

—Cuando puedas diferenciar formas, te haré otro platillo igual para que veas que sí se ve delicioso.

Abby le sonrió cabizbaja, apenada; para que pareciera una colegiala enamorada, sólo le

faltaba el flequillo molestándole el ojo para que se lo recogiera detrás de la oreja. No sé si se sentía así por la forma «atenta» en que mi esposo la estaba tratando o es que el estar tanto tiempo aislada con él comenzó a afectarle de muchas formas.

—Lo esperaré con ansias.

Ambos comenzaron a comer en silencio, evitando mirarse el uno al otro para poder mantener la compostura. Adam estaba emocionado, el corazón le palpitaba a millón, pero, a pesar de que estoy muerta y que yo quería que él consiguiera a alguien que le hiciera feliz de nuevo, el verlo estar de esa manera me traía recuerdos e, incluso, me daba un poco de envidia no ser ella en ese momento.

—Mi esposa una vez me dijo —empezó a decir Adam de repente.

La forma en que comenzó a hablar me llamó la atención de inmediato ¡Estaba hablando de mí! Tal vez mientras me lamentaba de estar desapareciendo de su memoria, Adam pensaba en su esposa muerta, o sea, ¡Yo!

Abby levantó la mirada; nunca voy a olvidar la forma en que su semblante cambió de un segundo a otro en el momento justo en que emitió el primer sonido para comenzar a hablar al punto en que dijo «mi esposa».

Claro, ella ya sabía de mi existencia, él le contó que estuvo casado y que yo morí en un accidente. No le dio muchos detalles importantes, pero sí lo que consideró relevante: «tuve una esposa», «de ella era esta taza de café», «murió en un accidente estando conmigo».

Había sido puntual y preciso. Creo que incluso hasta había hablado al respecto más frío de lo normal. Pero, el haberme mencionado en ese momento era algo diferente. Adam se refirió a mí muy natural, mirando al plato, dibujando una sonrisa nostálgica en su rostro sin hacer más nada, como si un recuerdo feliz se hubiese asomado.

Entiendo cómo debió haberse sentido para ella: luego de ese silencio incomodo que compartieron, algo que tal vez pudo haberse traducido en una cosa «especial» entre los dos, pasó a ser otra cosa en el momento en que mencionó a su esposa muerta, dándole a entender que aún le pensaba y sentía cosas por ella, era como que le cortaran las piernas y la dejaran caer como frondoso árbol.

¡Fuera abajo! Se pudo escuchar el grito del leñador al verla caer de la cima en la que se había montado hace tan solo unos segundos atrás, con ese cambio fugaz de semblante.

—Ella me dijo una vez —continuó hablando Adam, sin darse cuenta en lo absoluto de lo que acababa de pasar— Cuando algo está afectado, la forma de ayudarlo es abordando a través de los otros sentidos —Levantó la mirada y se fijó en ella, aun sin percatarse de su cambio de rostro.

Claro, Abby era una mujer después de todo, creo que es parte de nuestra naturaleza darle al mundo nuestra mejor cara de triunfo por muy a pesar de que nos haya afectado algo. No sé si sólo aplica a las mujeres fuertes, a las mujeres en sí o sólo a nosotras dos, pero, el verla no demostrar que el que me haya mencionado en ese instante le había afectado, me dejaba en claro el tipo de mujer que era.

—¿Qué quieres decir con eso? —controlaba sus emociones muy bien.

—Que si queremos mejorar tu sentido de la vista, tendremos que estimularte por otro lado para que así puedas nivelar la diferencia —Adam seguía sin darse cuenta— algo más o menos así dijo ella, aunque

No voy a explicar al respecto, él ya lo hizo de la forma más sencilla que se puede. Pero, eso no importaba, lo que importaba es que tenía un punto.

—Entonces ¿me ayudarás a hacer terapia entonces?

—Haré lo que sea para que te recuperes.

Es interesante cómo la tensión entre los dos simplemente desapareció de un segundo a otro. No puedo decir que me siento a gusto con eso porque no le desearía eso a nadie, ni siquiera a ella; ya mucho estaba sufriendo como para tener que soportar la idea de que mi esposo aun estuviese enamorado de mí.

Pero luego de aquel entonces sus conversaciones se comenzaron a tornar un poco raras. Los días pasaron y ellos continuaban interactuando, Adam no cambió mucho su comportamiento, seguía siendo atento y amable con la chica mientras que ella, poco a poco, mejoraba su actitud con mi esposo y su forma de comunicarse. Ya no era grosera o se alarmaba por todo.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó Adam asomándose a la puerta de su habitación, ahora de ella.

La chica estaba de espaldas a la puerta, tal vez durmiendo, tal vez viendo la pared. Adam se había acostumbrado a levantarla a esa hora, por lo que no le prestó mucha atención a la posibilidad de que siguiera dormida. Por otro lado, él ya se había cepillado y vestido (para no molestarla pasó su ropa a la sala y así poder vestirse sin ser visto). Abby había demostrado ser de las que se despertaban tarde, sin darle mucha importancia a la mañana.

—En la mañana no hago mucho, y menos voy a hacer estando aquí encerrada —dijo una vez cuando Adam le comentó lo mismo.

Era cierto, a diferencia de mi esposo, ella no podía hacer más nada que no fuese estar en la cabaña dando vueltas o incluso acostada en esa misma cama sin poder levantarse por temor a caerse.

—No tengo que despertarme temprano —dijo— más bien, ¿Por qué tú te despiertas temprano? —preguntó, pidiéndole un motivo lógico.

—Porqué debo cuidar la montaña y mi trabajo es verla todo el día, estar siempre atento.

—¿A qué? —preguntó Abby—¿Sabes? Nunca he entendido qué hacen los guardabosques, es decir: no son bomberos, ni policías, ni siquiera son leñadores. Sólo están ahí aguardando a que algo interesante suceda ¿Para qué? ¿Para llamar a alguien que sí pudiera hacer algo? De hecho, incluso creí que había dejado de ser un trabajo —dijo, no de una forma ofensiva, pero sí apuntando a alguna llaga sensible en mi esposo.

Adam no le dio importancia a su comentario. No es como que en el pueblo le dijeran todo el tiempo ese tipo de cosas así que no se puede decir que «no era primera vez que lo escuchaba» porque, de cierta forma, sí lo era. Tal vez en la ciudad o en países en donde los bosques no eran muy importantes, un guardabosque no era la gran cosa, pero en su pueblo y su país, era algo relevante.

Mi esposo la miró sin inmutarse, seguro de que tenía la respuesta correcta.

—Bueno, de no ser por mí, habrías muerto en medio de la nada; así que sí, puede que no haga mucho como tú dices, pero soy la razón por la cual sigues viva —y no estaba equivocado.

Abby se tragó sus palabras y no volvió a decir más nada por ese día. Eso sucedió cuando aún era susceptible a los cambios de humor que venían de la mano por el traumatismo en su cabeza.

—Estoy bien —respondió, dándose la vuelta— me siento un poco mejor.

Los dos se miraron, ella levantó la parte alta de su cuerpo apoyándose de la cama con las manos, con tanto cuidado que parecía que tenía algo fracturado. Sólo estaba acostumbrándose a sus continuos cambios a la percepción del espacio. Era algo que poco a poco se sentía como cuando se te va pasando el dolor de la mano luego de haberte quitado un yeso tras una fractura.

—Te sientes mejor entonces —afirmó Adam— ¿Cómo dormiste?

Abby se sonrojó un poco.

—Dormí bien, gracias por preguntar.

Su conversación parecía un parlamento, una plana que habían leído con anterioridad para no tener ningún tipo de error, para no demostrar sentimientos. Se veían de una manera y se hablaban de otra.

—Eso es muy bueno —dijo Adam, para luego hacer una pausa.

Apretó sus labios y los mordió mientras los mojaba introduciéndolos a su boca. Se veía más normal de lo que suena escrito. El punto es que había hecho una pausa porque no tenía idea de qué más decir. Ya habían pasado tantos días juntos que cualquiera diría que ya era hora para que perdiesen la pena al hablar, pero no, parecía que más bien había incrementado.

—Sí... —aseveró Abby, sin nada más que agregar.

Los dos se miraron fijamente; ni una palabra, ni un gesto, sólo se miraron sabiendo que querían decir otra cosa. No sé qué habría querido decir ella; Adam deseaba decirle que se veía bien, que no necesitaba preguntárselo cuando le veía el rostro iluminado y lleno de vida. Le gustaba ver a una mujer cuando recién se despertaba porque era el momento justo en que la veías al natural, fresca, llena de paz.

Pero Adam no quería simplemente decir ese tipo de cosas, no quería parecer un acosador o que estaba tomando ventaja de la situación, del hecho de tenerla en su cabaña por tanto tiempo.

—¿Comiste? —preguntó Abby, de la forma en que cualquier persona sacaría un tema al azar para crear conversación.

—¿Comer? —hizo como si fuese algo difícil de concebir— Oh no, todavía no. Estaba esperando a que te despertaras para preparar el desayuno —dijo Adam, con una sonrisa.

—¿Qué vas a preparar hoy? —preguntó ella, de una forma tan tranquila y pacífica que sonaba como si estuviera dormida.

—Bueno, estaba pensando preparar unos waffles, si te apetece.

Abby asintió con la cabeza y un extraño gesto en el rostro que consistía de apretar los labios y levantar las cejas, aprobando de esa forma la idea de Adam.

—Waffles entonces —afirmó.

—Perfecto —respondió Abby con una sonrisa en el rostro.

Esa fue la primera conversación del día en que sus miradas decían más que sus palabras. Ahora, esto es lo que se sentía en el aire al verlos y traducir sus miradas.

—Veo que estás mejor —en contexto, lo que mi esposo habría dicho cuando ella se giró a verlo.

—Sigues aquí, creí que ya estaba sola —habría dicho ella.

—Estás radiante —habría dicho él.

Como ventaja, sé que estaba pensando, con ella sólo estoy adivinando al interpretar lo que sus ojos decían. Cosa que, la verdad, no es muy lejano a lo que realmente quería decir; créanme, de cierta forma lo sé.

Y es que es así, la manera en que mi esposo le miraba era tan intensa que ella, sin saber qué quería decir, se sonrojó un poco. Luego de eso, su conversación habría tomado un rumbo diferente en el que ella le dice que lo agradece, él que no tenía que agradecerle porque sólo estaba resaltando lo obvio; ella habría sonreído y él le habría sonreído de vuelta.

Con el pasar de los días los dos lograron acostumbrarse a la presencia del otro. No tenían nada que los distrajera y se sentían a gusto estando acompañados.

Su relación iba en constante ascenso, y puede que, tal vez, subiendo más de lo que esperaba. Verlos comportarse como dos niños que se gustaban pero que no tenían el valor para decírselo al

otro, era un infierno; mi vida después de la muerte comenzó a hacerse más difícil de sobrellevar a causa de eso.

Abby intentaba llamar la atención de Adam a pesar de ya tenerla sin esforzarse mucho y Adam intentaba complacerla en todo, incluso dejando de patrullar como lo acostumbraba para pasar más tiempo a su lado. El hecho que estuvieran en la cabaña aislados del resto del mundo, los atrapaba en una burbuja atemporal sin nada que los pudiera distraer: personas, obligaciones, deudas, familiares, responsabilidades... nada parecía afectarlos, ni siquiera la locura.

Las semanas se convirtieron en meses; Abby ya parecía tener una mejora significativa en sus lesiones lo que le permitió a mi esposo conocerla mejor. Aquella mujer desagradable, temperamental, difícil de tratar, que no soportaba escuchar a Adam hablar y que, para variar, necesitaba la ayuda de mi esposo, desapareció casi por completo.

Adam (aunque no era muy diferente a como estaba en el principio) se encontraba a gusto cada vez más por la actitud y la presencia de Abby. Lo consideraba como algo enriquecedor que las cosas hubiesen sucedido de tal forma que los dos se encontraran. No sabía si la vida lo había determinado, si el azar le favoreció por un simple desenlace loco de sucesos o que todo estaba planeado; esa nueva chica le permitía la posibilidad de imaginar tantas razones que parecía que era un hombre diferente.

Mi esposo pasó a invertir su tiempo, casi en su totalidad, en ella. Ambos adquirieron un comportamiento basado en la rutina que les permitió un avance significativo en una relación que parecía prometer cada vez que se acercaban más.

Gracias a la recuperación casi total de Abby, Adam descubrió que era una asidua lectora, que engullía libros y todo lo que fuera escrito (cosa que explica parte de su frustración en no poder leer) por puro placer, lo que lo llevó a recolectar todo lo que pudiera considerarse literatura y entregárselo para llenar sus días de aventuras, fantasías, misterios y romances. Pero no fue lo único que aprendió de ella.

Aunque, para ser honesta, su recuperación parecía estar lejos de completarse. Era de esperarse que ciertas alucinaciones o distorsión de la realidad que pudieron haberse presentado mientras estaba reciente su trauma, continuara como una especie de secuela la cual poco a poco iría amainando hasta desaparecer sin dejar rastros; síntomas comunes de lesiones como esa. Pero, de entre todas las cosas que pudieron haber continuado como secuelas, la más extravagante y loca fue la que prevaleció.

—Creo que ya estoy bien para que me lleves al lugar del accidente —le dijo Abby, una tarde cualquiera mientras que compartían en silencio frente a la chimenea.

Se acostumbraron que, a las tres de la tarde, luego de almorzar, se sentarían en frente de la chimenea a tomar un café y a compartir el tiempo; fuese leyendo, hablando o simplemente durmiéndose cada uno en su asiento preferido, lo hicieron parte de su rutina.

En ese horario hablaron de todo, incluso de mí. Abby y Adam parecían no tener más secretos, hasta ese día.

—¿Crees que estás lista? —preguntó Adam, esperándose eso.

—Sí.

—Por un momento creí que lo habías olvidado.

Abby bajó el libro, depositándolo en su regazo.

—No, sólo quería esperar.

—¿Esperar a qué? —Adam no había perdido interés en el tema, de hecho, en secreto, deseaba que fuese verdad.

—No lo sé —afirmó— creo que quería esperar a sentirme mejor.

—Te sientes mejor desde hace ya varios días —señaló él.

—Sí, eso lo sé, pero es que no creí que estuviera preparada.

—¿Preparada? ¿Para qué habrías de estar preparada? —Él le miró, confundido— ¿Qué crees que vas a conseguir ahí?

El terror y la confusión se apoderaron del rostro de Abby. Tal vez mientras estaba lesionada parecía difícil de creer tal locura, y puede que, de no estarlo, si lo hubiera dicho con esa mirada y expresión que llevaba puesta, le habría creído de inmediato.

—No quiero averiguarlo —Su voz perdió afinidad, parecía que se había tragado el sonido y no conseguía sacarlo por su boca.

Ahogó sus palabras de nuevo, dando la misma respuesta, pero, esta vez, solo para sí misma.

—No quiero averiguarlo.

Adam intentaba entender lo que sucedía sin decir ni una sola palabra. La mujer que conoció al principio ya no estaba, esta era otra: una persona madura, con una vida fuera de esa cabaña, con un pasado, traumas, miedos, opiniones. Le había costado adaptarse a la idea de que tenía que hacerse de una nueva primera impresión, haciendo de cuenta que lo que vivió con ella antes, prácticamente no sucedió.

Eso hizo que la vida personal de esta nueva Abby fuera algo delicado, algo que pudo haber sido del mismo modo que con la otra Abby (la Abby con un golpe en la cabeza), pero que, por algún motivo, con esta, era diferente, por lo que le debía respeto.

—Pero siento que debo hacerlo —Agregó Abby, con una voz llena de convicción.

—¿Estás segura? No creo que sea importante ya, has estado aquí —vaciló— relativamente cerca del lugar del accidente, y no te ha pasado nada malo; creo que no...

—No me crees ¿verdad?

Abby miró a Adam como si le ofendiera su desconfianza. A pesar de saber que era algo descabellado, continuaba esperando que alguien no la tomase por loca luego de decir eso. Sí, no había nada que lo comprobase, ni mucho menos algo, aparte de Adam, que indicara la existencia o no de aquel laboratorio.

Por extensión, de existir, ella estaría en graves problemas; en su defecto, igual por extensión, eso significaría que Abby tenía un grave problema.

—No, no he dicho nada de eso —se defendió.

—Lo acabas de decir como si no me creyeras; estas poniéndolo en duda —le reprochó ella.

—No, Abby, no creas eso. No estoy diciendo nada de eso —insistió— no es lo que piensas.

—Entonces ¿Qué es? ¿Qué intentaste decir entonces?

—Lo que trato de decir es que, si los del laboratorio te estuvieran buscando, no estarías aquí todavía; ya te habrían encontrado porque, para ser honestos, no estamos muy lejos.

La mirada de la chica cambió, se notaba que había aprobado el punto de mi esposo.

—Tiene sentido —dijo.

—Lo sé, por eso lo digo. No estoy dudando de ti, ni nada.

—No, bueno —cambió su semblante— no es como que sea tu culpa. Sé que no es muy fácil de creer algo tan descabellado.

Te lo dije.

—Lo sé, pero, desde que me lo dijiste, no dudé de ti —Adam se inclinó al frente, apoyando sus codos sobre sus rodillas para acercarse, aunque solamente un poco, a ella— incluso, durante días, caminé y caminé para ver si había alguna señal del laboratorio.

—¿Y? —Abby esperaba una revelación contundente.

—No encontré nada —y eso la decepcionó casi de inmediato.

Adam entendió lo que eso había significado para la chica; esperaba algo importante y revelador y él no le entregó nada.

—Pero —agregó, sembrando de nuevo un poco de esperanza en ella— eso fue caminando solamente al mismo nivel que en donde te encontré.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó, sintiéndose cada vez más emocionada.

—Que no subí. Si caíste desde arriba lo que sea de lo que estabas huyendo estaba sobre nosotros, no a esta misma altura.

—Tienes razón.

—Sé que tengo razón o ¿Cómo crees que vas a caer de la nada? Yo pienso que hay algo allá arriba que no he visto porque ha estado bien oculto.

Abby sonrió ante el intento de mi esposo de hacerla ver menos loca. Ella se notaba claramente convencida de que todo eso era cierto, y, creo, lo hizo porque Adam parecía apoyarla; no se sentía tan loca.

Supongo que el problema no era que fuese cierto o no, sino que el colocarlo sobre un manto de duda significaba que en su cerebro sucedía algo o no. Aquella posibilidad evidentemente le aterraba.

—Pero bueno —Adam se levantó del asiento, lleno de energía— cuando estabas luchando por levantarte y mantenerte de pie, te prometí que te llevaría cuando estuvieras mejor —dio un aplauso de alerta y levantó la voz— así que creo que ya podemos ir.

Abby se le quedó viendo, como si estuviera analizando la situación con total cuidado, como si se tratara de algo que necesitara una evaluación cuidadosa para poder tomarlo en cuenta.

—No sé si lo recuerdes —continuó él— pero una promesa es una promesa —se acercó a Abby y le extendió la mano para ayudarla a levantarse— ¿Vienes? —preguntó con una sonrisa.

Abby había estado esperando ese momento por mucho tiempo. Se guardó la duda, el miedo y la incertidumbre por mucho tiempo para poder hacer de eso algo a lo que se enfrentaría con todas sus facultades activas, como para dejarlo pasar por la simple posibilidad de que no fuera real.

Abby colocó su libro de lado, guardándolo entre el cojín y el costado interno del sofá y se levantó.

—Y sí —dijo, embriagándose con la sonrisa de Adam— sí lo recuerdo.

Adam sonrió, alegre, porque sabía que Abby era una persona diferente. Estaba seguro que si hubiese sido aquella mujer que le reclamaba cualquier cosa en cualquier momento, le habría dicho algo como: «Pues debiste haberme llevado antes», o, «yo puedo levantarme sola» a pesar de que realmente no podía.

—Vamos entonces.

Abby y Adam salieron de la cabaña dispuesto a ir al lugar en donde la encontraron para ver sí podían dar con el paradero de aquel supuesto laboratorio. Él no estaba dudando de la credibilidad de las palabras de aquella chica, pero sí tenía ciertas dudas al respecto del por qué habría un laboratorio ahí y qué tenía ella que ver con todo eso.

El asunto no era tener que encontrarlo, el creerle o si era cierto o no, sino ¿Qué hacían ahí y qué papel jugaba ella?

Adam miraba a Abby con cierto aire de preocupación; no quería que fuese lo que fuera que la había tenido ahí y la obligó a caer de la nada la atrapase de nuevo y le hicieran pagar caro por haber huido. Es decir, la verdad pudo ser cualquier cosa, no necesariamente tenía que ser algo malo, pero, la paranoia y la incertidumbre solamente le permitían pensar en cosas nefastas.

—Y —abrió la boca luego de unos cuantos minutos en silencio mientras que caminaban entre los frondosos árboles de la montaña. Él estaba un paso más al frente, guiándola por el camino más seguro— ese laboratorio...

Adam no sabía cómo abordar el tema que parecía ser un tanto delicado para ella; era el tipo de cosas con el que las personas no estaban acostumbrados a lidiar y, el que alguien interrumpiese su cómoda y cotidiana vida con algo tan extraño como «huir de un laboratorio» del que, por extensión, sólo se puede decir que se «experimentaba» con ese alguien, da una sensación desagradable en la boca que no permite muy bien encontrar las palabras adecuadas.

Abby lo miraba desde atrás con cierto pavor oculto detrás de un manto de pseudo seguridad que la mantenía en una posición elevada dentro el espectro de: «estoy preparada para todo» con el que se consolaba para no aceptar que tenía miedo y que no quería regresar a ese lugar.

—¿Qué? —preguntó Abby, buscándole sentido a su pregunta.

Sabía que estaba a punto de hacerle una pregunta importante, y tal vez, por las pocas palabras que había dicho, podía ser que supiera de qué quería hablar.

—Este —Adam disminuyó la velocidad de sus pasos para poder estar al mismo nivel (lado a lado) de ella, y así conferirle más importancia al asunto, atacarlo con confianza, verla a los ojos cuando escuchara su respuesta:— ¿Qué sucede en ese laboratorio?

No era la pregunta que él quería hacer, pero si estaba dentro de lo que le preocupaba.

—¿Qué sucede de qué? —Le miró ella, entendiendo en parte lo que quería saber, pero necesitando más información para poder darle una mejor respuesta.

—Bueno —vaciló— ¿Qué hacen ahí? ¿De qué va este laboratorio? ¿Acaso hacen experimentos con el cuerpo de las personas o cosas así? ¿Intentaron lavarte el cerebro o algo?

Abby no pudo aguantar la risa a pesar de que el tema le era delicado. Sí, era un tanto difícil hablar de eso, pero, para ella, el que Adam le dijese ese tipo de cosas, resultaba adorable.

—¿De qué te ríes? ¿Es una broma? —Adam comenzó a creer que todo eso podría ser simplemente un chiste de mal gusto. Por un momento se sintió como un tonto incrédulo.

—No, no —aseguró ella entre risas— es que me parece lindo que digas eso, es como que sólo pensaste que me drogaban o algo por el estilo.

Sin entender, Adam se detuvo. Abby no se percató y continuó caminando hasta que, tras abrir los ojos para dejar de reírse, se dio cuenta que él se había quedado atrás.

—¿Qué pasó? —inquirió dándose la vuelta y acercándose a él.

—No entiendo qué es tan gracioso, entonces ¿No estaban haciéndote cosas en el laboratorio?

Abby continuaba eufórica, aunque un poco más calmada tras entender que estaba confundiendo a aquel pobre hombre.

—Bueno, cosas, cosas —dijo, haciendo énfasis en las últimas dos palabras aludiendo a las «cosas» que pensaba él que ella había sufrido— no. No es como que me estuviesen metiendo una sonda por el culo para tratar de saber qué pienso.

—¿Eso no lo hacían los extraterrestres? —preguntó él, cada vez más perdido.

Abby sintió un poco de escepticismo en su voz, algo que le hizo cuestionar ciertas cosas por unos segundos antes de suponer que había sido solamente una impresión suya.

—No —aseveró con una sonrisa— no es eso.

—¿Entonces? —Adam estaba desesperado por saberlo, ya a ese punto, con su nivel de confusión, había perdido el temor que sentía al no saber cómo abordar el tema.

De repente, el tema había dejado de ser algo delicado.

—¿Qué se supone que te hacían en aquel laboratorio?

Abby respiró profundo y retomó su paso, invitándolo a él a hacer lo mismo. En lo que Adam le alcanzó, comenzó a hablar. Por la forma en que trataba el tema, era como si ella realmente esperara que él supiera al respecto, cosa que, aunque no se escapaba de la realidad, solamente había pasado por encima del espectro.

—Es un laboratorio en donde mantienen personas en un ambiente controlado con el fin de estudiar sus comportamientos dentro de relaciones con otros individuos de pruebas que ellos «toman» —hizo énfasis en esa palabra, proyectando la palabra con mucho cuidado— para saber cómo se comportan y eso.

—¿Y no les amarraban a la cama o algo por el estilo? —era una duda legítima de Adam, no tenía ánimos de bromear.

—Eh —vaciló ella— no, no lo hacían —se dio cuenta que Adam estaba confundiendo algo muy importante a tener en cuenta— sí sabes que un laboratorio no es exclusivo para los científicos locos que cortan personas ¿Verdad?

—Bueno, no conozco ningún otro laboratorio, la verdad.

Abby se rio con un poco más de decoro para no ofender a Adam.

—Es muy lindo que hagas eso —dijo, y continuó caminando hasta adelantarse más o menos un metro.

—¿Hacer qué? —preguntó él, al sentir que ella no tenía ánimos de dejar en claro las cosas.

Luego de esa explicación, me pareció que no era tan delicado o importante el tema que giraba en torno al laboratorio; si era tan importante ¿Por qué se reía? O ¿Es que acaso esperaba que Adam supiera algo de antemano? Abby lo mantenía en un suspenso, no sé si omitiendo palabras porque daba por sentado que él sabía de qué hablaba, o nada más para ser misteriosa, pero, el caso es que, de un momento a otro, dejó de ser algo «delicado». Y eso que me había costado tanto tiempo tomarla en serio.

Adam, se adelantó para guiarla, aun pensando en lo que acababan de contarle acerca del laboratorio. A pesar de ser una «respuesta» dentro de lo que cabe mencionar, no le había dado lo que él quería: saber lo importante. Abby no decía nada, mi esposo estaba pensativo a su manera, tan obvio que incluso ella le dio algunas miradas furtivas y, sin embargo, no le decía nada tampoco.

Caminaron por unos pocos minutos antes de que Adam tomara de nuevo la iniciativa.

—Pero en serio —dijo, sin darse la vuelta para verla— ¿Qué hay con ese laboratorio? ¿Por qué huiste? ¿A qué le tienes miedo?

Adam sabía que, a pesar de estar riéndose de su comentario, de su comportamiento despreocupado en ese momento que contradecía la forma en que habló antes de eso, que era algo que debía estar preocupándole en realidad.

—No tengo miedo —se excusó ella, siendo tan evidente que era imposible no notarlo.

Adam se dio la vuelta, deteniéndose en seco, obligándola a ella a detenerse y mirándola: «¿En serio?» le retó con la mirada, levantando la ceja y con una expresión de juez en el rostro.

—Este —vaciló— sí.

Adam se volvió a girar y continuó caminando.

De nuevo, un incómodo silencio.

Mientras la veía a ella caminar, me daba la impresión de que veía Adam guiarla por el sendero hasta donde sucedió el accidente con un poco de culpa: ¿Tuvo que caminar todo eso conmigo en brazos? Parecía la pregunta que se estaba haciendo. Y es que en verdad era algo encomiable; mi esposo estaba en una buena condición física, pero, haber hecho lo que hizo es

propio de una persona con muy buenas intenciones, cosa que, ella no apreciaba cuando era víctima de su propio cambio de humor.

La verdad es que, en ese tipo de casos, esta Abby me agradaba más.

—Gracias —dijo Abby, de repente, fuera de contexto y con un tono de voz casi inaudible.

—¿Por qué? —respondió sin darse vuelta.

—Por haberme ayudado, por llevarme a tu cabaña y esperar a que me recuperara.

—No hay de qué —respondió, sin dejar ver que le había gustado ese comentario— necesitabas ayuda y yo a alguien a quien ayudar —dijo.

—¿Por qué? ¿Por qué necesitabas a alguien a quien ayudar?

—Por nada.

Adam estaba erigiendo una barrera de hielo entre los dos con la intención de demostrar su descontento ante la forma en que ella trató el tema del laboratorio, y creo que Abby se dio cuenta.

Abby abrió la boca, dejando escapar un sutil sonido que bien pudo haber pasado desapercibido para cualquiera.

—No falta mucho —dijo, suponiendo, por el silencio de la chica, que ella estaba preguntándose eso.

—Ah, está bien —respondió, dejándose apartar por él— pero eso no era lo que quería decir.

—¿Qué querías decir entonces?

—Que lo siento.

Adam giró su rostro para verla, era como si la palabra «lo siento» hubiese servido de llave para abrir la puerta de su atención.

—¿Qué sientes?

—Haberme reído —explicó— es que estoy nerviosa y, creí gracioso que pensaras esos de los experimentos que hacían.

Adam amainó su paso acelerado para quedar lado a lado de ella, en un gesto de comprensión.

—Es que estuve mucho tiempo pensando al respecto y no sabía qué pudieron haberte hecho ahí.

Ahora sonaban como dos personas preocupadas.

—¿Qué creías que me habían hecho? —preguntó ella, interesada en su imaginación.

—Que te habrían hecho cosas feas, que tal vez tus lesiones no eran por causa del golpe en tu nuca sino porque estaban experimentando con tu cabeza y podrían dejarte loca.

Abby sonrió, sonrojándose un poco, como si estuviese alagada.

—Te preocupaste por mí —agregó, bajando la mirada, apenada, aun con la sonrisa en el rostro.

Era como ver a una niña recibir un caramelo del niño que le gusta.

—¡Claro que lo hice! Llevo lo que va de mes, desde que te encontré, preocupado por ti —aseveró Adam. Por eso me preocupa qué es lo que sucede con ese laboratorio. ¿Acaso fue tan malo lo que te hicieron ahí?

—No es eso, no es como que me utilizaran para cosas horribles.

—Pero dijiste que los colocaban en relaciones con otras personas...

—Sí, en ambientes controlados; al principio solamente creí que se trataba de personas normales y, la verdad, es que realmente lo eran. Pero resultaba que estaban secuestrando personas y colocándolos en lugares atemporales para que no se dieran cuenta que estaban siendo «secuestrados».

La explicación se hacía cada vez más loca y difícil de comprender.

—No entiendo —dijo, y es que yo tampoco entendía.

—¿Qué no entiendes?

—Todo —respondió— me quedé atrás en laboratorio y me perdí en todo lo demás.

Abby se notaba frustrada, sin poder entender por qué Adam aun no comprendía la situación. No lo culpo, yo tampoco estaba siguiendo muy bien sus palabras. La chica no dejaba de mirarlo confundida, como si estuviese viendo algo importante que estaba dejando pasar. Para mí era como que su traumatismo en la cabeza le estaba pasando la factura y eso era el resultado: alucinaciones que parecían tan reales que se las creía y era capaz de convencer a otros.

Mi esposo es un hombre honesto, tiene la mente abierta y acepta muchos puntos de vista diferentes porque así puede llegar a una conclusión más precisa; le da el beneficio de la duda a todo.

Pero creo que es precisamente ese mismo encomiable don de ser tan indulgente con las ideas, lo que lo llevó a creerle a las locuras de Abby. Tal vez no sea su culpa, no es como que ella decida cómo va reaccionar su cerebro, pero, de todos modos, da un poco de lastima verla seguir adelante y arrastras a Adam en eso.

—Ya te dije: es un grupo de personas que están interesados en estudiar el comportamiento de los individuos en una relación: ¿Cómo se comportan? ¿Cómo deciden vivir sus vidas? ¿Qué sienten y cómo influyen sus sentimientos en la toma de decisiones? ¿Por qué llegamos hasta aquí? ¿Qué fue lo que nos condenó a hacer este tipo de cosas?

La explicación de Abby me traía tan confusa como a Adam, arrojándonos a un vaivén de preguntas y respuestas raras.

—Dicen que el ser humano se encuentra condicionado por su entorno —continuó hablando— que su comportamiento se rige por el círculo social en el que se encuentra, por lo que crearon uno en el que ellos tuvieran el control completo, incluso en que año nacieran los participantes.

Y, humilde persona que lee esto, fue así cómo toda esta historia se hizo cada vez más loca.

Adam no quería interrumpirla, a pesar de querer preguntarle de qué demonios estaba hablando.

—Pero, el caso es que tener a personas que nacieron en 1918 relacionarse con los jóvenes actuales, resultaba alocado, así que empezaron a sacar a ese mismo individuo en sus años de juventud y traerlo para ver cómo influía eso.

Mi esposo continuó caminando, escuchando atentamente a sus palabras sin dar su opinión, no sabía si creerle o cualquier otra cosa porque, la verdad no se esperaba nada de eso. Ni en sus más alocados sueños pudo haber llegado a esa conclusión.

—Al principio creí que solamente nos probaban para ver cómo nos relacionábamos, luego, un evento que no controlé me llevó a otro hasta que descubrí que estaban secuestrando a las personas de sus épocas arriesgando la existencia de muchos otros solamente para tenerlos en un estúpido experimento —Abby daba su explicación tal cual ella lo había entendido y presenciado; como si se tratara de una amante de las conspiraciones.

—No —le detuvo Adam— espera un momento —vaciló.— Sí, este...

Él divagaba, tratando de encontrar la mejor forma de decirle que ya había cruzado el límite. Lo que eso implicaba era muy descabellado.

—Me estás diciendo —continuó— que los del laboratorio viajaban en el tiempo, secuestraban a alguien y lo usaban, usan, usaran —se extendió— de conejillo de indias para... ¿Para qué exactamente? ¿Para ver cómo se relacionan?

Adam parecía ofendido, confundido, extraviado en un mar de ideas y totalmente asustado. Si

antes no sabía a qué creerle, ahora menos. Pero más que todo, molesto; de ser cierto, era lo más estúpido que había escuchado ¿Para qué querría alguien tener a dos individuos de épocas diferentes emparejarse? ¿Qué conseguían con eso?; y, de no serlo, ¿Por qué de entre todas las alucinaciones, esa era la que tenía que prevalecer?

—Eso quiere decir que el viaje en el tiempo es real —concluyó Adam— y que están secuestrando personas para que se relacionen, solo porqué sí.

—Claro que el viaje en el tiempo es real —respondió Abby a eso específicamente; de entre todo lo que él había estado formulando— lo ha sido desde ya hace más o menos diez años.

Adam no podía dejar de confundirse cada vez más. Este extraño giro de eventos parecía tan forzado y poco original para él (y para mi) que se detuvo, puso ambas manos en su cintura y comenzó a ver al suelo para pensar mejor.

—Diez años —dijo Adam, completamente sorprendido— ha habido diez años de viajes en el tiempo y nadie se ha enterado.

—Todo el mundo lo sabe, Adam —Abby lo seguía tratando como el tema más normal del mundo— desde el 2020.

En mi humilde opinión, ya no sé qué está sucediendo. Adam estaba convencido de que todo parecía tan loco como posible, pero, el que le estuviera sucediendo a él, una persona la cual, lo más relevante que le sucedió fue verme morir lentamente, le parecía inaudito.

Mi esposo comprendió dos cosas muy importantes en ese momento, primero: ella no era de por ahí, de ningún modo, ni canadiense ni del mismo año; y segundo: que Abby no tenía idea de en dónde estaba, lo que explicaba ciertas cosas.

—¿Qué demonios? —vociferó — ¿2020? —Adam se tensó aún más, entendiendo lo que estaba pasando.

Abby se sorprendió, algo andaba mal, algo había dejado pasar y, a pesar de no verlo todavía, algo le decía que guardaba relación con lo que acababa de decir.

—¿Qué tiene? —preguntó— ¿Por qué gritas?

—¡Abby —exclamó— estamos en el 2017!

Abby quedó muda, relacionando todo lo que acababa de suceder en tan poco tiempo; cada detalle, cada cosa que observó, pensó e hizo, había sido tan mal interpretado y, a la vez, tan extrañamente normal (hasta el punto de que lo que era evidentemente distante y diferente ni siquiera se notó), comprendiendo así que, ella misma, había puesto en marcha algo de lo que se supone estaba huyendo.

—¡Maldita sea! —vociferó, dejando escapar el grito desde lo más profundo de su ser.

Los viajes en el tiempo se habían demostrado posibles décadas antes de que los hicieran públicos. En un mundo en donde aún existían cosas que el ser humano no era capaz de etiquetar, cuantificar o hacerlo pasar de una simple hipótesis, aquel descubrimiento, había sido el pináculo de una era llena de avances inexplicables tan repentinos como esporádicos.

Tres años después de aquel evento, se haría mención de algo de lo que se estaba hablando por tanto tiempo, tan viejo como tal, que le fue difícil de creer a muchas personas. Al principio hubo escépticos, conspiradores y demás que suponían lo imposible, pero eran incapaces de aceptarlo y concebirlo. Solamente las mejores mentes del mundo pusieron en marcha lo que la imaginación a penas y era capaz de maquinarse y, así hacer realidad lo que antes era un simple sueño.

El mundo tardó en acostumbrarse; las nuevas generaciones crecieron dentro de ese nuevo mundo mientras que las anteriores, los que aún estaban superando el cambio de milenio (acostumbrándose a un lugar en el que todo iba más rápido que ellos), se vieron obligados a aceptarlo como aceptaron los demás cambios en el tiempo que llevaban con vida. Aunque de todos modos no era como que pudieran acceder a él como si fuera oxígeno.

Pocos eran los que podían hacer uso de dicho viaje, no por lo inalcanzable sino por la falta de experiencia con el tema.

Solamente los que tenían acceso a maquinaria importante y la cantidad adecuada de influencias, pudieron hacerse con una cosa tan importante como esa. Solo hizo falta tiempo para que llegaran los que se aprovecharon de ella hasta el punto en que comenzaron a secuestrar civiles de todo el tiempo para usarlos como conejillos de india.

EL experimento con humanos seguía prohibido, pero no con individuos muertos.

Para ellos, técnicamente era como experimentar con los cadáveres de las personas o con renegados sociales con el fin de entender el comportamiento humano evaluando cosas que tardarían años, en cuestión de minutos. Así que buscaron a personas de todo tipo, edades, clases sociales; los usaban para probar drogas, sistemas sociales, productos, y mucho más.

Abby tuvo que explicarle todo eso a su montañero favorito.

—Esto es difícil de creer —dijo él, muy a pesar de que era de mente abierta— no es imposible, pero me cuesta mucho creerlo.

—Lo siento —respondió Abby.

Se sentía culpable por haber arrastrado a alguien a algo tan extraño como eso.

—No creí que estuviese en otra época —dijo ella— ni mucho menos que tendría que explicártelo de esta forma.

—Es que —vaciló— Siquiera ¿Cómo es posible?

Los científicos comenzaron a interactuar con una especie de agujeros, distorsionando el tiempo y el espacio para poder hacer uso de él como les viniese en gana —vaciló— la verdad es que no sé mucho del tema, solamente soy una simple mesera, no es como que supiera todo al respecto.

—Suena muy elaborado para que lo acabases de inventar.

—No lo estoy inventando, ya te dije, esa es la verdad.

Adam no encontraba las palabras para no ser ofensivo y mucho menos para decir que no tenía sentido. Para él no era algo que fuese imposible, el problema era que, incluso con todas las pruebas, a menos que pudiera verlo y confirmarlo, no podía aceptarlo así como así.

—En serio quiero creerte —dijo él— pero me cuesta un poco tomarlo en cuenta.

—Lo sé, no todos fueron capaces de digerir tal información por un tiempo.

—Y, y —divagó— ¿De qué año eres?

—Del 2027 —Abby lo dijo como si fuera algo que le doliera confesar— estamos separados por diez años.

—Maldición —Adam estaba aquejado, dolido, y lo peor, dolido— ¿Por qué me pasa esto a mí? —se preguntó.

Abby le veía con lastima, como si se tratara de un animal herido en el medio de la carretera. Yo quería que todo eso se acabara, que pudiera ser capaz de entender que era prácticamente imposible y que todo lo que ella estaba diciendo podría ser simplemente parte de una alucinación que se salió de control.

Con todo ese tiempo que había estado sola, durmiendo o incluso dejando que su cerebro se cocinara con ese dolor de cabeza y el trauma que se hizo, aquello tenía más sentido en la mente de una persona con una condición que en la de una con todos sus cables en orden.

—Yo creí que estábamos en el mismo año —se excusó ella— no creí que fuera posible que me tuvieran en otro tiempo, ni siquiera sabía cómo funcionaba el viaje en el tiempo.

—No te culpo, de ser cierto, no creo que fuera culpa tuya —de repente, pensó que todo eso se hacía cada vez más ilógico.— Pero ¿Cómo se supone que no sentiste la diferencia de diez años?

Abby lo miró como si ella misma se hubiese estado haciendo la misma pregunta. Tiene sentido, después de todo, ¿Cómo era posible que una supuesta viajera en el tiempo no identificara la diferencia entre los dos? Para mí, cada vez que hablaba, que todo se hacía más y más confuso, se iba desvelando su falacia y falta de criterio. A pesar de que me tenía iracunda su historia, no era como que la estuviese culpando; hasta donde sabía podría ser causa del trauma o, en dado caso, aquel laboratorio podría ser en realidad un psiquiátrico del cual se escapó.

—Porque no tenía idea de cómo eran las cosas en Canadá; para mí, el que alguien estuviera aislado en una montaña no tenía sentido —explicó— ¡Pero no quería decir que estuviéramos separados por diez años en el tiempo! Creí que era normal en Canadá que hubiera montañeros como tú. Además, diez años no es mucho tiempo.

—¿No es mucho? En menos de cuatro años hacen publico el viaje en el tiempo, y para cuando apenas llevan siete años con él ¿Secuestran personas? A mí me parece mucho tiempo.

—No es para tanto.

—Además, es normal ser montañero —dijo— no sé si lo sea dentro de diez años.

—¡Soy del otro lado del mundo! Además, a penas y soy una mesera, no creo que pudiera saber la cultura canadiense de los últimos...

—Sigüientes —le interrumpió.

—Sí, sigüientes —corrigió— ¡Diez años! —vociferó para resaltar su punto.

—Para ser honesto, no creo que vayamos a cambiar mucho nuestra cultura, no veo por qué habríamos de olvidar nuestros valores dentro de tan poco tiempo.

Ya habían llegado al lugar en dónde él había encontrado a Abby. El arbusto seguía maltratado por su caída, con unas cuantas cosas de más, pero nada que pudiera decir que la estaban buscando, dejando la impresión de que ahí no estuvo una chica del futuro.

Abby, tras dejar que la conversación fuese perdiéndose en el camino de lo dudoso y el

conflicto, bajó la mirada para evaluar el arbusto. Tenía rato intentando cambiar de tema, enfocarse en lo que habían ido a hacer hasta ahí, pero, se dejó llevar por la explicación que le dio a Adam.

—¿Fue aquí? —señaló el arbusto.

—Sí, fue ahí en donde te atajé en lo que te vi caer.

Abby resopló por la nariz, dejando escapar una risita como diciendo: «vaya».

—Qué loco —miró el arbusto fijamente como si le fuera difícil de creer que eso, y un hombre enorme, fueron lo que le salvaron de casi morir.

—¿Loco? —Adam se lo tomó muy a pecho— Loco es lo del viaje en el tiempo —Abby apartó la mirada del arbusto para verlo a él— creo que el que hayas caído de la nada tenía más sentido que todo esto.

Adam cada vez se sentía más y más molesto, no por lo del viaje en el tiempo, sino por no poder entenderlo todo a la perfección.

—Adam —le reclamó— no te estoy mintiendo, en serio es algo que va a suceder —Abby también estaba dejándose llevar por la tensión— no pido que me creas de una vez, pero tampoco supongas que te miento porque no sería capaz de mentirte a ti ni porqué lo quisiera.

—Pero es que...

—Pero es que nada, Adam, no creo que pueda ser tan inteligente como para venir a inventar una historia como esa, es verdad, es algo que realmente va a suceder, a lo que todos nos va a tocar acostumbrarnos, incluso a ti —le enterró el dedo en el pecho varias veces, hasta el punto del que su dedo se doblara.

Adam ni se inmutó, parecía que con la fuerza con la que le enterró el dedo, sería capaz de empujarlo, pero no, mi esposo era demasiado grande para ella.

—¿Cuántos años tienes? ¿Ah? ¿Veintinueve, treinta? —despegó su dedo del pecho de mi esposo y comenzó a sacudir las manos, a moverlas mientras hablaba— Dentro de diez años no serás tan viejo, habrás tenido que acostumbrarte a todo eso para ese entonces.

—Tengo veintiséis.

—Ah, bueno, eso quiere decir que tendrás treinta y seis años para ese entonces. No es mucho ¿Ves? Tendrás tiempo para adaptarte.

—De no ser que esté muerto.

—Sí, de no ser que estés muerto —repitió, sin darse cuenta de lo que estaba diciendo.

Cuando lo entendió, parecía que su corazón se había detenido. Con la boca abierta y la mirada perdida, reconsideró lo dicho.

—No digas eso —exclamó dolida— No va a estar muerto dentro de diez años, Adam. No puedes estarlo —respondió.

Lo decía más para ella misma que como una respuesta para él. Abby quería creer que no era posible, que, de haber una forma de regresar a su época, el reencontrarse con él sería lo primero que haría.

—Solamente digo, así como es posible que el viaje en el tiempo sea real, también lo es que yo esté muerto —dijo— ¿Sabes? Antes de encontrarte, no tenía muchos motivos para estar vivo, así que no creo que haya resistido más tiempo solo y mucho menos diez años.

Abby tomó la indirecta con respecto a ella, la pequeña sonrisa que se le escapó lo dijo todo, pero, al igual que yo, entendió lo otro.

—Hay muchas razones para seguir vivo, Adam —aseguró Abby.

Es lo que yo he esperado que entienda todo este tiempo.

—Lo sé, todos siempre dicen eso —se quejó— pero ese no es el caso ahorita.

Adam bajó la mirada, vio el arbusto, la subió, recorrió la caída de Abby con los ojos y luego se fijó de nuevo en ella.

—Hay que probar que no estás equivocada, así que debemos encontrar ese laboratorio.

Adam dio unos pasos alrededor del árbol que había detenido la caída de la chica, esperando encontrar algo que no había visto antes en sus exploraciones nocturnas mientras ella dormía.

—Adam, hasta donde sabemos, podría estar en cualquier lado, ni siquiera podría estar en este año —dijo Abby.

—No me importa, —Adam continuaba mirando de arriba abajo, de cabo a rabo, dando vueltas en todo el área alrededor de ese árbol— si apareciste aquí, debe haber algo que te haya traído o te mantuviese aquí. No es como que ellos te hubieran enviado intencionalmente al pasado.

Según lo que había dicho ella, Abby no era precisamente la más apta para hablar al respecto de los viajes en el tiempo; al parecer, era algo tan normal que las personas simplemente elegían entre prestarle atención y no hacerlo. Supongo que se hizo algo así como los sistemas de gobierno, cada uno elegía su postura y vivía con ella el resto de su vida.

—No creo que vayamos a encontrar nada aquí —Abby seguía sin moverse de donde estaba.

Adam continuaba caminando por los alrededores, perdiéndose así entre los árboles y de la vista de Abby.

—¿Dónde estás ahora? —gritó, buscándolo por donde lo había visto la última vez— en tal caso de que haya algo, debe ser arriba, no aquí abajo.

Abby parecía tensa, creo que no quería estar más sola, ni mucho menos gritando en el medio de la montaña sin nada con qué protegerse. No era nadie especial, solamente una chica cualquiera enredada en un asunto con el tiempo y cosas locas.

—Tiene sentido —dijo Adam, causándole un susto a Abby al aparecer de repente detrás de unos árboles en diagonal a la dirección en la que ella tenía puesto el ojo — no parece que haya nada por aquí.

Abby se llevó la mano al pecho en un gesto de sorpresa justamente en lo que Adam comenzó a hablar.

—Lo sé, por eso te estoy diciendo que no tiene sentido que encontremos algo aquí.

Adam se acercó a ella.

—No lo sé, para mí que el laboratorio está aquí porque no tiene sentido que hayas aparecido diez años en el pasado sólo por salir corriendo —se detuvo al frente de ella— no sé cómo funciona eso de los viajes en el tiempo, pero creo que para que estés en el dos mil veintisiete y luego en el dos mil diecisiete así como si nada y sin que te hayas dado cuenta, no es algo que se pueda hacer así se sepa mucho acerca de los viajes en el tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú misma lo dijiste: los hacen creer que están en su época. Hasta donde sabemos, pudiste haber estado todo este tiempo en el dos mil diecisiete, pero creías que estabas en el dos mil veintisiete.

Abby lo miró, considerando su punto.

—Entonces, ¿Dices que tienen su laboratorio en el pasado?

—Sí, eso creo. ¿Acaso no es ilegal experimentar con humanos? —formuló él— de ser así, seguro están en una época en la que no se sabe absolutamente nada al respecto.

—Sí, hacer ese tipo de cosas con el viaje en el tiempo es penalizado.

—¿Con más razón aún! —vociferó Adam— seguro están aquí, escondidos en «no sé dónde» para evitar una ley que técnicamente no existe todavía.

—Es una forma de verlo.

—Eso pienso, no lo sé.

Los dos se quedaron varias horas buscando en los alrededores a ver si conseguían algo relevante para confirmar la información que acababa de entregar Abby de forma tan descuidada. Adam no tenía razones para desconfiar de ella a menos que no fuese algo que tuviese que ver con el hecho de que a penas y la estaba conociendo. Con todos los detalles que dio, con la forma que apareció de la nada y todo lo demás, era difícil, incluso para mí, no considerar, aunque sea un poco su historia.

Pero, de todos modos, me costaba creerle, así intentara darle el beneficio de la duda.

Luego de un rato, buscando y buscando, conversando al respecto de las cosas que tenían que ver con el futuro, lo que se hacía, lo que se había olvidado y demás, Adam y Abby concluyeron que no había forma de encontrar lo que buscaban si no subían aquella montaña.

—¿No tienes nada para subir hasta allá? —dijo ella, contemplando lo más alto de la montaña.

—Aquí en mi cabaña no, además, ya no escalo, no desde hace mucho tiempo.

Abby bajó la mirada, sintiendo que había dicho algo inapropiado.

—Oh —tocó un tema delicado— verdad. Lo siento, lo había olvidado.

—Descuida —respondió Adam, mirándola comprensivamente— no es nada.

Sus miradas se encontraron y no se perdieron por varios minutos. En silencio, contemplaban la existencia del otro, sintiéndose tan apartados como era posible, tan solos y tan juntos a la vez que todo les parecía una simple locura. Adam no quería dejar pasar aquel momento y Abby, pensando en que, dentro de las muchas cosas que pudieron haberle sucedido, esa era la que más le hacía sentir mejor.

—Deberíamos regresar a la cabaña —dijo Adam, interrumpiendo el encuentro de sus miradas — se va a hacer de noche y no creo que debemos estar más tiempo afuera.

Pero se seguían viendo, no despegaron sus ojos del otro, ni siquiera se movían. Parecían estar hipnotizados por el momento, tranquilos, llenos de paz.

—Sí —afirmó Abby, con un tono de voz calmado; arrastró esa y las palabras que dijo después como si estuviera sumida en un sueño profundo— tienes razón, deberíamos regresar.

Durante horas estuvieron uno al lado del otro, conversando, llegándose a conocer cada vez más; durante semanas hicieron lo mismo, y, con lo que acababan de descubrir el uno del otro, todo parecía tan irreal que les hizo suponer que debían atesorar lo que tenían porque, ni en sus más alocados sueños, había forma de que algo como eso hubiera sucedido.

La tensión era casi palpable en el aire.

—Vamos entonces.

No se movieron, ni siquiera porque lo estaban tomando en cuenta.

Adam respiró profundo con la intención de obtener la fuerza necesaria para apartar la vista de aquella hermosa mujer.

—Sí, mejor nos vamos —y cerrando los ojos con fuerza adelantó su paso.

Abby lo observó alejarse por unos segundos, aun hechizada por el encuentro antes de hacer lo mismo que él y comenzar a caminar.

—Sí, debemos irnos.

Adam y Abby habían prometido no hablar más al respecto, no querían seguir discutiendo algo que no podían comprobar ni negar con tan sólo discutirlo; él estaba seguro de que no había forma de que ella le estuviese mintiendo, ni siquiera por la posibilidad de que fuera falso, la cual era tan alta como la de que fuese verdadero. Dejó de ser un algo relevante en poco tiempo, algo que no presentó ningún problema dado que los dos tenían mejores cosas en las que concentrarse.

—No te lo había dicho —agregó Abby mientras comían— pero la verdad es que estoy agradecida de que me hayas rescatado.

Adam levantó la mirada de su plato y fijó sus ojos en ella, sabiendo que sí se lo había dicho antes y extrañándose por lo repentino de sus palabras.

—Sí lo hiciste. Me agradeciste lo que hice al traerte hasta aquí.

Adam le regaló una sonrisa mientras masticaba educadamente su trozo de carne.

—No creo que haya sido suficiente.

—Pero sí lo dijiste, tal vez no sea suficiente, pero lo dijiste.

—Tú me entendiste —exclamó Abby, sintiendo que Adam estaba matando el momento con su malos chistes— no te hagas el tonto.

Adam se rio, dibujando una sonrisa y ahogando la carcajada dejándola escapar como un sonido nasal.

—Sí, yo te entendí —afirmó— no tienes por qué molestarte.

—No estoy molesta.

—Está bien.

—Pero sí, quería agradecerte por haberme salvado y darme refugio, atendiéndome a pesar de que fuera una molestia para ti y no fueras capaz de disfrutar tu soledad —agregó, bajando la mirada y jugando con la comida en su plato.

Abby se sentía legítimamente agradecida, no sabía cómo expresar lo que sentía por él y por lo que había hecho porque, las cosas como habían sido hasta ese momento, incluso las más descabelladas, habían logrado hacerla descubrir algo que no creía encontrar en el pasado, ni mucho menos en alguien, técnicamente, mayor que ella.

En su mente, luego de que todo se revelara, solamente daba vueltas la misma idea. Había dos opciones que le torturaban, la primera: que probablemente tendría que regresar en cualquier momento, y la segunda: que, de quedarse, no sabía lo que eso podría significar para ninguno de los dos, siquiera para el universo mismo. Era poco lo que conocía acerca del descubrimiento que había catapultado al ser humano a una nueva era, separando así, a dos personas que evidentemente se amaban.

—No te preocupes —aseveró Adam, luego de tragar su bocado; con la mirada fija en ella, apreciando lo apenada que se sentía— no eres ninguna molestia, lo contrario, de no haber sido por ti, tal vez ni siquiera seguiría vivo.

—No digas eso —vociferó, levantando la cabeza como si lo que él dijo hubiera sido una blasfemia— no tienes por qué decir que soy la única razón por la que estás vivo.

—Abby, es cierto. —Afirmó Adam— luego de Nadia, no había nada que me mantuviera

interesado en —levantó las manos y señaló su entorno, su alrededor, el mundo entero— esto.

Abby soltó el tenedor, dejándolo caer sobre el plato y levantando algunas de las cosas del mismo, las cuales cayeron en la mesa.

—Nadia no hubiera querido que dijeras eso —dijo ella, como si conociera a Nadia.

—Tal vez en vida —dijo Adam, sin inmutarse, como si no le afectara el asunto— pero ahora está muerta.

Abby no podía creer que alguien se sintiera así, tan frío y tan cínico luego de la muerte de una persona amada.

—¿No la amabas? —preguntó, sintiendo esa pregunta como un arma de doble filo.

Adam la vio fijamente a los ojos, no quería hablar al respecto, no lo había hecho siquiera cuando estaba solo, ni cuando murió ni cuando le pedían en las sesiones con el psiquiatra que dijera cómo se sentía.

—¿Ah? —insistió ella.

Adam estaba renuente a hablar.

—Vamos —le motivó ella.

lla esperaba que Adam hablara, que sus palabras fluyeran.

—Sí la amo —dijo, en tiempo presente.

Abby se esperaba algo como eso.

—Nadia era todo para mí. La vida no tenía sentido si no estaba con ella. Cuando la veía, era como ver todo lo que siempre quise, materializarse frente a mí; no importaba si teníamos o no algo, estar con ella era lo único que me importaba —comenzó a hablar Adam.

Abby veía cómo sus ojos se llenaban de un brillo inexplicable; sentía cómo los sentimientos de Adam iban saliendo de su pecho e invadiendo toda la cabaña.

—Yo no tengo metas, no tengo ambiciones ni sueños; nunca he querido nada más grande para mí, ni especial ni de otro mundo. Ella era mi única responsabilidad, sueño; vivía para hacerla feliz porque eso me hacía sentir feliz —dejó el tenedor en la mesa, golpeándola, haciendo que los dos platos se elevaran y que Abby diera un salto por el susto— así que sí, sí la amaba. Y no importa lo que le quiera decir, no importa lo que ella haya querido para mí, está muerta y no puedo cambiar nada de eso.

Adam no apartó, en ningún momento, su mirada de Abby. Estaba convencido de que todo lo que había dicho era lo único que importaba, que nadie iba a cambiar su punto de vista y que no tenía que seguir hablando al respecto.

Abby, por otro lado, sentía que las cosas estaban por fin saliendo a la superficie. Adam estaba reprimiendo muchos sentimientos y era algo que no le era ajeno a nadie; quien compartiera al menos unos cuantos minutos con él, sabría que seguía pensando en su esposa constantemente y se negaba a dejarla ir, que tenía cosas por decir.

Pero, las cosas que dijo en ese momento le llegaron a ella de muchas formas. No sólo era lo preciso y frío de sus palabras, sino lo que ello (lo dicho y lo que dejó al entendimiento) implicaba. Abby sintió celos de una mujer que ya no estaba, que para ella tenía más de diez años muerta. Sabía que lo que él sentía por su esposa era algo que trascendía muchas barreras, y que, por más que lo quisiera, no sería capaz de llegar a sentir lo mismo por ella.

—¿Te despediste de ella? —preguntó Abby, en un pálpito de dolor, pero consciente de lo que era necesario para él.

Y fue en ese momento en el que regresé.

Adam y Abby estuvieron hablando de mí, de lo que implicaba. Mi esposo no había hecho mención de mi nombre en mucho tiempo, pero no significaba que dejara de pensarme como lo hacía cuando lo que sentía por ella se hacía cada vez más fuerte.

Mi esposo sabía qué quería decir, mientras que ella, incrédula, esperaba que él realmente se despidiera. Durante mucho tiempo esperé que lo hiciera, que me hablara por lo menos creyendo que estaba ahí, pero ese hombre es necio y, el creer en cosas como la vida después de la muerte, le eran difíciles de concebir.

Lo cual es gracioso, dado que no pone en duda lo del viaje en el tiempo, pero sí en que yo esté ahí, observándolo, levitando sobre él como una maldita entidad molesta, como la telaraña a la esquina del techo, invisible, inaudible, prácticamente inútil.

—Yo no creo en hablarle a las personas muertas como si hubiera un modo de que me escucharan —otra cosa graciosa: sí podía hacerlo— no lo creo, no tengo nada que decirle a Nadia que realmente importe porque ¡No va a importar! Porque ya está muerta y nada de lo que haga o diga lo va a cambiar.

—Pero debes hacerlo, tienes que dejarla ir —Dijo. Y sí, ella tenía razón.

Pero, ¿Para dónde me iría? Si cuando no estoy aquí simplemente «no estoy». Pero ella sí que tenía razón: Adam debía dejarme partir, despedirse; honestamente quiero saber qué tiene para decir.

—No tengo qué —vaciló, hastiado— ¿Por qué hablamos de esto? ¿Por qué simplemente no lo olvidamos y ya?

—¡Vamos, hazlo! —le motivó.

Adam se veía cada vez más alterado. No era propio de él, pero, la verdad es que no sabía cómo se comportaría en una situación en la que se hablara de mi muerte porque, la verdad, nadie se había llenado de valor para decir algo al respecto.

—¡Qué no! —vociferó.

Abby estaba segura de que podía convencerlo, yo quería que lo hiciera.

—¿Qué fue lo que pasó en esa montaña que tanto te duele? ¿Por qué no puedes simplemente dejarla ir? —vociferó ella.

—No tengo que decirte —exclamó.

—¡Claro que sí! Tienes que decirlo, no para mí, sino para ti, tienes que dejar ir ese dolor.

—¿Ahora eres una psiquiatra? —preguntó, de manera despectiva.

—¡No soy una maldita psiquiatra, Adam! ¡Pero te amo y quiero que te sientas mejor!

—Yo me siento bien, Abby, no necesito tu empatía, ni la empatía de nadie más —Adam se levantó, iracundo, dándole la espalda a Abby— ¡Todos dicen saber lo que es mejor para mí, que necesito dejarla ir, que debo hacerlo! Pero ¿Sabes qué? —se giró y la vio a los ojos— ¡No quiero hacer nada de eso!

Yo sabía que Abby estaba afectada; acababa de decirle algo muy íntimo a Adam y él hizo caso omiso a ello. Pero no era una mujer débil, así que se levantó, apartando la silla con las piernas, dejándola caer a sus espaldas y continuó con la discusión.

—¡Dime, joder! ¡Dime qué pasó! —vociferó.

—¿Quieres que te diga lo que paso? —preguntó Adam, altanero, cansado de que siguiera insistiéndole— ¿Quieres que te diga lo que se siente que tu esposa caiga frente a tus ojos? ¿Quieres saber lo que se siente? Lo que se siente no poder hacer nada para ayudarla porque ¡Estas guiñando por la maldita cintura de frente a ella viendo cómo se va muriendo lentamente!

Adam comenzó a gritar más fuerte.

—No es nada lindo, ¡Es el maldito infierno! —continuó— Estar ahí, sin poder moverte, sin poder hacer algo para ayudarla porque eres demasiado estúpido como para hacer algo al respecto. Mientras, ella está ahí, tosiendo la sangre que va entrando a los pulmones porque al caer se fracturó ¡Una maldita costilla! Y todo porque yo la motivé a escalar, porque dejé que ella se adelantara.

—No fue tu culpa —trató de decir ella.

—¡Claro que fue mi culpa! ¡No estuviste allí!

El caso es que, no fue su culpa. Mi trabajo era colocar los fisureros que sostendrían nuestras cuerdas para poder tener un base de donde sostenernos, pero, por un simple error, todo se fue al demonio. El no haber colocado dos de esos bien, fue lo que nos jodió por completo.

Por lo menos... si por lo menos hubiera colocado los fisureros bien, el haber fallado el siguiente, perdiendo el equilibrio y cayendo hacia atrás, no habría sucedido nada; seguro habríamos logrado retomar nuestras cuerdas y bajar porque sabíamos que no era apropiado seguir subiendo... pero no.

—Si no hubiera dejado que ella se adelantara a hacer lo que siempre hacía yo, no habría sucedido. El fisurero se soltó, ella cayó, mi peso sacó dos de los fisureros mal puestos y lo demás es una maldita tragedia —gritó Adam

Yo había aterrizado sobre un peldaño de la montaña, quedando con múltiples fracturas por los golpes que me di al golpearme con las partes que sobresalían de la roca. La caída fue dolorosa, sucediendo en un abrir y cerrar de ojos. Cuando todo se detuvo, tenía una fractura abierta en el fémur, una laceración en la frente y la costilla perforándome el pulmón. No podía moverme del dolor. Me estaba ahogando con mi propia sangre, la agonía más horrenda que pude haber presenciado.

—Se quejaba, Abby —agregó él— ¡Se quejaba del dolor! Y me decía: no quiero morir, amor, no quiero morir.

Abby no podía controlar las lágrimas que le corrían por los parpado y luego por las mejillas mientras que las palabras de Adam le daban como un puñal, una tras otra, puñalada tras puñalada.

—Y yo le decía —Adam se imaginaba la escena, sabiendo que eso era lo que quería evitar al hablar del accidente; veía al suelo, como si me estuviese mirando a los ojos— no vas a morir, mi vida, no lo harás. Saldremos de esta. —De repente, bajó el ritmo de su voz: pausada, adolorida; susurraba sus sentimientos.— Pero sabía que no lo íbamos a lograr. Sabía que no había forma en la que pudiéramos salir de ahí —Adam no dejaba de ver al suelo

Pero, después, lentamente, fue subiendo la mirada hasta quedar fija en los ojos lagrimosos de Abby.

—Y mentirle fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida —confesó.

Adam dejó caer de nuevo su cabeza, cerrando los ojos; apartando la silla para colocarla en posición y depositarse en ella.

Abby no sabía qué agregar a eso que no fuese capaz de destruir todo lo que había creado con tan solo unas cuantas palabras. Así que decidió no decir nada. Se secó las lágrimas con el dorso del brazo, celosa de que Adam no estuviera llorando y retomó las palabras que había dicho antes de que él comenzara a relatar mi muerte.

—Debes despedirte de ella —dijo, llenándose de valor para repetir lo que hizo que él se pusiera así— debes decirle lo que quieres decirle.

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó, tras levantar la cabeza lentamente.

—Lo que querías decirle a ella.

—¿Para qué, sino está aquí para escucharlo?

—Puedes intentarlo —vaciló.

Realmente quería hacerlo, y realmente quería que lo hiciera. Estaba entrelazando mis dedos para que diera con una maravillosa idea capaz de hacer que Adam cambiara de parecer y confesara sus sentimientos, cuando, de repente, sus ojos se iluminaron tras concebir la maravillosa idea que estaba esperando.

—Podrías decírmelo a mí.

—¿Qué te diga a ti? —repitió, tomándolo como una idea alocada.

—Sí, a mí, decirme lo que quieras decirle. Yo lo escucharé y será como que se lo estés diciendo a ella.

—¿Eso de qué va a servir? —preguntó, enderezándose en la silla.

Abby se acercó a él y se agachó en frente suyo, apretando las piernas de Adam, en un intento desesperado por llamar su atención.

—Te desahogaras, dejarás de pensar al respecto y de culparte —agregó— y no importa si ella no te escucha, yo lo haré y estaré segura de que ella hará lo mismo. Puede que tu no lo creas, pero yo sí.

—¿Qué quieres lograr con eso?

—Quiero que te desahogues, quiero que digas lo que piensas y —se quedó ahí.

—¿Y qué?

—Y quiero saber lo que le dirías a Nadia.

Adam la vio fijamente a los ojos, sin ganas de tomar en cuenta su idea, pero viendo en su mirada algo de lo que no podía defenderse. Abby realmente quería eso para él, tal vez porque lo veía como una especie de favor a cambio de lo que él hizo por ella, o porque era extremadamente curiosa. La verdad es que no tenía pensado hacerlo. Pero, Abby seguía insistiéndole con las pupilas dilatadas.

—¿En serio quieres saberlo? —preguntó.

—Sí, en serio quiero saberlo y también quiero que te desahogues, quiero que digas la elegía que nunca diste en el funeral de tu esposa.

Adam respiró profundo, cerró los ojos, puso sus manos sobre las de ella y asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo, abriendo los ojos.

Abby se emocionó por completo, una sonrisa de oreja a oreja se le dibujó en el rostro como si estuviera abriendo un regalo que estaba esperando durante todo el año o más tiempo. Ella se apartó, tras entender lo que Adam quiso decirle al colocar sus manos sobre las de ella y ambos se levantaron.

Era gracioso tener que ver a Abby subir la cabeza arriesgándose a que le diera torticollis al intentar ver a los ojos a Adam.

Los dos estaban parados uno frente al otro, mirándose fijamente a los ojos, él viendo hacia abajo y ella hacia arriba. Pero Adam entendió que podría ser cansado quedarse en esa posición, así que se alejó un poco para que sus cuellos estuvieran en una posición menos dolorosa.

—¿Así está bien? —preguntó.

—Sí.

—Vale —asintió— ¿Qué quieres que diga? —preguntó de nuevo.

—Lo que sea que necesites decir. Ya no soy Abby, soy Nadia, y estoy aquí para escuchar tus palabras.

Lo bueno es que realmente estaba ahí, escuchándoles, así que, todo ese teatro no estaba tan mal ya que por lo menos serviría de algo. Por lo tanto, me fui al lado de ella y me puse en medio de su campo visual para que pareciera que me estaba viendo a mí. Lo hacía para sumergirme más en el momento.

—¿Lo que sea?

—Lo que sea.

Adam respiró profundo de nuevo, inseguro de lo que iba a decir, llenándonos de suspenso tanto a Abby como a mí. Yo realmente quería saber qué tenía para decir porque, la verdad, aunque supiera un poco lo que él pensaba, no sabía nada de lo que estaba a punto de escuchar.

Por un momento, incluso, creí que en lo que supiera lo que tenía que decir, desaparecería por completo. Creo que ahora es momento de averiguarlo.

—Nadia —empezó Adam.

Pero se detuvo.

—No puedo —dijo, soltando su cuerpo como si estuviera sosteniendo un gran peso.

—Vamos, qué tú puedes, sé que puedes —le motivó Abby.

Adam volvió a respirar profundo, a tomar lo que podía de sus fuerzas y hablar.

—Nadia —repitió, con los ojos cerrados.

—¿Sí? —Abby habló para darle más motivación. Además, es algo que yo diría.

Abby no apartó su mirada del rostro de mi esposo, ni siquiera porque él tuviese los ojos cerrados, no sé si era porque estaba interpretándome como un papel importante o quería ser ella quien recibiera esas palabras.

—Te extraño —continuó, sin abrir los ojos— no sabes cuánto ni a qué medida. Desde que te fuiste me sentí tan solo y perdido que la vida no tenía más sentido para mí. No quería respirar porque el oxígeno me resultaba nocivo sin tu perfume natural; ni siquiera quería existir porque la verdad es que lo hacía sólo porque eso te hacía feliz y, por extensión, me hacía feliz a mí.

Vaciló.

—Desde que te fuiste me es difícil ser bueno en algo en lo que no haya mejorado sólo porque lo hacía por ti, para ti, y pensando en ti. La verdad lamento no haber podido ser de gran ayuda, de no poder darte una mejor vida, con mejores cosas, con más afecto. Lamento no haberte abrazado tanto cómo me lo pedías, o dejar de levantarte la voz cuando me decías que no lo hiciera porque te hacía sentir mal.

Abby comenzó a llorar de nuevo y Adam se fue acercando lentamente a ella, obligándola a llevar el cuello hasta atrás.

—Lamento no haber sido más inteligente para saber qué hacer cuando en verdad me necesitabas, ni de haber dejado que te fueras primero que yo. Lamento no ser fuerte, ni ser un hombre positivo ni con convicciones; lamento no haber podido imaginar una vida sin ti y estar aquí lamentándome por existir porque ahora no estás conmigo.

Cada palabra, iba trayéndose la siguiente como si fuera una corriente de agua cada vez más fuerte. Me llegaban, realmente me llegaban. Por su parte, Abby estaba callada, con lágrimas en los ojos, mirándolo fijamente. En ese momento, Adam abrió los ojos.

—No sabes lo agradecido que estoy de que me hayas amado, de que hayas compartido conmigo todo el tiempo que pudiste, a mi lado. Pero, estar sin ti es existir a medias. Todo se divide de tal forma que no puedo disfrutar de algo por completo si no lo comparto estando a tu lado.

Tragó saliva.

—Pero debo dejarte ir —sus palabras se hacían cada vez más personales, me hablaba y sentía que me veía— porque no puedo seguir aferrándome al pasado. Viviré porque...

Adam tragó saliva, tenía los ojos fijos en ella, por lo tanto, también los tenía fijos en mí. En ese momento estaba tan deseosa de poder tocarlo, de poder decirle lo que pensaba, pero, por lo menos sabía que estaba hablándome a mí, así fuera en su imaginación, valía la pena y eso era lo que importaba.

Pero, como si realmente estuviera ahí, miró a través de mí, fijándose en Abby, porque ahora no era conmigo.

—Tengo una nueva razón para estar vivo —los dos sonrieron.

Poco a poco sentía cómo mi presencia se iba desligando de la suya, ya no soy útil para esta historia porque la historia se seguirá escribiendo sin mí. Pero con esas palabras me sentí invisible, tal cual lo era. Adam estaba superándome de tal forma que estaba dejándome ir; ya era hora, tenía que hacerlo.

—Pero eso no quiere decir que deje de amarte; jamás dejaré de quererte porque fuiste mi primer gran amor. Me enseñaste a vivir y eso nunca se olvida.

Yo siento lo mismo, también siento que debería estar con él justo ahora, abrazándolo queriéndolo como tanto lo quiero, amándole como tanto le amo, pero, las cosas no son así, yo no soy quien planteó la premisa de esta historia, pero tengo el placer de haber formado parte de ella.

Tuvo una pausa lo suficientemente larga para entender que ya había terminado con su elegía.

—Te escuché —dijo luego de un rato.

Abby estaba perdida en el pensamiento y los sentimientos que había encontrado con las palabras de Adam. Pero esas últimas palabras, estando fuera de contexto sirvieron como un llamado de atención.

—¿Qué? —Preguntó ella— ¿De qué hablas?

—Te escuche cuando lo dijiste —dijo Adam, hablando con adivinanza— no creas que no te presté atención.

—¿De qué hablas? —Abby se estaba haciendo de una idea, creía saber de qué estaba hablando, pero quería que él se lo explicara.

—Cuando dijiste que me amabas.

Adam y Abby estaban comprometedoramente cerca. No había nada entre los dos, tanto así que ella sentía el vaho de su respiración en el rostro.

—¿Me escuchaste? —preguntó apenada— creí que...

—Sí, me di cuenta. Y me gustó que lo hayas dicho.

—Pero como no me dijiste nada al momento, yo pensé que...

—No quería dejar de estar molesto, o perder el calor del momento.

—¿Querías estar molesto? —Preguntó Abby, suponiendo que era lo más raro que alguien le había dicho.

—Sí, eso. No me gusta dejar las cosas inconclusas —Adam se iba acercando más y más a ella.

—¿Inconclusas? —Abby no podía controlar su propia respiración, ni sus palabras o su cuerpo.

Las palabras de Adam le hacían estremecer por completo, estaba confusa, descontrolada. No sabía cómo actuar ni qué hacer al respecto.

—Y ¿Ya terminaste? —dijo, sintiéndose luego como una tonta.

De entre todo el conjunto de palabras que pudo haber usado, de entre todas las respuestas que

pudo haber dicho, no pudo pensar en algo mejor que eso.

—¿Quieres averiguarlo? —preguntó Adam.

Y antes de dejarla responder, se acercó lo más que pudo a ella, tomó su cabeza con ambas manos y le dio un beso largo y profundo.

Adam estaba convencido de que nada de lo que hiciera o dejara de hacer, iba a valer la pena si no era capaz de aprovechar el tiempo que le quedaba (de ser limitado) con Abby. El beso fue la sentencia de una idea, de un sentimiento que estaba creciendo desde hace tiempo, que no quería sacar a la luz pero que, tras aquel momento que tuvieron los dos, no podría simplemente dejarlo pasar.

—Adam, tú... —dijo Abby, cuando por fin Adam dejó espacio para que respirar.

—¿Yo qué? —preguntó él.

—¿Por qué? —intentó ella decir, jadeante, tratando de encontrar las palabras.

Para Abby, el que estuviera haciendo eso, significaba que estaba irrespetando la memoria de Nadia.

—Nadia... no deberíamos.

—No importa —dijo Adam— ahora sólo importas tú.

—Pero acabas de decir que... —los besos de Adam interrumpían su idea, quería poder decirle lo que sentía, lo que pensaba, pero los apasionados ósculos de su amado no le dejaban siquiera pensar.

Adam continuaba acercándose a ella, llevándola en contra de su voluntad de moverse hasta la habitación que una vez fue suya antes de que ella llegara; seguía besándola, enredando sus dedos en el cabello de Abby mientras que sus lenguas hacían la danza del amor.

No quería dejarla ir, no quería que ella arruinara el momento con alguna rabieta, alguna idea paranoica del tiempo, de un mundo en donde Nadia estaba molesta con ellos por estar haciendo eso, ni nada por el estilo. Quería estar solamente con Abby, con mente, con su cuerpo, con su amor. Estaba deseando eso tanto como ella.

—A partir de ahora, solamente vas a importar tú —repitió mientras la llevaba hasta la habitación.

Las palabras de Adam eran más que suficiente para convencer a Abby de hacer lo que, en realidad, ella deseaba tanto. Aquel inmenso hombre de gran cuerpo, de hombros anchos, fuerte y de gran corazón, estaba dominándola tanto como había esperado que un hombre lo hiciera.

Estaba convencida de que haber hecho todo ese viaje hasta ahí para encontrarse con alguien a quien en realidad apreciaría una vez que le diera espacio en su corazón, había sido lo mejor que pudo haberle pasado. Adam era el hombre indicado, era quien la llevaría por los senderos de la vida que estaba dispuesta a recorrer cogidos de mano y sonriendo ante el mundo.

Se preguntó: ¿Qué hice todo este tiempo sin él? ¿Cómo pude estar tranquila sin alguien así en mi vida? Pero había cosas que ella no sabía, sentimientos que se fueron cosechando durante meses, fermentando por años y puestos en una botella en cuestión de días solamente por ella. Pero eso no importaba, no importaba nada en aquel momento en el que las manos traviesas de Adam continuaban inmiscuyéndose en la ropa que alguna vez le perteneció a Nadia.

Y ¿Qué tal si había sido eso? ¿Qué tal si él la veía con esos ojos llenos de amor sólo porque ella estaba remplazando a su esposa porque se veía igual que ella? Abby seguía maquinando como una desquiciada razones y posibilidades que pudieran desestimar lo que estaba pasando. No le era suficiente con sentir los labios de Adam recorriendo su cuello, sus clavículas, su rostro; sus dedos jugar con sus pezones y su mano jalando su cabello.

La simple idea de conseguir algo tan especial y enriquecedor como un hombre; como un Adam, le era difícil de creer. Quería sumergirse entre sus labios tanto como él lo hacía con los suyos, pero los pensamientos negativos se apoderaban de su psique.

—¿Qué sucede? —preguntó Adam tras abrir los ojos y ver en ella una mirada perdida y pensativa.

Lo que veía no era una mujer infeliz, sino una confundida.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, dolida del corazón y excitada en todo el cuerpo— ¿Por qué yo?

Adam no sabía qué decir, no sabía si era una faceta, su necedad o algo que le preocupaba legítimamente. Quería reírse, decirle que no importaba nada de lo que estaba pensando porque él hacía eso porque quería, porque realmente deseaba estar con ella. Pero, no sabía lo que ella estaba pensando.

—Porqué lo vales —respondió al final.

Abby se sentía cada vez más enamorada de aquel hombre; no eran solo sus palabras, sus gestos, el salvaje rumor de sus besos y sus manos acariciando su cuerpo, humedeciendo su sexo en un despliegue de sensualidad, de elocuencia, atiborrando sus sentidos con un insaciable deseo, tratando de ella como si fuese una mujer que necesitara de eso tanto como del oxígeno. Pero, con todo y ello, aún tenía espacio para la duda.

—¿Cómo lo sabes?

Por fortuna, sus preguntas no alteraban o hacían que Adam dejara de estimular su cuerpo, sus pezones, sus labios. Acariciaba su piel mientras que ella hablaba, con la respiración agitada, jadeando con cada palabra como si estuviera corriendo un maratón. Él sabía lo que ella quería, estaba dándole lo que su cuerpo le pedía, lo que sus brazos sueltos le invitaban a hacer, lo que sus piernas abiertas gritaban que hiciera, y lo que sus labios suaves y rojos deseaban sentir.

Pero ella seguía dudosa, inquieta. Él no iba a dejar de besarla, de hacerla sentir bien y sentirse bien él en el proceso.

—Porque lo eres —hablaba, levantando sus labios, en pausas cortas, fluctuando entre besos y palabras— porque deseo estar contigo, porque me siento completo una vez más, porque me encantas, porque te amo.

Abby quería seguir discutiendo sus sentimientos, quería estar segura de que todo lo que estaba sucediendo en esa cama, con ella semi desnuda (porque Adam había logrado ir despojándola de su ropa habilidosamente), dispuesta a recibirlo, pero también a cuestionarle.

No era su naturaleza, no era algo que acostumbraba hacer con todos los hombres de los que se enamoraba, sino que una mesera del otro lado del mundo, cuidado y no de otra realidad, (según ella) no tenía las aptitudes necesarias para estar a la disposición de un hombre tan apto como él. Ella sentía que todo lo que le estaba sucediendo era algo demasiado bueno para ser real, para ser justo con ella, para ser hecho a la medida de sus deseos.

Pero Adam no dudaba de lo que sentía; sabía lo que quería como hombre, como persona, como ciudadano del mundo. Había tardado mucho en hacer eso, en desplegar, abrirse sobre ella extendiendo su alma y dejándose llevar sin pensar en las consecuencias, en lo que había perdido, en lo que significaba estar solo. Las dudas de Abby no iban a hacerlo cambiar de parecer.

—No quiero que creas que lo hago por despecho —Agregó Adam, entre besos y caricias— porque la verdad si deseo tenerte, deseo sentir tu cuerpo, tus labios, tus manos tocándome y tu sexo poseyéndome —se detuvo para verla a los ojos— tú lo vales, vales mucho y no voy a permitir que pienses que no eres importante para mí.

¿Qué podía decir en contra de eso? ¿Cómo podía pensar lo peor luego de esas palabras? Abby no estaba segura de muchas cosas; se sentía inferior a muchas personas porque no había logrado ser lo que el éxito le exigía que fuera, pero, Adam, la hacía sentir especial, que realmente lo valía. Y, nada podía discutir contra ese inexorable sentimiento.

Pensó: Te amo, Adam, eres un hombre increíble.

Quería decirlo, dejar que se escapara de su boca, pero sus labios estaban haciendo otra cosa antes de darse cuenta que ya se encontraba rodeando aquel cuello de hombre con sus brazos y embozando un beso en aquellos hermosos labios canadienses.

Abby comenzó a quitarle la ropa a Adam, una camisa no más, porque él ya había hecho la primera parte del trabajo. Busco con su mano las partes más sensibles de aquel fornido e inmenso cuerpo, quería poder hacerle sentir lo que él le hizo sentir a ella en tan poco tiempo.

Como pudo, lo sentó en la cama para ella colocarse sobre él, depositando sus nalgas semi desnudas sobre su regazo mientras le besaba el lóbulo de la oreja, el cuello, le apretaba los pectorales, los bíceps, enredaba sus dedos en su cabello... Abby quería saturar todos sus sentidos con la presencia de Adam.

Encontró el sexo de su amado y comenzó a estimularlo con la mano mientras que sus labios estaban ocupados con los de él.

Adam jugaba con los pechos desnudos de Abby, sin sujetador, sin camisa, sin nada. En simples movimientos logró desnudarla antes de que todo se calentara y ella había sabido apreciar esa destreza. Sus pezones erectos, su corazón agitado; cada corpúsculo de su piel se excitaba con el tacto de sus dedos, de sus manos, de sus labios húmedos.

Antes de darse cuenta, Abby ya estaba intentando poseer a Adam. De antemano, se había bajado de su regazo para deshacerse de la última prenda de ropa que le quedaba y terminar completamente desnuda, sentándose de nuevo sobre él, sintiendo todo lo que sumaba de Adam con sus labios desnudos.

Se sentía tan húmeda y preparada que Adam comenzó a jugar con su sexo, a dibujar círculos con el dedo alrededor de su clítoris, estimulando cada vez más a aquella perfecta mujer.

Su cabello largo, sedoso y negro, su cuerpo curvilíneo, sus pechos hechos justo a la medida de sus manos, sus nalgas redondas y sus piernas carnosas, eran la combinación perfecta de belleza y primor que tanto sabía él apreciar.

—¿Estás listo? —preguntó ella, mientras que cogía el sexo de Adam con la palma de la mano.

—Para ti estoy como tú me quieras.

Abby no resistió la tentación de plantarle un beso largo y jugoso en los labios luego de escucharlo hablar mientras que, con un simple movimiento, levantó su cintura y encajó aquel erecto miembro en su interior.

El primer estacazo de placer fue casi inmediato; ya sensible, el orgasmo le recorrió todo el cuerpo en un golpe de corriente capaz de hacerla gritar, temblar y experimentar la máxima felicidad en cuestión de segundos. Adam sintió como sus paredes húmedas y calientes abrazaban su miembro sin dejarlo ir, palpitando luego de aquel encuentro con lo divino después de una simple penetración.

Pero Abby estaba lejos de la satisfacción. Consciente de que aún tenía el miembro erecto de Adam en su interior, comenzó a sacudir sus caderas con intensidad, rebotando sobre sus piernas queriendo estar en esa posición para siempre.

Adam sentía cómo el cuerpo de Abby se apoderaba de sus sentidos, de su imaginación, de la inconfundible sensación de placer que podría sentir en cualquier momento estando solo pero que

nunca se compararía con el inquietante y hermoso cuerpo de una mujer.

Ambos disfrutaron del otro tanto como pudieron. En la cama, en el suelo; con él sobre ella y con ella sobre él. No había nada que no pudieran hacer que fuera capaz de arruinar ese momento, ni siquiera un mal movimiento, un apretón, una nalgada. Todo lo que hacía Abby lo disfrutaba y viceversa.

Aquel despliegue de hormonas y sentimientos estaban condensando algo que tenían tiempo esperando los dos, algo que le elevó a un nuevo lugar de su relación. Ahora no había barreras que necesitaran atravesar, porque, en lo que respecta a intimidad, no existía nada en todo el tiempo, el mundo ni la existencia misma, que pudiera deshacer lo que ellos ya habían creado.

Al terminar, después de varios orgasmos y de arrugar por completo las sábanas, Abby y Adam estaban tendidos sobre la cama deleitándose con la presencia del otro.

—Eres increíble —dijo ella mientras que acariciaba el cuerpo de Adam.

—Y tú eres estupenda —respondió Adam, jugando con el cabello de su amada.

—No quiero que esto se acabe —se lamentó ella.

Adam, bajó la mirada, haciendo que ella subiera la suya, y fijaron sus ojos en los del otro.

—Entonces, trascendamos y seamos eternos así no sea posible —vaciló— contigo quiero intentarlo todo.

Abby y Adam habían pasado al siguiente nivel de su relación. Ya no eran dos desconocidos que compartían una cabaña por compromiso. Ella no estaba ahí porque no podía salir y él ya no se quedaba todo el día a su lado porque necesitase cuidarla. Compartían su tiempo porque así lo deseaban, porque estar uno al lado del otro era lo mejor que podían hacer.

Durante semanas, las cosas marchaban de bien a mejor en cuestión de segundos, dejándolos así en una posición ventajosa para ambos. Abby se sentía a gusto con la presencia de un hombre que no esperaba encontrarse jamás y el que, de no ser por lo que la arrastró hasta ahí, tal vez jamás habría conocido.

Las posibilidades eran infinitas, pero, dentro de todas las posibles cosas que pudo haber hecho, el dar exactamente con la que le llevase a encontrar con él, habría sido inimaginable. Por eso no se arrepintió de todo el tiempo que sirvió como conejillo de indias, ni mucho menos de lo que tuvo que hacer para escapar de ese laboratorio. No lamentaba las lesiones que tuvo que sufrir ni el tiempo que no pudo caminar.

Todo lo que había hecho solamente había servido de trampolín a una vida que estaba disfrutando segundo a segundo al lado de un hombre que quería y que la quería igual. El amor había tocado a su puerta de la forma más extraña y no lo iba a dejar ir así cómo así.

—Quién iba a decir que el amor de mi vida sería un viudo canadiense del dos mil diecisiete—dijo Abby, deslizando su dedo sobre el pecho de Adam dibujando un corazón alrededor de sus pectorales.

—Y quién iba a decir que me enamoraría de una mesera que técnicamente ahora es una niña.

—¡Ey! —le dio una palmada en el pecho, Adam soltó una carcajada, casi sin inmutarse por el golpe— no soy una niña. En este momento tengo dieciocho años.

—Bueno, casi y es legal estar contigo.

—Justo ahora debería estar teniendo mi primer trabajo.

—¿A los dieciocho? ¿No tenías nada mejor que hacer? —preguntó Adam.

—A ver, pues —levantó su torso, apoyándose con el codo en la cama— ¿Y tú qué estabas haciendo a tus dieciocho?

—Bueno, a mis dieciocho estaba viajando con mi esposa por Canadá, disfrutando de la vida.

Abby se esperaba algo menos divertido.

—Vaya —exclamó— ¿Cómo hicieron eso?

—Bueno, ella había tomado un año sabático y yo no tenía muchas ganas de perder mi tiempo trabajando o estudiando, así que decidimos tomarnos unas vacaciones.

—Suena divertido —dijo, volviendo a costarse, depositando su cabeza sobre el pecho de Adam— ojala hubiera hecho eso a mis dieciocho.

Abby se quedó pensando en un mundo en el que hubiera hecho todo lo que Adam hizo con Nadia, incluso, con su más loco sueño, siendo ella su esposa. Sabía que no había forma de ocupar el espacio que ella había dejado en su corazón, o siquiera ser lo suficientemente apta para él como ella lo había sido. Pero, invertía mucho tiempo soñando en los «tal vez» o en los «quizás», se mantenía despierta con los ojos cerrados mientras escuchaba los latidos del corazón

de su amado, imaginándose un mundo normal a su lado, en donde no hubieran viajes en el tiempo, o cualquier otra cosa semejante.

Adam estaba convencido que la vida que le había tocado vivir había sido dura. El perder a su esposa en aquellas condiciones le causaban un terrible dolor que nada en el mundo pudo callar, hasta que Abby apareció.

Con su trauma físico y los síntomas que dichos problemas arrastraban, consiguió en ella algo totalmente nuevo, fresco, siendo cautivado por algo que no lograba comprender. Al principio, solamente se sentía motivado por un sentido de obligación, necesitaba ayudarla a recuperarse a como diera lugar. Pero, el tiempo supo jugar sus cartas y fue dejándose llevar por su forma de ser.

—¿Estás dormida? —preguntó Adam.

Abby no respondió con claridad, sólo dejó escapar un quejido sutil.

—Um —murmuró.

Aunque Adam sabía que probablemente no le escucharía, esa respuesta le fue suficiente.

—La verdad no quiero dudar de ti, de que seas del futuro y todo eso —dijo Adam, jugando con el cabello de Abby— pero, de ser verdad, ¿Qué significaría eso para los dos? ¿Es bueno que haya dos Abby en el mundo ahora? ¿Es bueno que estés aquí mientras tu yo más joven está buscando empleo?

Adam hizo una pausa, esperando una respuesta que sabía que no llegaría.

—Um —dijo de nuevo Abby, como si estuviera escuchándolo.

Pero, en realidad, solamente respondía al sonido de la voz de Adam por instinto.

—Si eso es un problema para lo que sea que esto sea, quisiera sentir que todo esto vale la pena y que estamos haciendo lo correcto. No quiero perderte también a ti.

Adam sabía que Abby no lo había escuchado, pero, no le importaba. Quería decirlo, quería sacarlo de su pecho a como diera lugar. No sabía lo que le depararía el futuro, ni lo que su nueva relación podría significar para él, pero, mientras más pudiera disfrutar del tiempo al lado de ella, el «después» era el menor de sus problemas.

—Realmente me gusta estar contigo —dijo al fin, dejándose caer en los brazos de Morfeo.

Y los días pasaron así no más. Entre abrazos, caricias, encuentros sexuales apasionados en cualquier parte de la cabaña y la montaña misma, sintiéndose libres, amándose mutuamente. Dos almas atadas la una a la otra viviendo la vida al máximo mientras podían.

Adam y Abby sentían que el destino había preparado todo eso para ellos. Pero, el destino era imparcial, y a veces podría llegar a ser cruel.

Luego de varias semanas esperando, un grupo de hombres extraños tocaron a la puerta de la cabaña.

Abby y Adam estaban desayunando pacíficamente, disfrutando de la compañía de su persona amada en el mundo, sintiéndose libres, indomables; seguros de que nada en el mundo podría arruinar ese momento, hasta que sonó la puerta.

—¿Quién será? —preguntó Adam, sabiendo que era poco común que tocaran a su puerta, mas no imposible.

Pero, para Abby, toda alteración repentina de los hechos era una mala señal.

Estaba paranoica, incluso antes de ese momento. Durante las semanas que compartió con Adam, a pesar de los momentos felices, veía por sobre su hombro insegura, indecisa; ¿Algo estaría siguiéndola? ¿Ya la estaban buscando? La incertidumbre le mantenía alerta a todo momento, sabiendo que esa no era una buena forma de vivir.

Sabía que no poseía ninguna cualidad especial que la hiciera relevante o le ayudara a combatir

lo que fuera que podría suceder. Tenía miedo y eso arruinaba su felicidad.

—No quiero irme —le dijo una vez a Adam— pero tampoco quiero tener que vivir escondida todo el tiempo, del tiempo mismo.

Adam había sentido un deja-vu; él le había hablado de eso mientras dormía.

—¿A qué te refieres?

—No quiero dejarte, no quiero estar sin ti.

—Ni yo sin ti.

—Pero, no creo que pueda quedarme.

—¿No crees o lo sabes?

—No, no lo sé y es por eso, por qué no sé lo que es posible y lo que no, por qué no lo sé todo, es porque no soy una experta en el tema, soy una simple mesonera en España; si no es porque necesitaba el dinero, nunca habría llegado a este lugar, ni te habría conocido.

—Entonces ¿Por qué estás preocupada? —preguntó Adam, sin ver la relación.

—Porque ¡No lo sé! —vociferó— Porque no tengo idea de lo que son capaces de hacer los que mantuvieron algo como lo que me trajo hasta aquí por tanto tiempo en secreto. No quiero tener problemas con esas personas por estar en esta época contigo.

Adam estaba seguro de que había una forma en que todo se pudiera resolver. Sabía que Abby no era ninguna criminal, no era como que la fueran a culpar por algo que no cometió, había sido secuestrada, lo peor que podría pasarle es que la regresaran a su época.

El no entendía cómo funcionaban las cosas dentro de diez años, mucho menos, si las cosas habrían cambiado en tan poco tiempo. No era como que el mundo tuviese un giro de 180° de la noche a la mañana de tal manera que la forma de ver la vida cambiase por completo. Mientras veía a Abby, sentía que lo tenía todo, y perderla, resultaría en otro suceso devastador.

—Pero ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres volver? ¿Quieres quedarte? Siento que estás diciéndome una cosa y luego otra. ¿Qué significa todo esto?

—Tengo una vida en el futuro, tengo familia, tengo un trabajo, tengo un lugar a donde regresar...

—¿Quieres hacerlo?

Adam se sentía mal porque sabía que eso significaba que debía irse (aunque no supieran exactamente cómo lo haría) pero no estaba molesto con ella porque sabía que tenía razón.

—Pero también te tengo a ti. En tan poco tiempo te has hecho tan importante que no sé qué hacer, a qué aferrarme. Quiero estar contigo pero también quiero volver a mi época porque ignoro lo que pueda suceder si me quedo aquí —Abby le miró, llena de preocupación— siento que voy a enloquecer, y no quiero hacerlo.

A él no le cabía duda de que todo lo que pudieran tener sería efímero, pero, mientras pudiera estar con ella, no importaba cuanto, estaría feliz.

—Pues, lo mejor que puedes hacer, es no preocuparte —dijo Adam, acercándose para abrazarle— sucederá lo que vaya a suceder.

Y, lo que iba a suceder, quisieran o no, sucedió.

—¿Quién crees que sea? —preguntó de nuevo Adam, mirando extrañado a Abby.

Abby tenía un mal presentimiento por la forma en que tocaban la puerta como si estuvieran anunciando que si no respondía la tirarían abajo en cualquier momento. Ella no respondió a la pregunta de Adam, ayudándolo a entender que algo andaba mal.

—¿Crees qué? —preguntó, asumiendo lo sucedido.

Abby sólo se giró para verlo, diciéndole todo con la mirada: fuese lo que fuere, estaban ahí

por ella.

Al día siguiente, la chica que había aparecido de repente en la montaña, desapareció de la misma forma. Las personas que habían llegado para llevarse a la mujer que había aprendido a amar, le explicaron lo delicado de la situación y lo importante que era que ella regresara a su época. Adam estaba convencido de que la vida le estaba jugando una mala pasada; en tan poco tiempo había perdido dos amores de su vida, algo que le era simplemente difícil de digerir.

La parte positiva es que había descubierto que ella no estaba loca. De cierta forma sirvió de mucho el que alguien más del futuro le demostrara que las cosas que la preocupaban, lo que la había llevado hasta allá y sus historias alocadas no eran falsas. De la serie de eventos que lo dejaron ahí, solo, triste e inquieto, el haber confirmado algo tan delicado como eso le daba una sensación de alivio que no podía explicar.

Luchaba con la pena y el dolor de estar solo de nuevo, sin poder soportar una partida más en su vida, inseguro de si sería capaz siquiera de seguir adelante y abrirse paso en el mundo. La ausencia de Nadia había significado un gran golpe en su cordura, en su forma de vivir, de hacer las cosas; ahora, la partida de Abby, no estaba lejos de ser igual.

Con los meses, entendió que nada fue en vano, que las cosas que vivió seguían en su recuerdo; por lo menos, no llegaron con un aparato extraño que le borrara la memoria, ni se lo llevaron a él para usarlo en alguna clase de experimento que lo dejara loco. En su mente todo lo peor que pudo haber pasado, no pasó, y eso, junto a los buenos momentos al lado de Abby, eran lo que valía la pena.

—No me olvides —dijo Abby, mientras que se iba con las personas que la fueron a buscar— por favor, no lo hagas.

—Nunca lo haré —dijo Adam, sin luchar, sin querer detener lo que estaba sucediendo porque sabía que no era su decisión.

—Trabajo en Madrid, en un pequeño restaurante que sólo tiene buenos desayunos —le dijo Abby.

—¿No puedes ser más específica?

—Sé que puedes encontrarlo —dijo, con una sonrisa en el rostro— Y, en serio, no te vayas a morir, Adam, por favor. Sigue con vida.

Adam se veía calmado, tranquilo, como el tipo de personas que dejan pasar las cosas sin inmutarse, sin demostrar que lo que sea que está sucediendo, les afecta por completo. Mientras, Abby lloraba, sintiendo que quienes la fueron a buscar no pudieron ser más inoportunos. ¿Por qué demonios no fueron a por ella antes? De ser así, tal vez habría evitado todo eso.

—¡Prométemelo, Adam! ¡Hazlo! —exigió, al ver que ni siquiera él estaba seguro de eso.

—Yo... —trató de decir.

—¡Prométemelo!

Poco a poco estaba más cerca de irse, estando a punto de marcharse por completo.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo.

Simplemente no podría romper esa promesa, no era algo con lo que querría jugar, así que el

esperó. Durante diez años Adam esperó que el tiempo pasara, buscando qué hacer con su vida mientras tanto. Los primeros días luego de la partida de Abby, se refugió de nuevo en su soledad, inseguro, inquieto y deprimido. No sabía qué hacer a pesar de que le había prometido a la chica que amaba que no la iba a decepcionar, que ella no llegaría a su época a enterarse que todo había sido en vano y que el hombre que amó en el pasado ya no existía.

Romper esa promesa no era una opción, pero ¿Qué podía hacer Adam?

Él esperó.

Luego de superar lo que ya había vivido, sintiéndose un experto en pérdidas, pensó por fin en un plan. En poco tiempo se armó de valor y cogió todo su dinero, vendió lo que pudo de sus pertenencias; entendió que estaba a tres años de ventaja del anuncio de lo que había estado cambiando y cambiaría el mundo en un abrir y cerrar de ojos. Así que, con todo en mente, cogió un vuelo de avión a España y se perdió en cada pequeño restaurante en Madrid que sólo tuviera buenos desayunos, que existía, seguro de que encontraría el indicado.

El mundo no había cambiado mucho, tal vez tenía grandes avances tecnológicos, tal vez se hacían maravillas que sólo se podían documentar en el presente porque alterar el pasado estaba prohibido; pero, entendía por qué ella no había notado la diferencia entre los dos: todos los seres humanos se veían igual.

Invirtió parte de su tiempo en aprender el idioma, en hacerse con la ciudadanía española y esperar; pasó gran parte de esos diez años esperando, esperando a que fuera el momento justo para encontrarse con Abby, hasta que, a dos años de su fecha límite, la encontró.

En un pequeño restaurante en dónde lo único bueno que tenían eran los desayunos (e incluso esos eran malos) encontró a una hermosa chica que sería una de las nuevas meseras del lugar. Supo de inmediato que era ella, pero no quiso acercarse todavía.

Adam se mantuvo apartado por mucho tiempo, esperando el momento justo en que Abby desapareciera para poder ir a rescatarla. No sabía cómo lo haría, pero sabía que debía esperar, total, ya lo había hecho por ocho años.

Había hecho de todo, invertido en el futuro y logrando conseguir éxito. Un canadiense que vivía cómodamente en España esperando poder rescatar a su doncella en apuros, estaba preparando el terreno para poder dormir de nuevo con la mujer a la que le había dedicado tanto tiempo. Sufría al verla tener dificultades económicas, consolándose solamente con el hecho de que sería por poco tiempo y que, de cambiar algo, podría arruinarlo todo. Así que espero aún más.

Era un poco difícil decir cuando desaparecería Abby, dado el caso que la secuestrarían la llevarían al pasado y regresaría en el momento justo (tal vez uno o dos días después) de su desaparición. No estaba seguro de cómo podrían suceder las cosas, manteniendo expectante e inquieto por tomar partido.

Adam estuvo siguiéndola por dos años, observando cada paso y cada decisión que tomaba. Sabía que en el momento justo en que comenzara a buscar alguna entrada de dinero, sería cuando ella se involucraría con aquel experimento social. Así que todo marchaba según el plan. En lo que sucedió, espero un tiempo para que lo que fuese a suceder entre los dos se estableciera y luego acudió a las autoridades pertinentes para avisar del caso.

—Una mujer ha sido secuestrada por unos infractores del tiempo, la tienen cautiva en una montaña al oeste de Canadá. Luego de un tiempo estando en un experimento, logró escapar y seguro ahora está en una cabaña con un montañero que la mantuvo a salvo por varios meses mientras que se recuperaba de sus heridas, consecuencia de huir de sus captores.

El aviso de Adam a las autoridades fue lo que hizo que encontrarán parte de una célula de

secuestradores de todo el mundo que experimentaba con todo tipo de personas, y el principal motivo por el cual, aquella mañana, tocaron a su puerta.

—Y pensar que fui yo quien me arruinó el desayuno —se dijo, al entender la serie de eventos que lo llevaron hasta ahí— el tiempo es algo extraño.

Ya con todo puesto en orden, con la chica de sus sueños siendo rescatada y traída al presente, las cosas pronto estarían de maravilla. Con la espera habiendo valido la pena y la vida demostrando ser buena de nuevo, buscó en donde la tendrían e intentarían reinsertarla en la sociedad cómo la conocía, para darle la sorpresa de su vida.

Abby había llegado de su rápido viaje a través del tiempo, sabiendo dos cosas: que había tenido los mejores dos meses de su vida, y que, si Adam era honesto, podría encontrárselo en el futuro, o, mejor dicho, el presente. No sabía cómo sucedería las cosas, o cómo lo encontraría, pero estaba segura de que haría lo imposible por encontrar aquella cabaña y le daría el beso más largo en la historia de los besos.

—Espérame —murmuró, como si Adam pudiera escucharla— que ya voy a por ti.

En lo que pudieron dejarla en libertad, tras curarle las lesiones superficiales que aún tenía, tales como secuelas luego del trauma, el gobierno le indemnizó los daños ocasionados por el secuestro y el tiempo fuera de su época y la dejaron seguir con su vida. Abby estaba preparada para hacer el viaje más importante en toda su vida cuando, de repente, el destino le dio una sorpresa.

—Tanto tiempo sin verte, Abby —dijo Adam.

Adam estaba esperando en la puerta de la casa de su chica, con los brazos y el corazón abierto.

—Adam —dijo Abby, sin poder articular ninguna otra palabra— Adam.

Las lágrimas comenzaban a brotarle de los ojos. Tal vez, para ella, habría sido un simple día, que hace unas cuantas horas lo había visto y se había despedido de él, pero, sabía que para que Adam estuviera ahí, esperándola, debieron haber pasado diez años.

Diez años en los que estuvo solo, esperando, seguramente muy aburrido. No sabía todo por lo que tuvo que pasar, no era ni siquiera capaz de imaginarlo. ¿Cómo la encontró? ¿Desde cuándo está ahí sentado? ¿Qué habrá hecho durante todo ese tiempo? Tenía tantas preguntas y tantas cosas por decirle que todo se atoraba en la puerta de su boca sin poder salir. Solamente su nombre lograba pasar a duras penas.

—Adam —repitió de nuevo.

—Estuve esperando este momento por diez largos años —dijo Adam.

Abby comenzó a llorar, suponiendo que de un momento a otro estaría ahogándose en un mar de lágrimas.

—Adam —dijo de nuevo, incapaz de pronunciar alguna otra palabra.

Adam abrió los brazos, viendo cómo Abby seguía procesando la información. Tal vez era difícil para ella, por lo menos, él, tuvo mucho tiempo para prepararse, una ventaja con la cual ella no había contado.

—¿No vas a venir? —dijo.

No hizo falta que dijera otra cosa para que Abby pasara de estar completamente fría a saltar sobre él con un inmenso abrazo, enrollando sus piernas en la cintura de aquel inmenso hombre y cogiendo su rostro mientras lo besaba.

—Te extraña demasiado —dijo Adam, entre los besos que le dejaban hablar— estuve esperando por ti demasiado tiempo.

—Adam, eres el mejor —decía Abby, entre besos y besos.

Adam cargó su cuerpo hasta la cama que tenía Abby en aquel departamento y la hizo suya de nuevo.

—Estuve esperando diez años para verte de nuevo —dijo él, mientras la desnudaba— no sabes cuánto extrañe verte, abrazarte, besarte —le decía, entre besos— cuanto me hizo falta el poder hablar contigo, el poder tenerte tal cual estás ahorita. Te amo demasiado, he estado diez largos años pensando en ti, enamorándome de ti a cada segundo.

Abby se dejaba tocar por Adam, dejando que el hombre que había esperado tanto tiempo por ella se desahogara. Disfrutó sus besos, sus caricias, sus miradas románticas y lascivas tanto como lo hizo en aquella cabaña, sintiendo que todo había valido la pena, que nada podría mejorar ese momento porque tenía todo lo que alguna vez quiso materializarse ante sus ojos.

Abby entendió, mientras que veía a aquel inmenso hombre apoderarse de su cuerpo, que, alguien que era capaz de esperar tanto tiempo por una simple chica de ciudad, con un trabajo de segunda y sin mucho que ofrecer: sí era capaz de amarla como alguna vez amó a su esposa.

Concebir esa idea, hizo de ella una mujer extremadamente feliz.

—Gracias por volver —dijo Adam, al terminar su encuentro esperado, con la cabeza de Abby sobre el pecho.

—Gracias a ti por estar ahí.

La Princesa del Jefe

Salvada y Protegida por el Criminal Millonario

Primera parte La terapeuta

1

Estaba esperando que John llegase a nuestra cita para hablar de su vida, de lo que le preocupaba, para saber qué problemas tenía y si estaba dispuesto a mejorarlos. Esa fue la primera consulta en meses luego de que dejó de venir a verse conmigo. No sabía por qué me había llamado tan de repente, pero, el motivo de su visita se explicó en una larga sesión que no tuvo problema en pagar.

Es importante entender que lo poco que se cuenta aquí es única y exclusivamente aquello que pude interpretar de las cosas que John me contó en sus terapias.

—Doc. Quiero saber qué tan confidencial somos. —Me preguntó de repente, entre una anécdota de su infancia y un día completamente normal que no venía al caso.

John solía perderse a menudo, entre historias e historias que me ayudaban a entender, de a poco, lo que quería decirme.

—¿Preguntas cual es el nivel de confidencialidad de estas sesiones? —le pregunté.

—Sí, exactamente eso. Usted me entiende.

—Bueno, es absoluta, de cierta forma. Todo lo que digas aquí no puede salir de aquí.

—¿Lo que sucede en la sesión de la doctora, se queda en la sesión de la doctora? —dijo en un tono carismático propio de él, como si estuviera en complicidad conmigo.

Como individuo, tenía cierto sentido del humor que le ayudaba a ignorar ciertos sentidos importantes de su vida. Cuando contaba cosas acerca de su pasado, lo hacía con esa falta de tacto ante sus propios problemas que me hacían pensar que lo utilizaba para ocultar lo que realmente le hacían sentir esas cosas que me contaba; un padre autoritario, un sistema de la familia troncal que determinó el flujo de su infancia y de más.

Pero nada de eso me preparó para lo que vino después. John estaba lleno de sorpresas.

—Exactamente.

—Perfecto entonces —exclamó, como si se estuviese preparando para algo entretenido.

—¿Qué me quieres contar? —pregunté, sin mucho ánimo de revelar mis intenciones.

—Quiero contarle todo, doc. Creo ese es el motivo por el cual empecé esta terapia en primer lugar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No me has dicho todo ya?

—¿Hasta ahora? No, nada que ver, doc. No en el sentido estricto de la palabra.

—¿Sabes que puedes confiar en mí? No hay nada que puedas decir que vaya a salir de este consultorio.

—Y eso es lo que quiero creer, doc. Pero no es algo que se le pueda decir a cualquier persona.

—¿Es malo?

—Un poco, sí —dijo, un tanto indiferente.

—¿Te ha pasado algo últimamente?

—¿Pasarme? ¡Ja! No, para nada doc. No me ha pasado nada que pueda ser considerado malo, y que tema contar.

—Entonces ¿qué es malo para ti?

—Muchas cosas, doc. —se notaba que estaba atravesando sentimientos complejos— No es lo que me haya pasado, es lo que he hecho

No sabía cuales sentimientos estaba experimentando porque no acababa de decirme nada al respecto. Quería ayudarlo, al igual que quiero ayudar a todos mis pacientes.

—¿Qué hiciste?

—No «qué hice», doc. Lo «que he hecho», lo que hago, lo que soy. Quiero contarle todo porque siento que somos amigos ¿me entiende? Siento que hemos conseguido una especie de conexión que no se consigue con cualquiera.

—Supongo que sí.

—¿Cuánto tiempo llevamos viéndonos? ¿Un año, dos?

—Llevamos en terapia nueve meses, John. —dije luego de revisar mi libreta—. No creo que lleguemos al año.

—¿Nueve meses? Oh, eso si que es decepcionante. Se siente como que ha pasado más tiempo.

—No, sólo nueve meses.

—Bueno, no importa, aun así, siento que nuestra conexión es real.

John se veía relajado, colocó sus manos debajo de su nuca para usarlas como almohada. John tenía la intención de parecer genial con cada cosa que hacía, ocultando sus verdaderos pensamientos, suponiendo que al hacerlo no tendría que enfrentarlos. Quería que mejorara su actitud para sí mismo, pero mientras lo veía respirar con tal calma mientras me hablaba, revelando pequeños detalles de su conducta que se asomaban entre su forma de hablar, me hacían suponer que no era simplemente un problema común.

John era uno de esos pacientes que se apoderaban de su entorno, lo que era controlador, tal vez una actitud adquirida por su puesto de jefe de su propia compañía; eran simples observaciones que no podía diagnosticar o tomar en cuenta porque nunca me contó al respecto, hasta ese día.

—Es una relación estándar paciente-terapeuta. No podemos suponer que somos amigos porque la idea de conversar conmigo es que puedas recurrir a mi en un ambiente neutro en el que logres sentirte a gusto y así conseguir las respuestas que necesitas.

—Sí, sí. Eso lo sé, doc., me lo dijiste cuando empezamos —respondió con hastío, como si se tratara de algo que le había dicho su padre.

—No es para que te sientas mal. Si te sientes mal, no estaremos logrando nada.

—Sí, eso creo. Pero es que realmente creí que éramos amigos.

—¿Quieres que seamos amigos?

—No lo sé.

—¿Tienes amigos, John?

—Tengo muchos amigos; tengo empleados, tengo asistentes, guarda espaldas... tengo de todo.

—¿Alguno al que realmente quieras? ¿Alguno al que puedas acudir cuando necesites ayuda, un consejo o una mano amiga?

—A usted. Vengo con usted para recibir consejos, doc. —aseveró.

—De cierta forma es mi trabajo, pero no te aconsejo, te ayudo a encontrar las respuestas. ¿Es por eso que crees que soy tu amiga? ¿Por qué te escucho?

—No del todo, todos me escuchan, creo que es casi lo que les obligo a hacer.

—¿Obligas a las personas a escucharte? —pregunté, viendo que comenzaba a contarme algo diferente de su vida.

—¡Oh no!, este, no —vaciló— nada que ver, no exactamente. Lo que quiero decir es que me escuchan porque es parte de su trabajo.

—En tu empresa.

—Sí —tuvo una pausa de unos cortos segundos, pensando en algo a lo que era ajena— sí, en mi empresa.

—Entonces están relacionados contigo por una dependencia laboral no estrictamente amistosa.

—Se puede decir que sí, aunque creo que podemos rescatar ciertas personas. Sí se podría decir que son «mis amistades», confió en ellos.

—Entonces sí tienes amigos.

—Digamos que sí.

—Entonces porque supones que somos amigos.

—Ya le dije doc. Porque me siento a gusto, porque siento que puedo confiar en usted.

—Puedes confiar en mi.

—Lo sé. Ya me lo dijo. ¿Podemos decir que es mi amiga? Me siento más cómodo así —dijo, tratando de mantener un ambiente agradable.

Realmente necesitaba de mi atención, cosa que parecía que quería de todos los que le rodeaban a pesar de que era lo que obtenía, pero no a la medida que lo deseaba.

—Si te ayuda a hablar entonces, sí, podemos decir que soy tu amiga.

—Perfecto entonces, doc., porque creo que necesito un confiable amigo porque lo que le voy a contar es un poco complicado.

—Estoy aquí para escucharte.

—Perfecto entonces —respiró profundo— Listo —colocó sus manos sobre su vientre, dejando caer su cabeza sobre el cojín de mi sillón— Bueno, doc., creo que es mejor empezar con mi verdadero nombre. Sé que no debíamos tener secretos porque eso podría interferir en el desarrollo de mi terapia, pero creí necesario, para su seguridad, mantener mi identidad en secreto.

—¿No te llamas John Smith?

—No doc. Mi nombre es John Corvus.

—¿Por qué el saber tu nombre interfiere en mi seguridad?

—Porque es algo que quería decirle luego de un tiempo —confesó.

—¿Tienes algún otro secreto que quieras revelar? —pregunté, completamente calmada.

—Sí, doc. Pero no es la razón por la que estoy aquí hoy, luego de tanto tiempo.

—Cuéntame.

—Conocí a alguien, doc. Y creo que necesito resolver ciertas cosas en mi vida.

—¿Una chica? —pregunté, por el tono que usó al referirse a ese «alguien».

Aquella platica fue llevándonos hasta un punto diferente de los hechos de su vida. En el pasado no quería contarme nada de su vida y no entendía por qué. Se mostraba cohibido ante el hecho de hablar de si mismo, de sus sentimientos, recelando la verdad como algo que podría hacerme daño. No entendía qué era porque no lo sabía todo, no sabía qué querría decir con eso, si era su forma de hablar o si iba en serio.

John se acomodó en el sofá que tenía para mis pacientes y comenzó a hablar.

—Ser malo ha sido bueno gran parte de mi vida. No me he quejado, no he hecho lo que otros hacen, doc., eso de perderse en la monotonía de sus vidas, seguir las reglas, hacer las cosas de forma adecuada como un ciudadano ejemplar. Estamos hablando de algo que no estoy acostumbrado a ser: bueno. No soy un hombre bueno, ¿sabe? Claro que no lo sabe, claro que no es capaz de entenderlo.

John Corvus era un hombre millonario que lo tenía prácticamente todo, no se sentía a gusto con las cosas que su familia le había hecho en el pasado así que la pagó con ellos al hacer todo lo que le habían enseñado a no hacer. Nunca se sintió querido por ellos, ser el cuarto de siete hermanos,

y uno de los menos agraciados, le hizo sentir incompetente de cierta forma, obligándolo a querer llamar la atención de aquellos a quienes quería impresionar.

Su rebeldía fue llevándolo a lugares inimaginables, haciendo que se juntase con antisociales que de forma egoísta querían hacer del mundo un lugar mejor, al destruirlo desde sus cimientos. Durante años se involucró en decenas de crímenes que le fueron acostumbrando a una vida criminal de la que hoy en día parece estar orgulloso.

Era inusual que un criminal quisiera recibir ayuda terapéutica de ese tipo y abrirse de la forma en que él lo hizo. John no era un hombre cualquiera, nada común, y fue por eso que decidí continuar con aquella sesión.

—*La primera vez que la vi, fue cuando la entrevisté para el puesto de mi asistente. Creo que ese día fue cuando supe que esa chica era alguien especial.*

John estaba esperando para que el siguiente aspirante atravesara el umbral de su oficina y demostrarle que sería el indicado para atender con todas sus necesidades. No era un hombre muy paciente, pero estaba dispuesto a mantenerse ahí porque necesitaba urgentemente alguien que trabajara para él.

—Pase el siguiente —dijo John en voz alta para que sus guarda espaldas dejaran pasar al siguiente aspirante.

Ese fue el primer momento en que se encontraron.

—Buenos días —dijo una voz de mujer muy agradable.

No se dejó sorprender por lo adorable de aquella voz porque tenía intención de mostrarse como un adulto intimidante e interesante.

—Buenos días —dijo John sin levantar la mirada de sus documentos por firmar.

—Estoy aquí por el trabajo de asistente —dijo ella, con el mismo tono de voz.

—Sí, sé por qué estás aquí. Por favor toma asiento —dijo, sin levantar la mirada.

No tenía motivos suficientes para no interrumpir lo que hacía, pero quería parecer ocupado y lo fue logrando. Entre él y la chica con voz agradable que aun no veía, había un silencio molesto que los mantenía desagradablemente callados.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó John por fin luego de unos minutos pasando hojas y firmándolas con rapidez.

—Me llamo Nadia —dijo ella, con todo orgullo.

Se notaba cierta falta de seguridad en sus palabras que le obligaron a levantar la mirada. John pensó que se trataba de otra chica tonta que quería el trabajo porque estaba necesitada de un empleo sencillo. Así que decidió levantar la mirada para rechazar de inmediato a aquella mujer.

—¿Nadia? Creo que mejor... —levantó la mirada y la vio a los ojos.

En ese momento, sus miradas colisionaron una con la otra. Nadia, aun se veía tan nerviosa como estaba sonando mientras hablaba con John, pero él dejó de lado su actitud genial de hombre millonario para permitirle a una de sus mejores sonrisas escaparse. Se encontró con una mujer de piel color chocolate con unos ojos marrón claro y un muy buen gusto para la ropa. Su cabello encrespado y un poco alborotado le daba la sensación de seguridad propia que su voz no le prestaba en ese momento.

Nadia se quedó callada esperando que John terminase su oración. Él vaciló.

—Creo que es mejor que te relajes —dijo, cambiando por completo lo que iba a decir— ¿es tu primera vez buscando trabajo? —preguntó.

—No, no es mi primera vez.

—¿Entonces por qué estás desempleada? —dijo John con una sonrisa que desnudaba su blanca dentadura.

Esperaba que eso cautivase a Nadia, por encima de su atractivo natural y su dinero.

—Porque —vaciló— porqué mi otro empleo, yo, no pude... —Nadia trataba de hablar, pero sus nervios no la dejaban.

Apartó la mirada de John para evitar sentirse intimidada por su presencia.

—¿Por qué? —dijo John, sin encontrar sentido en sus palabras, sin dejar de sonreír porque encontraba gracioso la forma en que Nadia intentaba hablar.

—Quiero que tú —intentó continuar Nadia, hasta que se dio cuenta que había perdido la formalidad de su discurso.

Levantó la mirada asustada, creyendo que lo había ofendido.

—Que usted, disculpe —dijo asustada— me gustaría poder trabajar con usted.

John no pudo contener la risa, y dejó escapar una invasiva carcajada gruesa e imponente que invadió la oficina.

—No te preocupes —dijo John— no hiciste nada malo. No me trates de a usted —pidió— llámame John.

—¿John? —Preguntó Nadia, como si no lo conociera.

—Sí, John. Me llamo John Corvus —extendió su mano y se la puso en frente a Nadia— mucho gusto.

Mientras lo hacía se levantó de su asiento. Nadia se le quedó viendo a él y fluctuó entre su mano y sus ojos porque no entendía lo que estaba sucediendo. John, mantenía sus labios extendidos dibujando una sonrisa.

—¿Nadia? —dijo John— ¿Me dijiste que te llamabas?

En ese momento, Nadia reaccionó y se levantó tan rápido que dejó caer unas carpetas que tenía sobre su pierna. Se distrajo por unos segundos, miró abajo, miró la mano de John, trató de recoger la carpeta y de extender su mano. Entró en pánico y se quedó en medio de ambas acciones. Él sólo la veía con atención, riéndose suavemente de la forma en que actuaba Nadia.

—Sí, yo... soy Nadia Velázquez —vaciló, alcanzando la mano de John y sacudiéndola con apremio— yo...

John no pudo contener de nuevo su risa y la soltó, confundiendo más a Nadia.

—Tranquila —dijo, rodeando su escritorio y recogiendo las carpetas que se habían caído al suelo.

Nadia no había reaccionado todavía, no sabía que hacer. Aun tenía la mano extendida en el aire a pesar de que ya había estrechado la de John. En lo que lo vio acercarse al suelo, intentó agacharse y terminar de hacer lo que intento segundos atrás.

—Lo siento, es que yo... esta es mi primera entrevista con alguien tan importante, estaba preparada y quería dar una buena impresión pero yo —comenzó a hablar, como si alguien hubiese jalado la cuerda adherida a su espalda— y no la he dado, solo he hablado como una tonta y hecho un desastre. —Hablaba mientras que recogía los papeles del suelo que había dejado caer, preocupada por lo que John podría pensar de ella.

—Descuida, no has hecho nada malo —dijo John, antes de hacer una pausa dramática— aun.

La forma en que lo dijo, alarmó a Nadia, obligándola a levantar la mirada y mirarle con miedo, creyendo que cualquier error podría costarle la oportunidad de trabajo.

—Disculpe, en verdad, no era mi intención hacerlo molestar —dijo, asustada.

John de nuevo dejó escapar otra carcajada, como si en realidad no se tomara en serio nada de lo que decía ella.

—Para nada, no te preocupes. Sólo estoy bromeando, tratando de hacerte sentir mejor.

John terminó de recoger las hojas del suelo, de colocarlas dentro de su carpeta, y levantarse,

sin apartar la mirada de los ojos de Nadia, quien se levantó al mismo tiempo que él, como si estuviera imitando sus movimientos.

—Toma, no lo dejes caer de nuevo, podrías perder algo importante —dijo John, tratando de sonar como un adolescente genial que decía cosas al azar y oneliners que le ayudaran a mantener ese estatus de joven interesante.

—Yo —vaciló— lo haré —dijo Nadia— disculpe mi estupidez.

—¿Estupidez? —John se alejó un poco de ella, rodeó su escritorio y se puso de nuevo en frente de ella con la mesa de madera oscura pulida entre los dos— nada que ver, sólo estás nerviosa ¿o no? —preguntó, bajando su cabeza y levantando una ceja, interrogándola no solo con su palabra sino con su mirada.

—Sí, es que es mi primera vez, y no quiero arruinarlo.

—Bueno, no te preocupes, podré ser tu primera vez, pero lo que importa es que sea tu última —dijo John, desabotonándose el saco de su traje y sentándose con elegancia en su silla de cuero.

Nadia no dejaba de seguirlo con la mirada, así que hizo lo mismo que él y se sentó en la silla que había estado ocupando desde que entró a aquella oficina. Se notaba que no sabía qué más hacer, cosa que a John le causaba gracia. John la veía con interés, deseando saber más de ella, de tenerla cerca el tiempo suficiente para que pudiera conocerla mejor y tal vez disfrutar de su compañía. No importaba si se trataba de una chica que buscara un empleo porque necesitaba comer, si era hermosa, sexy y con una personalidad atractiva, entonces querría intentar todo con ella. Desde que comenzó a tomar las riendas de su vida, nunca ha dejado de obtener lo que quería.

La miró con interés, sin dejar de sonreír.

—Eso quiero —dijo sin pensarlo— quiero que sea mi última vez, quiero conseguir un trabajo cuanto antes porque no puedo soportar estar más desempleada —confesó.

El desahogo de Nadia le alentó a sonreír aun más. John estaba sintiendo que Nadia era una chica interesante, y que necesitaba conocerla aun más.

—Entonces, creo que debemos hablar de tus actitudes, si quieres que esta sea tu última vez. Podríamos hacer de tu futuro algo mejor si trabajas conmigo.

—Eso es lo que me gustaría —dijo Nadia, reflejando su ferviente deseo por conseguir un empleo— ¿Qué puedo hacer para convencerlo?

—No mucho, sólo háblame de ti. Pero con calma, trata de dejar de pensar que estas nerviosa y así hacer que todo fluya mejor ¿sí? —John comenzó a adoptar la actitud de un empresario respetable, interesado en parecer un hombre seguro y serio.

—Bien —vaciló, tragó saliva y acercó su silla al escritorio, dando un pequeño salto que le dibujó una risa en el rostro a John— tengo veintinueve años y me gustaría comenzar a trabajar de algo que me pueda dar suficiente dinero para vivir. No sabía qué hacer, no desde que me gradué de leyes en la universidad.

—¿Te graduaste de leyes? —preguntó John, sorprendido porque no esperaba que fuera abogada.

—Sí, de leyes, pero no he podido ejercer como quiero porque no he logrado conseguir un trabajo en donde me tomen en serio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en los pocos trabajos en los que he tratado de ejercer, mis superiores han intentado sobrepasarse conmigo y no lo he permitido, lo que ha hecho que me despidan.

John le miraba a ella a los ojos, dándose cuenta que ese era un tema delicado. No sabía si era cierto o no, pero simplemente no podía dejar de creerle. Se veía afectada por el asunto, cosa que le disgustó.

—¿Qué tanto se han sobrepasado contigo? —preguntó, con un tono de voz intimidante. Se escuchaba como si se tratara de un animal salvaje, del alfa de algún grupo de lobos que intentaba demostrar su autoridad— ¿Te han hecho algo malo? ¿Te hicieron daño?

Nadia se sintió intimidada por la forma en que John la abordó con aquellas palabras. Su voz gruesa, su mirada intensa, su lenguaje corporal invasivo, la forma en que se tensó por completo indicaban que podría saltar en cualquier momento si su respuesta era incorrecta, si decía que sí le habían hecho daño.

—No —aseguró, quebrando la voz— no me hicieron nada. Sólo me acosaron sexualmente; luego del primer incidente, me fui de inmediato de allí. Las dos veces que me sucedió. —Aseveró, tratando de hacer que John se calmara.

Su mirada parecía la de un toro furioso, su respiración se agitó, Nadia juraría que había visto un par de venas brotándole por las cien que estuvieran a punto de explotar.

—¿Segura? —Preguntó John.

John no sabía cómo sentirse al respecto. No era como que estuviere tan interesado por Nadia que de repente ya estuviera preocupado por su seguridad cuando a penas y la conocía. Se trataba de algo más profundo.

El pasado de John era algo turbio y desagradable, no había conseguido la forma de contárselo a nadie más que a su psicóloga, a quien le estaba contando su historia.

—¿Entonces eres un criminal buscado? —pregunté.

—Algo así, he hecho ciertas cosas desagradables.

—¿Y qué tiene que ver Nadia en todo esto? —cualquiera podría decir que la historia no venía al caso, pero yo sabía que sí, con ella me había dicho algo que no me había contado nunca; algo le molestaba.— ¿Por qué te molestaste cuando Nadia te contó acerca del acoso que experimentó en el trabajo?

—Porque —John estaba histérico, de la misma forma que había descrito que se veía en el momento en que Nadia se lo contó— porque considero que son un problema para esta sociedad. No pueden simplemente existir y corromperlo todo —vaciló— pienso que debemos matarlos a todos..

La forma en que hablaban era propia de una persona violenta, no era sólo el decir que los quería matar, sino las emociones que exteriorizaba al hacerlo. Se detallaba con cada gesto que realmente sería capaz, cosa que no puse en duda, no luego de que me contó que ya había matado y golpeado para llegar hasta donde estaba. Podría sentirme insegura, pero ese tipo de cosas eran parte de mi trabajo: mantener la calma y dar mi apoyo a mis pacientes sin juzgarlos.

—Esa es una palabra muy fuerte John, para usarla tan deliberadamente.

—Doc. No estoy usándola deliberadamente.

—¿No? —pregunté.

—No necesito muchas excusas para matar a alguno de ellos. Matar no es tan difícil.

Su forma de hablar, se hacía cada vez más fría, sónica, tal vez no eran las palabras que usaba, sino su mirada, su rostro impávido, la falta de remordimiento al decirlo. No había duda de que lo decía en serio.

—Y matarlos a ellos, no me ha costado mucho.

—¿Y cómo te ha hecho sentir eso?

—Me ha hecho sentir bien, porque he liberado al mundo de esos desgraciados.

—Son diferentes a ti, ¿verdad? ¿ellos sí son malos, no como tú?

—Exactamente, Doc., ellos son parásitos, no son dignos de ser preservados.

—Entonces, ¿tu si te justificas? ¿Tus actos si son aceptables en comparación?

—No busco una excusa, Doc., no me importa, sé lo que he hecho, se lo que puedo hacer, y mientras tenga las herramientas para deshacerme de esos desgraciados, lo voy a hacer.

John ya no me hablaba de Nadia, no se sentía como uno de mis pacientes regulares que se preocupaba de problemas fútiles con soluciones sencillas. Esta vez hablaba de algo que no sólo le motivaba a actuar, sino que le iracundia. No sólo suponía que el asesinato estaba justificado siempre y cuando se tratara de ellos, algo que era propio de una persona dañada.

—¿Y de donde viene tu odio hacia ellos?

—De la vida, Doc. Ellos hacen daño sin pensarlo, se preocupan sólo por ellos mismos y no piensan en las personas que destruyen. Familias, niños, jóvenes, mujeres. Todo lo que hacen lo hacen por un placer cochino y desagradable.

—Pero de algún lugar tuvo que aparecer todo ello. Tuviste que haber tenido contacto con algo semejante para poder aborrecerlo.

—¿Me está diciendo que sólo puedo odiar lo que conozco? —vaciló— No doc., no necesito conocer a nadie para odiarlo.

—No necesariamente —interrumpí— el nivel de desprecio que expresas en contra de ellos es propio de una persona que ha atravesado por ello. Se describe como una impotencia, como la necesidad de hacerles pagar por lo que han hecho.

—¿Y cree que no se lo merecen?

—No soy quien para juzgarlos.

—Oh —exclamó con sorpresa— entonces los puede hacer cambiar, ellos pueden mejorar, pueden dejar de ser parásitos.

—Sólo cambia quien quiere hacerlo.

—Alguno de ellos tienen trastornos psicológicos John... —intenté apelar a su razón para que se calmara, pero me interrumpió.

—¿Razones? ¿Intenta decirme que sus crímenes tienen razones? —preguntó, cada vez más alterado.

—¿Los tuyos no? —pregunté. Obligándolo a pensar en otra cosa.

—Los míos no cuentan como crímenes... no de ese tipo, doc., —John me miró, buscando mi aprobación— no de ese tipo.

—Me has dicho que has matado personas.

—Yo no mato por placer, Doc. Son simples negocios.

—¿Eso es suficiente para ti?

—Nada es suficiente para mi. Doc., pero hago lo que tengo que hacer cuando es el momento de hacerlo. El fin no justifica los medios, yo no soy altruista. Sé que soy una persona mala, que he hecho cosas malas, pero eso no quiere decir que lo que he hecho es justo.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque nada importa, doc., porque somos fútiles en este universo, porque no hay un motivo por el que estamos aquí y, si voy a existir en una realidad de la que no tengo control y en la que no importo, por lo menos lo haré siguiendo mis reglas.

Había conseguido que dejara de hablar de su odio por los abusadores de mujeres, cosa que parecía alterarlo sólo porqué si. Su siguiente tema también me ayudó a saber un poco más de él.

—Pero si eres un criminal, perteneces a ese sistema delictivo que quiere controlarlo todo. No dejas de lado lo que te molesta.

—No dije que fuera muy brillante, doc. Hago lo que puedo —poco a poco, su actitud

iracunda fue amainándose.

—¿Y eso qué tiene que ver con Nadia? —le pregunté, queriendo devolverlo a su zona de confort.

—¿Nadia? ¿Con todo esto?

—Sí, creo haber entendido que viniste porque la habías conocido. ¿Qué tiene que ver eso con que hayas venido? ¿Con que me estés contando todo esto?

—Nadia es especial, doc., me hace querer mejorar.

—¿Por qué? ¿Qué tiene ella que no tenga otra persona?

—¿Otra persona? No lo sé doc. No soy muy sociable, no me gusta interactuar de más con las personas —hizo una pausa— pero ella, ella es especial en todos los sentidos.

—Entonces John.

John estaba calmado, se estaba controlando.

—Cuéntame más de Nadia, John. Cuéntame qué sucedió después de que te dijo eso.

John se dio cuenta de que la actitud que estaba tomando no era propia de una persona normal, postura que le gustaba mantener mientras se relacionaba con personas que no sabían acerca de sus asuntos criminales. Reaccionó ante la mirada perdida de Nadia, quien le observaba en una combinación entre asustada e intrigada al respecto.

—Disculpa —dijo John, entrando en la realidad— yo...

—No, este —trató de excusarle Nadia, sintiendo que no había hecho nada del todo malo.— Yo también me siento así cuando se trata de ese tipo de cosas. Las personas desagradables deberían desaparecer —dijo Nadia, como si estuviera entendiendo los sentimientos de John.

—Pienso lo mismo.

—Sí, igual yo, es por eso que antes de irme, les paté en las bolas para que no me olvidaran.

El cambio repentino de tema le obligó a tomar una actitud más pasiva, amigable. Comenzó a soltar su cuerpo ya que el comentario de Nadia le hizo sonreír un poco.

—Claro, eso es lo que se necesita para colocar a un hombre en su lugar —continuo Nadia— pienso que es mejor darle a entender que no somos un sexo débil, cosa que se ha mantenido así por cientos de años porque la sociedad apesta. Y yo... —Nadia se dejó llevar por su discurso y por el hecho de que John no la estaba interrumpiendo.

De repente, hizo silencio, al ver que John no borraba de su rostro la sonrisa que tenía.

—¿Estoy hablando mucho? ¿Estoy molestandole? ¿Verdad? —Preguntó Nadia, dejándose dominar de nuevo por sus nervios; y sin esperar respuesta, volvió a hablar— Sí, lo estoy molestando, lo sé, no le gusta que no lo dejen hablar. Suelo hacer mucho eso, suelo hablar mucho sin darme cuenta que estoy agobiando a las personas —se alteró al ver que lo seguía haciendo, mientras notaba que sus manos se movían de un lado a otro— ¿Ve? Lo estoy haciendo de nuevo, no puedo yo...

John estaba encantado con la forma de ser de Nadia. Ya había superado ese molesto rencor que le había invadido segundos atrás acerca del acoso sexual del que fue víctima Nadia, concentrándose en las cosas que decía, en la forma en que lo hacía y en lo bien que se veía haciéndolo. Corvus dejó escapar una risa sutil, no por jocosidad, porque se estuviera burlando, sino porque el parecía adorable ver a una chica tan atractiva hacer ese tipo de cosas.

—No, para nada, no te preocupes —dijo John— no creo que agobies a nadie.

—Pero si no lo he dejado hablar —vaciló— yo estoy...

—No estas haciendo nada —dijo con una sonrisa en el rostro— aparte de darme risa con tus ocurrencias. Es adorable cómo lo intentas.

Nadia se cohibió, se encogió entre sus hombros como si estuviera sonrojada, pero a causa de

su color de piel John no podía saberlo.

—No es malo —continuó John— creo que de hecho es bueno. Quiero ver más de eso.

Su sonrisa era honesta, tenía un brillo interesante en los ojos gracias a la presencia de Nadia. Veía en ella algo que le llamaba la atención más allá de cualquier otra cosa. Sus miradas se mantuvieron fijas sin mediar palabras, sin hacer más nada. John suponía que las cosas estaban yendo de maravilla, a pesar de que su entrevista no había siquiera tomado las riendas adecuadas para convencerlo (a pesar de que ya estaba convencido) de que debía contratarla.

—Pero no sabe si soy buena en... —trato decir Nadia.

—¿En qué? ¿En esto? —preguntó John, quitándole importancia al asunto; se recostó del espaldar de la silla y la inclinó hasta atrás, relajándose en todo los sentidos— Ser asistente no es la gran cosa, no necesitas saber de muchas cosas —agregó.

John estaba sonriendo, mirando a Nadia, esperando a que diera su opinión al respecto. Pero ella no dijo nada. Sus ojos estaban fijos, perdidos entre los hechos y lo que él quería decirle. Así que tomó de nuevo la palabra.

—Lo que quiero decir —se acercó al escritorio, apoyándose sobre este con los codos, entrelazando sus manos como si estuviera a punto de decir algo propio de un empresario— es que me pareces una buena opción para ser mi asistente. Me agradas, y quiero que tengas el trabajo.

A Nadia se le fue dibujando una sonrisa en el rostro, más como una mueca que como un gesto de alegría; de nuevo, su comportamiento supo llamar su atención. Le daba la impresión de que no estaba prestándole atención.

—¿Sucede algo? —interrogó John.— De repente estás muy callada.

—Es que no quiero interrumpirlo —dijo por fin— porque hablo mucho, porque no puedo callarme y entonces pensé que querría hablar, ya que es su turno y todo eso.

John dejó escapar una carcajada al entender por qué su actitud.

—Si que eres graciosa —dijo sin considerar como podía tomarlo ella.

Nadia le miró, aun siguiendo sus acciones, como si estuviera imitándolo, como un instinto de defensa. Su carcajada fue amainando poco a poco, terminando en un bramido sutil que atravesaba sus labios que iban dibujando una sonrisa para luego culminar en un suspiro de alivio. En lo que se calló, ella vio una oportunidad de hablar.

—¿Entonces? —dijo Nadia— ¿Estoy contratada?

—Si quieres el trabajo, es todo tuyo.

Nadia había conseguido lo que quería, así que se levantó en un gesto de júbilo y exclamó con un «sí» al aire que sorprendió a John, pero no le molestó en lo absoluto. Él se levantó al igual que ella, para celebrar lo que había sucedido. Hasta ese punto, creía que todo iba bien. Ella sería únicamente su asistente, nada del otro mundo; trabajaría para él cubriéndolo y haciendo lo que este quisiera.

No existía problema alguno: ella ganaría bien, no tendría mucho trabajo y estaría todo el tiempo a su lado, con una pequeña excepción.

John tenía en mente que introducirla a su mundo sería mala idea, pensó que podría mantener un límite entre sus dos negocios en donde ella pudiera mantenerse, como si estuviera balanceándose en una cuerda floja, sin la necesidad de que lo supiera. Hasta donde ella sabía, él sólo era un empresario importante en una industria en crecimiento, así que no había motivos para creer que era un criminal buscado por las autoridades. Pero el ser su asistente implicaba que tendría cierto nivel de acceso a su vida de forma limitada (algo que no le había dado ningún problema en el pasado) pero las cosas no siempre suceden como muchos lo esperan.

Por varios días seguidos a ese, John no le dio mucha importancia al asunto que giraba en torno

a sus dos vidas. Nadia trabajaba con entusiasmo y empeño, demostrándole, en poco tiempo, que no se había equivocado en elegirla como su asistente. Se ocupaba de su vida privada, de sus reuniones de negocios, atendiendo a sus clientes a sus socios y al resto de los empleados de su empresa, indiferente a lo que sucedía con su jefe. Él estaba seguro que nada de eso importaría, no era como que fuera difícil de ocultar, así que poco a poco fue dejando que las cosas fluyeran al ritmo que esto quisiera.

John explica que no siempre puede confiar en las personas del modo en que comenzó a hacerlo con ella. En pocas semanas pudo crear con ella un vínculo que le hizo suponer que no había nada de qué preocuparse y que por eso dejó que las cosas siguieran su curso. No quería introducir a Nadia al mundo criminal pero tampoco quería tenerla lejos.

Poco a poco, comenzó a sentir la necesidad de acercarse más y más a ella. Una actividad normal en un hombre que lo tiene todo y cree que puede tener mucho más. No sólo la veía como una empleada confiable, sino como una mujer realmente atractiva. No podía negar su belleza ni lo que le hacía sentir como hombre. El estar todo ese tiempo con ella (varias semanas luego de contratarla; tiempo suficiente para establecer un vínculo) lo que no sólo hizo que le viera como veía a muchas otras mujeres, sino como algo más.

—*¿Por qué crees que querías tener una relación con ella?*

—*Al principio no quería una relación, no era como que esperara que las cosas sucedieran como lo hicieron.*

—*Me estás diciendo que comenzaste a verla como algo más. ¿Algo más a qué? No te hacen falta las mujeres en tu vida, puedes estar con quien quieras cuando lo quieras. ¿Qué es «algo más» para ti?*

—*Doc., esa es una buena pregunta —me elogió.*

—*¿Estás dispuesto a responderla? —le pregunté.*

—*Para ese entonces, ella no sabía nada de mis negocios; atendía ciertos asuntos importantes con respecto a ellos, pero ignoraba que era sobre eso. Nadia no hacía preguntas, sólo obedecía mis peticiones. —dijo John— Nadia, ve a buscar mi coche de la tienda y tráelo —dijo como si se dirigiera a ella— Nadia, transfiere este dinero a esta cuenta; Nadia, hazme este favor; Nadia, haz esto otro. —Dejó su ejemplo y continuó con su explicación— no preguntaba, sólo lo hacía; así que eso me permitió que la introdujera, sin que se diera cuenta, en mi mundo; porque sentí que podía confiar en ella, y estar a su lado por tanto tiempo, me hizo verla como la mujer que era.*

—*¿No es que no te parecía una buena idea hacerlo, introducirla a tu mundo?*

—*No lo era, no en ese momento.*

—*¿Luego sí lo fue?*

—*No, tampoco lo fue —exclamó, sintiéndose incomprendido— No me está entendiendo, doc., no era buena idea introducirla al mundo.*

—*¿Entonces por qué lo hiciste? Aunque fuera de forma sutil, seguía siendo mala idea. ¿Por qué crees que lo hiciste?*

—*No lo sé, el caso es que cuando me di cuenta de ello ya era demasiado tarde.*

Había algo en su forma de decirme que todo era un problema, de la manera en que John les quitaba importancia a esos asuntos inmediatamente los contaba, que me hacían suponer que no estaba seguro siquiera de sus propias decisiones.

Los días pasaban uno tras otro con tal rapidez que a John le costaba entender qué estaba sucediendo con Nadia y su vida. Explicó que las cosas no eran del todo sencillas para él. Poco a poco, la relación con su asistente se hacía cada vez más evidente.

—Hoy la vi increíblemente arreglada —dijo John, sin comenzar con un hola o como le fue durante la semana.

—¿Acaso eso es malo? —pregunté, mientras me sentaba en mi silla— las mujeres a veces simplemente quieren verse bien.

—Pero no es que lo haga sólo porqué sí.

—¿Qué sucedió?

—Yo la vi, ¿sí? Entonces le dije que me gustaba como estaba...

John comenzó a explicarme lo sucedido.

—Que bella te ves hoy —dijo John un día cualquiera; según él, uno de los muchos en los que se dio cuenta del interés que flotaba en el aire— Nadia.

Se había acostumbrado a verla bien vestida todo el tiempo; supongo que, por alguna razón, ella se había convencido que el trabajo que tenía con él, necesitaba de cierta presencia que no podía dejar pasar. Era una asistente atractiva y debía verse como tal; según lo que dijo John.

A John le encantaba como se veía la figura de Nadia dibujada en las prendas que le quedaban ajustadas.

—Gracias, lo compré ayer; quería que lo vieras —dijo Nadia.

John no era estúpido, sabía cuando alguien quería decirle algo. Ambos se miraron fijamente a los ojos, entablando una conversación que no parecía necesitar de palabras más que del simple gesto de sus rostros para entender a la perfección lo que estaban queriendo decir, lo que estaban pensando, lo que querían hacer.

—¿Y por qué crees que se vestía así?

—Para llamarme la atención.

—¿No es un poco egocéntrico?

—Es que Nadia se había estado comportando de ese modo en los últimos días. —Dijo John — algún motivo debía tener.

—¿No estarás sobre analizando la situación?

—No, porque no sólo es como se vestía, era como me trataba, como hablaba, como me veía. Nadia se las arreglaba para meterse en mi cabeza con todo lo que hacía en el momento justo en que lo pensaba hacer.

John parecía comenzar a perder el control de su vida. El curso de sus acciones se veía afectado por la presencia de Nadia. Todos los días la veía y eso presentaba un obstáculo para su razonamiento; al verla como alguien importante que no podía simplemente evitar pasar, le hacía suponer que necesitaba que estuviera allí y eso se interponía en su propia realidad. El mundo era diferente para él, las personas no conocían todos sus secretos y él lo entendía, pero en cuanto a su secretaria, todo lo que la involucraba y tenía que ver con ella, era un problema que giraba el sentido de las cosas.

Otro día, antes de dejar de verlo, (porque de repente simplemente desapareció y dejó de ir a mis terapias) llegó hablando de ella, como de costumbre, acerca de cosas que no me había contado antes.

—Para mí Nadia era perfecta —dijo John.

—¿Era?

—Sí, era en ese momento —se explicó— es decir, que cuando me di cuenta que era buena en lo que hacía, supuse que era perfecta.

—Está bien.

—Todo lo hace de inmediato —continuó— me encanta la forma en que atiende a mis asuntos con rapidez, con eficiencia, con encanto. Las cosas que hace las hace de tal manera

que nada podría salir mal. Mi negocio ha estado creciendo significativamente gracias a que ella me ayudaba en todo. No solo es buena con los números, ni con los documentos, ni con la atención o los tratos. Su carisma, su forma de ser. Ella es perfecta para el trabajo física y mentalmente.

—Y eso te gusta.

—Eso me molesta.

—¿No es algo bueno todo lo que hace?

—Sí, pero me hace sentir más inseguro, más apegado a ella de una forma que no puedo comprender.

—¿No has pensado que tal vez se deba porque ella es una parte esencial de tu trabajo? ¿No crees que se debe a que sientes algo por la forma en que haces las cosas porque estás encantado con su eficiencia?

—Sí que me gusta lo que hace, es muy buena en ello, pero no sé por qué sigue molestándome que lo haga. Estoy confundido —aseveró al final.

—Eso es bueno —dije, con seguridad.

—¿Estar confundido?

—No, darle un nombre a tu problema. Estas confundido porque no entiendes qué quieres para ti ni cómo actuar. Nadia no es quien lía la situación aquí y lo sabes; eso te hace sentir inseguro al tratar de contemplar tus propias ideas. Te confunde que sea tan buena y tú, cómo según lo dices, tan malo, te aferras al hecho de que no pertenecen al mismo mundo y por eso no pueden, no, mejor dicho, no deberían convivir, sentirse mutuamente atraídos. Y ese es el primer paso para llegar a la realización personal, y darle fin a esta terapia, e identifiques el problema.

John me miró en silencio, como si estuviera analizando lo que le acababa de decir. Sin embargo, no se dejó doblegar.

—Pero debo decírselo...

Hacérselo saber era esencial para él porque necesitaba saber qué pensaba ella de su trabajo, de su forma de hacer las cosas. La atención que tanto quería llamar había evolucionado hacia la admiración y el respeto de una mujer que le veía todos los días.

No sabía cómo era ella, qué pensaba, qué veía ella en él ¿un millonario más? ¿un hombre respetable? ¿alguien a quien querer? John deseaba que Nadia se sintiera interesada por él del mismo modo que él por ella.

—Cada vez que la veo, me hace sentir ridículo, no sé qué hacer.

—¿Cómo así?

—No lo sé, y eso es lo que me preocupa.

Antes de que pudiera decir algo al respecto, me interrumpió.

—¿Te preocupa lo que hace como tal, o lo que eso te ocasiona?

—Lo que me ocasiona. Es extraño sentirse así estando a su lado.

—A ver, explícame.

—Cuando se acerca a mi para entregarme documentos, siempre lo hace desde atrás, pegando todo su cuerpo al mío.

—¿Y eso significa algo para ti? —pregunté.

—No es lo que hace, doc., era la forma en que lo hace —explicó— se pega a mi sin necesidad de hacerlo, podía simplemente entregarlos desde el otro lado del escritorio, no es del todo necesario acercarse a mi y hablarme prácticamente al oído.

—Es una forma de verlo.

—Es lo que me confunde más. Cuando hace eso, siempre siento la presión de su presencia

como si se tratara de algo invasivo, poderoso. Nadia sabe como hacerme sentir dominado.

—¿crees que lo hace intencionalmente?

—No lo sé, pero si de algo estoy seguro, es que no le cuesta nada lograrlo.

—¿Entonces por qué simplemente no te apartas de ella por un tiempo?

—Porque me domina, me hace sentir bien estar a su lado.

—¿Te gustaba sentirte dominado?

—Me gusta como me hace sentir ella.

—¿Dominado?

—Libre, feliz, bueno. Nadia me ha hecho sentir de muchas formas, doc., y es por eso que decidí que debía venir más a menudo para hablar con usted.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ella me hace querer ser mejor persona, doc., ella es alguien especial, es alguien que me hace creer que hay luz al final del túnel.

—Es una chica importante para ti.

—Sé que no va a cambiar lo que he hecho, de lo que soy capaz.

—¿Tus crimines?

—Sí —dijo John, como si no fuera sólo eso— mis crímenes.

—Sigues cometiéndolos, sigues haciendo las cosas que te llevaron hasta donde estás ahora. ¿Por qué ella te hace sentir mejor, sabiendo todo lo que has hecho?

—Por la forma en que me mira.

John la miró, luego de las palabras de Nadia. Le sonrió con un sentido de complicidad que ella respondió con el mismo gesto. Sus miradas seguían fijas, adheridas una a la otra como si se tratara de pegamento.

—Pues me gusta que lo hayas comprado. Te queda estupendo —dijo John sin apartar su mirada.— Me gusta como se te ven las cosas ajustadas —dijo John sin filtro alguno.

—De ahora en adelante me vestiré así entonces. Ya que te gusta mucho —respondió Nadia, sin apartar su mirada.

John estaba al tanto de la tensión que había entre ellos. Sentía como las cosas se materializaban ante los dos, ese sentimiento de aproximarse uno al otro para poseerse como seres carnales e indómitos, entendiendo que las cosas que querían las encontrarían en el ser de su compañero.

Pienso que se sentía a gusto con ella porque le ofrecía un escape. Él mismo lo dijo, pero era algo más complejo que ello. Nadia no sólo era una mujer única, especial, todo eso que él decía que era; era inocente, ajena a ese mundo al que pertenecía. Esa sensación de que algo tan puro como ella podría llegar a sentir algo por John, le obligaba a necesitarlo como si se tratara de oxígeno, como si lo que necesitaba era su presencia para existir.

Nadia no era ajena a ese sentimiento. Le miraba con sensualidad, con lujuria. Cuando le hablaba, lo hacía con un tono de voz suave, seductor que le invitaba a pensar más en ella, en lo que eso quería decir, en lo que ella deseaba obtener de él. Lo sacaba de su zona de confort, haciéndolo sentir descuidado, sin control de la situación, pero era precisamente ese sentimiento lo que le obligaba a querer tener más de ella. Era un vicio que compartía con los drogadictos, sabía que le hacía daño, que forzaba a bajar la guardia, a ser indulgente, cosa que, en un mundo diferente al que él pertenecía, no podría significar nada, pero ese no era su caso, no como el criminal que era.

Al pasar de las terapias, John me explicaba que su relación avanzaba significativamente. Llegaba todas las semanas en las que le tocaba cita para contarme algo nuevo acerca de ella. Poco

a poco dejé de parecerme a su terapeuta y comencé a verme como su consejera emocional. Estaba interesada en lo que quería decirme, en lo que sentía al respecto. Dejé de verlo como el hombre criminal que decía ser porque nunca me contó al respecto, nunca me dijo nada que pudiera revelar su vida criminal y que nos llevó a tener una relación positiva.

Constantemente decía que no era un tío agradable, que nadie se sentiría a gusto con él si lo conocieran de verdad, pero que, en cuanto a Nadia, lo hacía sentir mejor persona, cosa que lo llevaba todas las semanas a mi terapia.

Me hacía suponer que era alguien que no estaba conforme con lo que hacía, con la vida que llevaba y el reflejo de todo eso se mostraba en el hecho de que iba todas las semanas a mi terapia a invertir su tiempo en contarme pequeños fragmentos de su vida.

—*¿Cómo se supone que voy a contarle todo si ni siquiera puedo controlarme a su lado?*

—*Alguna vez pensaste en que la vida con Nadia no podría ser la única que tendrías. Si lo que te preocupa es que sepa de tu lado secreto ¿por qué simplemente no la dejas ir, dejas de verla como alguien especial?*

—*Es que es lo que hace, no puedo dejar de pensar que está ahí por alguna razón, de que no puedo dejar de verla porque algo debe tener para mí.*

—*¿Supones que todo está escrito?*

—*No puedo suponer algo tan absurdo como eso, nada está escrito.*

—*¿Qué tal si es la indicada porque tiene aquello que te gusta más y estás aferrándote a eso?*

—*Eso es simplificar de más el asunto. No es sólo que me guste, es lo que ella es.*

—*¿Qué es?*

—*No sé qué es. Creo que es más lo que «es» para mí.*

—*¿No es lo mismo?*

—*No lo sé. Cuando se trata de ella, me pierdo en mis propios pensamientos.*

—*¿No has compartido con otras personas, no has encontrado el amor en alguna otra relación?*

Mi trabajo con John era ayudarlo a ver las cosas a su manera, hacer que entendiera lo que necesitaba resolver a su modo. Si él no quería cambiar, yo no podía hacer nada al respecto. Pero, de cierta forma, nunca me dijo lo que quería cambiar, nunca me explicó si lo que quería hacer era dejar el mundo del crimen de un lado o si necesitaba consejos de pareja. John no era específico en ese asunto. Se dedicaba a contarme sólo lo que concernía con Nadia. Su pasado, su familia, sus padres, su vida criminal, eran asuntos que ignoraba porque él quería que lo hiciera. Así no podía darle mi ayuda.

—*Doc., Nadia es más que estupenda —me dijo en una de las muchas terapias que tuvimos— hemos estado saliendo últimamente. Vamos a comer a restaurantes sin tener que conversar de negocios ni nada por el estilo. Solo a hablar de los dos.*

—*¿Y de qué hablan?*

—*De todo, de lo que nos gusta, de lo que queremos para el futuro.*

—*¿Ya le has contado acerca de tus negocios? —pregunté.*

John me miró con fastidio. Ya habíamos conversado al respecto, lo que podría significar el mantener su vida en secreto para alguien a quien quería.

—*No doc., no se lo he dicho. No sé ni siquiera si lo voy a hacer.*

—*¿Por qué me lo dijiste a mí entonces?*

—*Porque quería que no hubiera secretos en nuestra relación*

—*¿Y cuál es la diferencia?*

—Que a usted le pago para que me escuche. Lo hace porque es lo que quiero que haga, pero en cambio, ella lo hace porque quiere hacerlo. Si le cuento acerca de mis negocios, voy a terminar lo que sea que tengamos. —vaciló— quiero hablar de ella, doc., —me dijo.

—Está bien, cuéntame al respecto.

John me miró de nuevo, tratando de hacerme entender que él no tenía control de aquella situación en ese momento.

—No sabía qué hacer. Estaba seguro que ella quería conmigo, lo sabía, no soy estúpido. Pero tenía tan poco control del momento que parecía que no iba a salir de ahí sin darle un beso o algo por el estilo. Nadia me miraba con unos ojos traviosos, arqueando sus cejas perfectamente delineadas, haciéndome sentir penetrado por su mirada, como si sus pupilas pudieran descifrar mis pensamientos.

—Y ¿cuál es el problema?

—¿El problema? —preguntó John como si no pudiera creer que hice esa pregunta— pues el problema es que no podía hacerlo. No se lo he dicho, no sé si lo he hecho, pero el caso es que quería contarle en ese momento que era un criminal porque su mera presencia estaba interfiriendo en mis negocios.

—¿Cómo así?

—Pues porque todo el tiempo pensaba en ella. Antes de eso, sólo pensaba en escalar poco a poco hasta la cima, deshacerme de quien tuviera que deshacerme, acabar con la carrera de quien fuera, no importaba; pero luego de conocerla, las cosas comenzaron a —vaciló— importarme —dijo, como si le resultara repugnante.

—¿Por qué lo dices así? —pregunté.

—Aun no ha pasado nada —dijo— pero temo que mientras más me ponga a gusto con Nadia, mientras más cómodo me sienta a su lado, puede que termine arruinando todo lo que he construido hasta ahora.

—Es una forma apocalíptica de verlo. No porque sientas algo por ella signifique que estas perdiendo facultades.

—¿No significa eso? —exclamó— ¡Claro que sí! En las últimas semanas no he pensado en más nada que ella. He estado haciendo ciertos negocios que necesitan de toda mi atención y no he podido dejar de pensar en ella, de mirarla en los ojos de cada una de las personas que extorsiono porque siento que ella es tan indefensa como ellos; necesito saber todo lo que está haciendo porque siento que en cualquier momento podría perder la razón

—¿Razón de qué?

—De lo que sea. No he estado en mis cabales últimamente. He dejado que algunas cosas se hagan solas nada más para estar al lado de ella en ocasiones que no necesito estarlo porque ella es completamente capaz de hacer las cosas.

—Y ¿qué tiene que ver eso en todo esto? ¿En tu vida? ¿En tu realidad? ¿Cómo crees que eso puede ser malo para ti?

—Pues estoy tratando de decirle eso, doc., pero no es que Nadia sea mala —dijo en voz baja, tratando de convencerse a sí mismo— ella no es el problema, el problema soy yo. —poco a poco fue levantando el tono de voz— yo soy quien no puede dejar de pensar en ella. Ni siquiera puedo venir a una sesión con usted sin terminar hablando de ella. ¿Ve?

—De alguna forma —dije— piensas que el estar enamorado de Nadia puede significar algo malo para ti porque lo ves como una debilidad. Sientes que el ocultarle la verdad es la única forma de mantenerla a salvo de lo que sea pueda suceder en tu otra vida y te sientes culpable por no poder ser honesto con ella. Quieres decírselo porque quieres liberarte de ese sentido

moral que te domina cuando estás a su lado. Te interesan las cosas que haces porque de alguna forma ella le da un sentido distinto a tu vida, algo que no quieres compartir con más nadie, algo que creías que no podrías sentir.

—No es eso. No creo que sea eso.

—¿No crees que tenga que ver que no puedas decirle lo que sientes, quien eres y lo que haces porque trates de protegerla? Ambos sabemos que tu estilo de vida no es muy seguro; aunque no haya un peligro inminente, de seguro cualquier cosa puede suceder de todos modos.

—Lo sé. Pero no es eso lo que me preocupa, no me preocupa lo que a ella le pueda suceder, no del todo, me preocupa lo que pueda pensar de mi.

En resumidas cuentas, John no lograba entender el papel de Nadia en todo esto que llamaba vida. No quería que ella se involucrara en sus negocios riesgosos, que le juzgara como el criminal que era y sentirse mal por haber hecho todas las cosas que había estado haciendo hasta ahora. Nadia, de alguna forma, había conseguido hacerle ver que siempre hubo una alternativa diferente para hacer las cosas, que no necesitaba del crimen para sobrevivir o llegar al éxito, creó conflicto en su interior, y él no quería eso.

—A veces, cuando estoy a su lado, siento que necesito dejar este mundo —dijo, una semana antes de dejar de verlo.

—¿Cuál? —le pregunté, a pesar de saber la respuesta.

—El ser un criminal —respondió— siento que debo hacerlo por ella, porque se lo debo.

—¿Qué le debes a Nadia? A penas y la conoces.

—Le debo ser honesto, ser bueno. De cierta forma, ella se gana la vida de manera honrada, confía en que yo hago lo mismo, y se siente a gusto a mi lado. El seguir haciendo esto es como masturbarse pensando en otras mujeres mientras que está saliendo con alguien.

John me miró como si no entendiera su analogía.

—Sé que no es lo mismo, no es lo mismo masturbarse y ser un criminal, pero lo que trato de decir es que estoy faltándole al respeto. ¿Me entiende?

—Lo que tratas de decir es que el estar a su lado, mientras que continúas cometiendo crímenes, mientras que ella te ve como un hombre honesto, califica como mentirle, como no serle honesto. Lo que quieres honrar su relación, su confianza; darle a ella la misma honestidad que te da a ti.

—Exactamente, doc.

—¿Entonces por qué no lo dejas?

—Porque es ridículo apartarme de este mundo. No sólo consigo lo mío cometiendo crímenes. Los crimines son aquello que crean las personas con recursos para someter a las masas.

—¿Con eso te justificas?

—Sí. Con eso lo hago.

—Tu eres una persona con recursos, te consideras a ti mismo como una persona con el dinero necesario para hacerlo todo y más. Entonces, eso quiere decir que lo que tu cometes no es un crimen para las personas que tienen los mismos medios que tú, pero sí para aquellos que no disfrutaban de tu dinero.

—Más o menos —respondió, con una sonrisa en el rostro, como si lo que le dije hubiese sido algo normal— yo hago tratos en contra de ciertas cosas, no me importa con quien cierre mis negocios y, si puedo, dividiré mis intereses cuando sea necesario. No voy a perderlo todo sólo porque me sienta atraído a una mujer atractiva de piel morena, señorita Karen. Eso es lo que pienso.

Esa fue la primera vez que John me llamó por mi nombre, y la última vez que lo hizo. La forma en que me habló, reflejó una parte de él que no había visto jamás, y que, supongo, era esa misma actitud que tomaba cuando entraba en su otro mundo.

De repente, sus gestos desaparecieron, ya no percibía inseguridad en su postura, en su voz, en su mirada. John había cambiado por completo del hombre que conocí, pero no porque no fuera el mismo, sino que me estaba mostrando algo que siempre estuvo ahí pero nunca quiso dar a conocer.

—Sigo confundido cuando estoy a su lado, a veces, cuando la pienso por horas, pero, eso no quiere decir que dejaré de hacer todo eso para lo que soy bueno, todo eso que no le he mencionado porque no necesita saberlo y con lo que le he estado pagando estos últimos meses, casi de manera religiosa. No lo dejaré porque se ha vuelto parte de mí, es como un órgano más de mi sistema.

—Estás a la defensiva, John.

John, fijó sus ojos en mí, con los labios cerrados, con la mirada neutra y un semblante sin señal de vida.

—Lo siento —dijo, dejando que su rostro impávido desapareciera tan repentinamente como apareció. Pero no cambió su razonamiento— pero es la verdad.

Con eso puedo decir que en verdad no conocía del todo a John. Por un tiempo quise creer que había obtenido algo importante de él, que podría hacerlo cambiar de parecer, ayudarlo en sus problemas, pero, en realidad, lo que hice fue insignificante. Él era un hombre complicado, tanto así que tratar de detallarlo aquí se me hizo casi imposible. Luego de eso, lo vi por última vez como si nada de aquello hubiera sucedido, y, me pregunto qué habrá sido de su vida.

Lamentablemente, eso es algo que probablemente nunca sabré.

Segunda parte John Corvus

2

En el momento en que vi a Nadia por primera vez, sentí que algo colisionaba en mi interior. Sus ojos cafés claro que combinaban con su tez tostada, sus labios carnosos, sus cejas perfectamente delineadas como si las hubieran diseñado los dioses y un cabello que seguía sus propias reglas, me hicieron sentirme como cualquier otra mujer me hace sentir: deleitado. Pero, no fue sino hasta después que comenzó a hablar que supe que era más especial de lo que parecía.

Durante meses, luego de contratarla, mantuve una relación laboral estándar con ella. Sí, una que otra vez cruzamos miradas que no tenían nada que ver con el oficio, o tuvimos alguna conversación del mismo modo, pero a pesar de todo ello, se podría decir que disfruté su compañía, su natural, neutral y nada comprometida compañía, mientras duró.

Ella resultó ser estupenda para el trabajo, no podría quejarme siquiera de haberla contratado porque todo lo que hacía tenía un sello de calidad propio de ella. Estaba a gusto con su forma de hacer las cosas, de comportarse, de ser una gran asistente. Pero no era su gran talento, diligencia ni laboriosidad lo que me resultaba un problema.

Me estaba comenzando a interesar más de lo normal en ella.

¿Pero eso qué tiene que ver? Preguntaría cualquiera. ¿Qué tiene que ver que te sientas atraído por una mujer tan espectacular, inteligente, eficiente, atractiva, madura, graciosa? ¿Por qué es malo? Y, la verdad, eso es lo mismo que yo quería saber. Es precisamente por eso que había comenzado a ir a terapia, porque, ella era tan buena, que me hacía sentir igual. Y definitivamente yo no soy una buena persona.

Mi nombre es John Corvus, soy un empresario exitoso, dueño de una empresa multifuncional que parece estar siendo parte de todo aquello que está innovando el mundo; me ha ofrecido prestigio, dinero, propiedades, tratos inimaginables con las compañías más grandes del mundo, pero fue algo que conseguí jugando sucio.

Se podría decir que soy un criminal. Según varios diccionarios, se considera un crimen a aquello que consista en matar, herir o causar graves daños a alguien o a algo. Por lo que, básicamente, soy ello. He matado, causado daño y herido a muchas personas, he cometido atrocidades para escalar en esta escalera de estatus social llamada vida y no me siento mal al respecto, lo que debería ser considerado también un crimen, y así, viví gran parte de mi vida sin arrepentirme de nada, o por lo menos hasta que la conocí.

Nadia se había vuelto mi asistente personal y, sin embargo, no sabía nada acerca de mi pasado, de lo que era, de lo que podía hacer y eso creaba conflicto en mi interior. Poco a poco, día tras día, nuestra relación fue evolucionando a algo que no pude controlar. Nos veíamos como dos buenos amigos, comenzamos a sentir cosas por el otro y terminamos sintiendo algo más. Al principio (al llegar a ser algo más) cuando nuestro interés mutuo no había pasado de lo sentimental, de las miradas fortuitas, conversaciones comprometedoras, alguno que otro gesto más allá de lo amistoso, comencé a sentir que algo estaba mal.

Mis sentimientos por ella eran el resultado de mi debilidad, de mi falta de atención a los detalles. Comencé a ser descuidado, a perder el interés en ciertos asuntos que debía resolver,

ajustar para mantenerme en la cima, y eso es un grave error en esta industria llamada vida. No puedes simplemente perder lo que te mantiene con vida porque terminas en la bancarrota, siendo un empleado más de la sociedad que se complace creyendo que la única forma de triunfar es siendo honesto y justo. Nadia comprometía todo eso en mi vida, en mi forma de ser y poco a poco, fue corrompiendo todo lo que yo era.

Recuerdo una vez en el restaurante, luego de que pasamos por todas aquellas etapas en nuestra relación y habíamos comenzado a hacer cosas fuera del oficio para complacer la necesidad del otro de compartir nuestro tiempo. Nadia y yo habíamos estado yendo a comer todas las noches a mi restauran favorito siguiendo esa misma idea. Nos sentíamos a gusto haciéndolo cuando no había más trabajo pendiente ni nada que pudiera interferir en alguna conversación que podríamos tener. Solos, los dos, sin la presencia de carpetas, guardaespaldas o socios de negocios, la noche se hacía especial.

—Nadia, he querido hacerte esta pregunta desde hace tiempo —dije, interrumpiendo una sutil conversación acerca de los vinos de la carta del restaurante.

Me motivé a hablarle luego de que, durante nuestra conversación, me quedé mirándola fijamente, pensando que podría ser el momento de contarle todo, que ya habían establecido una relación estable y basada en la confianza y, que, de cierta forma, era más que suficiente para decirle la verdad, o sea, incluso esperé menos para decírselo a otras personas con las que llegué a trabajar, pero ella era diferente.

—¿Qué? —inquirió Nadia, bajando la carta de vinos.

Su rostro, era angelical. No tenía noción alguna de lo que estaba sucediendo con su jefe, lo que me hacía dudar si era buena idea decírselo en ese momento. Era precisamente esa inocencia positiva lo que me hacía verla como un escape. Para mi, la presencia de mi asistente representaba eso; una habitación del pánico en la que me encerraba para alejarme del mundo al que estaba tan acostumbrado vivir.

Mientras la veía, con la inocencia y la ignorancia en el rostro, pensando en qué vino pedir y en por qué sería una buena opción; reconsideré mi pregunta.

—¿Cómo te sientes en el trabajo? —pregunté, dejando en el aire una especie de vacío, porque esa pregunta no tenía la misma tensión que ejercía la otra— Ya han pasado más de seis meses que estamos juntos y me gustaría saberlo —embocé una sonrisa.

Nadia dejó escapar una carcajada, como si le pareciera tonta la pregunta porque para ella era un tanto evidente. Tal vez si era cierto.

—Pues me siento de maravilla —exclamó— me encanta trabajar contigo, John —dijo Nadia, extendiendo su mano para colocarla sobre la mía— nadie me ha tratado tan bien como tú.

Bajé la mirada, sintiendo que de entre todo el contacto que habían tenido con ella, ese era el más directo de todos. Nos habíamos tocado las manos con anterioridad, abrazado, dado besos en la mejilla, incluso, cada vez que la saludaba o me despedía, Nadia me besaba lo más cerca posible del labio, pero sin tocarlo, pero eso, eso significaba otra cosa. No lo hacía porque estuviera saludándome, porque quisiera pedirme algo o coger algo que le estaba entregando.

La forma en que lo veía, era más personal. Simplemente la puso allí, moviendo suavemente el pulgar para acariciarme el dorso de la mano, lo que me obligó a interpretar su intención de la forma más prudente.

—Y no creo que pueda estar más a gusto con otra persona —dijo, con ese tono de voz suave y seductor con el que me hablaba de ciertos temas— que no seas tú.

No me quedó de otra más que sonreír porque no sabía como exteriorizar lo que sentía; entre una combinación de nervioso y alegre. Me había gustado, en verdad que sí, lo que me había dicho,

pero no estaba seguro si eso era apropiado para el momento.

—Me da gusto escucharlo, porque a mi me encanta trabajar contigo —respondí, colocando mi otra mano sobre la de ella para cogérsela con las dos, esperando tomar el control de la situación — no creo que pueda conseguir mejor asistente en la vida que no seas tú.

Los dos nos quedamos así por un largo rato, sintiéndonos a gusto, entendiendo que ese era el momento para sacar a relucir nuestros mejores sentimientos. Pero yo ya había dejado de lado la posibilidad de decirle a mi querida asistente de lo que era capaz de hacer en mi otra vida, no quería que ella se sintiera amenazada por mi presencia, ni por lo que hacía para ganarme el dinero que mantenía a la empresa. De una forma que no lograba entender, Nadia me hizo sentir avergonzado de lo que era.

—Eres realmente hermosa —dije, sin apartar mi mirada de sus ojos.

Ella respondió con una sonrisa, bajando la cabeza como si quisiera esconderla entre sus hombros para no mostrar que estaba un poco sonrojada por mis palabras y sugiriéndome en un idioma muy personal, con su lenguaje corporal, que lo que le dije habían llegado de la forma adecuada; justo lo necesario para hacerla sentirse bien consigo misma. Pero no era lo que quería decirle.

—Para ya —me suplico, quebrando la voz, viéndose aun más adorable de lo que ya me parecía — no soy tan bonita.

Jalé su mano hacia mi, obligándola a extender el brazo y a montar parte de su torso sobre la mesa. Un gesto dominante que me ayudaba a mantener a las personas a mi merced. Al sacarlas de su centro, podía hacer que se desconcentraran, algo similar a pelear con alguien. Pero ella no era un contrincante sencillo de vencer.

—¡Claro que si, eres hermosa! No hay otro modo de definir tu belleza —vociferé como si se tratara de un asunto muy serio.

—No sigas, que si lo haces no sé que pueda pasar —Me advirtió.

—¿Qué puede pasar? —Pregunté con un tono de voz travieso.

—No querrás saberlo —respondió Nadia con el mismo tono travieso— no te convendrá.

—¿Estás segura? —le pregunte a ella, apretándole un poco más su mano.

Nadia bajó la mirada con elegancia, levantando sus cejas negras para parecer que quería inspeccionar lo que yo estaba haciendo, pero con la actitud de una mujer odiosa, una que me encantaba ver. Era seductora a su manera, propio de una mujer que no se deja dominar por nadie, esa era ella, todo un deleite.

—¿Qué está intentando, señor John? —preguntó con autoridad.

—Nada, señorita Nadia —Respondí, siguiéndole el juego y acariciándole la mano.

—Pues creo que está intentando seducirme, señor John.

—¿Yo? ¿Seducirla? —pregunté, fingiendo sorpresa.

Alejí mi cabeza hacia atrás, dándole más énfasis a mi reacción falsa, como si se tratara de algo completamente inaudito.

—Creo que está un poco confundida, señorita Nadia. —agregué.

Nadia sonrió, bajando la mirada de nuevo para ver cómo le apretaba su mano. En cuestión de segundos, acercó la que aun tenía libre y la colocó lenta y elegantemente sobre la mía. Posaba uno a uno sus dedos, incluso así, haciéndolo parecer muy seductor.

—Qué mal, yo creí que me estabas seduciendo —Nadia me lanzó una mirada traviesa mientras su mano iba acariciando la mía. De inmediato, perdí de nuevo el control.

No era la primera vez que pasaba algo así, que nuestra conversación tenía claramente otra connotación más allá de lo laboral, de lo amistoso, de lo que sea que no fuera sexual. No es para

que me mal interpreten, sí, lo disfrutaba porque no había nada más divertido y atractivo que tener ese juego con ella, es decir, somos adultos, es normal. Pero, sin embargo, era frustrante. Si llegaba a tener algo con Nadia (porqué sabía que si teníamos sexo pasaríamos a un nivel diferente de relación, que no sería como si tuviera sexo con cualquier otra mujer) estaría perdido.

En otras ocasiones, era ella hablándome al oído desde atrás, dándome sus besos en la mejilla cuando nos despedíamos, rozando la comisura de su labio, mínimamente, con la mía, y eso... eso me hacía enloquecer. Cada vez que sucedía, me daban ganas de abrazarla y arrancarle la ropa. Es algo tan intenso que no puedo describirlo bien. Es su respiración, la forma en que aspira el perfume de mi piel como si estuviera diciéndome el poco auto control que tenía.

—Buenos días, señor John —me decía con una voz muy seductora de vez en cuando— ¿cómo amanece hoy? —preguntaba con una sonrisa en el rostro.

—Muy bien, Nadia —respondía a veces, apartándome de esa intención que claramente tenía — ¿y tú? ¿cómo amaneciste?

—De maravilla, directo al trabajo. Dispuesta a todo...

Y era eso lo que decía «dispuesta a todo» lo que afinaba cierta intensidad que me daba a entender que lo decía en serio, que sí estaba dispuesta a lo que fuera. ¿Qué exactamente? ¿Cómo? Esas eran preguntas que me hacía todo el día que lo recordaba, cuando me saludaba o cualquier otra cosa. Pero era lo de menos. De esta forma, todos estos problemas son tontos ¿verdad? Como de personas normales. Pero no lo eran.

Sin embargo, lo que más me preocupaba, era que, sin importar qué, esta misma pregunta que acabo de hacer, me la hacía en los momentos menos indicados. Algo así me pasó antes unos días antes de aquella cena en el restaurante.

—Señor, ¿qué vamos a hacer? —me preguntó una vez uno de mis empleados— ¿señor?

Yo estaba cayado, sin intención de hablar, sin moverme, viendo al vacío mientras que el resto del mundo daba vueltas a mi alrededor, al mismo tiempo en que era ajeno a él.

—¿Señor? ¿Me escucha? —Me preguntó de nuevo.

En ese momento no recordaba quien era, así que, en lo que me tocó, me trajo de nuevo a la realidad en la que estaba. Era un sábado, no tenía que trabajar en la empresa o pensar en ella, no del todo, pero aun así estaba más allá que ahí.

Mis hombres me habían citado a un cuarto oscuro, era algo importante, según ellos decían. Al parecer, les había pedido, días atrás, que hicieran algo, pero al momento no lo recordaba, sólo tenía cabeza para Nadia, para la forma en que se despedía de mi, para lo que me hacía sentir. Ese fue uno de los muchos momentos en los que me di cuenta que ella interfería en mi trabajo. En lo que me tocó, las cosas se fueron aclarando poco a poco.

—¿Qué? ¿Hacer de qué? —le pregunté, confundido, mirándolo como si no lo conociera.

Él me respondió con la mirada, sin entender lo que estaba sucediendo; minutos atrás estaba ahí, hablando, dando ordenes, explicando lo que iba a suceder, pero de repente, en un momento de silencio, me vino a la mente Nadia y me concentré por completo en ella, desvaneciéndome de aquel lugar, desentendiéndome de mis asuntos.

Miré a mi alrededor, observando lo que ya había visto: paredes húmedas, varios de mis hombres (tres en total), armas, cuerdas, esquinas oscuras. Yo, parado en medio de todos ellos y, en frente de nosotros, un joven en una silla.

—Oh sí... —dije, entrando en razón— disculpa, me desconecté por un rato.

—¿Está bien? —me preguntó, justamente preocupado— si quieres nosotros terminamos con esto.

—No, no, imposible —dije, poco a poco aumentando el ritmo de mis palabras, entrando en el

papel que necesitaba interpretar— ¿qué les ha dicho? —pregunté, con severidad y autoridad.

—Que sólo trabajaba para un hombre, no sabe su nombre, no sabe cuales eran sus intenciones —me dijo uno de los hombres a mi derecha.

El que me había tocado estaba parado justo a mi izquierda, mirándome preocupado, como si quisiera ayudarme de alguna forma. Escuché aquella respuesta, analizándola con recelo y suponiendo que podría ser mentira, así que miré de frente al joven que estaba en la silla, en medio de todos nosotros, con una bolsa en la cabeza por alguna extraña razón, como si no quisiera que nos vieran y me le acerqué lentamente.

A unos cuantos centímetros de su posición, podía percibir el olor a sangre, a sudor, a miedo. Estaba aterrado, no lo culpo, cualquiera lo estaría. Habían pasado unos pocos minutos de mi llegada, así que no sabía mucho al respecto. Antes de perderme en mis pensamientos, les había pedido que me dieran un resumen de la situación.

Esta era la situación: un chico había estado tratando de entrar a mis sistemas para poder sacar información de mis negocios, de mis cuentas, de lo que hacía o dejaba de hacer. Cosas que sé muy bien que no puedo guardar en una computadora, no en esta época en lo que todo puede ser hackeable. Este joven, un hacker supuestamente bueno en lo que hacía, fue atrapado comprimiendo dichos datos en un disco portátil para entregárselo a alguien.

Él habrá sido un gran hacker, pero yo también tengo a otros grandes genios de la computación trabajando para mi.

Estuvimos tratando de encontrarlo por varios días, queriendo saber qué quería, quién era. Pero lo gracioso fue cómo nos dimos cuenta de que algo sucedía. Fue porque Nadia me había comentado que ciertos documentos se encontraban duplicados en los servidores. Para un pobre observador, habría resultado ser poco, nada del otro mundo, pero si se miraba con cuidado y se sabía lo suficiente, se entendía lo que estaba sucediendo.

El chico utilizaba un sutil virus que le permitía copiar mis archivos, duplicando basura que se mantenían ahí como ficheros ocultos luego de que los extraía.

Mis servidores renovaban la información cada veinticuatro horas y se deshacía de la basura que no utilizábamos, así que nunca nos habríamos dado cuenta si nos dedicábamos a buscarlo, pero mi eficiente asistente, lo descubrió por error. Accedió desde su computadora a una de las carpetas importantes de mi negocio tal cual se lo había pedido y fue allí cuando me lo dijo ¿Cómo se dio cuenta? Bueno, su portátil tenía la opción de ver los archivos ocultos en las carpetas (algo que se puede seleccionar en cualquier computador), así que todo lo que el sistema operativo abría en segundo plano, se veía. Y ahí fue cuando me preguntó.

—John ¿por qué tienes tantas copias de un mismo archivo? —preguntó, desde su escritorio, a unos metros del mío.

—¿Cómo que copias?

—Sí, copias. Tienes cuatro archivos que se llaman igual, los abro, y son lo mismo.

De inmediato, algo comenzó a parecerme raro.

—¿Iguales? —pregunté, sabiendo que eso no era normal— déjame ver —dije, levantándome.

Me acerqué a ella y me puse a su lado. Recuerdo que en ese momento la escuché respirar con fuerza, como si le faltara el aire y luego soltó ese mismo aire con un gemido. No la culpo, hice lo mismo al sentir el perfume de su cabello. Era exquisito. Sostuve su mano para poder controlar ratón y por un momento me perdí en la suavidad de su piel. Fue ridículo, de inmediato se me había olvidado lo que había ido a hacer. Nos giramos y nuestras miradas se encontraron.

—John... —dijo ella, como si estuviera ahogando sus pensamientos, queriendo decirme algo importante.

—¿Sí? —le pregunté, queriendo saberlo.

Mi mano estaba sobre la suya, la otra, al otro extremo de la computadora. Estaba apoyado en su escritorio, sosteniendo todo mi peso sobre mis brazos. Veía a Nadia por sobre mi hombro derecho, y ella me veía, como podía, desde una esquina del mismo. Sólo podía ver sus ojos, cafés, encantadores, perfectos.

De repente, los cerró, cancelando por completo todo lo que estaba pensando. Aclaré mi garganta y volví a preguntar, pero con menos pausa, con menos interés.

—¿Sí? —dije, de forma natural, como si no estuviera al tanto de lo que estaba sucediendo.

—Este —vaciló— no era nada —se excusó con una sonrisa forzada y aclaró la garganta— este, los archivos —señaló, como si fuera un cabo suelto, mirando a la pantalla.

—Oh, cierto —exclamé.

Comencé a mirar a la pantalla y vi que de hecho había copias exactas de otros archivos. Eso era raro, eso no era normal.

—Que raro —dije en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que ella me escuchara.

—¿Qué? —preguntó, curiosa— ¿qué pasó?

Tuve que reprimir el deseo de contarle lo que podría significar, así que se lo simplifiqué.

—Este, sí, creo que es un virus —le dije— debe ser que tu computadora cogió un virus o algo así —mentí.

Me erguí y continué hablando.

—Llévala con los técnicos para que la revisen ¿sí?

Ella me miraba desde su asiento, con la cabeza sutilmente inclinada hacia arriba, como si se tratara de una niña que quería verme. Era tan adorable. Estaba perdida, no sabía lo que significaba eso; sí sabía lo que hacía un virus, lo que era, pero no lo pensó porque sabía que su computadora no tenía nada, yo lo sé, ella no es tan tonta.

—¿Un virus? ¿En mi computadora? —se dijo, como si fuera inaudito— uhm, que raro. —agregó, bajando la mirada.

—Si quieres, la llevas en lo que termines —le di la espalda, para que pareciera que no tenía importancia— ignora eso, hazme lo que te pedí y me lo pasas directo, sin guardarlo, por favor.

—¿Sin guardarlo?

—Sí, para que no te lo duplique —le mentí— mándalo a imprimir de una vez.

—Vale.

Regresé a mi escritorio. En lo que ella se levantó a hacer lo que le pedí, hice unas llamadas. Le pedí a mi sistema de defensa (un grupo de hackers al que le pago una cantidad asquerosa de dinero para que eviten esas cosas) que revisaran los servidores.

—Algo está sucediendo con mis archivos, averigüen qué demonios está sucediendo. Quiero respuestas para ayer. ¿Entendido?

Y así fue como llegamos hasta este hombre. Lo rastrearon, lo cazaron y lo atraparon. Ahora, de alguna forma, me están diciendo que no sabe nada de por qué le habían mandado a hacer aquello.

—¿Cuál es tu nombre, hijo? —pregunté.

El chico buscó el sonido de mi voz, y luego de unos segundos de buscar en la oscuridad de la bolsa que tenía en la cabeza, respondió.

—Carlos, señor. Mi nombre es Carlos.

No sabía lo que mis hombres le habían hecho, tampoco me importaba. Pero, de alguna forma u otra, parecía que le había dejado un severo trauma. Estaba temblando, respirando con agitación, se movía con angustia y buscaba el sonido de mi voz como un perrito. Seguro sabía quién era, no mi nombre, no mi rostro, pero sí que era el jefe, tal vez por como todos me hablaban, por el peso

de mi presencia.

—Discúlpeme, señor, no quise hacerlo —se excusó.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —le pregunté— Eres un individuo con la capacidad de decir que no. ¿No tienes criterio propio?

—Yo —vaciló— yo no quise hacer nada, señor. Yo solo estaba siguiendo ordenes.

—¿Y quién es culpable? ¿Quién dispara el gatillo o quien da la orden?

—¿Ah? —preguntó, el joven, confundido.

—Que ¿quién es el culpable? ¿Quién dispara el arma o quien da la orden? Es decir, ¿Quién es el culpable, tú o tu jefe?

—Yo —vaciló de nuevo— yo no lo sé.

Se escuchaba asustado, atemorizado hasta la medula; no lo culpo, también lo estaría.

—¿Quieres que te de la respuesta? —le pregunté, con la voz más macabra y tenebrosa con la que pude dar— ¿quieres que te lo diga?

El chico, por alguna razón la cual desconozco, comenzó a alejar su cabeza, a temblar más, a balbucear palabras.

—No —vociferó— no, no señor, yo le respondo —dijo.

Qué raro ¿no? Yo sólo le hice una pregunta amistosa.

—Dime entonces ¿quién es el culpable?

—Nadie señor...

—¿Nadie? —pregunté legítimamente sorprendido— ¿cómo que nadie?

—Nadie es el culpable señor.

—¿Estás seguro?

—Sí, ninguno de los dos es el culpable.

—Vaya... —me erguí y levanté un poco la voz para que me escuchara. Ya estábamos a una distancia más prudente.

Claro, él seguía sentado con la cabeza tapada, pero ahora yo me encontraba parado en frente suyo, a poco menos de treinta centímetros de sus pies.

—Explícame eso —agregué.

—Quién da la orden no es quien decide quién muere y quien no, mucho menos quien dispara el gatillo. Ambos son peones de otra persona. Ellos se llevan la culpa porque fueron los partícipes del crimen, para que aquel que movía las cuerdas obtuviera lo que quería y se saliera con la suya —dijo, con la garganta seca, haciendo pausas entre oraciones para tragar, con dificultad, la poca saliva que producía— sin embargo, eso no los hace mejor personas. Ellos podían decidir no hacerlo, a pesar de la mentira que les dijeron para justificar aquello. Eso los hace culpables también, a pesar de no serlo del todo.

—Son, pero no son culpables —dije, reflexionando su lógica— parece una paradoja. —Asentí con la cabeza, sorprendido por su respuesta, buscando la mirada de mis hombres quienes tampoco se esperaban eso— nada mal —le dije.

—Exacto —afirmó.

—Es extraño que seas tan elocuente y hayas terminado siendo descubierto por mis hombres. ¿Qué te sucedió?

—Cometí un error.

—Sí, todos cometemos errores —le dije, entendiendo su realidad.

El chico estaba respirando agitadamente, y poco a poco fue amainando su respiración, como si se estuviera relajando, satisfecho por su respuesta. De repente, un sutil bramido, como un eco entre voces, fue esparciéndose una risa suave; nosotros y mis hombres habíamos recibido bien esa

respuesta.

—Entonces dime —agregué luego de un rato— ¿quién es el culpable justo ahora? Tú o tu jefe. Porque alguien tuvo que haber dado la orden, y supongo que usaste una lógica de línea militar, los militares tienen autoridades pero son simples peones lo que se ajusta a tu respuesta —vacilé— así que dime, Carlos, —y acercándome a su rostro cubierto, sintiendo su respiración en mi nariz, le pregunté pausada, y amenazadoramente— ¿tú eres un militar?

En la habitación se hizo un silencio casi absoluto. En el momento en que me acerqué, todos dejaron de murmurar, de discutir cual habría sido su respuesta porque todo eso, para nosotros, no era más que una rutina aburrida, un simple y mero juego de niños, pero para Carlos... para Carlos era diferente.

—Dime... ¿eres un militar?

—No —vacilé, nervioso— no señor.

Juro que me imaginaba su rostro roto, sus labios tartamudeando cada palabra, sus parpados sangrar y temblar mientras intentaba verme por la fina tela que le cubría la cabeza. Pero en verdad sólo veía eso, un saco, no a un hombre.

—Entonces, ¿quién es el culpable? ¿Tú o tu jefe? —Le pregunté de nuevo.

Tanto yo como mis subordinados sabíamos la respuesta a esa pregunta, sabíamos qué sucedería cuando lo dijera y teníamos en cuenta que no había forma de salir de allí sin antes hacer lo que fuimos a hacer.

—Pero antes que me responda —interrumpí— ¿qué estabas buscando? —le pregunté.

—Estaba buscando todo.

Su respuesta, de nuevo, me confundió. Me alejé, le di una rápida mirada a mis hombres, para ver si sabían algo y volví a dirigirme a él.

—¿Todo?

—Sí, todo. Me pidieron que sacara cuanta información fuera posible de sus servidores, todo lo necesario para saberlo todo —lo escuché tragar con fuerza— todo —afirmó.

—Bueno —hice un gesto que él no pudo ver, el mismo que se hace cuando se aprueba algo— supongo que tiene sentido. Y —comencé a caminar alrededor de él, lenta y pausadamente.— me dices que no conoces a tu empleador.

—No, señor. No lo sé, me contacto por una llamada, un contacto de un contacto y me pidió que lo hiciera. Eso es todo lo que sé.

—¿A quién tenías pensado darle la información?

—A nadie, sólo seguía ordenes. Debía dejar el disco portátil debajo de la rama de un árbol y allí iba a recoger mi dinero. Eso es todo.

—Muy bien —me detuve en frente de él— ahora sí, respóndeme ¿de quién es la culpa? ¿Tuya o de tu jefe?

Carlos estaba contra la espada y la pared, no había nada que pudiera ayudarlo, nadie sabía que estaba ahí, ni que no los habíamos llevado, así que sólo podía responder a mi pregunta y probar su suerte.

—Mía, señor. No debí aceptar aquel trabajo. De no haberlo hecho, no estaría aquí.

—Respuesta correcta Carlos. Me gusta tu forma de pensar.

—Disculpe, en serio, lo siento, quiero hacer todo lo que pueda para ayudarlo, quiero pagar mi error. Por favor —podía escuchar como su voz se quebraba por el llanto, como las ideas en su mente se apoderaban de sus palabras, de su respiración, de su esperanza.

Carlos me suplicaba que lo perdonase, que le dijera que todo iba a estar bien. Sabía que estaba llorando, que tenía miedo, que estaba arrepentido. Todo eso era parte de un plan malévolo

en donde él sólo era un simple peón tratando de llegar a las líneas del rey. Un jaque asegurado si hubiera sido más cuidadoso, pero estoy seguro que no se esperaba que la empresa a la que le intentaba robar sería la de un criminal.

Miré a mis hombres, y entre ellos intercambiaron miradas. No podíamos hacer más nada, él no nos iba a decir lo que necesitábamos, era un callejón sin salida.

Y respiré profundo, me alejé de Carlos, todo había terminado. Teníamos su computadora y la estaban revisando justo ahora, no sabíamos como confirmar su historia, pero lo del dinero bajo la rama parecía ser cierto. Y para ser honestos, yo le había creído. Creo que es parte de lo que Nadia había estado inoculando en mi, un poco de indulgencia.

Y en ese momento, me volvió a invadir el recuerdo de Nadia. Sí, ella se apoderó de toda mi atención, de lo que me gustaba, de mi estilo de vida. No podía controlarlo, me estaba dominando por completo, controlaba mi sentido común. Estaba comenzando a creer que lo que sentía por ella podría llegar a ser amor de verdad.

—Sí, Carlos —le dije mientras me alejaba de él, dándole la espalda— tu respuesta fue la correcta.

Y justo en ese momento, el gatillo del arma de uno de mis peones fue disparado. El rey había dado la orden.

Miraba como Nadia tomaba mi mano entre las suyas mientras que yo hacía lo mismo. No habíamos ordenado todavía lo que queríamos comer, no estábamos ni siquiera en hora para hacerlo. A penas y habíamos llegado y ella ya se las había arreglado para hacerse con mi sentido común. Nos miramos a los ojos, plena y absolutamente. Yo me sentía a gusto con su mirada, queriendo poder tenerla cerca, queriendo poder sentirla más. No me importaba más nada, más nadie, ni el pasado ni el futuro. Nadia lo era todo.

—En verdad, realmente me gusta trabajar contigo —le dije en un momento de completa honestidad.

Ella hacía eso conmigo, me obligaba a decir lo que sentía; no era el mismo hombre frío y calculador de antes, o el sarcástico desgraciado que atacaba con puntualidad. Era algo más, me hacía mejor persona, lleno de conflictos, pero mejor persona. Estoy seguro que no les caería bien a muchas personas, pero, la única opinión que me importaba acerca de mí, era la que tenía Nadia.

Cuando me veía me hacía sentir alguien diferente porque ella veía solo lo bueno en mí, lo que me hizo querer hacerlo la mejor parte de mi forma de ser. De hecho, entre todos los meses que estuve relacionándome con ella, Carlos y uno que otro entrometido, fueron las únicas personas a las que había mandado a matar, así que eso era una especie de logro personal. Durante las noches, luego de lamentarme por haberle quitado la vida a esas personas, recordaba lo que mi secretaria y yo hicimos durante el día, cosa que me ayudaba a dormir.

Ella me es útil en muchas cosas. Es buena asistente, es buena amiga, es buena escuchando y maravillosa persona. Y por eso no quise decirle aquella noche quien era, lo que hacía y cómo me ganaba gran parte de la vida. Sólo me quedé mirándole a los ojos, apreciando su belleza, su forma de ser, su sentido moral tan correcto y propio de una ciudadana modelo.

—Eres hermosa —agregué.

Puedo jurar que la vi sonrojarse.

—¿No te lo he dicho? —le pregunté, dibujando una sonrisa, como si fuera raro el decirlo tan de repente.

—Sí, lo dices todo el tiempo —respondió alagada.

—Es que es cierto. Realmente eres hermosa —aseveré, con una voz profunda, dulce y pausada. Estaba idiotizado por su imagen, por su forma de ser.

De nuevo, sólo nos miramos. Era perfecto estar con ella, no conocía otra cosa más que estar a gusto a su lado y estaba seguro que nada en el mundo podría arruinar eso que sentía por Nadia. De un día para otro, me había hecho olvidar por completo las cosas que alguna vez hice, como si me hubiera perdonado a mí mismo, como si no necesitara concentrarme en otra cosa que no fuera ella.

—Nadia.

—¿John?

—Me gustas mucho —le confesé.

—Y tú a mí, John —aseveró.

Y nos miramos más, durante un largo rato. Eso hizo mucho más mágico aquel momento, por lejos, el instante más especial de mi vida. Y ese día, consumamos nuestro amor. Luego de la cena, de elegir el vino, de comer un poco de postre, la invité a pasar a mi casa. Quería cerrar aquella noche con broche de oro y, por fortuna, ella también.

Fue cuestión de tiempo para que llegáramos hasta mi departamento, a cumplir con nuestro

deseo acumulado por meses. Nadia estaba deslumbrante, con un vestido corto que no había tenido tiempo de apreciar... mentira, no podía dejar de verlo, al igual que siempre que la veía vestida de forma diferente, con lo que fuera que pudiera ajustarse a cada curva de su cuerpo. No sé, incluso me preocupaba en qué podría usar al día siguiente, no era sencillo dejar de pensar en eso.

Pero creo que esta vez fue diferente, de todos los sentidos, de cualquier forma, no me esperaba verla llena de expectativas. No era sólo deleitarme con su estilo, sino con ver cómo se iba a quitar esa ropa. No sé, es una especie de fetiche adquirido, tal vez por sólo verla de una forma durante tanto tiempo, la verdad es que ni siquiera había pensado en ella de esa forma. Demonios, sí que se veía estupenda.

Y en mi departamento, lleno de cosas para ver, de distracciones, ella se perdió en aquel lugar.

—¿Esta es tú casa? —preguntó sorprendida.

—No, se la robé al vecino. No me quería prestar la parrillera así que le quité la casa.

—Muy gracioso.

—Lo sé, soy un comediante nato.

Nadia continuó inspeccionando el lugar, su forma tan poco predecible me resultaba adorable. De camino aquí, era una persona diferente a la que estaba viendo ahora; seductora, coqueta, traviesa. Su mano iba a lugares que no habían ido nunca y yo estaba a gusto, supuse que a penas llegáramos a mi casa todo se decidiría. Fue gracioso verla acercarse a cada detalle como si fuera algo completamente nuevo para ella.

—¿Y vives solo? ¿Cómo mantienes este lugar tan impecable?

—Casi nunca estoy y uso poco las cosas. El secreto es tratarlo todo como si fuera un adorno.

Nadia se giró para verme, sorprendida, estupefacta. Como si hubiera sido una ofensa para todas las casas del mundo.

—¿No haces nada aquí?

—No, creo que ya ni siquiera cocino.

—¿Nunca has cocinado aquí? —preguntó, tocando la cocina empotrada, abriendo la nevera, sintiendo el mármol de la mesa— ¿Cómo demonios no vas a usar esta casa?

—Hace tiempo que no lo hago —dije con nostalgia— no había tenido a nadie a quien cocinarle.

Y creo que con eso fue suficiente.

—¿No has tenido a nadie a quien cocinarle? —preguntó, con el mismo tono de voz con que me hablaba y me idiotizaba todo el tiempo— eso quiere decir que tenias antes a alguien a quien cocinarle. ¿Verdad?

—Sí...

—¿Y desde hace cuanto no lo has hecho?

—Hace mucho tiempo —le dije, tan natural como pensé que podría hacerlo.

—¿Hace mucho tiempo? —cerró la nevera a su espalda, como si el lugar ahora le fuera indiferente, como si no le importara.— ¿Cuánto? Exactamente.

Se iba moviendo lentamente, aproximándose a mi posición. Nos encontrábamos a unos tres metros de separación y, honestamente, verla recorrer esa distancia, fue lo más excitantes de mi vida. Por otro lado, no sabía qué tenía que ver aquella conversación con lo que estaba viendo: a una mujer encantadora caminar hacía mi con tal despliegue de sensualidad.

—Cinco, seis, o siete años No sé.

Nadia ya estaba prácticamente cerca de mi, cuando de repente se detuvo en seco.

—¿Tienes más de cinco años sin cocinar en tu casa? —preguntó, saliéndose por completo del papel que estaba desempeñando en ese momento.

—Este, sí —dije— pero eso ya no importa.

—¡Ah! ¿No? Y ¿por qué? —preguntó, con una sonrisa traviesa.

—Porque ahora estas tú.

En ese momento, los papeles se cambiaron. Yo tomé la iniciativa, yo decidí qué se iba a hacer. La cogí por la cintura y la acerqué a mi con un arrebato de fuerza. Nadia respondió con una sonrisa de sorpresa.

—John —dijo entre risas— me asustaste.

Estábamos tan cerca que parecía que nos encontrábamos unidos por el abdomen. Nuestros rostros estaban al margen del contacto único e increíble de un beso.

—¿Te asusté? —pregunté, en un tono de broma, seductivo y un poco gracioso.

—Un poco —respondió ella, dejándose llevar por mi, por lo que le dije, por lo que le estaba haciendo.

Y no lo dudé, mis labios se acercaron lentamente a los suyos y le di el beso que por tanto tiempo estuve esperando darle. La necesitaba, cumplí uno de mis más grandes deseos: besar a una mujer perfecta.

Creo que no le he dedicado el tiempo adecuado para decir cómo era ella. Ya dije que es una mujer preciosa, pero no he dicho qué tanto. Un rostro ovalado y suave como si lo humectara todo el tiempo con crema rejuvenecedora. Tal vez era por su edad porque su piel, canela pasión, parecía la de un bebé: sin imperfecciones, sin poros abiertos, sin cicatrices. Puede que sí las tuviera, pero yo no se las había visto jamás.

Su cabello era increíble, extravagante, se parecía tanto a ella en cuanto a su forma de ser porque no seguía las reglas de nadie. Era abundante, con ondulaciones pronunciadas; le llegaba un poco más debajo de los hombros como si fuera un halo de perfección.

Sus ojos, no me canso de decir que tiene unos hermosos ojos cafés; sus labios, carnosos y rosados. Del cuello para abajo son tantos los detalles que los resumiré en: hermosas curvas de locura, unos pechos preciosos que no llegaban al punto de lo absurdo, pero sí se asomaban seductoramente con escotes. Sus piernas, gruesas y perfectas que terminaban en unos glúteos redondos que no me cansaba de ver.

En esta ocasión, sentía esa misma cintura entre mis brazos, su pecho chocando con el mío y el aroma de un perfume que, estoy seguro, les causaba envidia a los dioses. Nadia lo tenía todo, y yo quería tenerla a ella.

Sus labios, gruesos, suaves y deliciosos, se quedaron adheridos a los míos mientras que mis manos iban recorriendo las partes de su cuerpo que siempre quise tocar. Su cuello, su nuca, sus pechos, su abdomen, sus nalgas... no podía controlarme, la quería sólo para mi.

En poco tiempo ya estábamos en mi habitación, acariciándonos, quitándonos la ropa. Ambos estábamos desesperados por desnudarnos hasta que lo logramos. Ya no había nada que nos impidiera sentir el cuerpo del otro. Yo la besaba, recorría su cuerpo con mis labios, con mis manos y mi lengua. Ella gemía de placer, cambiando la frecuencia de su respiración cada vez que le tocaba en un lugar que le gustaba.

Cuando lo descubría, me quedaba allí y le daba toda mi atención. Lo besaba, lo succionaba, apretaba con los dedos o le mordía. Tenía unos hermosos pezones oscuros que se distinguían de su piel morena, que me daba la impresión de estar comiéndome un delicioso chocolate. Jugaba con sus pechos, con su cintura, con la cresta de su pelvis que la hacía estremecerse cada vez que la mordía con suavidad.

Nadia se reía, gemía, soltaba aire con fuerza, y me pedía que siguiera. Yo estaba sumido en su aroma, en su sudor, en su existencia completa. No había nada en ella que no pudiera gustarme, no

existía cosa alguna que me obligara a apartarme de ella.

Y así seguí, jugando con su cuerpo hasta llegar a su vagina. La tenía completamente lubricada como si me estuviera pidiendo que jugara con ella, yo le hice caso. Comencé a jugar con su clítoris, dibujando círculos y corazones a su alrededor, obligándola a estremecerse, a moverse por todos lados por el inigualable placer que eso le ocasionaba. Hace mucho tiempo me habían dicho que el punto del placer máximo era el punto G, un lugar dentro de la vagina, que hacía a las mujeres enloquecer, pero descubrí que no era así.

El clítoris era el punto exacto, en donde empezaba y terminaba todo. No voy a aburrir a nadie contando cómo descubrí que las mujeres se volvían locas cuando les sabían acariciar el clítoris, sino que, Nadia no era diferente. Sí que era hermoso, un perfecto botón en la cabeza de su vagina, de color rojizo, brillante, delicado. Jugué con él hasta que me pidió que continuara bajando por ahí, que hiciera algo con mis dedos.

Yo soy un hombre obediente que sabe reconocer la cadena de mando. Nadia tenía el control total sobre mis acciones así que ¿por qué habría de desobedecerla?

Comencé con un dedo. Le entró sin ningún problema; lo deslicé en su interior tan rápido como me lo pidió y comencé a estirarlo y contraerlo como si estuviera rascando su comezón. Mientras tanto, continuaba masajeando suavemente su clítoris; vi en su rostro que supo apreciarlo. Estaba cohibida por el placer, tratando de decidirse entre respirar o dejar escapar sus gemidos. Me resultó satisfactorio ver cómo se estremecía de placer.

—Maldita sea —exclamó— John, eres increíble.

No había hecho nada especial y ya me estaban halagando. Traté de mirarla a los ojos, pero se encontraba con el rostro al techo mientras mantenía sus parpados cerrados. Respiraba, gemía, gritaba, se movía o se petrificaba de repente. Nadia atravesó por muchas etapas del placer mientras que jugaba con su vagina.

—¿Yo? —pregunté riéndome sutilmente— Pero si yo no he hecho nada —le dije.

Sin preguntarle, saqué mi índice de su vagina para luego volverlo a meter acompañado de su amigo del medio. Estaba tan lubricada que me dio la impresión de que ni siquiera se dio cuenta de cuantos dedos tenía adentro; no me importó, yo continué haciéndola sentir bien.

—¿No tienes algo más grueso? —me preguntó, jadeante pero aun en control de su voz seductora.

—Claro que sí, señorita Nadia.

Así que me levanté, me jalé un poco el pene y fui acercándome poco a poco a su vagina.

—¿Estás lista? —le pregunté.

—¡Métemelo ya! —vociferó.

Yo solté una carcajada y empujé mi pene con fuerza dentro de su vagina. Nadia dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones y comenzó a gemir de placer. Yo me movía con destreza, sacudiendo sus pechos, sus caderas, empujándola hacia arriba y trayéndola hacia mi cuando embestía con fuerzas tal cual me lo pedía entre gemidos.

Sentía cómo su vagina se escurría a lo largo y ancho de mi pene mientras ella me apretaba con sus piernas para que no me saliera. Yo jugaba con sus pechos, con sus pezones, apretaba sus piernas o la cogía por la cintura. El contacto físico era exquisito cuando se trataba de ella.

—Mételo, más, sí... —me decía— dale, más duro.

Yo soy un caballero, yo le obedecía diligentemente. Probamos cada posición posible, pero la que más me gustó (y no porque fuera simplista) fue en la que levantaba su trasero para que yo la penetrara desde atrás. Podía ver cómo sus perfectas nalgas se movían con cada golpe de mis caderas, como culo se asomaba mientras yo la penetraba con todas mis fuerzas. Me encantaba

vérselo, era exquisito, sentía que debía quedarme en esa posición para siempre.

En lo que estuve en esa posición, procedí a darle unas nalgadas, a lo que ella respondió positivamente.

—Sí, papi. Dame duro.

Yo continué dándole nalgadas, penetrándola, jalándole el cabello. Todo en ella me encantaba, desde la punta de sus cabellos hasta la punta de sus pies. Me fascinaba cómo se veía desnuda, vestida, con mi pene entre sus piernas y sobre mí. Sus pechos redondos, sus caderas pronunciadas, sus nalgas perfectas, me hacían querer quedarme dentro de ella todo el día sacudiéndola hasta el cansancio.

Ella me hablaba entre gemidos, gritando, arrugando las sábanas con las manos, mordiendo las almohadas. Yo la puse de lado, de espaldas, boca arriba y abajo, sobre mí, recostada de la pared... quise metérselo en todas las posiciones que conocía porque así podría detallar el movimiento de cada uno de sus músculos y ¡oh! Hablando de eso, cuando ella tomaba el control, era, por lejos, una de las mejores partes.

Se podía ver cómo sus caderas se ondeaban para que mi pene se mantuviera adentro pero aun así haciéndolo escurrir entre las paredes de su vagina. Sentía cómo se doblaba, se reubicaba en su interior y cómo ella me apretaba de vez en cuando. Sus nalgas, deslizándose por mis piernas cuando estaba sentada, o rebotando contra mi ingle cuando estaba arrodillada o apoyada de la pared, me hacían sentir que estaba en el paraíso, contemplando la gloria.

—Eres perfecta —recuerdo haberle dicho.

—Estoy perfectamente unida a ti —recuerdo que respondió.

Nadia sabía como hacerme sentir increíble, que cada cosa que hacía valiera la pena, que cada movimiento fuera el mejor. Verla morderse el labio, sonreírme con sensualidad, apretarme el pene con las manos, con su boca, entre sus nalgas y dentro de su vagina, era sentir que nada en este mundo podría hacerme sentir mejor que eso.

Yo la penetré durante horas, viendo cómo rebotaban sus tetas, cómo sus nalgas me pedían que las golpease con sensualidad, cómo sus ojos me penetraban con pasión y dulzura. Yo estaba convencido que ese sería el mejor sexo de mi vida. Hasta que, Nadia me confirmó que podría ser mejor.

Ya habíamos terminado, yo acabé dentro de su vagina y ella sobre mi pene. Pero aun nos quedaban energías.

—¿Estás cansado?

—Me preguntó.

—No lo sé —le dije, entendiendo que podría significar una propuesta— ¿qué propones? — pregunté con una sonrisa traviesa.

En ese momento Nadia se dio la vuelta y levantó las caderas mientras sostenía el resto de su cuerpo con su cara sobre la cama. Con las manos extendidas hacía atrás, se expandió las nalgas, y, como pudo, me miró a los ojos.

—¿No quieres probar algo nuevo?

No dije nada, sólo me levanté para ver aquella maravillosa escena, que, para mi sorpresa, fue mejor de lo que me esperaba. Ella estaba ahí, con las nalgas extendidas, y con un dedo travieso dibujando círculos alrededor de su ano. No sabía que ella era de esas, ni mucho menos que tenía en mente hacerlo en nuestro primer encuentro.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Sí, ya está limpio y listo para ti —dijo Nadia.

—Jajá —me reí— ¿cómo? —pregunté.

—Cuando fui al baño, mi amor. Me limpié el culo sólo para ti.

No sabía cómo reaccionar a eso, ni mucho menos como uno se limpia el recto, pero no quise preguntar y arruinar ese momento.

—¿Estás lista? —pregunté.

—Ya va —dijo, apartando una de sus manos y metiéndola debajo de la almohada— usa esto primero.

Me extendió un cilindro de lubricante, lo que me hizo preguntarme qué tenía ella en su bolsa para estar tan preparada, de nuevo, no quise arruinar el momento con una pregunta. Así que cogí el tubo, lo abrí y se lo esparcí por el ano. Iba a empujárselo cuando ella se me adelantó con uno de sus dedos, hizo un círculo y luego lo empujó, dejando escapar un pequeño gemido de placer. Según entendía no todos eran sensibles ahí, otra vez no quise preguntarle.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, mirándome de reojo desde donde estaba.

Yo me masturbaba mientras la veía sacar y empujar su dedo. Se lo estaba dilatando; primero uno, luego dos... lo hacía tan bien que parecía que no era primera vez.

—Claro que me gusta. Es perfecto.

Con una mano jugaba con su ano mientras que con la otra con su clítoris. Era encantador verla, hasta el punto en que no me resistí más y acerqué mi pene a su puerta trasera.

—Jajá —se rio— me preguntaba cuando ibas a metérmelo.

—Si quieres no te hago esperar más.

Poco a poco fui empujándolo, y ella comenzó a inhalar y exhalar aire con tal sensualidad que parecía que en verdad le estaba gustando.

—Vamos, mi vida, métemelo completo.

No pude resistirme y para cuando me di cuenta, ya me encontraba bombeándole el ano con fuerza. Nadia gemía de placer mientras recibía mi pene y se introducía cuantos dedos podía en la vagina. Era perfecto verla hacer eso, sentirla de esa forma. Estaba tan apretada, tan dispuesta. No duré mucho, no recibiendo tanto placer. Ella me gemía tanto que no pude controlarme.

Le di palmadas en las nalgas, se las apreté, expandí, empujé. Disfruté a Nadia como no había disfrutado a ninguna mujer en mi vida y no me arrepiento de eso. Luego de varios minutos deleitándome con ella, descargué lo que me quedaba de semen en su recto, sacando mi pene y viendo cómo su ano se quedaba abierto con la forma de mi miembro.

—Eso fue increíble —Dijo Nadia, jadeante.

—Ni que lo digas.

Los días luego de eso fueron increíbles. Disfrutamos el uno del otro durante horas. Me dormía y me despertaba con ella en la misma cama, sabiendo que nada en este mundo podría hacerme sentir mejor. Compartimos nuestras vidas en mi casa sabiendo que habíamos encontrado todo lo que estuvimos buscando por años.

Yo estaba feliz, estaba renovado. Durante ese tiempo no hice más que ir de la oficina a la casa y de la casa a la oficina. No me encargué de ninguna extorsión, no ordené que mataran a nadie ni quise hacer algo parecido. Estaba única y exclusivamente concentrado en Nadia. Ella se había apoderado de la poca atención que me quedaba (de la que no se había adueñado ya) y estaba a gusto con eso.

Me sentía diferente, era diferente. Estuve seguro de que por ella podría cambiar, que con ella conseguiría la estabilidad emocional que necesitaba. No iba a cambiar mi pasado, no, aun faltaba decirle de lo que era capaz, pero no antes de demostrarme a mi mismo que dejaría esa vida atrás ya que significaba que con ella todo sería posible.

Verla todos los días significaba todo para mi, era una especie de regalo; fui afortunado de

haber encontrado una mujer tan increíble como ella y no quería perderla bajo ningún motivo. Se volvió mi todo, y debía cuidarlo, prometí que lo haría y, a pesar de ser un hombre malo, era uno que mantenía su palabra. No permitiría que nada malo le pasara porque la mera visualización de aquella posibilidad me asustaba.

Con Nadia descubrí lo que era sentir cosas que nunca había sentido, no después de haberme hecho el hombre que soy ahora. Me hizo más humano, me hizo más feliz. Estaba convencido de que mi vida tomaría un giro radical que no había más nada que hacer más que cumplir mi final de cuento de hadas.

Pero, creo que el destino no quería eso, no para mí, y, en cuestión de segundos, sin Nadia y con una oficina vacía, todo, simplemente cambió.

Tercera parte
Alejandra Mata

4

Cuando conocí a John, no estaba al tanto del tipo de persona que era. Para mi, las cosas eran tan hermosas como cualquier otra cosa en este mundo, pero nada podría compararse con estar con él. Al principio de mi vida, era una chica inocente, nada diferente a lo que siempre se presenta de una mujer cualquiera, era sencilla, no resaltaba, sabía poco y vivía al ritmo que el viento soplase.

Mi propósito es contar de todo lo que es capaz John Corvus, quien es en verdad, el hombre que se consolidó como un gran empresario a costas de las tragedias que él mismo consumió. Mi nombre es Alejandra Matas, y tengo el placer de decir que fui su primer amor.

Nos conocimos un verano cualquiera, hace poco más de quince años. La vida era otra, los tiempos eran, de cierta forma, diferentes, él también lo era. Cuando lo conocí, no tenía más de tres dólares, un euro y cuatro pesos en su bolsillo; recolectaba la basura de los países que visitaba a costa de pedir que lo llevaran de un lugar a otro. Era la vida que se había propuesto, ser bohemio, vivir libre. «Es porque odio a mis padres», me decía, «quiero que sepan que viví una vida plena, llena de aventuras y no seguí sus reglas», esa era su excusa.

Yo estaba trabajando en un negocio de traslado con mi hermano, un chico interesante que manejaba su camión de carga a lo largo del país para transportar los productos que nos pidieran. De vez en cuando yo lo acompañaba, cuando el viaje iba a ser largo; en esos casos siempre necesitaba ayuda y yo estaba dispuesta a dársela; a esa edad, cualquier excusa era válida para poder compartir con él. Como dije, era un verano cualquiera, en el cual no tenía planeado hacer más nada que eso; hasta que el infortunio tocó a nuestra puerta.

Aquel día, ya cuando habíamos partido de casa con la carga en el camión lista para ser trasladada, en medio del camino, a unas cuatro horas de donde habíamos salido, un joven, apuesto, con el cabello largo, el mentón cuadrado y unos ojos preciosos que pude detallar desde la distancia, nos levantó el pulgar para pedirnos ayuda.

Tal cual, como una película, llevaba un cartón en el que se leía el nombre del lugar al que nos dirigíamos. Una grata coincidencia, pensé en ese momento. Mi hermano, quien no se negaba a ayudar a nadie, no dudó en detenerse para dejar que se abordara.

—Es un desconocido, Mike —le dije, en lo que me di cuenta que comenzó a bajar la velocidad.

—Necesita ayuda, no podemos negarle ayuda a nadie.

—Claro que sí, podemos negársela a él —insistí.

De inmediato, no me sentí atraída por él, no me gustaba compartir el viaje con más nadie, además de que, si lo dejábamos entrar, el espacio de pasajeros se iba a reducir y estaríamos apretados e incómodos durante todo el viaje.

—No es buena idea, ¿qué tal si es un asesino? —pregunté, acusándolo de inmediato.

—Jajá —se mofó mi hermano— ¿un asesino? Esto no es una película, Ale, relájate —respondió, acercando el camión a la orilla de la carretera.— Además, si es un asesino —agregó, girándose para verme en lo que detuvo el vehículo, y acercando su mano al revolver que tenía cerca de su mano izquierda, en donde podría acceder a ella de inmediato— yo te protegeré.

No pude evitar sentirme insegura, a pesar de que confiaba en su puntería, su puntualidad y su capacidad para defenderme, pero, el verlo parado en medio de la nada, con un cartón que pedía un aventón, no pude simplemente dejar de pensar que algo malo podría pasar. Tal vez era sólo porque no estaba acostumbrada a hacer ese tipo de cosas tanto como él, y fue por eso que decidí confiar en su palabra.

—No pasará nada, no te preocupes.

—Está bien.

Ya estacionados, esperando a que el chico recogiera sus cosas del suelo y corriera hasta nosotros, me pregunté si estábamos haciendo lo correcto.

—¡Gracias por detenerte! Tengo rato pidiendo un aventón —dijo John, en lo que abrí la puerta para bajarme y darle espacio.

—No hay de qué —dijo mi hermano, desde el lado del piloto, viendo hacía abajo— siempre a la orden, mi amigo.

Es gracioso como rechazamos lo que sea de las personas que no nos agradan. No importa si no es nada del otro mundo, si viene de ese alguien, lo vamos a aborrecer. Yo suspiré de hastío al escucharlo hablar con mi hermano, al ser tan cordial, al llamarse amigos. A penas y lo estábamos conociendo y ya se comportaba como si nos conociera de toda la vida.

—Mucho gusto, señorita, mi nombre es John —dijo antes de montarse, extendiendo su mano cubierta de polvo y una sonrisa endemoniadamente bella en el rostro.

Primero vi su mano, sin querer tocarla, suponiendo que no lo iba a hacer. Seguido a ello, levanté mi mirada y miré a sus ojos azules perfectamente iluminados por la luz del sol. Pensé que no le saludaría, pero antes de darme cuenta, ya estaba estrechando su mano.

—Mi nombre es Alejandra, mucho gusto —le respondí con una sonrisa, como si realmente estuviera a gusto de verle.

John soltó mi mano y cogió sus cosas. Un bolso lleno por completo; no como esos de alpinistas, sino como uno de colegio, de esos que se ven en todos lados, sencillo, pero se veía que pesaba demasiado. Se quejó al levantarlo y se subió al camión.

—Estaba esperando desde hace rato, no saben lo agradecido que estoy de que me dejaran ir con ustedes.

—Siempre hay que ayudar a los amigos del camino, uno nunca sabe con lo que se puede encontrar —respondió mi hermano.

—Mucho gusto, mi nombre es John —dijo, pero esta vez dirigiéndose a mi hermano.

—Y yo me llamo Mike —respondió.— Y ella es mi hermana menor Alejandra —señaló, apuntándome con la mano.

—Sí, ya nos conocimos allá abajo —aseveró John, mirándome con la misma maldita sonrisa.

Yo seguí a John luego de que se montara, me senté y cerré la puerta.

—Y para donde van —preguntó John, mirándonos a los dos, uno a uno, sondeando quien le respondería primero— a la ciudad, estamos haciendo una entrega.

—Oh, que bueno —exclamó de alegría— entonces vamos para el mismo lugar

—¿Sí verdad? Qué coincidencia —dije, con un tono sarcástico, fastidiada por completo con su presencia.

Durante le viaje, sólo mi hermano y él conversaron. Yo traté de quedarme dormida, sintiendo que todo eso se había arruinado ahora que no estamos nosotros dos solos. Hablaban y hablaban de sus vidas, de lo que hacían, de lo que tenían pensado para el futuro. John le contó a Mike que a penas tenía diecinueve años (un año mayor que yo); no pude evitar sentirme sorprendida, ¡ya tenía diecinueve años y estaba viajando por el mundo! Otra razón más para odiarlo.

Es gracioso porque, en ese entonces, sentía como que él lo tenía todo: libertad, carisma, un espíritu aventurero. Me dieron celos el escuchar todo lo que podía hacer, todo lo que hizo durante los últimos tres años (para esa fecha) en los que estuvo viajando para encontrarse a sí mismo. Hice lo que pude para ignorar su conversación hasta quedarme dormida.

Al llegar a nuestro destino, esperaba no tener que verlo más. Al principio, mi odio por él no era más que un simple capricho de niña; me había arruinado el día con mi hermano, hasta el momento, no había hecho nada del todo desagradable, no lo suficiente como para odiarlo como lo odio ahora. Estoy segura que las cosas que nos llevaron a reencontrarnos fueron mera casualidad, circunstancias del destino que no esperaba que nuestras vidas se desarrollaran de ese modo.

Los días pasaron y yo ya me había olvidado por completo de John a quien ya no tenía motivos para odiar porque obtuve el tiempo de calidad que quería con él en el viaje de regreso a casa. Su sonrisa, sus ojos azules, su voz de hombre a pesar de tener a penas diecinueve años, todo eso desapareció de mi memoria porque creí que no lo vería más, creí que no habría razón alguna para reencontrarme con él. Eso creía. Ojalá se hubiera mantenido así.

—¿Alejandra? —me detuvieron un día, luego de cinco años, en la ciudad— ¿eres tú?

¿Cuáles eran las posibilidades de que pudiera encontrármelo? A un hombre bohemio que se la pasaba viajando alrededor del mundo, pidiendo aventones en la carretera y teniendo un nuevo destino cada noche. Para ese entonces yo esperaba que las circunstancias y su forma arriesgada de vivir lo hubieran matado ya, pero no fue así.

Al principio no lo reconocí, le pasé por el frente y para mí fue un hombre común y corriente; estaba sumida en mis propios asuntos, cosas fútiles que ahora no recuerdo pero que realmente me tenían concentrada en ese entonces. Tal vez no había cambiado mucho mi aspecto físico en esos últimos cinco años, o era que él no se había olvidado de mí.

—¿Alejandra? —preguntó de nuevo, cuando me detuve y me giré al escuchar mi nombre.

—Sí ¿Lo conozco? —pregunté, aun inocente. Supuse que era algo puntual, que se trataba de algún cliente que no recordaba, de algún compañero de clases; cualquier cosa menos John.

—Soy yo —exclamó entusiasmado, como si eso fuera suficiente para desbloquear todos mis recuerdos y evocar el pasado hasta encontrarlo.

En una fracción de segundos le sondeé para ver si veía algo que me dijera quien era. Tenía el cabello corto, el mentón afeitado, se veía más alto y llevaba puesto un traje elegante, de esos que usan sólo las personas con dinero. Superficialmente, nada en él se parecía al John que había conocido, pero, entre su entusiasmo, el brillo de alegría en sus ojos y una sonrisa impecable, sentí que lo había visto ya.

En ese momento, estúpida e incrédula, esperaba que fuese un enamorado del pasado, algo así como un chico tonto que alguna vez rechacé, el cual ahora se veía tan apuesto, tan elegante, tan indomable; que siguiera enamorado y así pudiera aceptarlo al fin. Una fantasía ridícula. Tal vez, de no haber pensado eso, le habría dicho que no, no te conozco, lo siento, estoy ocupada, para luego marcharme sin mirar atrás. Habría sido lo mejor, me habría ahorrado todo esto.

—¿Quién eres tú? —pregunté, dibujando una sutil sonrisa ante la idea de fuera un enamorado — ¿nos conocemos?

—Claro que sí, tú y tu hermano me dieron un aventón hace cinco años. Soy yo, John.

De inmediato, trajo a mí el recuerdo de aquel fatídico viaje. Comprendí, en poco tiempo, por qué aquella sonrisa y esos ojos me parecían tan conocidos.

—Oh —dije, más como un quejido. Mi sonrisa se borró, la posibilidad de que fuera un enamorado que ahora era millonario se desvaneció tan rápidamente como me vino a la cabeza y no pude contener mi decepción— John, ya te recuerdo.

Él pareció ignorar mi gesto de desagrado, seguía contento por el reencuentro.

—Vaya, que pequeño es el mundo. ¿Quién iba a decir que nos encontraríamos después de tanto tiempo? —dijo— ¡Y que te recordaría! —soltó una carcajada— vaya, ¡qué increíble!

—Sí, hurra —dije, desganada, indiferente— ¡qué emocionante! —exclamé falsamente.

Haré una pausa, porque viéndolo en retrospectiva, no sé por qué continué con eso. Sí, estoy segura que me desagradaba habérmelo conseguido tan de repente, el verlo de nuevo, recordar que medio arruinó el viaje con mi hermano y que no me calló para nada bien aquel día. ¿Por qué no me fui entonces? ¿Por qué continué hablando con él? ¿Qué estaba pensando?

Es decir, recuerdo que John comenzó a caminar en mi dirección, como si no hubiera estado haciendo nada antes de ello, y yo se lo permití, sin decírselo, dejándome llevar por su presencia. Aun estaba molesta, sí, no estaba a gusto con aquel reencuentro, pero lo dejé quedarse.

—¿Y qué has estado haciendo? —preguntó John.

—Comencé a trabajar como trader.

—¿Trader? ¿Qué es eso? —preguntó.

—Es como un corredor de bolsa, pero un poco diferente.

Mis ganas de no hablarle empezaban a desvanecerse, dándole paso a una interacción que creí que no iba a tener con él.

—Y ¿cómo pasas de manejar un camión de carga a manejar dinero de la forma en que lo haces?

—Queriendo ser diferente, queriendo poder ser independiente y millonaria —respondí con seguridad.

—Buena respuesta, me gusta —aseveró.

—¿Y tú? —me sorprendí preguntándole.— ¿Qué haces con tu vida?

John aclaró su garganta, como si no esperara que le preguntara.

—Yo, trabajo en mi propia empresa —dijo— administro mi propio negocio.

Lo miré de nuevo, de arriba abajo, entendiendo que definitivamente le estaba yendo bien.

—¿Y qué pasó con viajar por el mundo? ¿El disfrutar de despertar en un lugar nuevo todos los días?

—No era lo mío.

—Entonces, ¿no viajas más por el mundo?

—Oh sí —dijo— claro que lo hago. Pero con mi dinero, sin pedirle aventones a nadie, siempre en primera clase y disfrutando de mi vida.

La forma en que lo dijo, lleno de orgullo, soberbio a la medida justa, digno de un hombre que se gana la vida a su manera, levantando el pecho, el mentón y cerrando los ojos. Me pareció gracioso, así que dejé escapar una sutil carcajada, ahogada entre mis labios. Y John respondió de la misma forma.

Y fue ahí, en el momento en que me sentí a gusto a su lado, en el que las cosas parecieron ser agradables mientras hablaba con él, el instante en el que puedo decir que todo comenzó.

Es sorprendente cómo de un momento a otro comenzamos a salir. No me lo esperaba, creo que estaba a gusto con él porque estaba en el mismo mundo que yo, en el de los negocios. Por un instante de mi vida realmente creí que todo estaba escrito, que las cosas marcharían de maravilla luego de eso. Es decir, había conocido por casualidad, cinco años atrás, a un hombre que luego, por azares del destino, sería mi pareja, un exitoso empresario que se las arregló para escalar en el mundo del dinero y llegó lejos. Eso era algo que simplemente yo no podía ignorar, era algo que sencillamente me hacía sentir resuelta.

Las circunstancias, los detalles y las coincidencias, contribuyeron con que me sintiera tranquila. John parecía ser un buen tipo, era agradable, gracioso, inteligente. Todo lo que alguna vez quise en un hombre y que me sorprende haberlo encontrado en él. ¿Quién iba a decir que el joven que conseguimos por la calle podría ser así? Para ese entonces me parecía un tío molesto, alguien que no merecía mi atención, ahora, estaba durmiendo a su lado, en su cama, sobre su pecho desnudo y sus fluidos por todo mi cuerpo.

Pero, no podía evitar sentir que algo no andaba bien. Pero eso es caso aparte. Luego de encontrarnos, comenzamos a salir casi de inmediato; almorzamos aquel día, planeamos vernos en otra ocasión y de cita en cita terminamos saliendo juntos.

No podía negar que estaba a gusto con John, con su dinero, con su afecto, con su forma de tratarme. John Corvus era un hombre increíble que sencillamente no podía ignorar, que no puedo olvidar ni siquiera odiándolo tanto como lo hago. Su sonrisa me cautivaba cada vez que la acompañaba con el sonido de mi nombre, su mirada, penetrante y cautivadora, era lo que necesitaba para sentir que me quería, porque él es sumamente expresivo, porque su forma de hacer las cosas es mejor que la de cualquiera.

Para ser honesta, estoy molesta con él porque no puedo simplemente sentirme igual con otro hombre. Él me hizo sentir mujer de formas inimaginables. El sexo con John era exquisito, intenso, divino. Lo hacíamos en cada rincón de cada casa, de cada lugar que pudiéramos visitar. Tocaba partes de mi cuerpo que ni siquiera yo podría tocar de esa forma, me lamia en puntos claves que me hicieron pensar que, o era mujer, o me conocía mejor que yo. En serio, nadie es mejor que John en lo que hace John.

Sus negocios, su vida persona, el sexo, el amor. John lo ha dominado todo de tal forma que parece que nadie puede imitarlo, que nadie podrá reemplazarlo, y es algo que me ha tocado aprender por las malas.

—Buenos días, princesa —me decía siempre al despertar. No podía simplemente evitar sentirme como una tonta enamorada.— ¿Cómo amaneces?

Yo me tapaba el rostro, insegura, hecha un desastre porque nadie se despierta tan bien arreglada como en las películas. Mi mal aliento, mi semblante desagradable. Pero le sonreía, le sonreía porque me hacía sentir bien, de alguna u otra forma, conmigo misma. Luego de eso, siempre, me daba un beso en la mejilla.

—¿Tienes hambre? —me preguntaba.

A lo que yo le respondía con una sonrisa aun más grande y asintiendo con la cabeza. Sabía lo que eso significaba. Acto seguido, John se levantaba de la cama (siempre desnudo) desplazándose por la casa como un fantasma, sin siquiera escucharse. Yo me quedaba viendo como se alejaba de la habitación, cómo sus nalgas se movían, cada detalle de su no muy exagerada pero fornida

espalda. Cada vez que lo veía desnudo sentía como mi cuerpo se escurría por él, se había vuelto mi debilidad.

Cuando regresaba, a los pocos minutos, regresaba con una bandeja con el desayuno servido. Todo perfectamente hecho, todo encantador. Mientras se ausentaba, yo me levantaba rápidamente para arreglarme, cepillarme el cabello, los dientes, lavarme la cara, retocarme un poco el labial para que pareciera el color natural de mis labios y luego acostarme como si no hubiera hecho nada de eso.

—Me encanta cómo te ves cuando te despiertas —me decía una que otra vez cuando llegaba con el desayuno.

Él se sentaba a mi lado, me entregaba la comida y yo comenzaba a desayunar como la princesa que era. John comía conmigo, mientras veía la televisión que se levantaba del suelo de la habitación. Aquel lugar era lujo puro, ostentoso, el reflejo de un hombre que había invertido su dinero apropiadamente en un lugar hermoso. Me encantaba vivir con él, era perfecto.

Sí, debo reconocer que yo era un poco superficial, pero es que la comodidad se puede comprar y él era prácticamente dueño de ella. Me gustaba lo que él me ofrecía, las cosas que podía obtener estando a su lado: su atención, su afecto, el espacio que compartíamos juntos. Estar con John era estar en una mina de diamantes en los que sólo yo tenía prioridad. Era encantador, era lo mejor que me pudo haber pasado jamás.

Luego de eso, pasábamos a la mejor parte de la mañana, el sexo. John se levantaba erecto, y no se le bajaba hasta que no me lo hacía. Por un tiempo comencé a creer que se tomaba alguna pastilla para que sucediera eso, porque no había forma de explicar lo preparado que estaba que no fuera con trampa o alguna habilidad sobrenatural.

Comenzaba a tocarme, a jugar con mi cuerpo, mi cabello. Me besaba como si no hubiera mañana y me hacía sentir suya, centímetro por centímetro, poro por poro. John lo sabía todo acerca de mí, conocía cada parte erógena, cada punto clave para hacerme acabar sin siquiera penetrarme. No puedo odiarlo cuando me acuerdo de las veces que me hizo sentir tan bien.

Sus manos, sus labios, su pene. Todo lo que John tenía parecía estar hecho para mí, encajaba a la perfección en cada orificio de mi cuerpo en el que pudiese metérmelo y eso me encantaba. Los orgasmos eran sencillamente perfectos, uno tras otro, sin detenerse. Él sí que sabía cómo complacer a una mujer, me volví adicta, una adicción que comparto con los drogadictos.

Algunas veces me penetraba como una bestia, otras, lo hacía con tanta delicadeza que podía sentir cómo cada centímetro de su pene iba besando cada centímetro de mi vagina. En verdad no van a creer que no he podido sentirme igual con otro hombre. Todos simples, básicos, indiferentes a lo que necesita mi cuerpo, pero John no. John me tocaba como yo lo quería, se encargaba de hacerme sentir como una diosa, como la princesa que tanto decía que era. Mi cuerpo, mi mente y mi alma eran suyos, yo se los había entregado en una bandeja de plata y no quería devolución.

Y luego del sexo, estaban las caricias, palabras románticas, momentos de silencio en el que me contemplaba como un regalo. Sí que me hacía sentir bien, sí que me encantaba la forma en que me miraba, me tocaba, me amaba. Se sentía tan real, tan perfecto, no cabía duda de que era mi deseo tener todo eso por el resto de mi vida, disfrutar del cuerpo de aquel hombre, de su forma de ser, de sus lujos, de su atractivo, de su amor.

Sí, estar con él era la gloria.

—Te amo, Alejandra. Eres increíble —me decía luego de que me eyaculaba adentro.

Lo repetía cuando se me montaba encima para acariciar mi cuerpo, cosa que me excitaba aun más y me obligaban a montarme sobre él para otra ronda.

—En verdad te amo —eran sus palabras— eres increíble.

—Yo te amo más —le respondía como una tonta.

Y yo me lo creía. En aquel entonces, el sentimiento era muto, sí que nos amábamos, sí que nos sentíamos bien el uno con el otro. Se puede decir que aquella fue una gran etapa de mi vida, un momento que no cambiaría por nada en este mundo, pero eso simplemente no es suficiente para eclipsar todo lo que sucedió después.

Descubrí su secreto por un azar del destino. Estaba revisando sus cosas, buscando algo que pudiera servirme para lo que fuera, para compárame algo, para que me ayudara en mis negocios. Nada del otro mundo, sólo mensajes, detalles, alguien que quisiera algo y que yo pudiera vendérselo. A John no le gustaba que yo me metiese en su trabajo y él no se metía en el mío, pero eso era algo que él había decidido. Yo no tenía problemas con que supiera de mi vida así que ¿por qué habría él de tener problema alguno?

Sabía que él tenía una empresa, cómo se llamaba, qué hacía y cuanto dinero le entraba, pero no era suficiente porque, si eso era todo ¿por qué tanto misterio? Yo soy una mujer curiosa por naturaleza, así que no hay nada en este mundo que pueda evitar que encuentre lo que quiero buscar. Pero creo que, si me hubiese ahorrado esa necedad, nada de esto habría pasado.

Busqué y busqué entre sus papeles, en sus gavetas importantes; primero me encontré con un arma. Era algo normal, sí, no sabía que lo tenía, pero tampoco era gran cosa, cualquier persona tendría un arma para su seguridad, mi hermano era una de ellas. Así que seguí hurgando entre sus pertenencias para ver qué me podría servir; la respuesta a mis preguntas debería estar escondida en alguna parte, algo de sus negocios podría ayudar en los míos; estaría dándole a dos pájaros de un solo tiro si lograba conseguirlo todo.

Fue tan infructífero como había sido días antes de ese. Necesitaba información, requería satisfacer mi necia necesidad de conocerlo todo acerca de John, no guardar secretos. E insistí, continué buscando, día tras día, en los momentos que sabía que podría conseguir algo comprometedor, pero no fue así. John era cuidadoso, ahora entiendo por qué, pero no fue suficiente para mí.

Es que, John salía de vez en cuando durante las noches, a veces desaparecía todo el día, cuando llamaba a la oficina no estaba y en los momentos en los que más lo necesitaba siempre estaba ocupado. Para mi no era normal, era una cosa extraña tras otra. Sus secretos, sus misterios, su trabajo, el dinero que entraba, los guarda espaldas que tenía. Todo lo que giraba en torno a él era irregular y yo quería averiguarlo.

Así que recurrí a lo que menos me esperaba. Gracias a los medios, pude averiguar que un móvil podía ser rastreado si así lo deseaba, se necesitaba poco, de hecho, así que, un día, de esos tantos que desaparecía con una excusa como «tengo que ver a unos inversionistas», puse mi móvil en el bolsillo de su abrigo y cogí el suyo. Mi plan era decirle, luego de unas horas, que habíamos confundido móvil, afortunadamente teníamos el mismo modelo, de diferente color, pero el mismo al fin.

—Cuídate mucho, mi vida —le dije, mientras me despedía de él con un beso y una mano floja — llámame cuando llegues para saber que estás bien.

—Vale, princesa, yo te llamo.

En ese corto tiempo, hice el cambio. Había sido un éxito, ahora sólo faltaba seguirlo. En lo que se fue, accedí a mi computador e ingresé mis datos para encontrar mi equipo. Era más sencillo de lo que parecía, y en menos de unos segundos ya veía cual era la posición de John en el mapa. Recuerdo haber dado un grito de euforia por haber completado la primera etapa de mi plan. En ese entonces, no esperaba absolutamente nada del otro mundo; tal vez una amante, un casino clandestino, una aburrida cena con inversionistas. Mi imaginación no era tan amplia en ese

momento, nada pudo haberme preparado para lo que vi.

Luego de un rato para darle ventaja, cogí mi portátil, mi abrigo, mi bolsa y mis llaves para ir a la búsqueda de la vida secreta de John Corvus.

—Por favor, siga derecho por esta calle —le dije al taxista en lo que abordé el coche— yo le digo cuando cruzar.

—Vale. —dijo el chofer.

Diligentemente siguió mis indicaciones al pie de la letra, con lo que, en menos de media hora, ya estaba en el lugar en donde se había detenido John. Era una tranquila zona industrial, con varias fabricas y almacenes que podrían servir para cualquier cosa. No estaba segura de qué esperar ahí, de inmediato descarté una amante y la cena elegante con los inversionistas. Sólo me quedaba un casino clandestino o algún trafico de coches (porque le encantan los coches) así que, cualquier cosa era posible.

Lentamente me fui acercando hasta el lugar en donde la señal se había detenido, justo en ese momento, recibí una llamada. Era él. El corazón comenzó a latirme con fuerza, como si quisiera salirse por mi boca. Me llamó directo a su numero ¿ya se habrá dado cuenta? ¿Sabrá que lo estoy siguiendo? Fueron las preguntas que me hice, asustada, caminando de puntillas, a unos metros de su posición actual.

—¿Aló? —pregunté, como si estuviera confundida.

—Amor, soy yo. Dejé mi móvil en la casa y me traje el tuyo sin darme cuenta.

—Oh —dije, aliviada, al escuchar su tono de voz tan natural; no se había dado cuenta— ya decía yo. Estaba dándome una ducha —le dije— no me había dado cuenta.

John soltó una carcajada que pude escuchar al otro lado de la llamada.

—Sí, qué loco ¿no? Bueno, te llamo para decirte eso y que ya llegué, ya estoy con los inversionistas, yo te llamo cuando salga de aquí ¿vale? —me dijo.

—Está bien, mi vida, yo te llamo cualquier cosa entonces.

—Te amo.

—Y yo a ti —colgué.

Por poco me descubriría ¿qué habría pasado si la llamada sonara cuando me hubiera acercado más? No lo sé, pero estoy segura que nada habría sido peor de lo que sucedió después.

Me las arreglé para acercarme lo más que podía a la posición actual de John, luchando contra mi instinto de supervivencia, el cual me decía que dejara todo eso ahí, que no necesitaba averiguarle la vida a mi pareja, que debía confiar en él... pero mi curiosidad resultó ser mayor que mi deseo por mantener aquella relación, así que continué con mi búsqueda. Encontré un lugar en donde asomarme luego de montarme en algunas cajas (no importaba lo que me tomara, iba a conseguir lo que quería) y pude ver todo lo que estaba sucediendo.

John estaba allí, acompañado por varios hombres, supuse que eran sus guardaespaldas porque reconocí a unos cuantos que lo acompañaban de vez en cuando a la casa. Los demás me eran extraño; ellos y los que estaban de frente. Eran otros hombres, con la misma pinta de agentes de seguridad personal, acompañando a una persona que estaba en medio de todos ellos, al igual que John.

—¿Qué estará haciendo? —pregunté, sin poder escuchar lo que decían— Se ve interesante.

Estaba pensando que seguro estaba comprando mercancía para la empresa, cosas que simplemente necesitaba hacer bajo el radar legal; era normal, yo me encargaba a veces de hacer ese tipo de cosas: ventas, compras, nada del otro mundo. Por un segundo, y sólo por un corto segundo, me había tranquilizado.

De repente, John y el hombre de en medio de los otros guardaespaldas, comenzaron a gritar. Mi novio parecía furioso, estaba discutiendo, reclamándole algo. Lo que me había parecido raro era que no habían hecho nada, movido ninguna caja, visto ninguna mercancía; sólo estaban intercambiando gritos.

Lo primero que me vino a la mente fue preguntarme qué estaba sucediendo ¿por qué mi novio se veía angustiado tenso y molesto? Sin previo aviso, sus guardaespaldas se apartaron un poco de él, como si estuvieran huyendo de su implacable furia, lo raro fue que todos lo hicieron al mismo tiempo. Sus cinco hombres retrocedieron como si lo hubieran planeado, mientras que él continuaba gritando

En ese momento, John le dio la espalda al hombre a quien le gritaba. Vaciló por menos de un segundo y levantó la mano. Y, en un instante, vi como sus hombres, ahora esbirros, ejecutaban a siete personas a sangre fría. John estaba parado allí, sin moverse, observándolo todo sin siquiera reaccionar; fue ahí cuando entendí lo que hacía.

Como pude, salí corriendo de aquel lugar antes de que me vieran ¿qué podían hacerme? Eso no era algo que yo quería averiguar. Me mantuve en cautela, corriendo hacia donde me había dejado el taxi, esperando que aun estuviera allí a pesar de no haberle dicho que se quedara esperándome. Lo necesitaba para huir, ¿quién me iba a sacar de ahí? No había forma de que pudiera librarme de aquello que había visto, de lo que podrían hacerme si se enteraban que los había descubierto.

John era todo para mi, se había vuelto el amor de mi vida y yo confiaba en él; de haberlo dejado allí, de no haber insistido en saber lo que hacía con su vida, con esa parte que hacía bien en ocultarme, tal vez nada de esto habría pasado. Mientras corría, en un arranque de miedo, llamé a la policía. No estaba segura de cómo reaccionar, pero sólo lo hice.

—9-1-1, ¿cuál es su emergencia?

—Acabo de ver a mi novio matar a siete personas —dije sin siquiera pensarlo.

—¿Está usted bien? —me preguntó el operador.

—Sí, no, no sé —divagué— estoy corriendo, no sé a donde ir.

—Señorita, puede decirme en donde se encuentra.

—No lo sé, estoy en una zona industrial, estaba siguiendo a mi novio en un taxi, no sé cómo llegué aquí —respondí asustada sin dejar de correr.

A pesar de saber que había rastreado mi móvil hasta allí, de que tenía escrito el nombre de ese lugar en el GPS, mi respuesta fue esa, no lo sé. Estaba legítimamente asustada, confundida, decepcionada y molesta.

Luego de eso, para ahorrarles todo lo que sucedió, me dediqué a dar mi versión de los hechos, lo poco que sabía de John, lo que había sucedido. Me mantuvieron en protección al testigo mientras encontraban una forma de atrapar a mi ahora ex novio, a quien habían interrogado para saber al respecto, y es aquí cuando sucede lo que es realmente interesante.

Un día, recibí una llamada a la casa segura en la que ahora me estaba quedando. Duré varios meses suponiendo que todo iba bien, que pronto atraparían a John y podría verlo tras las rejas, preguntarle por qué había hecho lo que hizo para luego estar a salvo definitivamente. En su momento, me convencieron que él era una persona mala, que no podía simplemente ir a mi casa y confrontarlo porque podría hacerme algo horrible o incluso matarme.

Yo quería decirle que lo sentía (porque para ese entonces ya lo había delatado), quería preguntarle directamente por qué había hecho eso, a qué se dedicaba, sí no era la primera vez que lo hacía, pero no me dejaron. Insistieron en que debían protegerme y así me quedé.

—Hola —era la voz de un hombre, calmada, eminente, un poco tenebrosa— mi vida.

En ese momento, supe de quién se trataba. Era John. Me asusté, sentí que todo mi mundo se había derrumbado. Me pregunté en cuestión de segundos cómo me había encontrado, cómo descubrió el número del lugar en donde me estaba quedando ahora.

—John —afirme, porque no cabía duda, era su voz.

—Veo que aun te acuerdas de mi —me dijo, con un tono de voz frío.— Creí que con tu nueva vida ya no te preocupabas en recordar mi nombre.

—John, yo, yo no quise ver nada. Yo sólo quería saber qué hacías, yo no supe qué hacer y pues no supe qué hacer John, sólo hice lo primero que me vino a la mente —traté de explicarme, divagando, tartamudeando cada tres palabras. Estaba aterrada.

—Ale, Ale —dijo, tratando de llamar mi atención, buscando a calmarme como a un perro— tranquila, mi vida, sólo te llamo para saber de ti.

—John, yo, no quise desaparecer. Ellos me obligaron, yo quería buscarte.

—Lo sé, querida, lo sé. Yo lo sé todo.

No sé si fue su afirmación, o la forma que lo dijo lo que me asustó más. Nada parecía tener sentido.

—Ya sé todo lo que les has dicho, a quien se lo has dicho y cuánto sabes —continuó— creí que me amabas, Ale, creí que lo que teníamos era real.

—Amor, sí, lo que tenemos es real —dije, en un momento de desesperación.

—Ya no sé si deba creerte, Ale, no sé ni siquiera si puedo contar con que no intentarás delatarme de nuevo.

—John, te prometo que no le diré nada a nadie, en verdad —le supliqué.

Algo me decía que se traía algo entre manos. No lo conocía tanto como creía, no a ese hombre frío y tenebroso que estaba llamando.

—No quiero volverte a ver, Alejandra, no quiero saber más nada de ti. Busca otra cosa que hacer con tu vida, no me importa lo que hagas de ahora en adelante.

—John... —traté de responder.

—No te hago pagar por lo que hiciste porque aun siento algo por ti, así que considéralo un regalo de mi parte. Hasta nunca, Alejandra.

Yo hice lo que pude para resolverlo, no lo conseguí y él me dejó atrás. Después, comencé a sentirme insegura porque supuestamente había estado en el programa de protección al testigo y él me había encontrado. No había forma de escapar de él, sólo me quedaba su palabra de que no quería saber más nada de mi, pero creo que eso no era suficiente, porque a pesar de saber que era peligroso, yo sí quería que supiera de mi.

Durante años me mantuve alejada de John, recordándolo como el hombre bueno que me quería, que decía que sentía algo por mi, sintiéndome traicionada, según él ya no me amaba, pero ¿por qué? ¿Por haber querido saber la verdad? ¿Por haber sentido temor por estar a su lado? Era una mujer sensible, estaba aterrorizada por lo sucedido, ¿qué esperaba él que hiciera? ¿Qué me callara? No.

Cuatro años pasaron, cuatro largos años. Ya no había motivos para mantenerme oculta, nunca más me contactó, así que sentí que era momento para volver. Quería regresar a mi casa, ver a mi familia. Sabía que John no me haría nada porque un hombre como él no tendría motivos para hacerlo, yo sólo actué por instinto, él debía entenderlo. Quería que lo entendiera.

Fui una tonta.

Al principio, no sólo había regresado porque quería ver a mi familia; aun lo quería, aun sentía que podría enmendar las cosas, convencerlo de que me perdonase, hacerle ver que podíamos intentarlo de nuevo, que yo no había dejado de pensar en él durante todo ese tiempo en el que me dejó en el exilio. John era todo para mi, y quería recuperar todo eso que teníamos.

Así que volví, regresé al mundo al que pertencí una vez, buscando al hombre que una vez me amó y que esperaba que aun lo hiciera. Me propuse volverlo a ver, encontrarlo, seguirlo y pedirle que me perdonase. Me mantuve a la espera en frente de su empresa durante días, buscando un momento para verlo, tratando de entender cuál era su rutina, si no la había cambiado, si no era el mismo hombre de antes.

Y fue ahí cuando la vi. Estaba con otra mujer, la miraba como alguna vez me miró a mi, lo sé, no cabía duda. No sabía cuál era su problema, siempre andaba con él. ¿Quién era? ¿Qué quería él con ella? Una mujer negra, con un cutis perfecto, y claramente más joven que él. ¿Por qué les seguía a todas partes? Todos los días los veía llegar en el mismo coche y en las noches partir juntos. Por un momento pensé que podrían ser sólo compañeros de trabajo, que seguro eran amigos, que no había nada entre ellos.

Eso me consoló solo por unos meses en lo que no vi más que simples miradas entre ellos, nada más; fuera lo que fuere lo que tenían, no era nada serio. Todo ese tiempo estuve acechándolos, buscando una respuesta. No podía acercarme mucho, no podía simplemente confrontarlo, no antes de saber lo que estaba sucediendo, no antes de descubrir qué se traía esa negra entre manos. Seguro quería su dinero, las mujeres siempre quieren el dinero de los hombres buenos. ¡Ja! Estúpida, no conoce a mi John, él no es ningún hombre bueno. Sólo yo sé quien es él.

Y los seguí, los seguí a todos lados durante días, semanas, meses. Los veía siempre hablar con completa confianza, darse besos en la mejilla cada vez que se encontraban como si fuera enteramente necesario hacerlo a cada rato, (me parecía repugnante). Contraté a un hacker para que me consiguiera información apropiada de los dos, de todo lo que tenía, de toda la información que pudiera encontrar. En algún lugar de sus archivos debería estar lo que ella hacía, quién era, qué demonios tenía que ver con mi John. Pero nunca apareció. El dinero que le había dejado, junto con él y la información que le pedí, se desvanecieron. No me quedó de otra más que hacerlo todo con mis propias manos.

Cuando lo creí necesario, comencé a seguirla solo a ella a todos lados, e incluso hasta su casa; veía cómo dormía, cómo se peinaba su horrible cabello, cómo comía, cómo se vestía, qué cosas hacía durante las horas en las que no se entrometía en la vida de John.

Nadia, se llama, lo leí en su correspondencia. Todavía no sé qué quería hacer con mi John, ni mucho menos lo que la relacionaba con él. Era una cualquiera, una simple pobretona que no tenía nada para ofrecer. Su semblante, sus maneras, la forma en que se veía, todo, desde su cabello hasta sus pies, me molestaba. Una chica simple sin mucho dinero, con poco carisma, desagradable y fea... en resumen, no existía algo por lo cuál preocuparme; o eso pensé hasta que los vi aquella noche en el restaurante.

Era normal que siempre fueran a comer juntos, me parecía molesto, pero por lo que veía era algo que hacían todo el tiempo, aunque, esta vez, en medio de lo que supuestamente parecía ser un día cualquiera, hicieron algo que no habían hecho veces anteriores. John cogió la mano de aquella mujer entre las suyas, se veían a los ojos, hablaban lentamente. Cualquiera diría que estaban saliendo, que eran una pareja y fue ahí cuando lo entendí. Él estaba enamorado de ella.

El sentimiento que me acogió en el preciso instante en que los vi tocarse, mirarse y hablarse con dulzura, fue tan intenso como el amor que tengo por él. Justo ahí, sentí como todo mi mundo se derrumbaba.

¡Vaya! Yo sintiéndome mal por ese hombre y él dándole lo que por derecho era mío a una cualquiera. Estuve todo ese tiempo sintiéndome mal por hacer lo que le hice a mi relación con John cuando en verdad yo no era la culpable. Por muchos años me sentí fatal por haberlo arruinado, pero en verdad, yo era la víctima en este asunto. John Corvus estaba confundido, lo sé, él estaba perdido en los ojos de aquella mujer porque no me había visto en mucho tiempo. Así que, en ese momento, en medio de aquella repulsiva escena, el alejarla de él pasó a ser mi prioridad número uno. En lo que la vi, supe lo que debía hacer.

No me tomó más de unas semanas encontrar a las personas adecuadas que pudieran actuar para lo que quería. ¿Qué, exactamente? Necesitaba deshacerme de esa cualquiera y poder proclamar mi lugar al lado de John tal cual lo he estado queriendo hacer durante todo este tiempo. No estoy segura si lo hago por amor, por celos o por locura, lo que sé es que no me importa, y que lo haré de todos modos.

Al principio, sólo quería matarle, seguro a él le habría de gustar, él también es un asesino, eso nos acercaría más eso nos haría más compatibles. Yo estaba segura que ella presentaba un problema y, tal cual me dijo John una vez «los problemas deben ser erradicados». Así que actué de inmediato. Nadia necesitaba ser apartada de la escena, no ser más parte de esta historia en la que sólo John y yo podíamos formar parte. Aunque, sin embargo, me invadía la necesidad de hacerla pagar por haberme arrebatado, por lo menos en parte, a mi John.

Así que mi plan paso a ser un poco más complejo de lo que esperaba.

—Estamos hablando de un secuestro, señora, no es cualquier cosa. —me dijo el tío al otro lado de la llamada.

—No me importa, ¿te estoy pagando? ¿O no? —vociferé.

—Sí, pero, estamos hablando de secuestrar a alguien

—Deja la estupidez, no te estoy pidiendo que la tortures, sólo que la traigas a mi.

—Yo...

—¡Hazlo!, ¡joder!, ¡es una orden!

Nadia estaba a punto de sufrir todo lo que me había hecho sufrir durante todos esos meses que los seguí. La incertidumbre, la duda, el poder hacer algo para mejorar las cosas, pero no poder porque el destino es una perra y no existe la justicia divina. Necesitaba confrontar a esa zorra de

frente y decirle todo lo que tenía en mente, explicarle cuál era su lugar en la ecuación, qué papel interpretaba y por qué yo iba a matarla. No podía esperar más por ello.

Durante días planeé lo que debíamos hacer, compré todo lo necesario, busqué a los hombres adecuados para el trabajo, compré un local lo suficientemente apartado del centro de la ciudad, lejos de la compañía de John, para mantenerla encerrada mientras la quebraba en miles de pedazos y me iba deshaciendo de cada fragmento. Primero, la íbamos a seguir hasta su casa, en donde la encontraríamos indefensa, la dejaríamos inconsciente, la meteríamos en el maletero del coche que compré exclusivamente para esto y la llevaríamos hasta donde la tendríamos encerrada. Ya ahí, la trataría como la puta que era y le haría pagar por todo; por haberme quitado a mi John.

Por desgracia, Nadia comenzó a quedarse en casa de John luego de aquella molesta cena, lo que me hizo perder más la paciencia y la cordura. Eso sólo quería decir que, ahora, oficialmente estaban juntos. Mi odio por ella creció de manera exagerada, no podía verla sin querer enterrarle algo en la cabeza para que dejara de respirar. Poco a poco, la presencia de Nadia me alejaba más de mi John y eso significaba un problema para mí.

Necesitaba llevármela cuanto antes, poner en marcha mi plan. Quería que todo fuera perfecto, que, al final de todo eso, John se encontrara con su cadáver inerte y supiera que lo había hecho por él, que lo amo, que nunca lo olvidé y que haría lo que fuera para estar a su lado, incluso entrar en el mismo mundo en el que estaba él, así significara que tuviera que matar a esa zorra, cosa que no me importaba, porque realmente quería hacerlo.

Así que esperé, llena de odio y ansiosa. Esperé a que Nadia estuviera sola, a que se encontrara en un lugar en el que pudiéramos entrar, dejarla inconsciente y sacarla sin levantar sospechas. Hasta que el día llegó.

El día especial, lo llamé.

Nadia se había quedado hasta tarde en la empresa, así que sería la última en salir, lo que significaba que tendríamos una apertura, una pequeña ventana por la que podríamos sacarla cuanto antes. Estaba segura que esa noche se encontraría con John y, aparte del hecho de que me la estaría llevando, también arruinaría su velada, cosa que me hizo sentir aun mejor. Cuando por fin pudimos llegar hasta ella todo salió de maravilla.

Nadia estaba en la oficina de John, recogiendo unos papeles inútiles, dándole la espalda a la puerta. En ese momento, di la orden a mis esbirros para que se acercaran a ella en silencio y le golpearan en la cabeza para dejarla inconsciente. El golpe debía ser duro, devastador, implacable; si en el proceso le dejaban con algún retraso, sería aun mejor.

Todo pasó en cuestión de segundos. Yo, en la puerta, vigilando que nadie se acercara, di la orden y mis hombres hicieron lo suyo. La golpearon, la cargaron, le taparon la cabeza y nos fuimos como si nada hubiera pasado. Fue tan sencillo que me pareció ridículo haber planeado tanto por tanto tiempo; de haber sabido que sería tan fácil, no me habría preocupado tanto en los detalles y lo habría hecho conforme a la marcha. Pero no importaba, una mujer preparada vale por dos.

La llevamos hasta el estacionamiento y la metimos en el maletero del coche que había comprado. Todo iba acorde al plan, nada parecía ser un problema, no para mí. Cuando llegamos al local, me sentí completamente realizada. Ella ya había recuperado la conciencia, luego de unos golpecitos en la cara para darle una ayudadita, comenzó a balbucear palabras.

—Hola, querida, por fin nos encontramos —le dije, sentada frente a ella— supongo que tú eres Nadia.

Nadia comenzó a buscar a su alrededor, tratando de averiguar en donde estaba; pobre ilusa, no iba a poder salir de ahí jamás.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —Me preguntó completamente asustada, con el terror

pintado en los ojos y una mirada confusa y tonta.

—Soy Alejandra, y vine a reclamar lo que es mío.

—¿Alejandra? —preguntó, como si no me conociera— ¿Qué quieres de mí?

—Todo. Tú, maldita zorra —le dije, perdiendo los estribos— me vas a devolver lo que es mío.

—¿De qué hablas?

Su ignorancia me estaba llenando de ira. No podía soportar lo que me decía, que actuara como una incrédula cuando claramente sabía lo que estaba haciendo, lo que sus estúpidas acciones me estaban ocasionando. Por lo que me levanté de mi silla, la lancé a un lado con toda la furia que tenía acumulada y, con el puño cerrado, le di un golpe en su maldita carita de porcelana. No me había sentido tan bien en años.

Cuarta parte Nadia Velázquez

7

Luego de obtener mi diploma en leyes tras graduarme de la facultad de derecho, sentí que tenía el mundo por delante. Era una chica joven, no habría tenido más de veinte años cuando pensé que podría conseguir el trabajo que quería en una firma súper reconocida e importante del país; no me importaba cuál, lo que importaba es que fuese estupenda. Estaba segura que las cosas serían sencillas, que nadie podría detenerme en cumplir mi sueño de convertirme en la mejor abogada del país. Sí qué era adorable.

No, mejor que eso, era una chica ambiciosa, llena de expectativas, segura de que tenía un lugar guardado en un mundo de éxito, el cual estaba a punto de explorar; me hallaba convencida de que formaría parte de él inmediatamente tocase a su puerta. Pero, el destino me dio una bofetada. Comencé trabajando en una firma sencilla, no tan reconocida como aquella en la que quería trabajar, pero sí lo suficiente como para darme la experiencia que necesitaba. En ese entonces no estuve a gusto con ello, pero, sí, está bien, no importaba, yo iba a superar eso y alcanzaría mis metas.

Pero de nuevo, todo lo que pudo salir mal, salió mal. Por otro golpe del destino, tuve que abandonar aquel trabajo, lo que me obligó a buscar de nuevo en una firma casi igual. En ese entonces tenía unos veinticuatro años y ya sentía que había desperdiciado gran parte de mi vida. Era un poco menos reconocida (había bajado mis estándares) pero lo suficiente como para cumplir mi cometido; lo importante era el conocimiento. Me consolé pensando que no importaba si lo que sacaba de allí sería malo o bueno, al final, si no medía en detalles, de alguna u otra forma aprendería a hacer algo; si eran buenos, a ser buena; si eran malos, a no ser igual. Estaba preparada para lo que viniera... sin embargo, las cosas supieron joderme de nuevo.

Otra vez, repitiendo la misma historia del último trabajo, tuve que dejarlo por asuntos personales concernientes a una mano mal puesta de mi jefe sobre mi nalga, debajo de mi falda. Una patada en los testículos y una bofetada con el puño cerrado me costaron otra renuncia obligatoria porque, según ellos, no aceptarían pagar nada si me despedían.

Ya estaba cansada de ese tipo de trato; había invertido seis años de mi vida trabajando en lo que quería y soportando las estupideces de mis patrones para terminar de nuevo desempleada y desesperada por un empleo. No me quedaba de otra.

De alguna forma, llegué a la conclusión que quería un cambio, algo diferente que me hiciera dejar de pensar en esas cosas, que me diera un tipo diferente de experiencia y, tal vez, un mejor pago. Busqué y busqué en periódicos, anuncios, Internet; no escatime en ningún lugar; aceptaría cualquier cosa sin importar qué... y, luego de días tratando de encontrar lo que quería, di con algo en lo que nunca pensé que me especializaría: asistente de un empresario.

En su momento, pensé que sería una locura ¡Yo?! ¿Una asistente? Me había graduado de la facultad de derecho ¡con honores!, había invertido mi tiempo en aprender de buenos abogados mientras permitía que patanes imbéciles me acosaran sólo porque estaba segura que lo mío era ser abogada. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? Nada. Me consolé pensando que tal vez podría conseguir algo bueno de ello, que probablemente le podría caer bien al jefe y me haría una de sus

abogados ¿quién sabe? Cualquier cosa era posible. Y, con una sonrisa en el rostro y la frente en alto, me fui a mi primera entrevista de trabajo como asistente.

¡Sí qué fue una sorpresa!

Luego de una entrevista agradable con un hombre espectacular, apuesto, inteligente, amable y encantador, obtuve el empleo que había ido a solicitar. La asistente personal de John Corvus, un empresario importante de la industria ¿exactamente cual? Creo que de todas. No estaba segura de cuál sería mi papel cómo su asistente porque nunca había trabajado como la ayudante de nadie, pero estaba decidida a dar lo mejor de mi.

—Felicidades, señorita Nadia, ahora es mi asistente —recuerdo que me dijo, levantándose de su silla por segunda vez ese día y extendiéndome de nuevo la mano para estrechar la mía como si estuviéramos cerrando el trato.

Cerramos el trato.

—Gracias por la oportunidad, señor Corvus, no lo voy a defraudar.

—Jajá —se ríe John a causa de mi formalidad— No me digas señor, llámame John.

Yo seguía estrechándole la mano sin querer soltársela porque me encantó sentir su apretón. Para ser honesta, me hizo sentir segura, tranquila, feliz. Todo en John me pareció estupendo. Su sonrisa, sus hermosos ojos azules, su cabello peinado de lado, su barbilla afeitada... todo en él (porque si me dedico a describirlo comenzaré a divagar) era perfecto.

—Gracias por contratarme, John, no te defraudaré —dije de nuevo, cambiando algunas cosas.

—Confío en que no lo harás —aseveró, sin dejar de sonreír.

Se podría decir que desde ese momento supe que John sería una gran etapa de mi vida, que me ayudaría a hacer muchas cosas, a aprender de todo, a gozar mi trabajo de una forma que nunca habría imaginado, y no me equivoqué.

Trabajar con John ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, estar a su lado sólo puede ser comparado con estar con alguien que realmente te aprecia, te valora y te quiere. Él era ese tipo de jefes que todos desean tener en vez de los ogros que ya tienen. Tuve la fortuna de encontrarme con alguien que, no sólo era estupendo patrón, sino que era un hombre maravilloso en todos los sentidos de la palabra.

Cuando cruzaba el umbral de cualquier puerta para entrar a cualquier lugar, se sentía su eminencia. Su forma de ser tan elegante, elocuente, orgullosa y llena de confianza, eran esas cosas que hacían de un hombre irresistible y John sí que era eso: una persona irresistible.

No tardé en darme cuenta que disfrutaba estar día y noche con él, atendiendo a sus asuntos como si fueran míos, sin preguntar, sin hacer otra cosa que no fuese hacerlo feliz. Estaba convencida de que todo lo que había hecho hasta ahora era completamente necesario para llegar hasta él y no me importaba lo que eso significara siempre y cuando pudiera quedarme a su lado.

Sí; sí que estaba loca por John. Poco a poco me fui percatando de que mi admiración por su trabajo, su éxito, forma de ser, atractivo, carisma, belleza, inteligencia... (de nuevo, una larga lista que prefiero no completar) habían cruzado la línea de lo estrictamente profesional y pasado a ser algo más que simple admiración.

John me trataba como una dama, como una igual. Me pidió innumerables veces que dejara de ser su asistente para que fuera su abogada, que despediría, y cito: a todos esos idiotas que creen saber algo del mundo de las leyes, para dejarme sólo a mi y pagarme más que a ellos. Pero lo rechazaba porque eso significaba que no podría verlo tanto como quería. De todos modos, terminó aumentándome el sueldo y al final terminé ganando más que todos sus abogados juntos. Él sí que sabía hacerme reír.

Poco a poco nuestra relación fue evolucionando, haciéndose cada vez más compleja, difícil de

explicar con un simple resumen de mi vida. ¿Exactamente cómo pasó a ser? Bueno, John y yo no éramos precisamente ajenos a lo que el otro sentía, es decir, nos veíamos todos los días para compartir nuestro tiempo de tal forma que no hacíamos más nada que estar juntos, llegamos a un punto en el que sabíamos lo que el otro estaba pensando.

Hubo veces en la que John me contó que tenía cosas que hacer, pero siempre lo sorprendía dejando reuniones de lado para acompañarme hasta tarde a que cerrara la oficina (como su asistente, siempre tenía que quedarme de noche) para luego llevarme hasta mi casa o a cenar (lo de llevarme a cenar no fue sino hasta después que tuvimos más de seis meses trabajando).

Nos veíamos de manera graciosa, traviesa; yo me vestía con mis mejores prendas para que él pudiera verme. A veces, ni siquiera iba con sujetador o ropa interior cuando usaba un pantalón muy ajustado o alguna falda con la esperanza que él lo notase. Durante ese tiempo me di cuenta que estaba realmente desatada, que no pensaba en nada más que en él y, ¡es que es así!, en serio, no pensaba en más nada que no fuese John Corvus.

Cuando llegaba del trabajo sólo pensaba en él: me acostaba recordándolo, me tocaba imaginándomelo y me dormía para soñarlo. Quería estar todo el tiempo trabajando a su lado porque sentía que ese era mi lugar, que no importaba para qué era buena siempre y cuando fuera buena para él. Lo mejor de sentirme así con él es que estaba segura de que él se sentía igual conmigo, de que no había nada entre los dos que no pudiera hacernos sentir mejor.

Sí que era especial, sí que me hacía sentir como una diosa sin siquiera tocarme, sin decirme nada sexual, sin ser romántico, sin darme presentes; solamente con ser él. No conocía mucho al hombre, no a su momento, pero estaba segura que me mostraba la mejor parte de sí mismo, lo que me hizo creer que lo hacía sólo porque estaba conmigo. Me consolaba pensando eso.

Y las cosas sucedieron a su manera de tal forma que no había nada que pudiera detener el progreso de nuestra relación. Cuando menos me lo esperaba, estábamos intercambiando cumplidos, besos cerca de sus labios cuando nos saludábamos o despedíamos (Era un placer culpable mío el hacer eso. Además, lo hacía a propósito, quería que él me robase un beso, pero nunca lo hizo). Poco a poco pasamos de agarrarnos la mano mientras comíamos a compartir algo más que simples palabras y gestos amistosos.

En poco tiempo descubrí que John no era sólo un hombre cariñoso y amable, sino que era un dios en la cama. La forma en que me tocaba, en que me hacía llegar a cada punto elevado de placer sin ningún esfuerzo, me hicieron entender que no quería que ningún otro hombre me tocara, porque estaba segura que no había más nadie en esta vida que supiera llevarme hasta el lugar a donde él me llevaba. Sí, lo sé, seguro debe haber alguno, pero no quería conocerlo.

Pero basta de hablar de lo espectacular que es. Creo que es momento de pasar a la parte que realmente importa.

Trabajar para John significaba tener que aceptar todo lo que me decía sin preguntar, era una de las cosas que me había pedido hacer al momento de contratarme.

—Lo que importa, es que van a haber ciertas cosas que no puedes saber —me interpeló, con un semblante serio y seguro.

A pesar de que me pareció repentino su cambio de humor, no pude evitar sentir que debía atender a sus palabras con respeto.

—Tal vez lleguen momentos en que quieras hacer una pregunta acerca de algo y yo no voy a querer responderte. Es bueno que sepas desde ahora que no es porque no confíe en ti, es porque hay cosas que simplemente no necesitas conocer.

¿Cuál crees que fue mi reacción? Pues, la de cualquier persona que no es una molestia para los demás. Estaba emocionada por haber conseguido aquel trabajo, no iba a hacer nada que le

desagradara al jefe y que pudiera hacerme ganar un despido.

—Entendido. No voy a hacer preguntas.

—No se aplica a todo, pero es bueno que lo digas —afirmó.

—No importa, seguro tiene cosas que no quieres que sepan, no lo culpo. Confíe en que no escuchará ninguna queja de mi parte.

—Perfecto entonces —dijo, cambiando su semblante arrugado y serio por el del hombre perfecto, atractivo y feliz de minutos atrás.— Pero, no te preocupes, no te voy a pedir que hagas nada extraño. Lo que te pido es que no trates de llegar al fondo de nada. ¿Entiendes?

—Sí, yo entendí. No hacer muchas preguntas, no quejarme, no meter mis narices en donde no se me llame y ser una buena asistente —dije, llena de euforia.

Estaba realmente alegre por conseguir un trabajo con un hombre que prometía ser un gran jefe, no me importaba ningún estúpido termino que me pidiera. Estamos hablando de una gran empresa con un empleador espectacular ¿por qué habría siquiera de querer saberlo todo de él? Mientras me tratara como una parte importante de su trabajo, me respetara, me pagase bien y no me pidiera hacer nada que fuera en contra de mi moral, entonces todo estaba bien.

¿Cuál es mi moral? Puede que pregunte cualquiera, pues no tengo muchos limites. Soy una mente libre que no se siente interesada en ciertos asuntos. No me preocupo, no juzgo y trato de vivir mi vida al ritmo que mejor se ajuste a lo emocionante. John me ofreció todo eso y más, así que no me quejé cuando las cosas se volvieron extrañas.

Sí, yo acepté la cláusula de nuestro contrato informal de que no haría ninguna pregunta o trataría de averiguar cosas que no me incumbiesen, pero resulta que no lo hice porque quería, que no fue porque lo estaba buscando o porque la curiosidad me dominó; fue un accidente, lo juro.

De entre las cosas que me tocaba hacer, se encontraba el atender sus llamadas, recibir sus mensajes, pautar sus citas, agendar todo lo que tuviera que ver con su vida, tanto profesional como personal, y muchas otras cosas más, el encargarme de sus negocios estaba en una de ellas. De vez en cuando era yo quien cerraba los tratos, quien asistía a las reuniones cuando John estaba indispuesto, estudiaba el avance de sus acciones, de sus ventas, compras, ingresos, egresos, haberes y deberes. Tenía mucho trabajo que hacer, hasta el punto en que incluso llegué a ser considerada la jefa del lugar.

Me gustaba, a John le gustaba que lo hiciera, así que todos estábamos felices. Pero, en medio de toda esa felicidad, hubo una ocasión en que sencillamente las cosas sucedieron.

—Nadia, querida —me llamó John un día cualquiera— esta semana no voy a poder estar, tengo que hacer un viaje.

Me levanté de mi escritorio para detenerme en medio de su oficina para escucharlo. Recuerdo que cuando me dijo eso me sentí tan devastada; significaba que iba a estar una semana sin él, algo que no quería soportar. No pude evitar dejar pasar mi cara de depresión, mi gesto de fastidio ni decepción.

—¿Tiene que ser por tanto tiempo?

En ese punto de nuestra relación, ya no había limites en las cosas que nos decíamos, en la forma en que nos dirigíamos al otro. No salíamos como pareja, desafortunadamente no, pero si cualquiera nos veía, sí que parecíamos una.

—Sí, es algo que no puedo dejar de hacer. Así que te tocará quedarte a cargo por ese tiempo.

Dejé caer mis hombros, no porque no quisiera hacerlo, sino porque no quería hacerlo sin él.

—¿Estás seguro? ¿Necesitas hacerlo en verdad? ¿En serio necesitas ir tú solo? ¿Seguro que no vas a necesitar la ayuda de tu espectacular asistente? —dije, pasando de insistente a, necia para terminar en bromista y coqueta.

John respondió con una de sus características sonrisas que me volvían loca y una carcajada que, por cierto, también me volvía loca; era su forma de hacerlo, el sonido de su gruesa voz... John es un deleite.

—Sí me gustaría llevarte, pero necesito dejar la empresa en manos de alguien que sepa lo que se debe hacer.

—Pero puedes dejar a Daniel, él sabe hacer las cosas.

—Sí, lo sé, pero no las hace tan bien cómo tú.

No pude evitar sentirme alagada. Lo evidenció con una sonrisa.

—Así que no me queda otra opción que dejarte por ese tiempo encargada de todo.

Apreté mis labios en un evidente descontento, sacudí mis hombros con fuerza hacía abajo cruzando mis brazos sobre mi vientre y tomando la actitud de una niña malcriada, respondí con diligencia.

—Lo que usted diga, jefecito.

John sólo se rio de mi.

—Oh, vamos, no es para tanto —dijo entre risas— puedes pasar una semana sin mi.

—Eso es lo que tú dices —le dije, exagerando mi disgusto y dándole la espalda para regresar a mi escritorio.

John continuó burlándose de mi mientras me iba; yo esperaba convencerlo de que no fuera, pero, por lo que parecía, era algo sumamente importante. Así que sucedió. A los días, él tuvo que marcharse y yo me quedé a cargo de los negocios importantes.

En el aeropuerto, antes de que abordara, John me repasó todo lo que debía hacer.

—Recuerda que debes ver al señor Romero el martes. Necesitas entregarle esto —me entregó un sobre con algo adentro— no lo abras, es sólo para él. ¿Entendido?

—Entendido, jefe —dije como una militar— ¿algo más?

—Sí, olvidé decirte, no puedes ir sin Arturo ni Diego. Ellos deben acompañarte en todo momento.

—Muy bien, Arturo y Diego —dije, repasando como si se tratara de una lista de quehaceres— anotado.

—Cuando le entregues esto, necesito que actúes lo más neutral posible —dijo— tu sabes, como te enseñé. Impávida, segura...

—E intrigante —terminé su idea, ya lo sabía.

—Exacto —afirmó, con una de sus sonrisas en el rostro.

—No hables con él, no intercambien palabras. Se lo entregas, esperas que abra y te vas. Así de sencillo. Cualquier cosa, Arturo y Diego saben qué hacer. Pregúntales si tienes alguna duda.

Fue ahí cuando las cosas comenzaron a parecerme extrañas. Sí sabía que se trataba de un enemigo comercial con quien estuvimos teniendo ciertas disputas por un tiempo, lo que me parecía raro era que le debía entregar algo tan sencillo como un sobre, al principio no me importó, le había prometido que no iba a preguntar ni meter mis narices en donde no me incumbiese, pero, aquella cosa que me motivó a hacerlo fue tan repentina que en cuanto lo hice ya era demasiado tarde.

No fue sino hasta el día de la reunión con el señor Romero que todo sucedió. Mientras iba en el coche, una intimidante y elegante SUV negra, sentí la extrema necesidad de abrir el sobre. Es que, o sea, no estaba sellado ¿qué esperaban que hiciera?

—Veamos —dije para mis adentros— ¿Qué puede ser esto?

En ese momento pensé que podría ser un cheque, un estado de cuenta, un contrato o algo así. La verdad que no me esperaba ver lo que había adentro. Eran varias fotos, impresas en papel

fotográfico por una impresora a láser, tamaño A4, grosor estándar, tomadas profesionalmente... la detalle a fondo.

En ella se veían a dos niños jugando (algo realmente extraño), cada uno en días diferentes (lo supe porque en varias fotos tenían varios cambios de ropa y eran en lugares distintos), a una chica entre los doce y los quince años besando a un chico en una esquina creyendo que nadie los estaba viendo, pero resultaba que incluso fotos le tomaron y una en la que se apreciaba al señor Romero, mientras dormía con su esposa, como si la hubieran tomado desde arriba, dentro de su casa, habiendo invadido su propiedad.

Para ser honesta, al principio no entendí lo que eso quería decir. Me pareció súper raro, pero se ajustaba a eso de «no debes hacer preguntas» y «no meter mis narices en lo que no me incumbe» así que me quedé con la duda.

Cuando llegamos a nuestro destino, Arturo y Diego se bajaron del coche, me abrieron la puerta tan amable y elegantemente que me hacía parecer como la jefa (tuve que aguantar las ganas de sonreírles y demostrarle lo genial que me sentí en ese momento porque John me dijo que me viera inexpresivamente seria) y allí estaba esperándome el señor Romero.

Atrás de él estaban dos hombres vestidos de traje con un saco negro que les cubría el cuerpo, parados en frente de una SUV como de un gris carbón y a unos metros adelante, el señor Romero. Todo eso se veía como una escena de película, dos personas haciendo un intercambio. Comencé a atar cabos.

—Supongo que el señor Corvus no tenía tiempo para mí.

No le dije nada, tal cual John me dijo que hiciera. Arturo y Diego estaban parados atrás de mí, casi como si estuvieran tocándome la nuca. Los hombres de Romero introdujeron sus manos en debajo de sus sacos y se aproximaron un poco. Otro cabo para unir. Yo le extendí el sobre.

—¿Qué es esto? —preguntó

De nuevo no le respondí. Tal cual como me dijo John, esperé a que abriera el sobre. En lo que lo hizo, me di la vuelta (Arturo y Diego me abrieron paso) y me fui con Diego hasta el coche, esperé a que me abriera y lo abordé. Lo que fue realmente curioso, fue lo que escuché antes de subirme.

Romero, había levantado un poco la voz.

—Pero qué... —dijo con sorpresa— ¿Qué significa —trató de gritar, pero pude escuchar cómo Arturo le pidió que bajara la voz. Asumo que lo que dijo después fue:— esto?

Cuando abordé el coche, vi como Arturo se acercaba a su oreja y le decía algo. Fue la sorpresa en el tono de voz de aquel hombre lo que me hizo entenderlo todo. Era algo genuino, su forma de expresar su asombro era el de alguien que acababa de descubrir que estaba indefenso (lo deduje por la naturaleza de las fotos) y que no sabía qué podría significar eso.

Cuando Arturo se devolvió, pude ver por unos segundos, antes de que se montase en el coche y nos pusiéramos en marcha, que Romero se veía devastado. En su rostro se notaba la mirada de un hombre derrotado, sin esperanzas, asustado. ¿Qué habrá sido todo eso? me pregunté. Creo que, de no haber visto las imágenes, no habría entendido nada de eso y como una buena empleada, no habría hecho preguntas, no le habría dado importancia y habría seguido con mi vida, pero, no fue así, no hice nada de eso.

Al día siguiente, fue cuando todo, en sí, cobró sentido. La empresa de Romero se retiró del mercado. Él era accionista en la empresa de John y aparte de los problemas comerciales, el ser enemigo y todo lo demás, el ser parte de esta compañía le ofrecía ciertas facilidades en el mundo comercial, pero, luego de ese día, simplemente se retiró, nos entregó las acciones sin decir nada y no lo volvimos a ver.

Lo habían extorsionado.

Entendí que aquellas fotos eran una amenaza, y que ese tipo de amenazas sólo las hacía una persona que era capaz de cumplirlas. Una foto de su familia, de él, incluso, estando en su momento de mayor vulnerabilidad, sólo podía significar una cosa.

Pero, yo no hice ninguna pregunta, yo no indagué más de lo obvio. Fuera lo que fuere, eso era un asunto que no me concernía y mi trabajo era no saber al respecto. ¿Por qué no le di importancia? Porque, si hasta ese momento todo había estado yendo de maravilla ¿por qué habría de arruinarlo al acusarlo de cosas que evidentemente no comprendía y que, hasta el momento, él mantuvo como un secreto por algún motivo? Sí que lo justifiqué con que él era un hombre bueno, amable, un buen jefe, pero esa fue mi decisión y soy una mujer adulta, tengo el derecho de hacer lo que me da la gana. Además, aparte de lo evidente, no había más que hacer, así que, ¿qué podría perder?

Luego de ello, viendo las cosas desde otra perspectiva, entendí la naturaleza de ciertas peticiones tuyas y, como estuve haciendo todo ese tiempo antes de enterarme, no le di importancia. Fue así cómo descubrí el secreto de John: no era precisamente un buen hombre. Pero ¿Quién es bueno realmente?

Yo seguí con mi vida, de la misma forma en que lo había estado haciendo durante todo ese tiempo. ¿Qué John tenía una vida secreta en la que no hacía precisamente cosas buenas? Puede ser, yo no estaba lista ni era la apropiada para juzgarlo. Durante un tiempo me mantuve en la expectativa de que todo eso fuera un simple mal entendido, en ese mismo lapso, entendí que no era así.

Las cosas cobraban sentido, las preguntas que nunca me hice se formulaban solas en mi cabeza para así hacerme pensar lo peor, lo mejor, todo lo que pudiera pensar porque estaba intrigada. Quería saberlo, pero a la vez no tenía la intención de hacerlo en verdad. En ese conflicto duré aproximadamente unos meses. Tardé en darme cuenta que si quería que todo se mantuviese como había estado hasta ahora, debía dejarlo pasar; no lo iba a entender y no era mi obligación saberlo.

Eso fue lo mejor que pude hacer. Las cosas fueron sucediendo del mismo modo, con el mismo ritmo interesante, divertido de vivir y de recordar. John se comportaba como si nada hubiera sucedido, porque, nada había sucedido en verdad, no para lo que el sabía.

—Nadia —dijo John, de repente, interrumpiendo unos de mis análisis mentales durante el poco tiempo libre que disfrutaba— ¿Nadia? —repitió, viendo que no le respondía.

Reaccioné a los segundos de escucharle. Cada vez que lo hacía, pensaba que era porque había descubierto que sabía cosas de su vida y me confrontaría.

—¿Qué? Sí ¿qué pasó? —pregunté, fingiendo que estaba alerta.

—¿Sucede algo? —inquirió— Estás como perdida.

—¿Yo? ¿Perdida? —los nervios me atacaron— ¿Nerviosa? ¡Ja! No, nada que ver. Para nada.

John me miró con simplicidad, confundido, perdido, tal vez un poco preocupado por mi salud mental. Se acercó y me puso la mano en el hombro.

—¿Segura?

Sentí cómo me derretía por dentro, cómo su palma hacía que todo mi cuerpo se estremeciera en un solo compás de desesperación, tranquilidad, un caos en el que las cosas buenas y malas atacaban al mismo tiempo ¿por qué? ¿qué sé yo? John hacía eso en mi, a veces ni siquiera entendía por qué demonios me idiotizaba tanto. El problema fue que eso no contribuyó a mi estado actual en ese momento.

—Es que —comencé a vacilar— yo —bajé mi mirada, vi su mano, luego lo vi a él, de nuevo a su mano ¿qué podía decirle?— sí, está todo bien. Sólo —vacilé de nuevo— estoy un poco cansada.

Claro, la que nunca fallaba. No era mentira, claro está; mi trabajo era un poco agotador, así que, en parte, tenía más de veraz que de excusa, lo que sucede es que funcionaba como ambas.

—¿Por qué no te tomas un descanso? No sé, ir a casa, dormir un poco —dijo John, tan amable como siempre.

—¿Irme a casa? ¿A hacer qué? No es tan divertido como estar aquí —bromeé, entre palabras y una sonrisa— además, me necesitas, no puedes hacer nada de esto sin mi.

John miró a mi computador, fluctuó entre los dos y su semblante cambió, como si tuviera vértigo, como si no quisiera lanzarse por aquel risco que representaba hacer mi trabajo.

—Tienes razón —afirmó— no puedo hacerlo sin ti.

—Pues, con más razón no debería irme. Mi trabajo es estar aquí, contigo.

Era un poco evidente; no importaba, ya estábamos acostumbrados a ser así.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —preguntó, resignado— ¿no quieres descansar?
—Podría recostarme un rato allí —dije, señalando al cómodo sofá dentro de su oficina.
—¿Dormirás en el trabajo? —dijo, fingiendo sorpresa.
—¿Crees que el jefe se moleste? —bromeé del mismo modo.
—No lo sé. Tal vez diga que no, pero, ¿qué puede hacer? ¿despedirte?
—¿Despedirme? Si ni siquiera puede levantar el teléfono sin que esté cerca.
—Es que es una molestia, ¿para qué demonios voy a andar hablando con las personas? ¿por qué simplemente no se encargan de sus propios asuntos? No tengo que resolverlo todo.
—John, eres el jefe, necesitas resolverlo todo —de un momento a otro, cambiamos de tema sin darnos cuenta.
—Pues para eso te tengo a ti. Tu eres buena levantando el teléfono...
—Y atendiendo a tus empleados —continué.
—Y resolviendo problemas... —agregó.
—Y durmiendo en tu sofá —dije— ¿me vas a dejar o no me vas a dejar dormir en el maldito sofá? Tengo sueño, John, necesito dormir —exclamé.
—Vale —dijo, soltando una carcajada como si se hubiera visto a alguien adorable hacer algo adorable.

Yo era adorable.

Pude salirme de las preguntas como una campeona. Era todo lo que necesitaba, dormir. Esa era mi idea de resolver un problema, mientras dormía, simplemente no pensaba en ello y las cosas se resolvían solas. Durante noches tardé en quedarme dormida porque no podía entender qué estaría queriendo John hacer con todo eso que le envió al señor Romero. ¿Qué otra cosa habría hecho en el pasado? ¿Se habrá ido esa semana realmente por negocios? Era difícil mantener el secreto de que no conocía su secreto, más aún tomando en cuenta el por qué lo hacía.

Y me dormí, me dormí como nunca lo había hecho, como no había dormido en semanas. Con él sentado a mi lado (porque me acompañó en el sofá, sentándose en alguna de las esquinas que le dejé) sentí que estaba todo resuelto. No quería confesarle lo que suponía, ni mucho menos preguntarle qué significaba porque John no se había ganado ese tipo de desconfianza. ¿Era un hombre malo? ¿Era un criminal? ¿Había hecho cosas execrables? No era asunto mío. Debía darle el beneficio de la duda porque el no hacerlo, significaba no estar más con él.

Luego de interiorizar que no era mi problema, que no quería arruinarlo todo y que el mejor curso de acción era disfrutar al John que conocía, las cosas fueron mejorando. Antes de darme cuenta, ya había dejado de lado aquel momento extraño de mi vida, seguía haciéndole los recados que me pedía sin pensar mucho al respecto hasta un punto que volvió a dejar de importarme. Seguro era alguna cosa mala, pero no era conmigo ni con personas que conocía, tuve que cerrar los ojos ante la desgracia ajena ¿qué más daba?

Lo que sucedió después, creo que fue auspiciado por el karma; ¿debí haberlo confrontado? Me pregunté en determinado momento de mi vida, pero ¿qué habría resultado de ello? Si no lo hubiera hecho, John no habría seguido siendo el hombre amable y cariñoso que era conmigo, lo que no me hubiese permitido compartir con él su tiempo, su atención, su cama y su afecto. Creo que me convencí porque era mayor la ganancia a la pérdida.

Soy una mujer de moral cuestionable, no me preocupan muchas cosas y a veces eso me preocupa de más ¿realmente me importarán las cosas? ¿Seré mala? John hizo sentirme diferente de tantas maneras que comencé a creer que había inoculado algo en mí que me hacía pensar de esa forma. Definitivamente no era mala (tal vez), no le había hecho daño a nadie (tal vez), ni mucho menos había tomado parte en algo que no tuviera arreglo... tal vez.

Era esa misma intensidad de mi paranoia lo que me hacía pensar que las cosas hubieran sido ¿cómo le digo? ¿diferentes? Porque creo que definitivamente, mejor no habrían sido.

Los días pasaron como todos los días pasaban, ajenos a mis pensamientos y mi vida. Ya estaba conformándome con todo y disfrutaba cada momento de mi vida junto a John como si fuera el último.

Luego de aquella cena que tuvimos determinada noche en la que nuestra relación pasó al siguiente nivel, todas mis preocupaciones sencillamente desaparecieron. Es gracioso porque lo único que necesitaba para dejar de pensar en eso era mantener mi mente distraída en el placer, en una forma de felicidad que estaba segura que sería incapaz de compartir con otra persona.

Pasamos a compartir nuestro tiempo juntos de tal forma que dormía y amanecía en el mismo lugar, el lugar en el que quería estar; a su lado. Empecé a quedarme en su casa y eso me ayudó a ver a un hombre diferente, mucho mejor, para ser honesta.

—Buenos días, señorita Nadia —me decía cada vez que me despertaba.

Yo intentaba no moverme demasiado para que no me viera despeinada, normalmente me despertaba con el cabello en la cara como si estuviera en una película de terror; era vergonzoso, lo bueno es que como lo tenía de frente, mi mal aliento no lo atravesaba. Así que sólo procedía a apartarlo y le daba una sonrisa con los labios cerrados.

—¿Tienes hambre? —me preguntaba.

—Pues claro que sí —le decía, ignorando mis inhibiciones— ¿me vas a hacer algo? —le preguntaba.

—Pues, acabas de arruinar el momento. Podías simplemente decir que sí, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga? Así soy yo. Tómame o déjame.

John me miraba (porque si nuestra conversación no terminaba así, las variaciones eran mínimas), sonriéndome con su sonrisa perfecta (lo que me hizo pensar que seguro se levantaba de primero para cepillarse) y un brillo en su rostro como si nunca durmiese, o se agotara... vaya dicha de las personas apuestas.

—¿Qué quieres que haga primero? —me decía con cierto tono travieso y sensual— ¿te tomo o te doy de comer?

—¿Ya tu comiste? —le preguntaba.

—No.

—Pues el plato ya está servido —le decía, mientras me apartaba las sabanas y descubría mi ya desnudo cuerpo.

Y así iban nuestras mañanas. ¡Claro que me iba a mantener distraída! ¿de qué otra forma estaría si me la pasaba con la mente en el espacio y John entre mis piernas?, no había nada de qué preocuparme. ¿Ser romántico? ¿llevarme la comida a la cama? ¿tratarme como si necesitara de su atención absoluta? Pues no soy una princesa, ni mucho menos una conformista. Estar con John era el regalo con el que me despertaba todas las mañanas y era con el único que quería despertarme. Así hubiera sido en mi casa, en la suya, debajo de un puente o dentro de una caja, mientras John estuviera conmigo, cada lugar sería un palacio, un monumento a lo que sentía por él, a lo que él sentía por mí.

Él era encantador, amable, cariñoso, atento, delicado y una bestia en la cama. Hablar de él sin decir las cosas que podía hacer es como hablar de la Gioconda y no mencionar que es una pintura de da Vinci, sería obviar la parte más importante. Sí, sí, no es ser superficial, es ser objetiva.

Poco es lo que yo le daba importancia a ser su amante en comparación con lo bien que se sentía ser su novia, así que, para ser honesta, el sexo con él era sólo un plus de toda una relación casi perfecta.

Pero es que... la forma en que me tocaba, la manera en que me hacía llegar una y otra vez como si se tratara de un juego de niños para él. El tenerlo encima, atrás, debajo y en cada posición físicamente posible, era un deleite para el alma, para el paladar y para mi otro par de labios. John era cariñoso cuando se lo proponía, salvaje cuando le pedía entre gemidos que me hiciera sentir dominada y complaciente.

—¿Te gusta? —me preguntaba cuando alejaba su lengua de mi clítoris.

—Claro que me gusta —le respondía obstinada

John sólo se reía. Claro que me gustaba ¿a caso no me veía retorciéndome en la cama? Arrugaba las sabanas, lanzaba las almohadas, gritaba como loca y siempre lo terminaba con una tensión absurda en donde el aire, el agua, el sonido, la luz... todo me faltaba. John no necesitaba de mucho para hacerme sentir bien y que me lo preguntara me estresaba ¿a caso no lo veía? Creo que sí, sólo es un idiota.

Y sin preámbulos, introducía uno de sus dedos en mi ya completamente húmeda vagina. Sin avisarme, sin decirme siquiera que ya estaba a punto de pasar al siguiente nivel, sólo lo hacía y yo me enteraba con un golpe súbito de placer que no sabía procesar. Pero me encantaba, ¡joder! ¡sí que me encantaba!

John sólo se reía, sonreía mientras me penetraba con uno, dos, tres dedos y los movía en mi interior para hacer aun más satisfactorio el momento. El placer me corría por los poros, hacía vibrar mis cuerdas vocales, me sacudía el aire, el cerebro, el cuerpo completo. Y continuaba moviéndolos al mismo tiempo en que dibujaba círculos alrededor de mi sensible clítoris, o me lamía o apretaba mi cresta iliaca, esa parte que parecen orejas en la pelvis; es un lugar sensible, y que lo supiera me molestaba, oh sí... me gustaba, pero me molestaba porque me escandalizaba cuando lo hacía.

Y ahí se quedaba por un rato. A veces, sólo se concentraba en jugar con mis pechos, en hacer que su lengua recorriera cada parte sensible que pudiera tener y que yo no conociera; en besarme, en acariciarme, apretarme las piernas, las nalgas, los senos. John se encargaba en hacerme sentir amada, como si fuera arcilla y el un alfarero. Me moldeaba a su gusto, haciendo de mí una escultura de barro detallada en lo más mínimo.

Con el índice y el pulgar, apretaba delicadamente mis pezones como si tratara de destornillarme con delicadeza la teta. Era algo extraño de ver, pero se sentía tan bien que no me quejaba. No me apretaba, no del todo... es difícil de explicar porque de alguna forma sentía la presión que ejercía, pero al mismo tiempo era una caricia, y al mismo tiempo lo jalaba y... era muy bueno. Sí, era increíble la forma en que me tocaba. Acompañaba eso con un beso, con una mirada fija, penetrante, con la que sólo podía imaginarme qué estaba pensando porque no decía nada.

Otras veces, sólo deslizaba sus dedos por mis labios (los de mi boca), delineándolos con suavidad. Normalmente lo hacía cuando estaba acostada sobre él, descansando luego de una salvaje embestida; no cuenta como sexo, pero era tan sexual como todas las cosas que me hacía. Tenía ese don de hacerme sentir bien con cosas tan fútiles como ellas que era increíble. Podía ser eso, enredar sus dedos en mi cabello, seguir una línea desde mi trasero hasta mi nuca pasando por toda mi columna, apretarme las nalgas, besarme en la frente... John sabía cómo tocarme.

Y su cuerpo, su cuerpo era la parte más interesante de el sexo con él. Hasta ahora sólo había dicho lo que hacía conmigo, pero eso no quiere decir que descuidáramos a ese hombre. Siempre

iba desnudo por la casa con el pene erecto, cosa que me llevaba a arrodillarme en frente suyo para darle la debida atención; era un deber cívico, introducirme aquel pene en la boca cada vez que lo veía. Si no era así, era entre mis piernas, entre mis glúteos, tal vez entre mis manos o por lo menos rozarle mi pezón. Yo vivía atada a John de una forma tan intensa que no podía simplemente levantarme sin mi dosis diaria de semen.

En la cama, siendo una bestia, ondeaba sus caderas con tanta precisión que parecía que utilizaba su pene como pincel dentro de mi vagina; moviéndolo con extremo cuidado. Lo sacaba y lo metía, jugaba con mis labios usando sólo su glande y luego lo volvía a meter empujándolo con fuerzas y sacándome el aire. Sentía como si con él me empujara el diafragma hacia arriba obligándome a escupir los pulmones. John hacía eso, eso y más.

Eran pocas las veces en las que yo tenía el control, tampoco es como que quisiera hacerlo; él lo hacía tan bien que las cosas sencillamente se daban, así que ¿para qué me iba a molestar? Aunque, cuando me tocaba hacerlo, era esas veces en las que sólo estaba encima; fuera sentado en el mueble, en la cama, en la escalera o en una simple silla. Me ocupaba en conseguir que su pene me diera el mejor desempeño, intentando superar lo bien que conseguía buenos resultados por sí solo.

Tranquilamente compartía con él día y noche, horas tras horas de sexo encantador y perfecto. ¿Qué más podía pedir? El trabajo ideal, el jefe ideal, la relación ideal y un postre maravilloso. No podía quejarme, no podía hacer más que disfrutarlo al máximo. Eso hice hasta que simplemente no pude. Lo que no me gusta de esta parte es que ayuda a contribuir en que todo lo bueno tiene un final para pasar a una mala experiencia, es algo así como la justicia divina; no existe, no porque alguien haga algo malo quiere decir que por consiguiente será castigada. Nos engañan suponiendo que el bien le gana al mal cuando difícilmente es así; el malo sigue siendo malo y el bueno termina perdiendo la batalla.

Guardaba la misma relación con lo de un momento feliz no duradero. No porque estuviera en perfecto estado quería decir que debía sufrir, no, no es así, pero las circunstancias hablaron por sí solas. Este llegó como un golpe en la nuca y un aterrizaje forzoso contra el suelo. Lo último que recuerdo antes de que todo se oscureciera, fue el dolor que eso me causó.

Cuando desperté en otro lugar, sintiendo que todo eso había sucedido en cuestión de segundos y no había espacio entre el golpe y estar atada a una silla, las cosas se hicieron aun más confusas de lo que eran. Lo que me llamó la atención no fue la habitación casi oscura, el no poder moverme o la pelirroja loca que estaba sentada en frente de mi, fue que, por alguna razón, no estaba tan asustada como cualquiera esperaría estarlo.

—Hola mi vida, por fin nos conocemos—dijo con un tono de voz molesto. Inmediatamente la escuché hablar ya la estaba odiando.

Le pregunté, de la forma más natural, quién era y por qué estaba ahí. La loca respondió como si tuviera el control de la situación, lo que me hizo suponer que ella era la culpable de que estuviese sentada en esa silla. Alejandra, me dijo que se llamaba.

—Me estás comenzando a irritar, maldita zorra —dijo con todo el odio de su alma.

Y lo supe porque se levantó histérica, empujando la silla en la que estaba sentada y se acercó a mi con un golpe de puño cerrado. Tuve que aguantar las ganas de reírme en ese momento, no es porque fuera mujer ni nada, pero pegaba como una niña.

Luego de recibir el golpe, sacudir mi cabeza y volver a la posición en la que estaba para ver su cara de satisfacción mofándose de mi como si hubiera logrado algo increíble, continué con mi interrogatorio.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estoy atada?

Yo sólo quería respuestas.

—¿Por qué estoy atada? —repitió, mofándose de mi pregunta— Pues porque eres una zorra, estás aquí porque andas metiéndote en lo que no te importa.

De a momento, creí que era una de esas cosas extrañas que hacía John, tal vez él o alguien más se había enterado de ello y me estaban haciendo pagar.

—¿De qué hablas?

—¿De qué hablas? —se mofó de nuevo; parecía una niña. Era exasperante— que andas entrometiéndote entre John y yo. Por tu culpa él me dejó.

De inmediato, entendí que no tenía nada que ver con eso. «Mi John» dos palabras claves. Algo podía significar. Eso me motivó a preguntarme quién era ella y qué relación guardaba con John. Podía ser una amante, podía ser una admiradora, o peor, podía ser su esposa. Así que, preferí negarlo todo.

—¿Yo? No he hecho nada.

De nuevo, otro golpe en la cara.

—¡Cállate! —vociferó— no quiero que hables, yo soy quien va a hacer las preguntas.

—¿Por qué? —pregunté.

Y eso me hizo ganarme otro golpe en la mejilla que aun no había tocado.

—¡Qué te calles, he dicho! —vociferó con más furia.

Tal vez no pegaba como una persona que inspirara respeto, pero poco a poco, los golpes comenzaban a sentirse.

—Yo soy quien hará las preguntas —repitió, para luego acercar su rostro al mío— Yo soy quien te interrogará —dijo en un tono de voz macabro— y tu vas a decirme todo lo que quiero saber.

Ya estaba escupiendo sangre, cabizbaja, sin poder entender la diferencia entre una loca y ella.

Es de primordial importancia el mantener la calma en un momento de secuestro, no hacer estupideces para garantizar la supervivencia; entiéndase: no retar a tu secuestrador, no tratar de escapar, obedecer a todo lo que te dicen, no hacer molestar a nadie. Pero, para ese momento, ya sentía que mi vida estaba acabada así que... ¿para qué preocuparme?

No fue sino hasta que sus golpes comenzaron a ser más y más contundentes que dejé de seguir incitándola. En el momento en que pasó de su débil puño a un palo de madera, supuse que era momento de detenerme. Vaya secuestrada terminé siendo.

—¿Quién eres y qué quieres con mi John? —preguntó por enésima vez.

—No soy nadie —dije— sólo soy su asistente —repetí.

Esta vez, el golpe fue en el vientre, cosa que me sacó el aire y tal vez lo que me quedaba de alma.

—No soy nadie —repitió, mofándose de mi— ¡Claro que tienes que ser alguien! Sino ¿por qué estas quedándote en su casa?

—Porque hay una invasión de chiripas en la mía —mentí, aguantando la risa. No sé, es que en momentos de extrema desesperación me daba por bromear. Es difícil de controlar.

Con eso me gané otro golpe. Pero creo que no entendió mi chiste, porque no lo sentí con odio, creo que fue más rutinario. Estaba segura que estaba disfrutándolo, así que ya ni me molestaba suponer que lo hacía por algo que yo había dicho.

—Puedo hacer esto todo el día —afirmó, con cierto orgullo desagradable— así que, o me dices quien eres y qué demonios quieres con mi John, o sigo golpeándote hasta que no puedas decirme más nada.

—¿Es importante? —pregunté, ya sintiendo que no tenía las suficientes fuerzas para continuar

— ¿es importante saber quién soy? No soy nadie.

—No dudo que lo seas —dijo, como si estuviera burlándose de mi por ello.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—¿Vas a seguir preguntando?

—No he hecho nada, no soy nadie y no sé por qué estoy aquí —dije, entre jadeos y escupitajos — por lo menos podrías decirme eso.

Alejandra insistía en que las cosas se hicieran a su manera, desgraciadamente, esa forma suya de hacer las cosas me hizo perder la conciencia varias veces. Al cabo de un tiempo, no sabía qué hora era, en qué día estaba o si ya estaba muerta, la verdad, las cosas se fueron haciendo confusas mientras más sentía el peso del sueño, el dolor, el hambre y la sed. Ella me estaba matando lentamente y parecía que le fascinaba.

—Veo que despertaste —dijo a mis espaldas, cuando comencé a levantar la cabeza.

Se escuchaba más calmada, como si no estuviese molesta; eso era malo.

—¿Dormiste bien? —pregunto, como si viniera al caso.

Fue acercándose a mi hasta que por fin quedamos viéndonos una a la otra.

—Siento que no estamos llegando a ningún lado —dijo.

¿En serio? Me pregunté. Ya no tenía ganas de hablar. Tal vez era por el cansancio.

—Así que probaré con otra cosa.

La intriga me estaba matando. Eso, y sus impulsos psicópatas.

—Mi nombre es Alejandra Mata, y soy la mujer de John.

Poco a poco, sentía como se deslizaba hasta la locura. No podía decir que era falso ¿qué sabía yo de él? Seguro era verdad, podía ser eso que hacía cada vez que tenía cosas importantes por hacer en el exterior, tal vez ella estaba buscando a las amantes de su esposo y yo era una de ellas. Las posibilidades eran infinitas y yo no estaba en posición de pensar demasiado para llegar al fondo de todo ello, así que le ofrecí el beneficio de la duda a mi secuestradora.

—No me mires así —dijo— supongo que no te lo esperabas ¿verdad? —sonaba como si estuviera feliz.

No estoy segura de qué había visto ella, para ese punto del secuestro ya no sentía la cara. Sí me tomó por sorpresa, lo había supuesto, pero, sin embargo, me hizo abrir la boca.

—John y yo éramos felices y lo habríamos seguido siendo si tu no estuvieses entrometida.

—Pero...

—¡Cállate! —vociferó, levantando la mano y acercándose a mi.

Cerré los ojos y aparté la cara esperando otro golpe que no llegó. Lo que escuché fue una risa macabra y enferma.

—Pobrecita, estás asustada —se burló— pero tranquila —dijo, apartándose— que te voy a explicar todo.

Alejandra me dio la espalda y se perdió en la oscuridad de aquel cuarto. A pesar de no poder verla, pude seguir escuchándola.

—Supongo que estarás preguntándote por qué estás aquí.

Era evidente, se lo había preguntado antes, definitivamente me parecía que estaba loca. Tal vez era su primera vez ¿quién sabe? El caso es que traté de responder a eso, pero, ya me era difícil tomar las fuerzas necesarias para burlarme de sus estupideces. Me dolía la cara, el pecho, el abdomen, parte de mis brazos y la cabeza. Sí que había logrado controlarme.

—John y yo hemos compartido juntos una vida completa, cosa que tu nunca podrás tener con él —comenzó con su monólogo, algo que no me esperaba cuando empezó a hablar—. Hace mucho tiempo que nos amábamos, creo que incluso antes de que llegaras a este país —dijo, con cierto

tono despectivo—. Yo siempre fui su princesa y él me trataba como tal. Me da de todo, me hace de todo. No importa en donde estuviéramos John siempre sabía como complacerme.

Definitivamente estaba hablando del mismo John.

—Yo tuve que irme hace tiempo a hacer algo —continuó— y regresé pensando que podría encontrarme de nuevo con mi gran amor, pero, —y emergió de entre la oscuridad de aquella maldita habitación— llegaste tu y te entrometiste entre nosotros.

Poco a poco su cuerpo se iba iluminando por la débil y única luz de aquel lugar, y mientras su cuerpo aparecía, en su mano se pudo ver algo que me costó identificar.

—Al principio creí que eras una simple cualquiera, que no tenías nada que ver con él, pero luego de seguirlos por meses, supe qué te traías entre manos.

¿De qué está hablando? Fue lo que pensé.

—Sé quién eres —se fue aproximando a mi lentamente— y sé por qué estás con John —vaciló — quieres toda su atención, quieres tenerlo para ti sola, pero —se acercó a mi rostro, casi chocando su nariz con la mía— pero te informo que no podrás tener nada de él, porque él es mío, porque él es sólo para mi. Tu sólo eres un escalón, un obstáculo insignificante en nuestro amor.

Sentía cómo el vahó de su aliento se introducía en mi boca, por mi nariz, humedeciendo la piel de mi rostro. No estaba segura, estaba genuinamente asustada. Ya no sabía qué podría depararme, ya había abandonado toda posible esperanza. Antes no pensé en ella, sólo supuse que todo había acabado, pero esta vez, me tocaba aceptar el dolor y la desesperación que estaba por venir.

—No necesito que me digas quien eres, yo sé quien eres, ni que me digas lo que quieres con mi John, porque después de esto no va importar.

En ese momento, escuché cómo algo se encendía luego de un golpe de corriente

—Y te romperé pedazo por pedazo hasta que entiendas que John no es para ti.

La cosa que encendió comenzó a sonar hasta que supe de qué se trataba. En lo que acercó su mano a mi cara cerré los ojos para no ver lo que tenía en mente hacerme. Fue entonces cuando entendí lo que tenía en la mano. Una afeitadora. No era el mejor método de tortura, pero comenzó a cortarme el cabello.

—Y empezaré por este maldito cabello tuyo —dijo— e iré bajando hasta la punta de tus pies, rompiendo todo lo que pueda romper, cortando todo lo que pueda cortar y haciéndote sangrar hasta que no quede una gota en ti.

Le creí.

Quinta parte Ninguno

10

Unir los cabos sueltos no costó demasiado para un hombre que estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. John Corvus había regresado a su oficina suponiendo que a Nadia se le había olvidado algo y necesitaba de su ayuda. A simple vista las cosas parecían estar bajo control: una oficina vacía una puerta abierta, las luces encendidas. No había nada que pudiera levantar sospechas cuando se trataba de un lugar de trabajo cualquiera, pero, no para él.

John recogió las hojas que estaban en el suelo, algo que nunca sucedía en su lugar de trabajo. En su escritorio seguían las cosas exactamente como las había dejado antes de irse para comprar el regalo que quería darle de sorpresa a Nadia en el restaurante al que siempre iban.

No eran sólo las luces sin apagar, las hojas sin archivar, la computadora encendida ni la oficina abierta. John estaba inseguro, estaba preocupado. No era normal que eso sucediera porque su asistente, tan diligente como siempre, dejaba las cosas tan ordenadas que no parecía que él trabajara ahí todos los días; pero no fue eso lo único que le llamó la atención.

Sondeando el lugar, encontró las cosas de Nadia en su lugar, como si simplemente las hubiera olvidado. Registró el lugar completo, entró en los baños, buscó entre las demás oficinas... ella no se encontraba en ningún lugar.

—Algo aquí no anda bien —dijo, aceptando por fin que todo estaba fuera de control.

De inmediato, sacó su móvil del bolsillo de su pantalón para hacer una llamada. Alguien debía darle respuestas y sabía exactamente a quien preguntarle.

—¿Dónde demonios están ustedes? —preguntó John, sin decir nombre, sin desvelar nada.

—Estamos en el coche señor, esperando a la señorita Nadia —respondió Arturo.

—¿Esperándola? ¿Por qué carajo no están con ella? —preguntó John, sacando sus propias conclusiones.

—La señorita Nadia nos dijo que esperáramos en el coche, y eso hicimos.

—Nadia no está aquí, maldito imbécil —vociferó John, dejando que su ira imperara en sus acciones— Nadia no está aquí.

Los hombres de John salieron tan rápido como pudieron del coche. El tono de voz de su jefe no era buena señal, no por cómo hablaba, por lo que dijo, ni por el hecho de que les dio a entender que estaba en la oficina, a unos cuantos pisos sobre ellos. Algo iba mal y probablemente era culpa suya.

—¿Por qué demonios la dejaron sola? —preguntó John en lo que les vio llegar a la oficina.

Ambos se veían agitados, como si hubieran corrido un maratón para poder llegar.

—Nosotros...

—Ustedes un demonio. Nadia no está aquí, algo anda mal.

Diego miró alrededor, en silencio, tratando de entender lo que estaba sucediendo.

—Todo se ve normal —dijo, alentando a la ira de John.

—¿Todo se ve normal? ¿Crees que esta mierda se ve normal?

Señaló las cosas en el suelo, la computadora encendida, la bolsa de Nadia y su móvil en el escritorio. Para cualquiera, eso era normal. Diego se retrajo para no alimentar más la furia de su

jefe.

—Ella estaba aquí hace unos minutos. Nos dijo que bajáramos, que estuviéramos listos porque no le faltaba mucho.

John, cogió su móvil e ingresó sus datos en la aplicación de seguridad.

—Las cámaras están funcionando —dijo, para luego levantar la mirada.

No dijo más nada, sólo los vio, en silencio, esperando a que ellos pensarán en qué hacer luego de eso. No tenía paciencia suficiente, hasta ahora, para él, algo incompleto era un mal augurio. No importaba si estaba en el baño, comprando un café a las siete de la noche o escondida bajo un escritorio para crear suspenso; hasta que no la tuviera en frente, sana y salva, para él, todo lo malo que pudo o pudiera haberle pasado, era tan real como su propia existencia.

Sus esbirros entendieron su indirecta, y corrieron hasta el elevador para llegar a al departamento de seguridad. ¿Qué otra cosa podría haber pedido el jefe? Se preguntaron cada uno por individual, más que ir a buscar lo que había sucedido. Mientras tantos, John continuó buscando algo que pudiera darle alguna señal, lo que fuera necesario para obtener las respuestas que necesitaba. Nadia debía estar bien, de lo contrario, el mundo temblaría ante su ira.

—¿Qué demonios pasó aquí? —vociferó Diego.

—Maldita sea —exclamó Arturo.

Ambos sacaron sus armas ante lo que habían presenciado, Arturo se inclinó para tomar los signos vitales del guardia que estaba en el suelo. No había sangre, pero estaba seguro que vida no tenía. Diego corrió hasta el cuarto de cámaras, la cual se encontraba cerrada. Un cadáver en el suelo podría ser una mala señal. Puso su huella en el lector y sondeo el lugar con el arma en mano, luego de ver que todo estaba despejado, entró para revisar la grabación.

—Maldita sea, ¿por qué? —se dijo a si mismo mientras se acercaba a los computadores.

No podía creer el extraño giro de eventos. Todo estaba saliendo de maravilla, nada parecía demostrar que eso se avecinaba ¿qué había sucedido? ¿qué le había pasado a la señorita Nadia? Arturo confirmó que el guardia estaba muerto. No tenía tiempo de averiguar cómo murió así que se levantó con apremio para seguir a su amigo.

—¡Joder! —gritó Diego.

Arturo lo escuchó, apretó su arma y aceleró el paso para ir a socorrer a su compañero. Al llegar y no ver nada, temió lo peor.

—¿Qué pasó? —preguntó...

—Creo que Alejandra se llevó a Nadia.

—¿Qué demonios?

Los hombres de John no tuvieron de otra más que darle a su jefe la mala noticia, cosa que dejó a John colérico. Las cámaras mostraban cómo tres hombres y una pelirroja loca habían llevado a cabo un secuestro.

—¿Ven por qué demonios no podían dejarla sola? —vociferó John, saliendo furioso del cuarto de cámaras.

—Pero señor, nosotros... —intentó defenderse Diego, pero Arturo lo detuvo negando con la cabeza y colocando su mano en el hombro.

Sabía que no tenía caso, que John no mediría entre su furia y su preocupación y que, si quería seguir con vida y con trabajo, mejor sería que se quedase callado.

John estaba más que furioso, estaba preocupado. La seguridad de Nadia se había visto comprometida, más aun; no sabía a qué se debía, por qué Alejandra estaba involucrada luego de tantos años, y por qué había sido de esa forma. Pero de algo sí estaba seguro, que no dejaría que ella se saliera con las suyas.

—Necesito que pongas tu trasero a trabajar —dijo John al teléfono.

—¿Qué pasó, jefe? —preguntó.

—Necesito que entres en todas las cámaras que puedas. Quiero que busques a alguien.

—¿Cómo así? ¿En cuales cámaras?

—¡En todas, coño! En las de tránsito, en las de los locales de enfrente, en las del edificio completo. Quiero que entres en todo lo que tenga una puta cámara y que me digas qué ves.

—¿Ahora?

—No... mañana —dijo con sarcasmo y obstinación— ¡Claro que ahora! Quiero que busques a Nadia, quiero que me digas en donde está y qué pasó con ella.

El hombre, uno de los hackers de John, se sentó, luego de recibir la reprimenda de su jefe, a buscar lo que le pedía. No sabía por donde comenzar, ni mucho menos cuanto tiempo le tomaría encontrar lo que quería. Necesitaba más información.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó— ¿a qué hora?

—La última vez que la vimos estaba en la oficina, a las seis y media. Empieza por ahí, síguela y me avisas.

—¿Qué hará? —preguntó, suponiendo que estaba a punto de hacer una locura.

—Voy a buscar a Nadia así me cueste la vida.

Nadia ya había perdido toda esperanza. Al principio la vida le era indiferente. No le importaba lo que Alejandra hiciera con ella ya que todo eso era evidencia suficiente para determinar que esas serían sus últimas horas de vida. Atada al techo, con las manos levantadas, suspendida a unos cuantos centímetros del suelo y con la cabeza baja.

Sentía el frío corriéndole por el cuero cabelludo a causa de la falta de cabello, el labio roto, la sangre deslizándose por sus párpados hasta llegar a su barbilla. Cada parte del cuerpo le dolía de tal forma que aceptó que no había esperado que sus últimos días serían tan dolorosos.

De vez en cuando recobraba la conciencia después de un golpe contundente o las pocas veces que Alejandra la dejaba sola por varios segundos para pasar a la siguiente tortura. A causa de eso, terminó perdiendo la noción del tiempo. Cada vez que se despertaba suponía que habían pasado horas, tal vez días. Todo el dolor, la angustia y la desesperación le hicieron creer que llevaba semanas encerrada hasta el punto en que ya no le importaba lo que fueran a hacerle.

—Buenos días —dijo Alejandra, alimentando su desorientación— ¿cómo amaneces?

Nadia ya no podía hablar, le faltaba el aire, las energías, el interés. Quería salir de ahí o morir de una vez. Estaba húmeda, sangrando, adolorida y sedienta. Llegó a pensar que la peor tortura era que la estaba manteniendo con vida. Sufrir hasta el punto de no morir, según ella, era lo peor que podrían estar haciéndole.

—¿No me vas a decir nada? —preguntó Alejandra— creí que como eras tan buena habladora ibas a decirme algo —cogió el bate de béisbol que se sostenía en una de las columnas de la habitación— una mujer conversadora, pensé yo.

Nadia no podía levantar la cabeza para verla, mucho menos para saber qué estaba haciendo, sabía que se movía porque la estaba escuchando, porque ni siquiera quería abrir los ojos. Alejandra caminaba a su alrededor, golpeando el bate con su palma, preparada para continuar con lo que había estado haciendo en las últimas cuatro horas.

—Mírame cuando te hablo —vociferó Alejandra

Alejandra quería sentir cómo sufría Nadia; su deseo era demostrarle que nada estaba resuelto, que nadie la quería, que ella sólo servía para ocupar el espacio que había dejado vacío cuando le tocó alejarse de John y que ese sería su último día con vida. Tanto tiempo siguiéndola, viéndola, estudiándola, desarrolló en ella tal odio que no podía contenerlo sólo con golpes. Quería que la admirara, que la reconociera como su superior, como alguien que había logrado la realización personal y consiguió perdonarse y perdonar a su amado.

Furiosa, balanceó el bate en el aire y lo hizo aterrizar en una de sus costillas, fracturándola con un solo golpe. Nadia sintió el dolor punzante como si le hubieran apuñalado. Ya había recibido varios golpes ahí, lo que hizo aun peor el trauma. Dejó escapar un grito de angustia y en un arranque de adrenalina levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Te escucho, te escucho —dijo angustiada.

La buscó en todo el lugar, con la vista borrosa y los párpados pesados.

—Bien. Vamos a explicarte por qué estoy haciendo esto.

—Porque me odias... porque te quité a John... porque soy una basura —dijo jadeante y hastiada por la insistente locura de Alejandra.

Alejandra dejó escapar una carcajada de orgullo.

—¿Entonces sí me estás escuchando? —preguntó— qué sorpresa.

—Sí, te estoy escuchando —respondió, para luego escupir la sangre que tenía acumulada en la boca— tengo todo este tiempo escuchándote.

—Me parece maravilloso —respondió Alejandra, dejando el bate de lado— de hecho, me parece más que maravilloso —se dio la vuelta y quedó de frente a Nadia— creo que ahora nos estamos entendiendo mejor.

Nadia sentía cómo la ira iba creciendo en su interior. No soportaba seguir viéndola hablar, atender a sus locuras ni mucho menos a sus arranques agresivos que ya le habían costado todo su cabello, tres costillas, y diversas cortadas. El dolor había adquirido un nuevo significado y no sabía cuanto tiempo más iba a resistirlo.

Ella nunca pensó en la posibilidad de ser rescatada; Alejandra no había dicho nada acerca de ningún rescate, y por la naturaleza de su secuestro, suponía que su intención no era esa. En ese momento, en un vestigio de paz, perdida en sus propios pensamientos como un método de escape de aquella tortuosa escena, recordó lo bien que se sentía estar con John. No le importaba cuáles eran los motivos exagerados de su supuesta mujer, pareja, esposa o novia, Nadia no lo culpaba, aunque sí sentía que pudo ser más cuidadoso.

No tenía razón para odiarlo porque ya no había tiempo para eso. Tal vez podría morir en los siguientes minutos, horas o días. Si nadie había corrido a su rescate en ese tiempo, no lo iban a hacer jamás así que, lo peor ya había pasado. Comenzó a dejarse llevar, a sentir que su momento había llegado. ¿Quién era Nadia Velázquez ahora, al final? Tal vez eso fue por el karma, por lo que no hizo mientras sabía que John hacía cosas malas, al niño al que no le dio de su comida en el parque, al perro que no rescató cuando caminaba por la calle. Nadia comenzó a sentirse culpable a contemplar todas las cosas que pudo haber realizado que pudieron haber hecho de su vida algo más significativo.

Se sentía como nadie, flotando en un vacío de desesperación y dolor; tal vez porque estaba suspendida en el aire y no tocaba el suelo o que se debía porque, de hecho, era así. Al poco tiempo, dejó de preguntarse por qué estaba ahí, quién era, qué le deparaba el destino; ya no le importaba. Las horas se hicieron días, los días se hicieron semanas. El tiempo era relativo y la existencia fútil. Todos eran ajenos a su dolor así como ella lo fue al de otros por muchos años; era un precio justo para pagar, y no se molestaría en esperar misericordia del destino.

Habían pasado horas antes de que John pudiera recibir respuesta alguna de su genio de las computadoras. La incertidumbre lo estaba matando, ni el hambre, ni el sueño ni las horas lograban hacerlo bajar la guardia. El no saber nada al respecto de Nadia era lo que más le preocupaba, pero, sin importar qué, iba a encontrarla y sacarla de donde fuera que estuviese.

Fue a cada punto importante de aquella ciudad en donde sabía que Alejandra podría tener alguna relación. Lo peor de todo eso es que lo menos que se esperaba que sucediera había sido lo que le costó más caro. Un hombre malo como él tenía tantas formas de perderlo todo que la venganza de una ex loca era la más inesperada. Pero hasta que no supiera que no había forma alguna de salvar a Nadia, no sería tarde.

Luego de buscar en donde vivía antes (cosa que sabía que no le iba a funcionar porque ya no tenía relación alguna con ese lugar) pensó en ir a buscarla en donde se supone que podría encontrarla; en donde estuviese su familia. Manejó por varios minutos hasta llegar a la casa de su hermano, la única persona que sabía que le quedaba viva y de quien, tal vez, podría obtener información.

—¡Mike! —vociferó John golpeando a la puerta de su casa— ¡Sé qué estás ahí! ¡Sal ya!

No tenía tiempo para formalidades, ni mucho menos para actuar civilizadamente. Mike, había escuchado los primeros gritos y se levantó asustado de su sofá para ver quién era. Definitivamente lo conocía, sabían que estaba ahí, pero ignoraba por qué alguien estaría golpeando con furia a su puerta y llamando a su puerta. Se levantó cauteloso, tratando de ver quién era y qué podría querer. Cogió un bate, suponiendo que era posible que pudiese necesitarlo.

—¡Mike, sal, demonios! —continuó gritando John, golpeando a la puerta.

Mike seguía caminando con cuidado. Pensó en acercarse a la puerta, pero prefirió asomarse por la ventana que daba a la calle y ver de qué se trataba todo eso.

—¡Mike! ¡Maldita sea!

Al no recibir respuesta luego de las primeras tres veces que lo llamó, decidió actuar como la persona que era, de las que no le importaban las reglas ni nada en particular. Se apartó unos cuantos metros de la puerta y con un sólo impulso de su cuerpo, la empujó con una patada directo en donde se encontraba el seguro. De esa forma, contundentemente, la abrió de un golpe. En ese momento, Mike se encontraba entre el pasillo y la puerta porque quería ver por la ventana. John lo cogió a la defensiva, con un bate y todo sucedió como cualquiera se lo esperaría.

En un arranque de violencia, Mike intentó golpearlo con el bate para defenderse, pero John supo responder rápido y la cogió con la mano; con el retroceso de su fuerza, redirigió el golpe a la cara de su antiguo cuñado. El bate colisionó con su nariz, rompiéndola en un abrir y cerrar de ojos.

Mike perdió el equilibrio, retrocedió al momento, soltando el bate y buscando algo para sostenerse.

—Mike ¿en dónde demonios está Alejandra?

Mike tardó varios segundos en superar el trauma del golpe en su nariz, interiorizar la sangre corriéndole por el labio y de ver a un hombre con quien no guardaba relación en años. Se ahorró la necesidad de preguntar qué estaba sucediendo porque la pregunta de John parecía prioridad.

—¿Qué rayos voy a saber yo? —exclamó— hace semanas que se fue —dijo.

Definitivamente no era la respuesta que John esperaba escuchar, pero si una que le servía de

maravilla.

—¿Ha venido para aquí? —preguntó John, lanzando el bate hacia atrás y acercándose a Mike para cogerlo por el cuello de su camisa.

—John ¿qué demonios te sucede? ¿Por qué entras así? —Preguntó Mike, antes de que John lo levantase sin ningún problema y lo empujase hacia la pared para levantarlo.

—Dime todo lo que sepas de Alejandra, qué ha estado haciendo y qué demonios está tramando.

Mike no entendía, según lo que sabía de su hermana estaba viéndose con él por meses, lo que le confundió de inmediato al tenerlo al frente evidentemente furioso.

—¿Qué se yo si no vas a saber tú? Se supone que estaban saliendo otra vez.

—¿Saliendo? Yo no he visto a esa mujer en años.

—Si me sueltas, podemos hablar mejor...

—No tengo tiempo para hablar mejor, Mike, busco respuestas y las quiero ya.

En ese momento, tan puntual y diligentemente, su móvil sonó. Al instante, John no reaccionó, ignorando por completo el sonido del aparato.

—Te están llamando —dijo Mike, bajando como pudo la mirada para señalarle hacía abajo.

John lo soltó, empujándolo a un lado y dejándolo caer. Cogió el móvil vio que se trataba de su hacker y atendió a la llamada.

—La encontré, Jefe. No está muy lejos.

—¿En dónde?

John le dio un rápido vistazo al lugar, miró a Mike e interiorizó que no tenía nada que ver con todo ello.

—Luego regreso a pagarte por esto, lo siento —dijo, cambiando por completo de actitud.

En cuestión de minutos su hacker le había dado la dirección exacta del ultimo lugar en donde había sido vista Nadia. Por fortuna, el sitio que había comprado Alejandra a penas había salido del mercado y tenía una licorería al frente; las cámaras habían grabado a una pelirroja loca llegar con varios hombres y sacar a una chica del maletero. Todo indicaba a que era ella y John no perdió el tiempo en dirigirse al lugar.

Por fortuna, John iba en su deportivo más veloz, porque estaba seguro que eso sería una carrera contrarreloj. En menos de diez minutos ya le faltaban treinta metros para llegar al sitio que albergaba al amor de su vida... veinte, diez, cero. El coche colisionó con la puerta del lugar, derrumbando las paredes del frente del local y dejando la mitad del vehículo adentro y la otra mitad afuera. Superando el golpe, y habiendo sacado su arma de la guantera, abrió la puerta como pudo y se abrió paso en el lugar. No sabía qué encontrarse, ni con quien lo haría, pero estaba preparado a lo que fuera.

—¿Qué demonios? —exclamó uno de los hombres que hacía guardia en la puerta que daba hacía Nadia.

Estaba un poco apartado del lugar del choque así que no recibió daño alguno. El grito alertó a John dándole su posición. No sabía cuantos eran, pero sabía que eran dos porque escuchaba su conversación.

—Maldito estúpido se llevó por el medio la pared —dijo uno.

—Debe estar ebrio —respondió el otro.

Ambos vieron la sombra de John acercarse a ellos, pero no estaban seguros de qué se trataba.

—Oye, idiota, ¿estás bien? —preguntó uno de los hombres que resguardaba la puerta.

John se acercó a ellos lentamente y en lo que pudo verlos, levantó su arma y disparó sin preguntar. Dos veces en el pecho y una en la cabeza. En total, fueron seis disparos que alertaron a

Nadia y a Alejandra luego del escandaloso golpe del coche atravesando la pared del local. La segunda no esperaba que se tratara de John, y mucho menos la primera, quien había dado por perdidas sus esperanzas.

Ante el golpe del coche, Alejandra respondió con un grito, escondiéndose detrás de Nadia.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Nadia no pudo hacer más que cerrar los ojos.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Alejandra, apartándose lentamente de Nadia, a quien usaba como escudo humano.

Se giró para buscar respuesta alguna en la mirada de Nadia quien sólo respondió al choque con una inspiración fuerte y un latido agitado del corazón. Sus sentidos estaban sensibles en ese momento, para ella todo parecía exagerado. Pasado un rato, se escucharon los disparos. De inmediato, Alejandra dejó escapar unos gritos de sorpresa, evidenciando su posición y demostrándole a John que ahí estaba ella. Por otro lado, la señorita Nadia sólo se agitó un poco más, dado el caso.

Trató de correr de nuevo a las espaldas de Nadia cuando la puerta que los separaba fue tumbada de golpe. John no medio en palabras, sondeó el lugar y miró alrededor. Lo primero que detalló fue a Nadia, guindando del techo semi desnuda con las manos extendidas, la cabeza baja, sin cabello y evidentes golpes en todo el cuerpo. Tenía el arma en mano, pero no a la vista de las mujeres.

—John, mi vida ¿cómo me encontraste? —preguntó Alejandra, actuando con tal naturalidad que a John le procuró asco.

En lo que escuchó su nombre, un palpito se diferencio de los demás que estaba teniendo por el terror. Se trataba de John quien había ido a rescatarla, sino ¿por qué más habría de estar ahí? Él detalló que Alejandra estaba cubierta en sangre, vio la mesa con las cosas que usó para torturar a Nadia y de inmediato evaluó la situación: no valía el esfuerzo.

—Estuve esperándote, yo... —trató de decir Alejandra, antes de que su antiguo amante arremetiera contra ella.

Con un solo movimiento de su mano levantó el arma, se puso en posición y apretó el gatillo. Esta vez no había sido el peón quien dio la orden, sino el rey que hizo la movida ganadora. Con un solo disparo acabó con la vida de Alejandra, sin preguntarle, sin confrontarla. Según su sentido de la justicia, los parásitos no merecían ser tomados en cuenta y mucho menos uno que le había hecho daño al amor de su vida.

—Te dije que no te quería volver a ver —dijo, dirigiéndose al cuerpo sin vida de Alejandra.

Nadia respondió a aquel disparo con sorpresa y un alivio que no esperaba sentir desde hace semanas (tomando en cuenta su noción del tiempo). John se guardó el arma en el pantalón introduciendo el cañón y dejando la empuñadura afuera. Pasó por encima de Alejandra sin ningún problema, sin darle importancia a la pelirroja loca y se lazó en contra de su amada. Levantó las manos y la liberó de sus ataduras.

—Nadia, Nadia —dijo John— ¿estás bien? Amor ¿estás bien?

Nadia no sabía qué decir, estaba entre adolorida y extasiada por el hecho de volverlo a ver.

—Todo está bien, ¿qué te hizo? ¿qué te duele? —preguntó John.

Con un rápido vistazo, John revisó cada una de sus lesiones, evaluando lo que le había sucedido, entendiéndolo porque él mismo había torturado alguna vez en su vida. Entre furioso y avergonzado, se lamentó al saber que algo como lo que el solía hacer pudo haber sido puesto en practica en Nadia.

—John —dijo Nadia, con las pocas fuerzas que le quedaban— tu esposa está loca —tratando

de hacer una broma, pero muy débil para hacerlo sonar bien.

John no comprendió al instante lo que quiso decir, hasta que vio a Alejandra de nuevo en el suelo y supuso que eso era lo que ella le había dicho.

—Ella no es nadie —aseveró John— nunca fue mi esposa ni nada para mi.

A pesar que no era del todo cierto, ya no importaba. Alejandra, en menos de veinticuatro horas, se había ganado su odio completo; por desgracia, ella no lo supo, pero, para él, lo bueno era que no iba a vivir para recordarlo.

John cubrió a Nadia con su saco y la cogió entre sus brazos como pudo para no lastimarla demasiado y llevarla fuera de aquel lugar. Sus hombres estaban esperando en la calle; habían llegado minutos después que él tras las indicaciones del chico que llamó a John.

—Señor... —trató de decir Diego.

Ambos esbirros miraron el cuerpo golpeado de Nadia entre los brazos de su jefe, completamente preocupados.

—Abre la puta puerta —vociferó John— necesitamos ir al hospital.

Diego se devolvió a hacer lo que su jefe le había ordenado e introdujeron con cuidado a Nadia en los asientos de atrás.

—Quédate tú y saca mi coche de aquí —le dijo a Arturo— Diego, tú ven conmigo, tú conducirás.

Diego abordó rápidamente el coche y cogieron marcha hasta el hospital más cercano.

—Todo va a estar bien —dijo John a Nadia, mientras sostenía su cabeza sobre sus piernas y acariciaba su cuero cabelludo— por favor no me dejes.

Nadia miraba a John cómo podía, pensando que la peor parte de sus últimos días había terminado. No esperaba para nada que la rescatasen, ni mucho menos que el amor de su vida embistiera en el lugar con todas sus fuerzas y se deshiciera de sus agresores sin siquiera pensarlo. Definitivamente no era un hombre cualquiera, ni mucho menos uno bueno.

Con la vista borrosa y completamente adolorida, trató de embozar una sonrisa que exteriorizara su felicidad. Se sentía a gusto, a salvo por fin mientras que John le acariciaba el lugar en donde su cabello solía estar y le inspeccionaba el cuerpo en búsqueda de más heridas.

—Vas a estar bien, ya todo acabó.

Nadia quería decirle que no llorase, que ya estaba con él y que eso era lo mejor que podía sucederle. Sus lagrimas aterrizaban sobre su piel, confundándose con su sudor y parte de su sangre. Quería abrazarlo, decirle que le quería, pero no tenía fuerzas ni siquiera para hablar.

Poco a poco iba desvaneciéndose, de la misma forma en que lo hizo durante horas con Alejandra. Le faltaban las fuerzas, le faltaban las energías necesarias para mantenerse activa pero ya no necesitaba estar consiente. John estaba ahí para cuidarla y, a pesar de no saber qué había hecho para encontrarla, estaba segura que un hombre cómo él había puesto el mundo de cabezas para dar con su paradero.

Así que, de esa forma, se dejó entregar a la tranquilidad que le confería el sueño, para quedarse en aquel lugar, sintiéndose amada. Tal vez no la cuidó muy bien y eso le llevó a esa terrible experiencia, pero, definitivamente supo compensarlo.

—No te volveré a dejar sola, —dijo John, entre lagrimas— no dejaré que esto te suceda de nuevo. Discúlpame por favor, discúlpame.

Le dolía el cuerpo para respirar, los ojos para mantenerlos abiertos y la garganta para decirle lo que pensaba, pero, a pesar de ello, sin siquiera decirlo, pensó que estaba diciéndole lo más profundo y real que pudo haberle dicho jamás.

—John, yo te amo —pensó en decir. Sintiendo que lo había dicho en serio.

Y, lentamente, Nadia fue cerrando los ojos, mientras escuchaba la voz de su amado, a la espera de un nuevo día, sabiendo que todo iba a estar mejor, que no le faltaría más nada y que nada llegaría a amenazarla de nuevo porque, su hombre de moral cuestionable, no lo permitiría.

John estaba seguro que dejaría ese maldito mundo atrás, convencido de que fue esa misma realidad lo que lo puso en peligro a su amada. ¿Qué más iba a ser? Ya nada le importaba, lo único que merecía la pena era mantener a Nadia segura, con vida y feliz. Y él, completamente entregado a su palabra, se iba a encargar de darle todo lo que necesitaba hasta el final de sus días.

Virgen

1

En el libro terminado de Adam se podía leer:

El momento en que la palma de su mano atezó mi rostro luego de que entré a la cafetería que se había convertido en nuestro punto de encuentro, no pude pensar en otra cosa más que en lo obvio.

Se enteró, me dije; lo más probable, lo único que explicaba todo eso, era que se hubiera enterado acerca de lo único que no le estaba ocultando, pero, que sí había decidido no mencionarle. En ese instante supe que evadir y ocultar era básicamente lo mismo, claro, ¿Secreto?, que ella no lo supiera, era otra cosa.

Recuerdo con exactitud lo que me dijo:

—¡Maldito mentiroso! —gritó, haciendo que todos los que estaban en aquella cafetería a esa hora volteasen a vernos.

—¿Qué pasó? —pregunté como un idiota.

Había sido un desastre, la verdad, no me esperaba que nada de eso sucediera ni mucho menos de esa forma. Había pensado que tal vez en algún momento de nuestra relación, ella se enteraría y yo tendría que explicarle todo, el problema fue que no pude explicarle nada, en lo absoluto. Cada vez que intentaba abrir mi boca para defenderme, de inmediato, comenzaba a gritar más y más.

—¿Cómo pudiste mentirme de esa forma? —me dijo.

Yo no le había mentido, pero, en ese momento, para ella, no existía ninguna diferencia.

También recuerdo que el hombre que trabajaba con ella trató de apartarla de mí, pero, como si estuviera intentando coger partido en la discusión, me pidió que me marchase. Claramente yo era el malo; yo estaba incordiándolos a todos y, como si fuera poco, no tenía más opción que irme de aquel lugar. Así fue como ella reaccionó la primera vez y como, hasta el sol de hoy, sigo diciendo que fue una respuesta exagerada.

No tenía más opción que irme y suponer que algo desagradable había sucedido. Pero ¡Es que todo marchaba tan bien! ¿Cómo se supone que debía esperar a que eso pasara? El encuentro que tuvimos ese mismo fin de semana, las charlas, los momentos juntos... no había nada que pudiera justificar su enojo, más que todo, cuando yo no se lo estaba ocultando.

Tiempo después, durante mis días de soledad tras mi excomulgación de su afecto, la verdad, creo que todo sucedió de esa forma debido a que no había sido yo quien se lo dijo.

Tal vez, ella esperaba que se lo mencionara, tal vez (pensé acariciándome con cuidado la parte en la que proyectó el golpe) y por eso, solamente por eso, había hecho lo que hizo.

Luego de irme del lugar, todo parecía borroso: el café, lo que hacía, incluso mi motivación. Ella se había convertido en mi inspiración a la hora de escribir... ¡Demonios! Se había convertido en mis ganas de vivir y, por desgracia, en tan solo unos segundos, la perdí por completo.

Traté de darme la vuelta para mirarla, buscando sus ojos y confesarle todo (cuando confesar suena como algo súper importante de decir; este no era el caso, en lo absoluto, lo que sucede es que estaba pintado de esa forma), y, por alguna extraña razón, pedirle disculpas.

Pero ella estaba de espaldas, llorando en el hombro del hombre que la había apartado de mí.

Él tuvo que haberle dicho algo, pensé al momento. Intenté devolverme y confrontarlo hasta

que entendí que eso solamente complicaría más las cosas.

La negación, la frustración y la depresión... hicieron una fila a mi espalda para darme una palmada en el hombro. No había nada que pudiera hacer ni existía algo que mejorase mi situación.

Durante semanas viví deprimido y solo. Me había acostumbrado a hablar con ella, a depender de su atención y a sentirme inspirado, minutos después que dejábamos de conversar. Me sentía ridículo y, por primera vez, estaba arrepentido de lo que había hecho para ganarme la vida.

Intenté escribirle, pero dejó de contestar mis mensajes, supongo que tenía miedo de mí, de lo que hacía, de lo que era y de lo que podía hacer.

No importaba que hubiera sido hace mucho tiempo, no a ella. Así que me tocó adaptarme; adaptarme a la idea de que debía seguir con mi vida de hombre rico que disfruta cada segundo de su vida como si no hubiera mañana. Una forma muy triste de existir cuando se está sin ella.

Es curioso como todo se arruinó en cuestión de segundos.

Yo digo que es culpa de esa necesidad mía de querer ser escritor. Ahora que lo pienso: ¿Será que todas las personas que han llegado a cualquier cima, que se sumergen a un estilo de vida, sienten la necesidad de contarle su historia a los menos afortunados, a los que siguen viviendo una existencia monótona y normal?

Creo que fui víctima de un capricho alimentado por mi vanidad. Ahora, sin inspiración ni mi musa, todo perdía sentido.

Estar con Carol había sido lo mejor que me había sucedido; un universo distinto, el amor de mi vida. Luego de eso, me había quedado sin nada.

Mi plan no era solo hacerla mía; alguien tan especial como ella no me podía pertenecer. Creo que lo entendí mejor que nunca ese día en que su mano azotó mi rostro con firmeza: que el no estar juntos para toda la vida era inevitable.

Supongo que este sueño alguna vez tenía que terminar. Y mientras caminaba lejos de aquel café, veía el final muy cerca.

2

Tiempo antes de aquel acontecimiento, mientras que aún no tenía nada escrito; el blanco de aquel documento en la pantalla del computador le acechaba como un depredador hambriento, causándole así, cierta ansiedad que lo obligaba a levantar el vaso que tenía cerca de la mano derecha; ya iba por el segundo café de aquella mañana y todavía no conseguía encontrar las primeras tres palabras que marcarían el inicio de su novela.

—Érase una vez —en situaciones como esas, un cliché era lo mejor que podría usar.

Las palabras dichas se perdieron en el fondo de aquel vaso de cartón que contenía lo que restaba de su café, demostrando lo fútil que podrían ser cuando eran dichas fuera de contexto y al no entender muy bien de que iban.

—Ahora sí —advirtió, depositando el café en la mesa y colocando sus manos sobre el teclado como el método Qwerty lo indicaba.

Comenzó a teclear lentamente porque aún no se acostumbraba a escribir sin tener que darles a las teclas con tan solo tres de sus diez dedos.

—Estaba sobre ella cuando me di cuenta que...

Se detuvo.

—No —negó con la cabeza al mismo tiempo que susurraba sus pensamientos, para luego releer lo que había escrito.

Eran solamente ocho palabras, pero no le satisfacían en lo absoluto.

—Así no —puso una coma al final de aquella oración para intentar embellecerla— no se ve bien.

No suena bien, pensó; no la sentía como la línea matadora con la que conseguiría empezar su más grande obra literaria.

La leyó de nuevo dispuesto a mejorarla, aun convencido de que podía ser la frase correcta. No pestañeó; todavía tenía las manos en el teclado, inmóvil, contrario a su naturaleza poco intelectual; no era tonto, pero tampoco es que fuese un hombre letrado.

Estaba inmóvil no porqué estuviera evaluando el sentido de sus propias palabras, todavía no se destruía a sí mismo con críticas constructivas de su trabajo, sino porque creía que lo que le faltaba a esa oración era una palabra más.

Así se mantuvo por varios segundos hasta que se decidió a borrarlo todo. Dejó caer los hombros y la cabeza, completamente decepcionado de su décimo intento de empezar a escribir en lo que iba de día.

Poco a poco las cosas comenzaban a estrellarse contra un muro invisible.

Adam estaba sentado en el medio de una cafetería, frustrado porque la inspiración no tocaba a su puerta, pero ¿Por qué? Se preguntaba constantemente, si bien sabía él lo que iba a narrar, si se supone que se trata de ¡Su propia vida! ¿Qué tanta inspiración necesitaba para hacer algo que ya había vivido? La página en blanco de aquel documento que siempre cerraba sin guardar le continuaba asechando sin reparar en su sentido común. Atentaba contra su buen juicio, haciéndole cuestionándose si en verdad había sido buena idea decidirse a escribir su vida él mismo.

—¿Necesita algo señor? —Se le acercó el único mesonero que parecía trabajar en aquella cafetería— ¿Desea otro café?

Con un resoplido, Adam levantó la mirada para ver a la persona que, inoportunamente, se

había decidido a interrumpir su actual frustración.

—¿Qué? —inquirió, juzgando al chico con la mirada a pesar de haber escuchado claramente lo que le había dicho.

Adam miró a su alrededor buscando a otras personas, cuestionándose si él era la única alma en pena a la que necesitaban molestar en ese preciso momento. Miró de nuevo la pantalla de su portátil sospechando que la misma tenía algo que ver en que aquel chico se le acercara y volvió a fijarse en él como si estuviera honrando los buenos modales al hablar.

—Que, si quiere otro café, señor —El chico estaba acostumbrado a las respuestas cortantes de muchas personas, una más no le haría daño.

Miró el vaso de Adam, ansioso por escuchar una respuesta.

Aquel café no era muy grande, pero parecía el indicado para cumplir con su cometido, aparte de que estaba cerca de su enorme casa a la que no le faltaba ningún lujo costoso o necesario, por lo que, si necesitaba algo, simplemente caminaba unas cuantas calles y llegaba a su hogar. El que aquel mesonero le estuviera preguntando si quería algo, era un poco ofensivo. Evidentemente quería algo, pero no era precisamente un café.

Tras la insistencia del chico en recoger el café, Adam bajó la mirada y notó dos cosas: la primera era que ya había pedido dos cafés en las últimas dos horas y que en cualquier momento comenzaría a querer ir al baño y, que aún tenía suficiente líquido en su actual vaso como para pedir otro.

—No, gracias, estoy bien —le regaló una sonrisa forzada por compromiso, hipócritamente diciéndole al chico que todo andaba de maravilla.

—Vale —el chico hizo caso omiso al desagradable gesto de Adam— si necesita algo, no dude en hacérmelo saber.

Adam sonrió de nuevo en una falsa cortesía y asintió con la cabeza, esperando que eso fuera suficiente para que el mesonero se marchara. Como se lo esperaba, el chico dejó la mesa, seguro de que aquel hombre le era familiar, pero ignorando de dónde.

El mesonero, (quien realmente era el gerente) encargado de aquel café, llevaba semanas viéndolo llegar a ese lugar a sentarse exactamente en esa mesa (entre la número 3 y la 7) con su computador portátil a escribir quién sabe qué, a pedir un café grande y a disfrutar de los servicios del lugar por horas.

A causa de eso, el verlo por tanto tiempo, durante tantos días, le obligó a relacionarlo con otra cosa; con algo que ya había visto casi con la misma frecuencia con la que había estado viéndolo llegar a ese local.

—No es nada —sacudió su cabeza seguro de que eran cosas suyas y siguió alejándose de la mesa a atender a la persona que estaba entrando en el lugar.

A Adam no le gustaba mucho el resto de la sociedad, no quería socializar con nadie con quien no fuera estrictamente necesario hacerlo y mucho menos mientras estaba tratando de enfocarse en su biografía, con la que seguro conseguiría la atención que estaba buscando luego del retiro.

No sabía exactamente qué hacer, ni que se necesitaba para escribir un best-seller, pero en contra todo pronóstico, se decidió a ir a ese lugar a intentar hacerlo, porque en las cafeterías siempre había personas con computadores portátiles.

—Me voy a una cafetería a escribir, porque eso es lo que los escritores hacen.

Pero durante semanas no había hecho más que usar el wifi gratis del local y comprar cafés grandes durante horas. La frustración, propia de un escritor promedio, le atormentaba como el tercermundismo atormenta a un país poco desarrollado.

Miró de nuevo a su alrededor antes de entrar otra vez en su papel de artista incomprendido y

sacudió su cabeza seguro de que: si hacía eso, en vez de causarse una contusión por movimientos bruscos, borraría de ésta, ciertas ideas no lo dejaban concentrarse en sus asuntos.

—Ahora sí —incrédulo, volvió a colocar las manos sobre el teclado de su computador portátil, para quedarse viendo a la pantalla tratando de encontrar las palabras en una hoja en blanco.

En lo más interno de su ser, sabía que no tenía lo necesario, pero, su necia persistencia era más grande que su sentido común.

Por otro lado, mientras que Adam luchaba con su falta de creatividad, el chico, llamado Arturo, que había interrumpido su momento de frustración, se acercó a la puerta para recibir a quien había ingresado en el humilde local.

—Buenos días —el chico cogió la carta de diez por treinta centímetros que tenía sobre el recibidor— ¿En qué la puedo ayudar? —y habló dibujando una sonrisa en su rostro suponiendo que se trataba de una cliente.

La chica que entro en la cafetería cogiendo la correa de su mochila (la cual llevaba en un solo hombro) con ambas manos, aferrándose a ella para no tartamudear, tenía otra cosa en mente.

—Vengo por el empleo —se dio la vuelta rápidamente y señaló el letrero que estaba sujeto a la vitrina de la tienda, para luego regresar y mirar de frente al chico.

El chico borró su sonrisa del rostro al saber que no tenía que ser amable con la clientela porque, evidentemente, no había clientes nuevos. No solía hacerlo tan descaradamente con las personas que llegaban para pedir los servicios del café, pero, en esta ocasión de situación extrema, se dejó llevar.

No le importaba mucho lo que vestía ya que eran una simple una franela, unos jeans un poco desgastados, una pequeña pero atractiva cazadora vaquera que se ajustaba a su silueta delicada y sus zapatillas desgastadas- Mientras la veía, pudo notar que sus manos estaban perfectamente cuidadas lo que le hizo imaginar las incontables veces que podría quemarse sirviendo un café o cualquier otra lesión que resultara de la actividad de trabajar ahí.

De todos modos, lo más probable era que la iba a contratar si cumplía con su única petición.

Para él era una chica más, no una cliente a la que tenía que pretender no estar sondeando. Continuó escrutando su cuerpo, comenzando desde el largo de su cabello que llegaba hasta donde comenzaban sus caderas, hasta el desgastado de sus zapatillas. Estaba temblando, tal vez por el frío que hacía afuera, propio de la temporada de invierno, o por cualquier otra cosa. El caso era que la chica, en sí, era llamativa.

Su rostro le pareció atractivo, no había que ser un genio para descifrar eso; evidentemente era hermosa.

Su mirada, no lasciva pero sí penetrante, hizo sentir incomoda a la chica que solicitaba el empleo. No estaba segura de la naturaleza de su persona, pero, era obvio que le causaba un poco de molestia.

Sin embargo, no apartaba sus ojos de él porque le habían dicho una vez que la seguridad se transmitía de esa forma: con la mirada, aunque ¿Por qué la estará viendo así? A pesar de ignorar que él no era malo, el beneficio de la duda no era suficiente para justificar la mirada salvaje con la que él la escrutaba.

Y continuaba viéndola, de la forma en que se ve a alguien cuando se le juzga de manera inmediata, se evalúa cada detalle de su cuerpo, de su vestimenta, incluso la forma en la que se mantiene de pie.

—¿Segura? —Sabía que no era un buen trabajo para alguien que parece que conseguiría cualquier cosa con tan solo sonreír.

Se dice que la necesidad es la base de los principios, y eso es precisamente lo que la había llevado hasta allá. La chica, llamada Carolina, estaba convencida que no había otra cosa más por hacer.

Lo había intentado todo, había tomado, virtualmente, en cuenta y puesto en práctica, toda posible contingencia, ido a cada lugar que pudieran emplearla, escuchado todo consejo, advertido cada catástrofe y salido adelante; todo, y cada una de esas cosas, para evitar trabajar como mesera.

Había visto ese letrero días antes, pero no se había atrevido a siquiera contactar al gerente porque no se había rendido aún en su búsqueda de ser una mujer exitosa.

—Ya te dije, nunca seré mesera —recordó decirle a su madre.

Una escena en que las dos discutieron si aquel lugar la iba a llevar a algún lado o no, y si en realidad era buena idea.

—O hacer eso o quedarte aquí en casa perdiendo el tiempo, —dijo su madre— tú decides. Pero yo no te voy seguir dando dinero.

Inconforme con los resultados, se vio en la obligación de hacer algo al respecto, y fue así, como la fortuna y las circunstancias la llevaron a hacer lo que menos quería.

—Estoy segura —asintió con la cabeza, en un despliegue de nerviosismo y seguridad que no eran propios de ella.

—Entonces acompáñame.

Arturo se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a esa parte del local la cual se dividía por un letrero en el que se leía: solo personal autorizado. Carolina le siguió, aun sujetando la correa de su mochila con ambas manos, obedientemente, considerando que ni en sus más locas fantasías terminaría trabajando como mesera, y mucho menos, que podría ver qué había detrás de la puerta que separaba al cliente del trabajador.

—Es un lugar pequeño —Arturo tenía la obligación de darle el tour guiado a la chica nueva a quien, ya sabía que iba a contratar— no es mucho.

Detrás de aquella puerta solo estaba la parte de la cafetería en donde se preparaba todo. Una cocina sencilla con neveras, hornillas, hornos a gas y un horno microondas que parecía necesitar la mano cariñosa de alguien que supiera como arreglarlo.

En aquel lugar, a penas y había una chica con un delantal blanco y un gorro en la cabeza, dejando en claro que era ella quien cocinaba la comida. Estaba concentrada en su trabajo y no prestó atención a las dos personas que atravesaron el espacio que comprendía la cocina.

Por un momento creyó que eso era todo, pero el chico que la recibió seguía caminando.

—Aquí es donde se preparan los desayunos y los dulces y panecillos que servimos junto con el café —hizo una pausa y se detuvo— esta y aquella —señaló la puerta por la que entraron y la que daba hacia donde se servían las cosas y el mostrador— son las dos puertas que dan a la cocina. Como podrás ver, esto es todo lo que tenemos para trabajar. Afuera están las cafeteras en donde se hace el café, la máquina de helados y la de gaseosas.

Atravesó la cocina más rápido de lo que esperaba Carolina y cruzo un umbral que precedía a una escalera estrecha en un pasillo en ascenso. Le dio la impresión de que se trataba de las escaleras que daban a un ático.

— Y aquí es en donde puedes dejar tus cosas —Arturo señaló el resto del lugar que comprendía varios casilleros de los cuales solo cuatro estaban ocupados, una mesa con cinco sillas y una puerta con un letrero que decía: baño.

Arturo apuntó a la puerta.

—Ese es el baño de los empleados, si quieres ir, no tienes que usar el que tenemos afuera, pero si es muy necesario, nada te detiene.

—Está bien.

Las cosas estaban yendo un poco rápido para ella. A penas había entrado al lugar y no sentía que le fueran a hacer una entrevista.

—Puedes empezar de una vez, usa uno de los casilleros, me avisas y te daré la única copia. No puedes perderla y...

Definitivamente todo estaba marchando muy rápido para que ella pudiera procesarlo. ¿Qué significaba todo eso? ¿Qué ya la habían contratado? ¿No le harían una entrevista? ¿Qué es todo eso?

—Ya va —sintió que debía interrumpir para responder a sus recientes dudas.

Carolina no era una mujer de nervios delicados, insegura ni nada por el estilo; supuso que se sentía así en ese momento a causa de lo complicado que era para ella aceptar la situación, lo que significaba ser mesera, el saber que, por cómo estaban yendo las cosas, su madre tenía razón.

Pero no era solo eso, ¿Qué si era tan simple así? No, Carol no sabía qué actitud tomar, ignoraba cual era la adecuada y qué podría hacer en esos momentos en los que uno se rendía ante la vida.

Pero, aquel repentino tour fue su boleto de regreso a la realidad, a la Carolina de la que ella estaba orgullosa.

—¿Qué intentas decir con eso?

Dejo de verse como una mujer insegura. Se irguió, cambió su semblante y el tono de su voz.

—¿Qué pasó con la entrevista?

—¿Cuál entrevista? —Arturo se dio cuenta de que la chica no había entendido el mensaje— No hay entrevista, no tengo que hacerte una entrevista para saber si eres buena entregando cafés o las ordenes de los clientes. No es una ciencia.

—Pero ser mesonera, las reglas, lo que se debe hacer lo que... —Carolina sabía lo que implicaba el trabajo; antes de aventurarse a su rendición ante la vida, había hecho algunas investigaciones.

—No serás mesonera de un restaurante famoso, esto es un café familiar, no hay mucho que hacer —Arturo le sonrió con cierta despreocupación, dejando una impresión de indiferencia ante el trabajo— solamente debes sonreír, conocer de memoria los precios de los pedidos y no ser grosera con los clientes. Eso es todo.

¿Qué podía decir? Carolina trató de evaluar todas las posibles respuestas que podría dar a las palabras de Arturo, pero no dio con ninguna. Si lo decía de esa forma, sí que parecía algo sencillo de hacer, pero, a pesar de eso, le parecía algo demasiado fácil.

—Esperaba que me hicieras una prueba o algo.

—No es una franquicia importante, a penas y podemos sostenernos con lo que servimos — Arturo levantó los hombros, haciendo énfasis en la falta de espíritu laboral de sus palabras— No es el mejor café de la ciudad, tampoco es como que seamos muy famosos. Por ahora, creo que con lo que te acabo de decir estás más que bien.

Carolina intentó abrir sus fauces para dejar escapar una idea elocuente que pudiera discutir contra su punto, pero sabía que no había caso, que él tenía razón.

—¿Quieres empezar hoy? —Arturo le miró insistente. No tenía ánimos de esperar a algún millennial que quisiera el trabajo. Lo que le hizo pensar rápidamente en algo— ¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Veintiocho.

Eso fue suficiente para él.

—Perfecto entonces. Empiezas cuando tú quieras.

Arturo le pasó por un lado a Carolina, con la intención de dejarla sola para que tomara una

decisión. Ella, por su parte, estaba cuestionándose si en realidad quería empezar ese mismo día y comenzar de una vez o darse una última oportunidad como una mujer libre.

Ya en la cocina, aun en el campo visual de Carol, se detuvo en seco y recordó algo muy importante, no le había dicho su nombre.

—Me llamo Arturo, por cierto; soy el gerente del lugar.

Carolina interrumpió sus pensamientos por unos segundos para responder.

—Me llamo Carolina —sonrió— pero puedes decirme Carol.

—Mucho gusto, Carol, espero que comiences a trabajar pronto.

—Igual yo —respondió por pura cortesía realmente no quería empezar todavía.

Arturo dejó el lugar para seguir atendiendo a las personas que estaban llegando y las que ya estaban ahí. En lo que salió, se encontró con que Adam tenía la mano levantada haciéndola temblar para que alguien lo atendiese.

—Ya voy, señor —le continuaba pareciendo familiar, la intriga le estaba atormentando.

En el área de descanso de los trabajadores, Carol seguía de pie pensando al respecto. Miró a su alrededor, evaluando el lugar para saber si en verdad valía la pena, si en realidad debía empezar de una vez o hacerlo al día siguiente.

¿Qué puedo perder? Pensó. No había más nada que hacer ese día, luego de decir que venía buscando ocupar el puesto de mesera, no sabía que más hacer, no esperaba ser contratada ni mucho menos que fuese tan sencillo.

—¿Y si empiezo mañana? —se preguntó en voz alta, ignorando que alguien podría escucharla.

Pero era una mujer impaciente, no querría prolongar lo inevitable, solamente lograría hacer de la espera un símbolo de su eterna agonía. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Decir que no?

Entre elegir si empezar de una vez o al día siguiente, estaba también presente la posibilidad de negarse, de decir que no quería trabajar ahí, que todo había sido una equivocación y que no era de su agrado el trabajo de mesonera. Pero, necesitaba el dinero. La vida en la sociedad resulta costosa, si no era muy exigente, el trabajo remunerado era su única opción.

—Que tedio —se dejó caer sobre una de las sillas que estaban ordenado la mesa.

Por otro lado, si aceptaba, estaría dándole la razón a su mamá y eso significaría perder la conversación que, hasta donde ella sabía, aún era un tema relevante sin conclusión. Todo era un tema trascendental exagerado por pensamientos absurdos. ¿Habré nacido en la época correcta? Se preguntó al azar. Se estaba comportando como esos chicos que creen que pueden tenerlo todo solamente deseándolo y llorando por ello.

Empezó a sentirse como una tonta por estar dándole vueltas al asunto. Una mujer adulta de su edad no estaba en posición para dejar pasar las oportunidades ¿Quién sabe? Hasta podría conseguir lo que buscaba en ese lugar.

De repente, dejó escapar un resoplido de hastío y vergüenza.

—Ay, comienzo a sonar como mi mamá.

Y, de esa forma, la decisión ya había sido tomada, comenzaría a trabajar de una vez.

3

Cuando aún le quedaba café en el vaso, Adam continuaba viendo el vacío de la hoja en blanco, tratando de descifrar qué podría gustarle al público al que le escribiría. Estaba seguro que la vida de un actor porno podría ser llamativa para cualquiera, porque, es decir ¿A cuántas personas no le gusta el sexo? Hasta donde él entendía ¡La biografía sería un éxito rotundo! No cabía duda, en lo absoluto, de que iba a vender cientos de miles de copias de un libro que cuenta su vida.

Eso era lo que le motivaba toda las noches y cada mañana antes de vestirse para ir hasta el café en donde se había consagrado, día tras días en las últimas semanas, para escribir: la maravillosa sensación de que esa novela sería su Magnum Opus.

Y Adam no lo hacía por la fama, no, eso no era lo que le motivaba, y, mucho menos algo que le diera sentido a su vida; como actor porno, se acostumbró a otro tipo de reconocimiento más atractivo que consistía en las miradas furtivas de sus seguidores, el: «usted me es familiar» que usaban muchos para referirse al hecho de que sí lo conocían; saludos sutiles con un simple movimiento de cabeza porque no iban divulgar de dónde ni cómo llegaron a conocerlo.

Claro, no faltaba el que sí le saludaba y estrechaba la mano, quien le reconocía de entre la multitud y gritaba su nombre en un tono jocoso, felicitándolo por sus grandes hazañas.

«El hombre que folló con cientos de mujeres atractivas» «El de la profesión perfecta»

Títulos que nadie le había dicho en persona, pero que, en silencio, todos le otorgaban y eso le daba dos realidades. El resto de la sociedad dividía su crítica ante su trabajo de dos formas. La primera mitad pensaba que su trabajo era algo indigno, que el tener sexo por dinero era prácticamente prostituirse con el bono adicional de ser grabado. Mientras que la otra mitad lo reconocían como un logro, como algo que solamente los valientes podían hacer.

Aunque, su realidad, era una cara, de dos, de una misma moneda. Casi de la misma forma en que muchos evadían el asunto de haber visto una película porno, descargado ilegalmente un video de unas cuantas personas follando; estaban también aquellos que no tenían problema alguno con acercarse a él.

Tanto mujeres como hombres estaban conscientes de su nombre, de su trabajo y de su participación en la industria. Su cara era fácilmente reconocible si alguna vez habías visto algún video caliente por la web.

Adam era un actor porno promedio: de cuerpo elegantemente cincelado con cada músculo fibrosamente marcado porque «[...] para ser actor porno se debe tener un buen cuerpo, tal vez baste un pene grade, pero, vivimos en un mundo visual y, las apariencias, cuando se trabaja desnudo, lo son todo» Escribió en una de las hojas de su libro (luego de pasar la crisis de no saber qué escribir).

De rostro era atractivo, con un par de ojos claros que profundizaban su mirada y mejoraban cualquier expresión en su rostro. Su pene, por su parte, no era precisamente pequeño, el miembro que ostentaba cierta cantidad de centímetros en aquella industria, era valorado por su atractivo visual «[...] más era lo que se quejaban por el dolor que por lo bien que las hacía sentir; en esta industria aprendí de la anatomía de una mujer, y, honestamente, no se necesita un gran pene para dar grandes orgasmos.» Agregó en su novela.

Las personas que lo reconocían, solían mal interpretar el contexto de la realidad; «[...] los actores porno no se comportan como en sus películas o videos, no andan follando en cada esquina

que pueden ni a todo lo que se mueve [...]» Muchas eran las veces que recibía invitaciones a encuentros nada normales que se veía en la obligación de rechazar o ignorar; a veces eran conversaciones incómodas, encuentros desagradables, incluso insinuaciones de todo tipo que le hacían reconsiderar el trabajo.

Pero, lejos de ser un empleo detestable, como todo, tenía sus altibajos, por lo que, aprendió a llevarse bien con ello. Aunque, a pesar de haberse acostumbrado, Adam no estaba satisfecho.

Desde joven siempre había querido hacer algo que fuera considerado artístico, y, era ese «arte» lo que pretendía conseguir con esa biografía. Quería formar parte de algo que trascendiera. No es como que despreciara el trabajo como actor porno, sino que...

—Debería hacer algo más con mi vida —Apartó las manos del teclado.

Adam no era bueno dibujando, no era un músico talentoso, mucho menos cantante, escultor, actor respetado, cocineros de esos que hacen platos espectaculares, ni cualquier otra figura artística, por lo que, dentro de todas las disciplinas que conocía, la que le quedaba mejor era la escritura. Para él, dentro de lo que sabía, pensaba que era sencillo ser escritor, hasta que se detuvo ante el computador portátil y una hoja en blanco.

Adam continuaba pensando que su vida era un enigma interesante, algo que se podría contar por sí solo si lograba encontrar las palabras adecuadas para empezarlo. No era porque supiera que había cientos de miles de maneras de comenzar su historia; solamente ignoraba por dónde empezar. Para él, todo se veía como una pregunta confusa, como algo que no lograba encontrar en los espacios de su imaginación.

¿Qué necesitaba para ser escritor?

Antes de responderse él mismo, acercó la mano derecha al vaso de café que tenía a unos cuantos centímetros de esta para cogerlo y ahogar su frustración en un sorbo de aquel líquido marrón. El peso del recipiente de cartón había disminuido considerablemente, señal de que se había acabado.

—Mierda —resopló— ¿Quién se tomó mi café?

Estaba tan concentrado en sus propios pensamientos que había olvidado los últimos tragos que le dio a aquel vaso, sintiéndose incompleto, de que no lo había terminado en verdad. Insatisfecho, levantó la mano y comenzó a sacudirla esperando a que el joven que se había acercado apareciera de nuevo.

Arturo había salido de la cocina para continuar con el oficio de atender personas. Estaba un poco más aliviado ahora que no tendría que acercarse a los clientes que estaban sentados para atenderlos porque, la chica nueva se encargaría de eso por él. Pero, hasta que ella no decidiera si trabajaría o no en el café, le tocaba cubrirla mientras tanto.

Justo en ese momento, se encontró con que, aquel extraño hombre con el que se sentía tan familiarizado, estaba llamando para que lo atendieran. Era normal en aquel tipo de establecimientos que las personas levantaran las manos para hacerse notar con los del servicio. Era algo inconfundible, algo que solamente se hacía para eso: ven que necesito de ti.

Arturo lo veía como una forma degradante de llamar a las personas, algo que no toleraba y de lo que se había librado en el momento en que se hizo gerente, sin embargo, ahí estaba, viendo cómo Adam le llamaba.

Adam continuó sacudiendo su mano hasta que el chico que se había acercado a él minutos atrás se aproximara de nuevo a atender su petición.

—¿En qué lo puedo ayudar, señor?

Adam abrió la tapa de su café para ver el fondo vacío de su vaso. Lo escrutó como si estuviera buscando oro al fondo del río y luego levantó la mirada para fijarse en Arturo.

—Se acabó.

Arturo veía a Adam con cierto desdén. ¿Qué esperaba que hiciera con eso? En su mente, aquella escena era similar a esas veces en las que sus amigos se embriagaban demasiado y comenzaban a resaltar cosas obvias o a decir barbaridades sin sentido. Se sentía así con él, a pesar de no saberlo, debido a esa sensación de conocerlo de otro lado. Tal vez lo había visto en el subterráneo, en el mercado... la ciudad era pequeña cuando se trataba de coincidencias.

Incluso, pensándolo un poco, podría ser que estaba acostumbrado a verlo todos los días de las últimas semanas y por eso piensa que lo ha visto en otro lado.

—¿En qué lo puedo ayudar? —no quería decir las palabras por él. El cliente debía hablar con respeto ante el personal que le servía.

Adam aclaró su garganta, entrando en sí y dejando las tonterías de lado.

—Este, sí —vaciló— quiero otro café, por favor.

Levantó el vaso y bajó la mirada hacia su computador portátil como si estuviera haciendo algo importante. Claro, de cierta forma lo hacía, pero él sabe muy bien que no ha podido encontrar las palabras adecuadas que tenía en la punta de los dedos para comenzar a escribir, y el ver al chico a los ojos mientras le pedía algo, no lo iba a matar. Aunque, de todos modos, no quería hacerlo.

—Por favor, con menos crema esta vez —agregó Adam con cierto aire autoritario.

Arturo se quedó en la misma posición con la que había llegado hasta ahí esperando a que lo viera a los ojos, por lo menos, al pedirle que le sirviera. No era la primera vez que alguien le hacía eso; todos, siempre, en todos lados, se sienten superiores a las personas que le ofrecen su atención y servicios ¿Qué había de diferente en que Adam se lo hiciera a él, en ese momento? Por algún motivo, la actitud del pseudo-escritor comenzó a afectarle de más.

Ese ferviente desagrado ante la falta de respeto de los clientes estalló, como si la hubiera estado acumulando hasta ese preciso momento, en un despliegue de ofensas y hostilidades que no salieron de su cabeza y que concluyeron en un simple y monótono suspiro de resignación.

Adam tenía la mano levantada con la que sostenía el vaso vacío mientras que con la otra movía el cursor del computador con el dedo índice fingiendo estar haciendo algo importante. Tal vez las apariencias no importaban, pero para parecer alguien importante, lo eran todo.

—Vale, señor, enseguida se lo traigo —Arturo cogió el vaso y se dio la vuelta para depositarlo en la papelera, coger otro y servir lo que le habían pedido.

En parte, lo que le molestaba era que lo había llamado solamente para eso ¡Adam pudo haberse levantado para botarlo, acercarse a la caja y pedir otro café! Pero, ¡No, tuvo que llamarlo como si Arturo fuera su sirviente!, o, incluso peor... no sabía qué, pero algo podría ser peor que eso.

—Maldito idiota —masculló mientras se alejaba apretando el vaso como en las películas.

Por su lado, al mismo tiempo en que Adam y Arturo interactuaban, Carol continuaba observando el alrededor de la sala del personal de la cafetería con cierta nostalgia. Pensaba en todo lo que se iba a perder ahora que tendría un trabajo en un lugar que no quería. Sí, no era la primera vez que tenía uno, pero, mientras, examinaba todo.

Los casilleros medio abiertos con puestos vacíos por ocupar, diciendo a gritos que era imposible que tantas personas trabajaran en un lugar tan pequeño y cerrado como ese, ni siquiera habiendo dos turnos para el personal, la única puerta que daba a un único baño en el que sabía que no podría encerrarse al usar porque no le daría tiempo de concentrarse en sus necesidades.

El bebedero, la mesa redonda ligeramente inclinada por el peso de «no sabe qué» del que no quería preguntar porque tal vez no le gustaría la respuesta; el techo laminado blanco, la cerámica

del suelo fragmentada y con trozos faltantes.

Para ella, estar sentada ahí, no significaba lo mismo que para cualquier otra persona; sentarse ahí era rendirse, era perder las esperanzas. ¿Qué mujer letrada, con sus capacidades, inteligente, atractiva y bien preparada, podía estar invirtiendo su tiempo en una cafetería de segunda mano?

Se detuvo por unos segundos y reconsideró su lógica ¿Era esa cafetería de segunda mano?

De repente, recordó las palabras de su mamá:

—¿Qué tal si consigues lo que buscas estando ahí?

Resonaban en su cabeza como si se tratara de una caverna vacía en la que acababan de gritar.

—Pues no lo sé, mamá —le respondió como si la tuviese allí; estaba hastiada, con la mano empujada en su mejilla mientras que sostenía el peso de su cabeza con el codo sobre la mesa. Suspiró, parpadeó lentamente y repitió, más para ella que para la voz en off de su madre— no lo sé.

¿Qué podría perder? Dentro de todas las cosas horribles que podría estar haciendo, partiendo desde vender drogas hasta prostituirse, ¿Qué tan malo podría ser trabajar como mesera en una cafetería de reputación cuestionable? En su vida había visto ese lugar, seguro era nuevo, aparte, nunca había entrado a una cafetería porque ¡Ella no toma café! Aunque, sin embargo, ignorando todo eso, ¿Qué podría perder?

De nuevo sintió el impulso de responder con un «no lo sé», pero decidió ahorrárselo. Con los ojos aun cerrados, Carol no sentía que podría estar en el lugar indicado, que encontraría «eso» que tanto quería cuando, ni ella misma, sabía qué era.

Pero sabía que debía tomar una decisión. Abrió los ojos y se dejó llevar por el resplandor de aquel lugar, lo debía ver una forma diferente. Era un lugar nuevo que tenía nuevas oportunidades.

Se miró a sí misma de manera figurativa y pensó que: sí, tal vez estaba sonando como su madre, una mujer que sabía sobre la futilidad de la existencia y que, si quería tener una vida colmada de éxitos, debía dejarse llevar, romper los esquemas y salir adelante. ¿Qué otra cosa podría hacer? Hasta ahora era el mejor consejo que le habían dado y con el que se debía quedar si esperaba hacer algo con su vida.

Se levantó, cerró los ojos de nuevo, respiró profundo, suspiró con fuerza, buscando el valor en lo más interno de su ser y aceptó las circunstancias, pensando:

—Puede que no sea lo mejor, pero, puedo intentarlo de todos modos.

Abrió los ojos y ya estaba decidida. Cogió su mochila, la abrió el casillero número doce y la colocó adentro junto con su chaqueta. La cerró y cogió su rumbo hasta la cocina, dispuesta a encontrar a Arturo.

Bajó las escaleras, recorrió el mismo camino que había tomado antes y buscó a Arturo con la mirada. ¿Dónde estaba? Dio vueltas, tratando de encontrar al gerente del lugar. Vio a la chica que estaba cocinando aun sumergida en sus asuntos, y a más nadie dentro del lugar.

Definitivamente no había muchos compañeros de trabajo para la cantidad de casilleros que tenían. Giro unas cuantas veces más hasta que pudo vislumbrar a través de la ventana de servicio que conectaba la cocina con el recibidor y la caja, a Arturo, quien no se notaba muy alegre.

—Ahí está —exclamó y se acercó a la ventana— Arturo —lo llamó susurrando.

Arturo había apretado el vaso y lo depositó con furia en la papelería. Rezongaba mientras que cogía otro vaso y se disponía a servir el café de Adam. Por un momento había olvidado lo que estaba sucediendo a su alrededor: las conversaciones de los otros clientes, a Karen cocinando mientras estaba metida en su mundo, la hora e incluso Carol.

En lo que ella le llamó por su nombre, levantó la mirada y vio a través de la ventana.

—Carol —de repente, todo lo que le estaba molestando desapareció. No importaba qué tan furioso estaba, debía cuidar las apariencias— Sigues aquí —estaba legítimamente sorprendido.

—Sí, sigo aquí —respondió como si se tratara de un secreto contado a voces. Se notaba más animada, la resolución del asunto de si trabajaría allí o no le ayudó a recuperar un poco su seguridad.

—¡Qué bueno! Había olvidado que estabas esperando —se asomó para ver adentro de la cocina y notó que Carol no llevaba ni su chaqueta ni su mochila— ¿Ya te decidiste?

Ella hizo lo mismo, se miró a sí misma tratando de entender qué había intentado mirar Arturo y comprendió el gesto.

—Ah, sí —levantó la mirada— Sí, me decidí, creo que mejor empiezo hoy mismo.

Arturo sonrió. Sus labios se fueron estirando en un arco de alegría porque ahora ya no tendría que atender a más nadie. La noticia le había sentado bien y ya podría quitar el letrero de la vitrina principal.

—¡Qué maravilla! En verdad. Realmente me hacías falta.

Carolina se contagió por la alegría y el júbilo que invadieron a Arturo al momento de escuchar la noticia. Tal vez si había hecho bien al aceptar el trabajo. ¿Quién sabe? Hasta podría ser un buen presagio.

—Vamos, sal de ahí —Dijo Arturo mientras que movía hacia sí mismo para llamarla hasta donde estaba él— ven, que te toca trabajar aquí afuera.

Carol entendió que ahora estaba hablando con su jefe. Aclaró su garganta, medio borró la sonrisa de su rostro y cruzó la puerta que tenía a la izquierda, esa misma que conectaba la cocina con el recibidor y la caja.

—Sí, ya voy.

En lo que llegó hasta donde Arturo, él empezó a hablar.

—Bueno. Toma —cogió un delantal que estaba debajo de la gran cafetera que tenía al lado— este será tu delantal de ahora en adelante.

Era un gran trozo de tela marrón que iba en conjunto con el estilo del lugar. Un delantal de esos de cintura.

—Está bien —dijo mientras lo cogía y estudiaba con la mirada.

—Bueno, como comienzas hoy, sería bueno que te activaras de una vez.

Arturo espero que Carol se lo colocara de la manera correcta.

—Toma —agregó, en lo que terminó de prepararse— aquí tienes —le entregó el vaso que llevaba en la mano— este café es para el señor de allá.

Se giró y señaló discretamente en dirección a Adam.

—¿Cuál? —Carolina veía a varios hombres en la dirección en que Arturo le había señalado— exactamente.

—El del computador portátil.

—Okey. Ya lo vi.

Un hombre un tanto mayor, tal vez estaba entrando en los cuarenta o a mitad de los treinta. Que llevara un computador a la cafetería, aunque un poco trillado, le confería cierto encanto de hombre inteligente; tal vez incluso hasta era alguien interesante con el que podría hablar. Se perdió unos segundos en la idea que se había hecho de alguien con un computador portátil en una cafetería para luego despertar bajando la mirada y ver asustada el vaso vacío que aún no cogía.

—¿Y tengo que prepararle el café? —al mirar el vaso pensó en lo peor. No tomaba café, mucho menos sabía hacer uno.

Arturo volvió a ver a Carol luego de fijarse en que el vaso seguía vacío dándose cuenta que

aún no servía el café que Adam le había pedido tan «amablemente».

—Oh no, por ahora no. Solamente eres la mesera. Tu trabajo es entregarles los pedidos a las personas —Sacó su móvil del bolsillo para ver la hora— dentro de poco llegarán dos de los que se encargan de eso, fueron hacer algo y su turno aun no comienza.

Con que había más personas trabajando, pensó Carol. Eso es bueno, por lo menos no serían solo tres personas.

—Vale —suspiró aliviada— qué alivio. Creí que tendría que preparar el café.

—No, querida, ese es el trabajo del camarero, tu encárgate de lo esencial: tomar los pedidos y llevarlos a las mesas.

—Perfecto —Carol miró a su alrededor, estudiando todas las mesas que había en la cafetería — eso lo puedo hacer —sonrió levemente, convenciéndose poco a poco que las cosas podrían salir bien.

—Eso espero. De todos modos, no es gran cosa, no creo que puedas arruinarlo, así que tampoco hay mucha presión.

—¿Me harás una prueba primero?

—¿Para qué? ¿Para ver si puedes llevar un vaso a una mesa? —dijo, sarcásticamente— No creo que sea necesario.

—¿Seguro? —Carolina aun no podía creer que conseguir el trabajo como mesera terminó siendo tan fácil. Desconocía por qué la habían contratado con tanta facilidad— Tal vez pueda responder unas preguntas, aprenderme los nombres de los pedidos o algo así —insistió.

—No, tranquila, lo aprenderás a la marcha, descuida —le tranquilizó— tú nada más anota los nombres que ellos te digan, sonrías, asientes, y traes el pedido. El camarero se encargará de lo demás. Tú —le colocó la mano en el hombro en un gesto amable para reconfortarla— tranquila, no te preocupes.

Carolina quería responder a eso, tratar de decirle lo vital que era el conocer la carta de cafés, saber qué recomendar, el nombre, los ingredientes, etc. Pero, supuso que debía tomárselo con calma, si él, el gerente del lugar, no le daba importancia, ¿Por qué habría de darle importancia ella? Ahí decidió que dejaría que todo siguiera su curso natural.

—Está bien —asintió con una sonrisa.

—Así se hace —le felicitó.

Arturo, preparó el café que le había pedido Adam, le colocó la tapa con el filtro y se lo entregó a Carol con mucho cuidado. Cogió una servilleta, para luego señalarle de nuevo el hombre al que debía llevar la orden. Parecía que la estaba dejando en la puerta del colegio en su primer día de clases. Se hallaba feliz porque no tendría que atender a más nadie en ese lugar, no de la forma que aborrecía tanto.

—Vamos, llévale el café y pregúntale si desea otra cosa.

—Vale.

En ese instante, Carol comenzó a ver el trabajo como algo sencillo. ¿Solamente tengo que atender a los clientes? Se preguntó sin creer la simplicidad del oficio, para concluir con un: no es tan difícil.

Adam, no había levantado la mirada de la pantalla de su computador desde que Arturo se retiró con el vaso vacío. Aún continuaba la reñida batalla con su creatividad para conseguir las palabras adecuadas con las que comenzaría la novela. No conseguía entender, todavía, por qué no daba con el principio de una historia que sabía que les gustaría a todos. ¿Qué necesitaba para dar con esa genialidad que tanto quería? Curiosamente no sabía nada de escribir, pero se frustraba como alguien que sí sabía.

—Aquí tiene, señor.

Aquel tono de voz angelical que le interrumpió los pensamientos casi de la misma forma en que Arturo lo había hecho casi media hora atrás, le obligó a levantar la mirada casi por instinto. No sabía quién era, por qué le estaba hablando o si era realmente con él. Aquella voz venía acompañada con un dulce perfume que pudo identificar casi de inmediato, un 212 de Carolina Herrera que conocía porque una de las mujeres con las que había compartido cámara lo usaba todo el tiempo.

Pero no era solo el aroma, el sonido de su voz, ni la presencia latente que tenía sobre el hombro de que alguien estaba dirigiéndose directamente a él. Era la expectativa; no la había visto todavía y ya sentía que era una persona hermosa, todo gracias a esos pequeños detalles que pudo identificar en tan poco tiempo.

Esa impresión que tuvo de ella se desarrolló en cuestión de segundos entre la proyección de la última sílaba dicha por Carol y él levantando la mirada lo más rápido que pudo. ¿Quién será? ¿Qué quiere conmigo? ¿Por qué me está hablando? Huele bien, esa voz es hermosa... en su cabeza estallaron preguntas de las cuales quería una respuesta inmediata.

Al verla, entendió que no estaba equivocado.

—Justo como lo ordenó —agregó Carol, extendiéndole el café caliente con ambas manos.

Tal cual le dijo Arturo, le estaba regalando una de sus mejores sonrisas al señor que estaba sentado con un computador, que había llamado su interés mientras que se acercaba para entregarle su bebida.

Fluctuaba entre pensamientos de inquietud y la naturaleza curiosa que le precedía; ¿Quién será ese hombre? Preguntó para sus adentros cuando estaba acercándose a él. Ese aire de señor intelectual que le confería el estar escribiendo en una portátil mientras que esperaba un café en una cafetería, atrajo su atención.

En ese lapso de tiempo idealizó el origen de Adam sin darse cuenta. Sumó cada posible razón por la que podría estar ahí y concluyó con que era alguien muy ocupado con muchas historias para contar. Bien, había acertado por lo menos en una.

Su sonrisa no era falsa; era tan legítima como el rechazo que le tenía a ser mesera.

Arturo, la miró de arriba abajo con tan solo un vistazo, estudiando cuidadosamente cada detalle de su presencia. Su cabello suelto ligeramente ondulado en las puntas y liso en las raíces, el tamaño de sus pechos, el grosor de su cintura, lo largo de sus piernas e, incluso, el color de sus uñas. Todo eso iba de la mano con su hermoso rostro de facciones gráciles que llamaban a gritos la mirada furtiva de cualquier asiduo al arte.

Ignoró el delantal y el café, a pesar de saber que estaban ahí, porque todo lo demás que no era parte de ella, era un insulto a su presencia.

—¿Desea otra cosa?

Carol seguía su papel de mesera de forma impecable, cosa que le tradujo casi de inmediato a Adam la posición que tenía en aquel café.

—¿Eres nueva? —preguntó, saliéndose de contexto— Es primera vez que te veo.

Carol aligeró un poco la sonrisa de su rostro.

—Sí, acabo de empezar —sonrió de nuevo, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia un lado— ¿Desea otra cosa?

No quería nada, pero, no se sentía en posición de decírselo. Cogió el café que ella le estaba entregando, mientras que conseguía una excusa para hacerla regresar.

—Este —movió un poco su cabeza para ver los precios y los nombres de las cosas que ellos vendían que estaba sobre el mostrador, casi tocando el techo— Sí, me gustaría un muffin y una de

esas galletas grandes de chocolate.

—Un muffin y una galleta. Está bien, señor, ya se lo traigo.

—Vale, gracias.

No le apartó la mirada de encima, ni siquiera cuando se dio la vuelta para llevar su pedido a la caja e irlo a buscar. Quería conocerla, saberse su nombre de memoria, tener mejores conversaciones con ella, saber quién era en verdad, a qué se dedicaba, por qué estaba ahí y qué pensaba de la vida. Aquella chica había consumido por completo su atención, haciendo que se olvidara de la novela por unos minutos.

—Vaya —pensó en voz alta— sí que es hermosa.

Se dejó hipnotizar por el vaivén de sus caderas que iban de un lado a otro al caminar, la forma en que su cabello se movía, en que sus hombros seguían sus pasos y todo lo que el anonimato y su ropa escondían. Carol había pasado a ser un deleite para él.

—El señor pidió un muffin y una galleta —le avisó a Arturo, dejando caer sus manos sobre el mostrador— una galleta de las grandes.

—Vale —respondió— enseguida.

Carol sentía que todo estaba marchando de maravilla, que, por cómo estaban yendo las cosas, no se estaba sintiendo tan mal, después de todo.

—Aquí tienes, un muffin y una galleta —le extendió todo en un plato de cartón— apresúrate que te están llamando por aquella mesa —agregó, levantando la mirada y señalando a su espalda.

—Oh, claro.

El día aun ni siquiera empezaba.

Adam no le había quitado el ojo de encima ni cuando estuvo de espaldas a él ni mucho menos cuando se dio la vuelta con la orden en manos y caminó en su dirección. No quería parecer un acosador que se quedaba viendo fijamente a su presa, pero no podía hacer más nada que no fuera eso; su presencia merecía ser apreciada.

Ella caminó con cuidado hasta él y en lo que se acercó, dejó la orden en la mesa.

—Aquí tiene, señor, justo como lo ordenó. Buen provecho.

Le sonrió, asintió con la cabeza en un gesto de cortesía y se dio la vuelta para atender la otra mesa en la que la estaban solicitando. A Adam no le dio tiempo de decir nada, de interactuar con ella como quería; había pedido esa galleta y el muffin en vano porque la chica no estuvo tanto tiempo como lo esperaba.

—Se me fue —dijo mientras la veía partir a otra mesa— demonios, no me dio tiempo ni de preguntarle el nombre.

Y el día no fue diferente.

Adam no dejó de verla por más de tres minutos seguidos, los cuales invertía pobremente en la novela que no tenía un futuro seguro. Se perdía en cada uno de sus pasos, en las veces que conseguía escucharla porque atendía a las personas que estaban cerca de él, cuando se reía porque algún cliente intentaba ser gracioso o cuando simplemente se quedaba parada en la parte de «personal autorizado» esperando a que alguien le llamara.

En esos cortos periodos de tiempo en los que no hacía nada, sus miradas se encontraban por casualidad (o eso quería creer él), y le resultaba glorioso. Una sonrisa tenue a lo lejos que adornaba a la perfección el hermoso rostro de Carol.

Para Carol las cosas fueron diferente. Un primer día de trabajo agitado que la llevaba a sentir que todo lo que tenía estaba siendo arrebatado de ella: la vida, la alegría, las ganas de seguir adelante.

El estar parada por tanto tiempo sin los zapatos adecuados, el tener que sonreír segundo tras segundo porque alguien le dijo un cumplido o le piden que sea cien por ciento amable con las personas; esas y muchas otras cosas más que venían de la mano de ser mesera en aquella cafetería, le hacían sentir incompleta.

Hacía lo posible para mantener su mente cuerda, para no entrar en pánico ni quebrar en una crisis de llanto y descontrolarse porque no podía con la presión de ser «sociable». Se imaginaba la vida de las personas que tenían más de media hora en aquel café, que pedían algo y se quedaban sumergidas en sus propias vidas, sus teléfonos, sus periódicos (porque aún hay personas que los leen, pensó ella), en sus libros de dramas juveniles estúpidos, y en sus computadores.

Para ella cada uno de esos individuos tenía una historia, tenía algo que ofrecer. Era inadecuado pensar que eran seres vacíos sin propósito ni pensamientos críticos importantes porque Carolina no era una egocéntrica, ni mucho menos una tonta. Cada cosa que pensaba de ellos era interesante, a pesar de que era una simple hipérbole con la que se consolaba en los momentos de completa inactividad.

Debe estar esperando a alguien, pensaba de uno; ella debe estar manejando su propia compañía, pensaba de otra. La hora fluctuaba en un movimiento que iba de lento a rápido mientras que más se dejaba llevar por el trabajo o por la imaginación. Quería perderse lo suficiente como para no estar ahí del todo, pero tampoco era su deseo hacer mal el trabajo que había aceptado horas atrás.

Iba de mesa en mesa atendiendo a las personas, pensando en ellas, idealizándolas, creyendo que el día siguiente a ese sería mejor y que todo podría salir bien tal cual lo decía su madre.

—Ahora lo odio, pero tal vez mañana me sienta mejor.

Se consoló con cierto desdén, incapaz de creerse sus propias palabras; aunque, en medio de sus pensamientos, su imaginación y su trabajo, estaba alguien que no dejaba de «estar» ahí.

Carol no ignoraba que Adam le seguía de vez en cuando con la mirada, era una presencia intensa que simplemente no se podía evitar notar. Al principio le dio poca importancia, supuso que se debía a que estaba yendo de un lugar a otro y eso llamaba la atención del hombre misterioso. Eso le ayudó a dedicarle ciertos pensamientos objeto de su curiosidad ¿Por qué me está viendo y por qué sigue aquí todavía?

La forma en que la seguía con la mirada y en la que, de vez en vez, bajaba los ojos a su

pantalla para concentrarse en esta, alimentaban más su curiosidad. Al principio, para ella, solamente parecía un señor adulto que seguro se había llevado algo de su trabajo a casa, pero, mientras transcurría el día, ese personaje imaginario iba perdiendo credibilidad porque, alguien que estaba tanto tiempo en un solo lugar, lo hacía porque seguro no estaba muy ocupado.

Así que le fue creando personajes a lo largo del día. De uno a uno fue descartando las posibilidades, desde banquero hasta programador de computadoras; concluyó que no era un estudiante universitario porque se veía muy viejo para serlo ¿Profesor, entonces?

Un profesor significaba una persona educada, inteligente, incluso cabía la posibilidad que tuviese un doctorado o una maestría. Se veía como el tipo de persona que se perdía en sus pensamientos, profundo, poético y que podría contar grandes historias.

Carol no era muy buena para juzgar a las personas, pero difícilmente pensaba lo peor de ellas sin conocerlas.

—¿Cómo te va en tu primer día?

Arturo se le acercó una de esas veces en las que no estuvo haciendo nada, justo antes de que su mirada se encontrara con la de Adam.

—Oh —se asustó por lo repentino de su aparición. Estaba concentrada en el entorno, atenta al llamado de algún cliente— Arturo.

—¿Te asuste? —le pregunto, pareciéndole gracioso y diciéndolo mientras dejaba escapar una risa nasal.

—Estaba —vaciló— pensando.

A Arturo le parecía poco normal que alguien estuviera tan concentrado en un pensamiento mientras que trabajaba como mesero, él recuerda ese trabajo como algo que no le daba tiempo siquiera para respirar. Además, ¿De qué podría estar pensando? ¿En renunciar, acaso?

—Qué raro, no recuerdo que fuera tan tranquilo.

—¿Qué cosa?

—El trabajo. A mí no me daba tiempo de pensar.

—¿Fuiste mesero?

—Sí, así empecé aquí. He estado trabajando un tiempo en este lugar.

Arturo sonaba orgulloso de su trayectoria en la cafetería.

—Ahora soy el gerente —agregó, más orgulloso aún.

Carolina sintió lastima por el hombre que le estaba hablando. El estar orgulloso de conseguir un puesto dentro de un pozo sin salida como ese, era como auto engañarse, conformarse con un trabajo mediocre.

—¿Cómo te va entonces en tu primer día? ¿Todo bien? —repitió.

—Bueno, nada más he atendido a una que otra persona, pero creo que todo marcha de maravilla.

—Sí, suele pasar el primer día —Arturo sonaba confiado, para él, no todo eso no duraría.

Sabía que no había nada reconfortante en trabajar en aquel lugar, a pesar de estar haciéndolo por el placer de seguir ahí. Quería asegurarse de que Carolina lo entendiese: no era bueno ser mesero, tampoco era malo, pero definitivamente no era divertido. Puede que su opinión al respecto se viera afectada por su naturaleza poco sociable, por la falta de interés en atender a las personas segundo tras segundo por horas sin descanso, siendo mal tratado, pisoteado, ofendido y demás, por un mísero sueldo.

—No durará mucho —aseguró— por ahora dirás: ¡Oh, trabajar de mesera no es tan malo! — imitó pobremente la voz de una mujer— pero luego te darás cuenta que no es más que un dolor en el trasero.

—No creo que sea tan malo —mintió— tal vez, solamente necesito acostumbrarme, eso es todo.

Ambos hablaban viendo a la multitud inerte, sumergida en su existencia tan convincentemente que parecían no estar ahí. Hubo un corto silencio entre los dos, quienes evaluaban con la mirada a los clientes del café. En ese preciso momento, los ojos de Adam y Carol se encontraron en medio de un vistazo rápido de la zona.

Adam sonrió, ella hizo lo mismo. El hombre con el computador cada vez llamaba más su atención. Hasta ahora, era un importante profesor de una universidad de por la zona; inteligente, introvertido, apuesto y con muchas historias que contar. Su imaginación y sus ojos se posaron en él de nuevo, hasta que la voz de Arturo le interrumpió, haciéndose una costumbre en aquel café entre el gerente y las personas pensativas.

—Pero es un poco deprimente estar aquí ¿sabes? —agregó Arturo.

—¿Por qué lo dices?

—Porqué lo es. No es muy divertido estar aquí por tanto tiempo, pero se necesita un sueldo estable para mantenerse. Simplemente no te puedes ir y ya.

—¿Qué tal si lo intentas y ya?

—¿Salir de este lugar?

—Sí —comenzó a sonar más personal, invistiéndose en el asunto de hacer las cosas que son necesarias— intentar algo nuevo.

Recordó la voz de su madre y se molestó consigo misma al notar que, mientras más seguía en ese café, más sonaba como ella.

—No lo creo —respondió él.

Y las palabras dejaron de fluir entre los dos. Luego de un minuto de silencio, él habló.

—Lo siento —su tono de voz cambió repentinamente— no debería estar hablando de esto contigo.

—Oh, no, tranquilo —Carolina sintió que, de alguna forma u otra, Arturo pensó que la había ofendido— no has dicho nada malo.

—Olvidémoslo, ¿Sí?

Carolina no tenía ganas de hablar al respecto, pero tampoco sabía si era apropiado dejar que la conversación muriese allí.

—Y... —pensó en cuál sería el mejor tema para cambiar la conversación.

—¿Ese hombre no te parece conocido? —pero Arturo se le adelantó.

El tema tomó un giro repentino. De repente, la actitud de Arturo cambió por completo, por lo menos, sonaba menos extraño.

—Me parece conocido de algún lado, pero no sé de dónde. —Su subconsciente le gritaba que no revelara esa información, pero él no le prestó atención.

¿De quién estaba hablando? Sondeó el lugar buscando algún hombre relevante entre la multitud, pero, para ella, el único que parecía relevante era Adam.

—¿De cuál hombre hablas? —preguntó, viéndole a los ojos y luego tratando de imitar la trayectoria de su mirada.

—De ese que está ahí, el que no deja de ver para aquí de vez en cuando —Carol se hizo de una idea— el del computador —y eso la confirmó.

—Oh —dijo.

Así que estaba hablando del profesor, pensó ella. Por un momento consideró que le había dado clases alguna vez en su vida y por eso le parecía conocido; para descontento de ambos, los dos estaban equivocados.

—Él —agregó, sin darse cuenta del tono de voz del que había hecho uso.

Proyectó la letra «L» de tal forma que parecía que la mera mención del artículo connotaba importancia. Fracasó en ocultar su interés en el hombre con tan solo referirse a él.

—Sí, él —se fijó en ella, extrañado— ¿Por qué lo dices así? ¿Acaso lo conoces? —la forma en que lo había dicho le supuso cierto alivio; era posible que ella resolviera el misterio y por fin podría dejarle tranquilo.

—¿Qué? ¿Conocerlo? ¡Ja! No, primera vez que lo veo en toda mi vida.

El alivio desapareció tan rápido como había aparecido.

—Oh —regresó la mirada, decepcionado— creí que lo conocías.

—No, para nada, a penas y lo veo. ¿Por qué? ¿De dónde crees haberlo visto antes?

—No lo sé, solamente siento haberlo visto de antes, de saber de dónde, tal vez descifraría quien es.

Los dos se fijaban en Adam con cierta obvedad que el ex actor notó sin ningún esfuerzo. Desde lejos, podía notar que estaban observando en su dirección, que decían algo que explicaba el por qué le veían y que era exclusivamente sobre él. Trató de actuar normal, como que no se había dado cuenta, fingiendo que estaba escribiendo algo muy importante tal cual hacía cuando sentía que alguien miraba en dirección a su computador.

Una tarea titánica, dado que debía estar siempre de espaldas a la pared para evitar que alguien pasara por detrás y notara que la hoja de su documento en el computador llevaba más de dos semanas en blanco.

La primera pregunta que le vino a la cabeza fue: ¿De qué estarán hablando? Se llevaba el vaso a los labios y sorbía un poco de café, luego mordía la galleta o el muffin, bajaba la mano, continuaba escribiendo lo primero que se le ocurría y luego de unos segundos, repetía, intercambiando entre los bocadillos que masticaba.

—¿Pero no sabes siquiera quién es? —Carolina sabía lo tonto de su pregunta; obviamente si no lo reconocía, tampoco sabría quién era o a que se dedicaba. De todos modos, decidió lanzar la pregunta a ver si conseguía alguna información del hombre— O ¿A qué se dedica?

—Ni idea, no logro descifrar de donde lo conozco, mucho menos voy a saber quién es —aseveró.

Decepcionada, suspiró con fastidio. Tenía razón, cosa que le resultó aún más decepcionante.

—Tal vez, si pudiera recordarlo bien, podría saber a qué se dedica —continuó Arturo, agregando detalles a su cuestionamiento.

Estaba sumido en su idea, la necesidad de descubrir el motivo por el cual le parecía familiar, parecía estar dominando su completa atención.

— Además —rompió su concentración— ¿Por qué quieres, tú, saber quién es?

—¿Por qué? —Carol se sintió interrogada de manera hostil; no quería confesarle que estaba interesada en un completo extraño, que le parecía atractivo o que quería conocerlo— bueno, no sé —vaciló— es que, está con su computador, escribiendo y eso y, no sé, me preguntaba a qué se dedica, porque aún sigue aquí, y bueno... solo digo.

La actitud misteriosa de Carolina pasó desapercibida para Arturo, quien aún intentaba descifrar el enigma del hombre con el computador. Al notar que estaba a salvo de preguntas incómodas, se sintió aliviada y trató no ver en dirección a Adam para no ser tan obvia; el dejar que él notase que le estaba viendo sería otra cosa que le incomodaría.

—Bueno, la verdad es que no sé. No lo he visto hacer otra cosa que no sea estar en frente de su computadora. Siempre pide un café y se sienta ahí por horas.

—¿Siempre? ¿Por horas?

—Sí, siempre, bueno —se giró y miró a Carol, dándose cuenta de que decir «siempre» era un

poco exagerado— no siempre. A penas y llevo viéndolo hacerlo desde hace unas semanas, desde que empezó a venir.

—¿Cuánto tiempo pasa aquí?

—Bueno —entre cerró los ojos y pensó en un estimado— más o menos todo el día.

El preciso uso de palabras de Arturo le condujo a una nueva hipótesis del personaje. El que estuviera prácticamente todo el día en la cafetería (y según lo veía ella, también todos los días) derrumbaba la idea de que fuera un profesor.

—Bueno, siempre está escribiendo en su computador, ¿Sabes? No lo he visto hacer otra cosa. Tal vez es una especie de periodista o escritor —Arturo volvió a ver en dirección de Adam— pero eso es lo que yo creo.

«Un periodista o escritor» esas dos hipótesis parecían tener más sentido que todas las que ella había pensado. Sin embargo, no se alejaban mucho de su idea. El que fuera periodista, de los que escriben columnas, a esa edad, parecía ser algo importante.

¿Qué tal si es uno de esos que hace artículos relevantes sobre la sociedad, el comportamiento de las personas, la vida o incluso sobre lo que piensan del amor? Hablaría tan bien de él que incluso hasta podría hacerlo mucho más interesante de lo que ya era. Y, ¿Si resultaba ser un escritor? En esta última, tuvo que hacer un esfuerzo para aguantar la emoción y ahogar un grito de euforia.

Sea quien fuese, había logrado, con tan solo unas miradas, llamar su atención.

—Espero que tengas razón —dijo Carolina, con una sonrisa en el rostro, como si estuviera hablando al vacío, imaginándose en una sitcom en el que se estaba por terminar la escena.

Pero era la vida y Arturo le estaba escuchando.

—Ya va, ¿Qué?

5

Luego de aquella bofetada:

¿Por qué no lo había dicho antes? ¿Qué podía estar deteniéndolo? El que no se defendiera en el momento en que lo confrontó, decía mucho ¡Confirmaba lo que le preocupaba! sí era un actor porno y eso significaba que era un ser desagradable.

Los días pasaron.

¿A todas estas? ¿Por qué no lo dijo antes? No, no es la misma pregunta, puede parecer la misma pero no lo es, esta es más a: ¿Por qué no lo mencionó? Es decir, no es como que le haya preguntado y debiera responder, no sabe siquiera si es un secreto.

Así que, ¿Por qué no lo dijo antes? Pudo haber dicho: ¡Oye! Soy actor porno. Y todo habría sucedido.... ¿Habría sucedido diferente? La verdad no lo sabía, para ella las cosas no eran tan sencillas. Hasta donde tenía conciencia, no sabía mucho al respecto de Adam, se supone que fue ese misterio lo que la atrajo a él en primer lugar.

La peor parte de todo esto, es que, en realidad, ni siquiera era algo tan grave... y ella lo sabía muy bien.

De nuevo, los días pasaron.

¿Qué tan malo es entonces? Es malo que sea actor porno, que haya estado con muchas otras mujeres, ¿Importa siquiera? No es como que estuviera esperando a que ella se acercara a él y se acostaran. Hasta donde sabe, los actores porno solamente quieren sexo, es obvio, si no ¿Por qué serían actores porno en primer lugar? Pero, aun así ¿Realmente es malo?

Otra vez, los días pasaron, pero esta vez fueron menos. Una cantidad poco precisa; es importante saber que no sumaban una semana.

¿Debí haberle gritado?

Dos días pasaron.

Él fue quien se negó a pasar a la casa de ella aquella noche ¿Qué habrá querido decir eso? Aunque, si quitamos lo de ser actor porno, no es tan diferente a una persona normal. Era interesante hablar con él. La verdad, de cierta forma, disfrutaba al máximo su compañía. La hacía dudar.

Carolina pensó, pensó hasta embriagarse de ideas, suposiciones y veremos, que la llevaban a cambiar de parecer cada vez más. Nadie la estaba motivando; Arturo había dejado de tocar el tema semanas atrás porque sabía que no había terminado de una manera positiva, además que el recordárselo la hacía enojar.

Adam no le escribía, nunca la llamó ni se acercó de nuevo a la cafetería. El que no quisiera hablar con ella le preocupaba: tal vez hizo algo terrible, tal vez debió tomarse la situación de una forma diferente.

Durante sus días de meditación, hizo lo que pudo para pensar lo menos en él, sin mucho éxito, mientras que se negaba a saber más al respecto. No quería conocerlo, entender su posición, sabía que podría perdonarlo porque había cosas que no encajaban, que ella ignoraba y eso no era lo que necesitaba ahora. Deseaba estar molesta con él, con las mentiras que le contó ¿Cuáles?, pensaba; con las cosas que le ocultó ¿Ser actor porno?, agregó, señalando únicamente eso; y los momentos que pasaron juntos.

Se mantuvo encerrada en una burbuja que la apartaba del mundo exterior, tratando de vivir de

la misma forma en que lo hacía antes de saber que las personas que la rodeaban existían mucho antes de que ella las conociera y que, por lo tanto, debían tener un pasado.

Fue ahí cuando decidió seguir su consejo. Se levantó de la cama (su punto de meditación por excelencia) y fue hasta la computadora de mesa que tenía en la sala de su departamento.

Adam Patterson.

El primer resultado no arrojó nada relevante. Hasta donde sabía, Adam no era ningún cineasta o fotógrafo. Así que, a causa de su infructífero hallazgo, decidió agregar una palabra más a su nombre. Tal vez, de esa forma, encontraría la respuesta adecuada.

Adam Patterson porno.

Y, como si se tratara de la cosa más buscada del internet, apareció su foto a un costado de la página, sobre una biografía.

Adam Liam Patterson (12 de junio de 1965, Inglaterra; Mánchester), mejor conocido como Adam Patterson, es un exactor, productor y director porno que trabajó en la industria cinematográfica de adultos por veinte años.

[...] Comenzó a trabajar a los dieciocho años [...] se apartó del mundo del cine para adultos a los treinta y ocho años luego de decidir que «había sido suficiente» (dijo en una entrevista en la revista playboy) para dedicarse a producir bajo perfil y a su vida personal.

[...] tras varios años de trabajo, amasó una fortuna de más de veinte millones de dólares como productor, director y actor, que adicióno a su ya creciente patrimonio como heredero de una familia acaudalada dueña de una marca de zapatos prestigiosa de Europa.

Recibió varios premios entre los que destacan «Mejor Actor», «Estrella mainstream del año», junto con otros premios de producción y marketing, hasta ganar el premio especial de «Salón de la fama» del porno.

Grabó un estimado de 200 películas porno; produjo y dirigió más de 100.

Carol leyó la corta biografía de Adam que se leía en internet. No decía nada más que eso, lo que le imprimió cierta sensación de insuficiencia a causa de la falta de información. Quería conocer todo lo que pudiera de él, saber qué hacía, desde cuáles películas, hasta, con cuantas mujeres había estado.

Hasta que, en un momento dado de su búsqueda, pensó: ¿Cómo habrá sido esas películas?

Así que, sin mediar palabras, sus dedos comenzaron a escribir los caracteres que conformaban el nombre de Adam y la palabra «videos porno». De inmediato, aparecieron enlaces a páginas porno Premium y gratuitas que daban a videos relacionados con su nombre. Cortos videos que mostraban escenas específicas de las muchas películas en las que él había participado.

Todo lo que estaba haciendo era meramente informativo, necesitaba conocer lo sucedido y encontrar una explicación; lo que sucedió después, fue simplemente algo que no pudo evitar.

6

Tiempo antes de eso (y después de la conversación con Arturo, tal vez unas tres o cuatro semanas), Carolina se encontraba en su casa, frente al espejo de su baño, con el corazón palpitándole de entusiasmo; cogió el labial color vino mate porque le daba ese aire de mujer seria, elegante, joven pero madura, que tanto quería demostrar. No quería verse como esas jovencitas que salían con tipos mayores por su dinero o porque querían compensar algún complejo paternal del pasado.

Por fin había logrado algo más que una plática casual con aquel apuesto escritor. Desconocía quien era, qué hacía o si era famoso; parecía exitoso, porque ¿Quién podría manejar un coche como el que él maneja? No lo había visto mucho, pero, de vez en cuando, en ciertas ocasiones cuando Adam decidía no caminar desde su casa a la cafetería, lucía un elegante y costoso vehículo que un hombre cualquiera de su oficio, no podía costear.

No conocía su trabajo, ni sabía si era bueno, o no, en lo que hacía. Era un completo misterio para ella, aunque, a pesar de que de todos modos quería conocerlo de forma íntima, de saber todo acerca de él, fuera o no un escritor, no se había molestado en buscarlo por internet; tampoco quería hacerlo: Adam debía ser un completo misterio.

Mientras se maquillaba para parecer más adulta, tenía una extraña sensación en el pecho que la motivaba a sentirse cada vez más inquieta; no sabía qué nombre ponerle, si nervios, inquietud o expectativa. Cada cosa que hacía parecía estar mal hecha: ¿Estos serán los jeans correctos? ¿Iras a la cita con unos jeans? ¿Debería verme así? ¿Debería estar haciendo esto?

La inseguridad se hacía cada vez más latente, obligándola a preguntarse qué la había llevado hasta ese momento.

En retrospectiva, las cosas habían salido como ella lo esperaba; es bueno decir que cada una de ellas parecía haber sucedido de la forma en que se suponía que tenía que hacerlo y a su justa medida, así que ¿Entonces? ¿Por qué estaba tan inquieta? El corazón le palpitaba con fuerza, las manos le temblaban mientras trataba de colocarse el labial sin mancharse.

—¿Quieres ir a cenar conmigo? —Preguntó Adam.

Durante semanas habían hablado, luego de romper el hielo, les costó erigir una pared nueva porque, la verdad, no había nada que pudiera cubrir lo que estaban sintiendo, lo que querían hacer con el otro y lo increíblemente bien que las cosas estaban marchando.

Carolina seguía evocando aquel momento porque, en sí, significaba que dejarían las conversaciones rutinarias justo después de una orden cualquiera que él hacía para poder hablar con ella, a algo que se podría considerar «real».

Lo miró a los ojos, sonriendo, dubitativa. ¡Claro que quería hacerlo! ¿Cómo no? Estaba esperando que lo hiciera desde antes, soñaba con encontrarse a solas con él. Pero, a pesar de quererlo en verdad, por alguna razón, necesitaba pensarlo.

—Este —se atoró, sin poder dar la respuesta que buscaba, cosa que para Adam no pareció muy positivo; no se veía dispuesta a aceptar. Eso, o estaba emocionada. Para él, muchas cosas obvias pasaban de largo.

—Oh —dijo apenado— no, descuida, si no quieres no tengo problema; es solo que creí que...

—No —le detuvo— Sí quiero ir a cenar contigo, es solo que no sabía qué decir.

—¿Por qué? Yo creí que querías estar en un lugar más tranquilo, en donde no tuvieras que irte

a trabajar o algo...

—Me encantaría —le interrumpió de nuevo— Me encantaría cenar contigo, en serio que sí.

—¿Segura? —Adam parecía un niño al que le acababan de dar la mejor noticia de su vida, le parecía difícil de creer.

—Claro que quiero, ¿Por qué no querría? —sonrió— Me gustaría poder estar en una cena contigo, sería —vaciló— interesante.

—¿Interesante? —levantó su ceja, con una sonrisa curiosa y traviesa— ¿Te parece interesante?

Carolina intentó esconderse entre sus hombros, un poco apenada, sabiendo lo que sus palabras implicaban. Bajó la mirada y comenzó a sonreír de forma nerviosa pero adorable.

—No lo sé —balanceó un poco su cuerpo de un lado a otro— yo nada más digo que, sería interesante estar en una cena contigo. ¿No lo crees?

—¿Nada más interesante? No lo creo, para mí sería más como: estupendo.

Sus palabras atrajeron la mirada de Carol de forma seductora, llamando su atención por completo.

—¿Y cuando quieres que cenemos? —Preguntó ella.

—Pues, ¿Qué te parece esta noche? No tengo nada que hacer, y me gustaría acordar un lugar contigo, eso le daría sentido a lo que resta del día.

Carol fracasó en esconder la sonrisa que se le dibujó en el rostro luego de las palabras de Adam.

—Me convenciste en: esta noche.

Ambos se miraron a los ojos, callados, sonriéndose. Sus labios se ampliaban cada vez más, no dejaban de demostrar que les encantaba estar hablando con el otro; su lenguaje corporal y verbal eran tan claros como sus sentimientos. El poco tiempo que llevaban conociéndose parecía ser suficiente para establecer que ya estaban perdidamente atraídos el uno del otro, algo que ninguno de los dos se esperaba conseguir en aquel simple café.

Carol intentó por segunda vez pintarse los labios, habiendo fracasado la primera luego de dejar un milímetro más de pintura fuera de su labio inferior; eso era sencillamente inaceptable ¡Todo debía quedar perfecto para la noche! Así que abrió el grifo del lavamanos, se lavó los labios con cuidado de no quitarse el resto del maquillaje y procedió a intentar una vez más.

Luego de más de dos horas eligiendo qué vestir, qué combinaría con qué y qué cosa sería más apropiada para la ocasión, se detuvo frente al enorme espejo que se hallaba al lado de la puerta de su habitación, vistiendo un hermoso vestido negro corto de escote en v, con unos tacones sencillos de color turquesa que se ataban a su tobillo.

Su cabello suelto ligeramente ondulado, una cartera de mano que hacía juego con el poco color que había en su conjunto y el corazón latiéndole a millón.

—Te ves bien, Carol —se dijo— te ves muy bien —repitió, tratando de hacérselo entender a sí misma.

No quería cambiarse de nuevo, buscar más ropa, seguir maltratándose el cutis con una capa densa de maquillaje ni tener que bañarse de nuevo porque no hallaba la forma de deshacerse del olor del perfume que decidió usar y no le gustó. Se estaba convenciendo de que todo estaba yendo de maravilla, que probablemente podría conseguir por fin un hombre digno para ella.

—Es tu primera cita en años —se dijo— no la vayas a arruinar, Carolina.

Respiró profundo, cerró sus ojos y luego exhaló todo el aire que había ingresado en sus pulmones. Carolina se imaginaba todo lo que podría salir mal, cada posible escena, error, desliz, falla, mal cálculo, descuido y cualquier otro adjetivo que se pudiera ajustar a un evento fatal,

llenaban su cabeza de ideas y conclusiones alocadas.

Levantó sus brazos y revisó si se había aplicado el desodorante.

—Sí —todo bien.

Revisó el interior de su cartera para ver si tenía el móvil a la mano.

—Perfecto.

Buscó en sus orejas si había zarcillos, asegurándose, de manera absurda e ilógica, no parecerse a un hombre en el caso de no llevarlos puesto.

—Ahí están —revisó incluso cuales estaba usando, y si realmente combinaban con su ropa.

Se acercó más al espejo y revisó detalladamente su maquillaje: labios, ojos, pestañas, cejas; si no tenía mucha base o demasiado polvo, si había aplicado la cantidad de rubor adecuada y si se había quitado las ojeras, los granos que no desaparecieron con la exfoliación facial y la limpieza que se hizo horas antes y si no tenía vello sobre el labio.

Sus dientes, por si no tenía pintura de labios, su aliento, por si le intentaba besar, besó el espejo para saber si el labial se corría y, en un pensamiento puntual y relámpago, recordó algo que no había considerado en mucho tiempo.

Se levantó el vestido y observó su ropa interior.

Llevaba una tanga invisible de color negro que se ajustaba a sus glúteos. Se imaginó quitándose las, mostrándose las a Adam, suponiendo que, definitivamente, podría no ser apropiada para la situación.

—¿Y si uso una brasilera? —Se dijo, mirándose al espejo mientras sostenía su vestido a lo alto descubriendo su ropa interior.

Tenía bragas, tanga y brasileras que se ajustaban mejor a una situación como la que se estaba imaginando. Nunca había estado con otro hombre, por lo que desconocía qué les gustaba ver a ellos; claro, no era tonta, sabía que su ropa interior no era para nada desagradable, pero, ¿Qué le podía gustar a Adam?

Lo que ignoraba era lo que podría gustarle a un escritor. Poco conocía de él, a penas e intercambiaban palabras en el café ¿Cómo se supone que sepa qué tipo de ropa interior le gusta? No podía estar rota, manchada, ni tener estampados cursis que delataran sus gustos por las prendas decoradas.

No dejaba de verse en el espejo mientras que se preguntaba qué quedaría mejor. No quería parecer una mujerzuela, ni mucho menos llegar sin bragas a la noche en la que seguramente perdería su inocencia completa con un hombre espectacular.

Pensaba en todo, incluso en la forma en que le quitaría el vestido. Para ella, ya era demasiado no llevar ningún tipo de sujetador, lo que ya de por sí le inspiraba poca confianza.

Hacía mohines con el rostro, pensando y pensando que probablemente no se veía tan bien. Ni su ropa interior, ni su vestido, ni siquiera su maquillaje. Quería que esa noche fuera perfecta, y, según lo veía, estaba lejos de serlo.

—¿Y qué tal si ni siquiera quiere tocarme? —se preguntó, mientras dejaba que su vestido fuese siendo empujado hacia abajo por la gravedad— ¿Y si no le gusto de esa forma?

La duda le carcomía las ideas, la confianza y la autoestima. Mientras más tiempo tenía para pensar, más del mismo invertía para criticarse duramente.

Estando a punto de dar un paso para atrás y dar por terminada la noche, algo la trajo de vuelta a la realidad. El móvil comenzó a vibrar desenfrenadamente, cosa que le tomó por sorpresa. ¿Quién sería? Se preguntó, mientras que procedía a abrir su cartera.

—Adam —dijo, al leer el nombre que le había colocado a su contacto— Es Adam.

Apresurada, cogió el móvil, deslizó el dedo y lo llevó a su oreja.

—Hola —dijo con un tono de voz animado, tratando de que no se notara que estaba luchando contra el poco valor que se tenía en ese momento.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien? —preguntó él, al otro lado de la línea.

—Sí, todo marcha de maravilla, estaba a punto de salir de mi casa en este preciso momento —mintió.

—Oh, me parece estupendo, yo estoy haciendo exactamente lo mismo ahora.

—Que coincidencia ¿No? —dijo como si realmente lo fuera, fingiendo estupor.

—Sí, vaya que es curioso —respondió él, legítimamente intrigado por la coincidencia, antes de quedarse en silencio por un rato.

Así no más, simplemente dejaron de hablar. Carol, veía al suelo mientras que se imaginaba a Adam manejando su coche por la ciudad, o saliendo de su casa tal cual lo había dicho: una humilde residencia en los suburbios, o de su departamento en la ciudad. Trataba de encontrarle sentido a todo para darle más vida a esa conversación.

Adam, aun en silencio, intentaba esperar que Carol dijera algo, que interrumpiese su pensamiento y le diera a conocer cualquier cosa de repente; qué hacía, si estaba ansiosa por verlo; cualquier cosa. En lo que entendió que no iba a decir nada, decidió interrumpir la barrera de hielo que se había hecho entre los dos.

—Oye —dijo él, asustando un poco a Carol quien levanto la mirada como si estuviera viéndolo a los ojos.

—¿Sí? Te escucho.

—¿Quieres que vaya a buscarte a tu casa o aun piensas que está bien que nos veamos en el restaurante? —vaciló— Sí sabes dónde queda ¿Verdad?

No tenía la más mínima idea de en donde quedaba, aparte, se imaginaba a su madre recibiendo a Adam en la puerta y diciendo cosas desagradables y vergonzosas.

—No, tranquilo, tengo la dirección, yo me las arreglo para llegar.

—¿Segura? Yo no tengo problema en desviarme un poco antes de ir a comer, después de todo, la idea de esta cita es poder conocerte mejor, hablar más contigo.

Carol decidió sentarse en su cama mientras que hablaba con él, perdiéndose en sus palabras y en la idea de que aun ni siquiera estaba segura si en realidad la cita seguía en pie.

—No lo dudo —afirmó— pero —aclaró su garganta— descuida, no creo que tenga problema en llegar. De todos modos, la noche es joven, no tenemos motivos para apresurar nada —dijo, sorprendiéndose a sí misma de lo que podía lograr al hablar con encanto.

—Vale, entonces, no te detengo más. Nos vemos en el restaurante entonces.

—Perfecto. Nos vemos entonces —dijo ella, sonriéndole a la imagen de él que se estaba proyectando en su mente.

—Nos vemos entonces —repitió él, haciendo lo mismo que ella.

—Nos vemos entonces —repitió ella.

Ninguno de los dos quería colgar; le sonreían al vacío como dos tontos mientras que se imaginaban la forma en que se veían sus citas: cómo estaban vestidos o qué tan bien les quedaba. No podían negar que ambos estaban ansiosos de que llegase la hora de compartir el tan esperado encuentro que tenían en mente desde ese mismo día en la mañana.

—Mejor cuelgo, de lo contrario, no podré manejar —agregó él, dando su brazo a torcer.

—Tienes razón, mejor cuelga o no me moveré de aquí.

—Estoy ansioso por verte, Carol.

—Y yo.

Adam colgó antes de que le diesen ganas de decir otra cosa, se guardó el móvil en el bolsillo

interior de su blazer y se subió en su Tesla.

Carolina fue bajando poco a poco el móvil de su rostro hasta dejarlo caer sobre sus piernas. El palpito en su corazón no dejaba de reproducirse en su sien, en su cuello ni en su pecho. Estaba nerviosa, pero a la vez emocionada por aquella cita. ¡De ninguna manera dejaría que se cancelara! Pensó, levantándose llena de ánimos y guardando su aparato en la cartera.

—Esta será una noche memorable —se dijo, viendo al techo de su habitación, con la frente en alto y la autoestima yendo en ascenso.

¿Qué se necesita para que dos personas completamente diferentes encuentren una excusa y puedan charlar? A pesar de no saberlo, no les tomó mucho averiguarlo, ya que un café y un hola fueron más que suficientes.

Adam había empezado el día como cualquier otro. Su plan era exactamente el mismo que el del día anterior y la semana pasada a ese día: salir de su casa con su computador portátil bajo el brazo, lleno de energía para trabajar, junto con el conocimiento de que no importaba cuanto le costase, lo iba a lograr.

Un hombre como él lo tenía todo: dinero, comodidades, lujos y tiempo libre. De hecho, tenía tanto tiempo libre que, el invertirlo en ir durante horas al café, no afectaba en nada el flujo de su vida.

Se desconectaba del mundo cuando iba a la cafetería a intentar escribir. No le contaba a nadie lo que hacía, ni mucho menos se lo preguntaban. Los amigos y conocidos de Adam estaban concentrados en sus propias vidas.

Las pocas veces que intercambiaban palabras y se hacían preguntas del tipo: «¿Cómo está todo?, o, ¿Cómo te sienta el retiro?, e incluso, ¿Qué has estado haciendo últimamente?» los evadía fácilmente con respuestas simples, unilaterales y sin ningún trasfondo.

—No mucho —decía a veces.

—Durmiendo, yendo a fiestas —decía otras, a pesar de que no salía de su casa para ese tipo de actividades.

Incluso, en otras ocasiones optaba por evadir la respuesta con alguna broma recurrente del pasado, una carcajada que se podía traducir en cualquier cosa y que siempre le respondían como si estuvieran sintonizados, cuando, en verdad no tenía la más mínima idea de qué estaban entendiendo ellos al respecto, pero le era útil para salir del paso.

Sus amigos activos en la industria, y los retirados también, invertían su tiempo y dinero en disfrutar de la vida: fiestas, viajes, conciertos, reuniones.

Pero no Adam. Adam no tenía excusas para regresar a ese mundo; si tenía que hacerlo, sería a través de los pasillos estrechos de su memoria. Accedería a esa vida de extravagancia y mujeres exóticas con el uso de las palabras.

Luego de levantarse e ir hasta la ducha, mientras que el agua casi caliente daba con su rostro, sus ideas se fueron ordenando hasta dar con un nuevo enfoque. En los últimos días solamente pensaba en las cosas que había estado haciendo durante años, en su pasado, en su vida, en todo lo que lo había formado y llevado hasta donde estaba ahora; muchas efigies que podría usar en su novela bibliográfica, tantas anécdotas, encuentros con mujeres y personas de todo el mundo. Su trayectoria entera... hasta ese momento.

Como el flash de una cámara, la imagen de Carol se fundió en su pupila y su cabeza. Parpadeaba y ahí estaba ella.

La sutil sonrisa de la chica que le entregó el café se materializó en el ante sus ojos cerrados. El sonido de su voz comenzó a confundirse con el ruido que hacía el agua al golpear sus orejas. Evocó su perfume y reemplazó el aroma del jabón con el que se estaba aseando. La chica del café había conseguido apartarlo de la realidad con tan solo su recuerdo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la mujer que estaba imaginándose.

La chica no le respondió; inmóvil frente a él, solamente sonreía.

La ducha había pasado a ser un despliegue de imágenes confusas del mero recuerdo de una figura increíblemente hermosa que se apoderó de su mente, de su imaginación y de su atención. Salió de allí, secándose a medias con la toalla y caminó hasta el armario pensando en qué debería ponerse para verse lo más atractivo posible para la chica.

—Esta no —dijo apartando una camisa negra de botones.

Pasó varias del mismo estilo, pero de diferentes colores.

—Esta tampoco —afirmó, pasando a la siguiente prenda.

No sabía cuál era la forma más adecuada de vestirse, era de suponer que la chica del café era joven, que seguramente le gustaban los hombres de su edad y que se veían como ella.

De inmediato, se apartó del armario y se aproximó al espejo más cercano. En lo que llegó a este, comenzó a detallar las facciones de su rostro. Con la mano, apartó la piel, rozó su barbilla, se levantó los párpados y sacudió el cabello.

—Maldita sea, Adam, te ves como un anciano —exageró.

La chica del café tenía esas facciones de mujer joven que inspiraba frescura, pureza, algo que no logró ver en sus ojos ni en el contado número de arrugas en su rostro.

—¿Qué habrá pensado de mí ¿Qué soy un viejo deprimente?

Pero solamente exageraba dado a la evidente diferencia de edad. Adam era un hombre de cincuenta y tres años al que, por pura estimación, se le quitaban entre diez a quince. Para él eso nunca había sido un problema, cuando era joven, era fácilmente confundido con alguien menor, lo que le ocasionaba cierta frustración. Sin embargo, mientras se veía en el espejo, imaginándose a la chica del café, tan fresca y juvenil, sentía que el simple hecho de fijarse en ella, era una aberración.

—¿Qué demonios te sucede, Adam? Es solamente una niña. No puedes estar siquiera pensando en tener algo con esa jovencita.

Adam continuó lamentándose por varios minutos mientras que se veía en el espejo hasta que se resignó y continuó con lo suyo.

—Esta no —dijo, pasando la siguiente prenda de su lista— esta tampoco.

Su armario tenía todo lo que un hombre necesitaba, completamente ordenado, con una colección adecuada de zapatos, corbatas, trajes, ropa modesta, casual, para eventos importantes, deportiva y útil para cualquier ocasión. Pero, a pesar de disponer de donde elegir, no conseguía la ropa adecuada.

Tras tardarse un poco más de lo normal y de darse cuenta que estaba perdiendo el tiempo que podría estar invirtiendo en su novela o tomándose un café, cogió prendas de su colección casual de ropa, empacó su computador portátil y salió de su casa.

Un hola y un café, fue lo que se necesitó para que los dos pudieran hablar de nuevo.

El turno de Carol ya había empezado, al igual que el de Adam, sentado como siempre en la mesa que había proclamado suya, y en donde se hallaba esperando a la llegada de la chica del café.

Ansiaba aprenderse su nombre para referirse a ella por quién era realmente.

—Buenos días —dijo Carol, entrando a la cafetería.

El sonido de su voz alertó a Adam, al instante, que la chica del café había llegado.

—Carol, buenos días —respondió Arturo en voz alta desde la caja registradora.

—Con que se llama Carol —señaló Adam, sin modular las palabras para que no pareciera que estaba muy al tanto de lo que hablaban.

—¿Cómo amaneces? —Agregó Arturo— ¿Todo bien? ¿Lista para trabajar?

—Sí —Carolina sondeó el lugar para ver cuantos clientes había y se encontró con el hombre del computador ya había llegado— Estoy lista —concluyó, sonriendo mientras veía a Adam de reojo.

—Perfecto entonces.

—Ve rápido a dejar tus cosas en el casillero, que tu turno ya comenzó.

—Vale.

Adam apreció de reojo la bella complejidad de aquella chica: la forma en que estaba vestida, la manera en que caminaba. Parecía que todo eso era un despliegue de sensualidad y hermosura preparado solamente para que él la admirase.

En ese preciso momento, agradeció a la serie de eventos que lo llevaron a estar ahí, en ese lugar, a sentarse en esa silla, a pensar en hacer lo iba a hacer todas las mañanas a la cafetería; porque, de lo contrario, jamás habría podido llegar a ver aquella belleza de mujer.

Toda una serie de eventos afortunados.

Esa mañana había empezado de manera inusual para ella. Despertarse temprano no era lo suyo, no desde que había terminado la universidad y se había tomado su año sabático. Odiaba con todo su ser escuchar la alarma que interrumpía su sueño para tener que ir a trabajar en una cafetería tan lejos de su cama.

Por media hora le rezongó a la almohada sabiendo que era su obligación levantarse, que debía ser responsable y actuar como una mujer adulta.

—¿Por qué? —se quejó, fingiendo estar llorando— ¿Por qué tengo que levantarme?

Había olvidado por completo el día anterior porque en su memoria solo cabían dos cosas, el ahora y el sueño. Tardó media hora más en levantarse de su cama y comenzar con la rutina del día, durante la cual, no perdió tiempo y se quejó mientras la cumplía.

—Maldita sea, ¿Por qué tengo que trabajar? —se quejó mientras se cepillaba los dientes.

—No es como que necesite el trabajo —dijo, mientras se lavaba el cabello.

—Es decir, sí necesito el dinero del trabajo —reflexionó, mientras se rasuraba las piernas, a pesar de saber que usaría pantalón, que no tenía motivos para hacerlo, pero que le servía de excusa para demostrar su desagrado con el trabajo, al tardarse más de la cuenta.

—Pero no me hace falta trabajar en una estúpida cafetería —agregó, mientras que se quitaba el jabón del cuerpo.

—No quiero ser como Arturo, estancada en ese lugar para siempre sin ningún tipo de plan para el futuro —se quejó, mientras que salía de la ducha y cogía la toalla.

—¿Qué cosa buena podría traerme esa cafetería? No es como que pueda conseguir el trabajo de mis sueños, o hacerme millonaria por tan solo servir café a quien sea que entre por esa puerta.

Pasó de la ducha a su lavado, desenredó su cabello con un peine durante diez minutos, y luego pasó a su pequeño armario.

—Estamos hablando de una cafetería, por favor, es un lugar desagradable —dijo mientras que miraba su ropa y trataba de elegir la que más desgastada se veía; no usaría sus mejores prendas para ir a trabajar— bueno, es un poco desconsiderado decir que es un lugar desagradable.

Cogió una camiseta que alguna vez fue de color violeta, unos jeans que alguna vez fueron azules y no estaban rotos, y las primeras zapatillas deportivas que encontró. Su mente estaba ocupada, concentrada únicamente en quejarse con respecto a su nuevo trabajo; su intención no era conseguir una respuesta que resolviera el problema, a lo contrario, solamente quería escupir veneno sobre su actual empleo.

—No se ve mal, ni huele mal, ni tienen un mal servicio —reflexionó, al darse cuenta que estaba siendo muy dura con el lugar— ¡Pero! —hizo una pausa— no es como que sea el mejor

lugar para trabajar.

Pensó en maquillarse, pero descartó la idea por parecer que estaría comprometiéndose demasiado a una causa perdida.

—Además, a penas llevo un día en el trabajo y no he visto nada que valga la... —y se detuvo.

Por un segundo, se detuvo frente al espejo que tenía al lado de la puerta de su habitación y contempló su apariencia. Estaba poco arreglada, vestida como se vestiría un adolescente de dieciséis años para salir con sus amigos o al centro comercial. No tenía la apariencia de una mujer de veintiocho años; tampoco le importaba tenerla, pero, en medio de esa observación de su aspecto, al ver de frente su reflejo, recordó algo importante.

—El escritor.

La mera mención de su nombre evocó cada uno de los sentimientos que experimentó el día anterior. Las sonrisas que intercambiaron, las miradas que se fueron encontrando de vez en cuando y la idea de que podría tener una conversación con él porque era muy seguro que estuviera ese día ahí.

—Viene todos los días —recordó la voz de Arturo que afirmaba la frecuencia de las visitas del escritor.

No dejaba de verse, desarreglada para los estándares de alguien que tenía el prestigio de llamarse escritor, el de ser alguien importante, tal vez, en el mundo de la literatura. No tenía la más mínima idea de quien era, pero estaba segura que, de seguro, el conocerlo sería lo mejor que le pasaría en la vida.

—Tal vez consigas algo bueno en ese lugar —recordó de nuevo la voz de su madre, refiriéndose a su nuevo empleo.

Se observó de arriba abajo.

—Maldición —se quejó— mamá, tenías razón.

No había manera ni modo de que saliera de su casa de esa forma, con esas prendas rotas y desgastadas para ir a trabajar y dejarse ver por el escritor. Por lo que, casi de inmediato, se zafó de la camiseta que llevaba puesta, se bajó el pantalón estando a punto de romperlo un poco más de lo que ya estaba y casi se cae porque aún no se sacaba las zapatillas deportivas.

—Mierda.

Abrió de nuevo su armario y cogió la blusa más atractiva que tenía, junto un unos jeans prácticamente nuevos que usaba solo para ocasiones especiales de un color azul intenso, unos zapatos que hacían conjunto y que estaban tan cuidados como el resto de la ropa y una bufanda, porque debía hacer algo con su cuello.

Acto seguido cogió el maquillaje, un poco de leche de magnesia que esparció por su rostro para evitar que la grasa del mismo le quitara el maquillaje luego de varias horas, y comenzó a lucirse con sus habilidades para maquillar su rostro sin el uso de productos específicos ni costoso y evitar que se vieran las imperfecciones que solamente ella conocía.

—Ahora sí —dijo al terminar con su trabajo.

Todo estaba listo entonces, para salir al trabajo y exhibirse ante el escritor como la mujer atractiva que era. Por su parte, ella no estaba al tanto de si era un hombre adulto o no.

Hasta donde sabía, se veía como alguien contemporáneo, puede que unos tres o cuatro años mayor; nada de qué preocuparse, así que solamente estaba vistiéndose muy bien para mostrarse ante un hombre que parecía lo suficientemente interesante como para intentarlo. Además, estaba segura de que él también le había comprobado el día anterior, lo que le inoculó cierta confianza.

Ya en la cafetería, dejó su mochila en el casillero, sus lentes de sol y se miró en el espejo del baño para ver si su maquillaje aún seguía intacto.

—Estás hermosa hoy —le dijo a su reflejo.

Una vez dejado todo atrás y empezado en verdad a trabajar, se topó de nuevo con el gerente del lugar.

—¿Listo? —preguntó.

—Sí, todo listo.

Arturo, al fin, había notado que la chica se veía un poco diferente; no era solamente que estaba extrañamente animada a pesar de la conversación que habían tenido el día anterior, sino que se veía incluso mejor que antes. Su perfume estaba más presente, su rostro estaba limpio, atractivo (no había notado que era maquillaje), y su ropa, no se comparaba con los harapos que llevaba puestos el día anterior.

—Te ves diferente —dijo él.

Carol intentaba encontrarse con la mirada de Adam, pero él parecía concentrado en su computadora.

—¿Diferente? —preguntó, sin dejar de ver en dirección de Adam.

—Sí, diferente.

—No vale, para nada —no dejaba de verlo.

Arturo no tardó en darse cuenta de a quien estaba viendo, de lo emocionaba que se veía haciéndolo y de lo curioso que era.

—¿Qué intentas?

—¿Qué? —ahora sí se fijó en él— No estoy intentando nada —mintió.

—Claro que sí, parece que quieres saltarle al hombre del computador.

—Mentira —se rio nerviosamente— nada más estoy atenta a si pide algo.

Arturo levantó la ceja, demostrándole a Carol que no estaba haciendo mucho para ocultar su interés; el mensaje le llegó claramente, por lo que Carolina aclaró su garganta y acomodó sus palabras.

—Digo —vaciló— por si alguien pide algo. Ya sabes, tengo que estar atenta al trabajo.

—Sí, tienes que estar atenta —respondió, siguiéndole el juego.

—¿Algún pedido en cola? —era crucial cambiar el tema de conversación, de lo contrario, terminarían hablando del escritor otra vez.

—De hecho, sí lo hay.

Carolina concibió la idea de que se tratara de un pedido del escritor y que ese sería una perfecta excusa para acercarse a él y saludarle con su mejor sonrisa en el rostro.

—Es de esa chica —señaló Arturo, borrándole el entusiasmo del cuerpo— de por allá. Un mocha helado y un pie de fresa.

Carol observó el pedido decepcionada.

—Está bien —lo cogió y caminó en dirección opuesta a Adam.

Adam no había notado el momento en que ella salió de la cocina, por lo que no tenía pensado levantar la mirada todavía, no cuando había encontrado por fin cómo empezar su historia.

El haberse fijado en aquella chica, el haberla apreciado mientras entraba y salía del comedor, se sintió inspirado para escribir, y empezó así:

* * * *

La primera vez que me sentí atraído por el porno, fue ese momento en el que hallé una revista playboy de mi hermano debajo de su colchón. La había conseguido por mera casualidad mientras que buscaba unas baterías para el control remoto. La punta de una de las revistas que él tenía escondidas, estaba ligeramente afuera, invitándome a sacarla de ahí.

Puedo recordar que no tenía la más mínima idea de qué se trataba. Al principio, simplemente creí que era la caja de una de las baterías que estaba buscando. Pero, en lo que hice mi primer intento de jalarla para sacarla de ahí, me encontré con que era algo mucho más grande de lo que me esperaba, así que decidí jalarla con ambas manos y más fuerza.

En lo que logré sacarla de ahí, el jalón me hizo retroceder y aterricé de nalgas al suelo, con los ojos cerrados y el tesoro de mi hermano en manos.

En lo que superé el golpe, muy silenciosamente porque no debía estar en ese lugar, abrí mis ojos para encontrarme con una hermosa mujer posando de espalda bajándose a medias las bragas frente a un peinador. La modelo de aquella portada era Bebe Buell (nunca olvidaré ese nombre), quien es madre de Liv Tyler. Esa fue la primera vez que vi a una mujer desnuda, de eso estoy seguro y con la que me marqué para toda la vida.

En ese entonces, me enamoré perdidamente de su figura, de su cuerpo; aun no sabía masturbarme en ese entonces, o que mi cuerpo reaccionaba de forma graciosa ante las mujeres. No tenía idea, lo que sentía era una presión en el pecho y un calor que me recorría la espalda; pero desde ahí en adelante, me convencí de que así, cómo se veía ella en esa portada y el resto de la revista del noviembre de 1974, cuando apenas tenía unos nueve años de edad, era como quería que fuera el amor de mi vida.

* * * *

Las palabras fluían de manera natural, no había nada que lo detuviera, simplemente estaba concentrado en su obra como un hombre que creía que su propia historia llegaría a todo el mundo revelando que era una persona realmente profunda.

Era normal que muchas figuras del mundo del espectáculo estuvieran interesadas en hacer sus biografías, parecía una crisis de mediana edad que se encontraba luego de cumplir la edad estimada y que venía siempre con la falta de estrellato.

Pero Adam se sentía diferente a todos ellos, no pensaba que estuviera haciendo algo normal, creí que lo que hacía influiría en el arte y, para lograrlo, sabía que debería hablar de cosas que realmente fuesen relevantes; un pequeño detalle en un mar de problemas.

Sin embargo, su inspiración se vio interrumpida por la mujer que la había motivado.

—Hola —dijo, con una voz segura, intentando dar la mejor segunda impresión de su vida— Buenos días, señor. ¿Desea algo?

Al escuchar su voz, no perdió el tiempo en pensar levantar la mirada porque ya estaba viéndola a los ojos antes de que terminara de hablar. La podría reconocer a una milla de distancia si se diera el caso.

—Hola —respondió él, emocionado por tenerle cerca de nuevo— ¿Cómo estás? —preguntó, con una sonrisa en el rostro, satisfecho y alegre.

A esa distancia, podía percibir mejor el aroma de su perfume, apreciar con mayor detalle la tela de su ropa, de su cuerpo entero, el resto de todo lo demás que la acompañaba e incluso pudo notar que había algo distinto del día anterior. El maquillaje en su rostro (algo nuevo para él) le resultó una adición maravillosa, aunque innecesaria, a su belleza. Estaba encantado por todo lo que la envolvía,

Su blusa blanca de tela delgada que, por la posición en que se encontraba, en contra de la luz que atravesaba la ventana, revelaba la silueta de su cuerpo, aunque solamente un poco, lo suficiente para que él la apreciara.

Carolina optó por responderle con una sonrisa nada más, no quería delatarse, mucho menos ser directa con él, aunque, ciertamente, si le gustó que se lo preguntara.

—Veo que no ha pedido nada todavía —agregó— ¿Quiere que tome su primera orden del día?

Con su voz, lo invitó a hacer algo que iba más allá de una simple orden. Quería convencerlo de que ella era tan interesante como él parecía serlo. Desde su perspectiva, el crear un vínculo con él era crítico; conocerse, hablar un poco, intercambiar números de teléfono, debía hacer lo que fuera necesario para meterse en su cabeza y no dejarlo pensar en otra cosa.

Lo curioso es que eso ya estaba sucediendo.

—Podría ser —Adam le siguió la corriente— ¿Cuál es la especialidad del día?

—Tenemos café con leche, mocaccinos, cappuccinos, café helado...

—¿Y de comer?

—Cupcakes, muffins, galletas, sándwiches, cheescakes, brownies con helado...

—Conoces el menú completo para haber empezado ayer —dijo Adam.

—Tuve un día ocupado, —se excusó— además, no hay mucho que aprenderse, de todos modos. Es un menú un poco estándar, la verdad.

Ambos intercambiaban palabras y sonrisas mientras que se veían fijamente a los ojos. No había nada interesante ni profundo en su conversación, pero, el haber llegado hasta ahí y poder hablarle al otro, era de por sí muy bueno, y lo quería disfrutar.

—No me respondiste —sacó Adam a relucir.

—¿Responder qué?

—¿Cómo estás?

La actitud de Adam no era para nada la de un hombre introvertido, cosa que tuvo que tachar de su representación imaginaria del personaje que le había creado, aunque, tampoco le importaba mucho que no lo fuera. La forma en que hablaba era seductora, atractiva, encantadora; se notaba que era un hombre que sabía hablar con las mujeres.

Con una mirada firme, un tono de voz agradable, y una sonrisa impecable, el escritor le había dado vida a esa conversación trivial.

No le quedó de otra más que sonreír y rendirse.

—Estoy bien, gracias por preguntar.

Sonreían sin control, como si no conocieran otra forma de demostrar que lo que estaban haciendo les gustaba.

—Y —vaciló ella— ¿Vienes mucho por aquí?

—Vivo cerca de aquí, me gusta venir a escribir un rato.

—¿A escribir? —Se emocionó porque había acertado.

—Sí. Un rato.

Carol levantó la mirada y vio alrededor del lugar a través de las paredes de vidrio que conformaban el lugar y buscó alguna casa en el alrededor.

—No hay muchas casas cerca.

—Vivo en las que están en por la colina.

—¿Las grandes casas?

—La más grande.

Adam hizo lo que pudo para no parecer pretencioso ni presumido, aunque a Carol no le importaba mucho eso. Estaba sumida en sus ojos y su sonrisa como para estar prestando atención a la forma en que decía las cosas.

De repente, Adam aclaró su garganta y retomó la conversación inicial.

—Entonces, estás bien —vaciló— me alegro, parecía que estabas teniendo un día complicado ayer —agregó.

—¿Ah sí? ¿Y por qué parecía lo dices?

—Estabas de un lado a otro, un poco cansada.

—¿Así que me estuviste viendo?

Pasaron de ser dos desconocidos a ser cómplices al hablar, ya no eran solo sus miradas o su tono de voz, estaban a gusto el uno junto al otro porque querían que la conversación continuara; se lo transmitían con la mirada.

Le generaba placer conocerla, hablar, observarla; no se sentía atraída por su género o por su belleza que, aunque era una increíble adición a su ya perfecta existencia, no era lo que más le encantaba de ella. Había algo que no le parecía del todo normal y eso le gustaba; de nuevo, le causaba placer.

Un placer meramente intelectual.

Un placer más allá del sexo, del gusto, de la compañía; un placer que había conocido tras años de vivir de la falacia mediática del mismo: el placer en la belleza de la mente. Una persona podría ser hermosa pero nunca podría mantener una conversación con respecto a su belleza si solamente se valía de ello.

Por ahora solamente se conformaba con saber que ella estaba ahí porque quería, e incluso que mantenía la conversación a pesar de tener otros clientes.

—Tal vez un poco.

—Oh —sarcásticamente decepcionada, bajó los hombros y arrugó un poco el ceño— ¿Tan solo un poco? ¿Eso es todo?

De repente, dejaron de hablar. Sus miradas eran más que suficiente para mantener esa plática que tanto les pareciera interesante, porque sabía que, fuera de eso, no tenían otra mejor forma de conversar. Ahí, sonriéndose mutuamente, cada uno interpretó el momento a su manera.

¡Vaya que nos entendimos en tan poco tiempo! Pensó Adam, y eso que fue tan solo con una conversación; no podía dejar de imaginarse qué pasaría si tenían una con los dos sentados y un café para cada uno.

—Debo seguir trabajando —dijo de repente Carol, sosteniendo la libreta en su mano con la que anotaba los pedidos.

Con su sonrisa de satisfacción en el rostro, esperó que Adam dijera otra cosa, tal vez un pedido, (si es que realmente estaba ahí para pedir algo), pero él solamente le sonreía de vuelta, mirándole a los ojos, no dejándola hacer otra cosa; sus pupilas servían de imán para la mirada de ella, atrapándola casi por completo.

—Vale —dijo al fin, parpadeando para romper el hechizo de sus ojos— no puedo discutir con eso.

—Qué lástima ¿No? —insinuó ella.

Se quejó con un suspiro amable, esperó unos segundos más, y dándose la vuelta, decidió continuar con su trabajo. Luego de alejarse un poco de la mesa de Adam, este decidió hablar.

—Oye, espera —le detuvo Adam— me llamo Adam, por cierto —Carol giró un poco su cintura, sin cambiar la dirección de su cuerpo.

—Mucho gusto, Adam —y con una sonrisa, agregó— me llamo Carol.

—El gusto es mío.

Ambos habían conseguido una de las cosas que querían: darle un nombre al otro. Ya no sería la chica del café ni el escritor, ahora eran Carol y Adam.

8

Carolina se fue apartando de aquella mesa con una resolución nueva de la vida. ¿Qué si su mamá tenía razón? Ya no importaba, lo que importaba es que había logrado conseguir algo valioso de aquel trabajo. No sabía si iba a durar, si era siquiera un buen encuentro, pero, mientras que lo pareciera, lo disfrutaría.

Arturo había estado siguiendo la escena desde hace rato. Para él, el que ella se estuviera interesando cada vez más en el hombre del computador no era tan importante, pero, algo le decía que nada bueno podría salir de ahí. No sabía si se trataba de ella, de él o de ambos; poco los conocía ¿Qué podría significar entonces ese mal presentimiento? Él no lo sabía, pero, sí que le preocupaba.

—Pareces que hiciste un nuevo amigo —le interpeló Arturo, para ver si lograba sacarle alguna información.

Las palabras del gerente del lugar la trajeron de nuevo a esa aburrida realidad en la que se encontraba, en la que su trabajo era atender a otras personas y caminar de un lado a otro.

—Este —su sonrisa se fue borrando paulatinamente al ir reaccionando a su entrono— sí, eso creo.

Arturo pudo notar que la pregunta hizo sentir un poco incomoda a la chica. No sabía a qué nivel ni exactamente por qué, pero, de que le afectó, le afectó.

—No bueno, solamente pregunto, no es como que quiera entrometerme en tu vida ni nada.

Sí claro, pensó ella. Si no quería entrometerse en su vida ¿Para qué le pregunto entonces? Carolina no tenía nada en contra de Arturo, no era como que se sintiera a la defensiva con él, a penas y le conocía, no era como que debiera poner en duda su intención de estar al tanto, además, era el gerente, estar atento a todo era su trabajo y, a diferencia de ella, parecía que si lo estaba haciendo.

—Me disculpo si te ofendí —dijo, bajando la mirada y enfocándose de nuevo en lo que hacía.

Carolina hizo el intento de no dejar pasar esa extraña pregunta, pero, en serio que se veía creíble su razonamiento, no tenía motivos suficientes para ser odiosa con él.

—Descuida —dijo después de unos segundos de silencio— es tu trabajo estar atento a todo. ¿Verdad? —le sonrió para calmar el ambiente.

—Ciertamente —Arturo levantó la mirada— supongo —y le dio una sonrisa nerviosa, casi falsa, que Carolina no pudo traducir.

—Y... —no sabía qué más decir, qué hacer o a dónde ir, por lo que decidió cambiar de tema — ¿Cómo va todo? —preguntó, vacilante y de forma extraña.

—Va bien, creo. Estoy haciendo el horario de la semana que viene, revisando unos pedidos de mercancía que deberían llegar hoy en la tarde; nada del otro mundo.

—Vale, vale —comenzó a sentirse incomoda por no saber cómo hacer interesante esa conversación— y —vaciló— ¿Qué más? ¿Llegaste muy temprano hoy?

¿Por qué era tan difícil hablar con las personas? Pensó Carolina, viendo a su compañero de trabajo hacer aquello por lo que le pagaban. Quería poder lograr que viera que no era una mala persona, que solamente, a veces, no era tan sencillo mantener una conversación con un completo extraño. Mientras lo veía trabajar, se preguntaba qué le podría decir para llamar su atención, para hacer más ameno el ambiente laboral entre los dos.

Hasta ahora, no había entablado ninguna relación amistosa con ningún otro empleado de ese café, además él era la primera persona a la que le había hablado en el trabajo, lo que le confería cierto tipo de preferencia a la hora de hablar; si tenía que buscar a alguien con quien compartir durante las solitarias horas de almuerzo, sería con él.

Ya habían roto el hielo del anonimato al verse obligados al tratarse. Por ello, quería tener una conversación saludable con él, además, que Arturo lo había intentado y ella no se portó bien.

—Pero sí, hablamos por un rato —dijo ella, retomando la pregunta que le había hecho él.

—¿Ah? —Arturo estaba concentrado en lo suyo. Se giró y le miró confundido— ¿De qué hablas?

—De Adam —respondió.

—¿Quién es Adam? —preguntó. Arturo había perdido las ganas de hablarle a la chica luego de la mirada desagradable que le había dado tras hacerle esa pregunta.

Si al decirle algo a alguien y esta persona borra su sonrisa como si le estuvieras arruinando el día, entonces, eso significa que no quieren hablar contigo. Arturo sabía eso, y cuando le sucedía, prefería no seguir intentando. Si ella no le quería hablar, él no le iba a rogar para que lo hiciera.

—El hombre del computador. Me preguntaste si había hecho un nuevo amigo y yo no te respondí y bueno...

—Oh, eso —Arturo no quería complicar más la situación— vale, vale, ya sé. ¿Y entonces? ¿Qué más?

—No, solamente hablamos un poco. Nada del otro mundo.

—No tienes que contarme si no quieres, de todos modos, no es como que me importe mucho.

—¿Entonces para que preguntaste?

—Porque aún sigo sin saber de dónde lo conozco.

—¿Todavía con eso?

—Sí, bueno, me da mucha curiosidad, y me gustaría saber qué con él. Además, no conozco a ningún escritor, así que no sé exactamente qué tiene que ver él en todo esto.

—¿En qué? ¿De qué hablas?...

Antes de que continuara la conversación, un cliente de las mesas había levantado la mano, interrumpiendo la plática de los empleados. Carolina se acercó a ella y le atendió con diligencia. Adam, observaba a Carol hacer lo suyo, esperando el momento adecuado para hablarle: le pediría que se acercara y ordenaría algo de las cosas que vendía; una gran cantidad de cosas que fueran capaz de romper el hielo y obligarla a preguntarle qué haría con tantas cosas.

Pero, no veía la oportunidad de hacerlo. No era su intención interrumpir lo que parecía una conversación interesante con el otro empleado de ese café. No sabía qué relación guardaban (nada serio, seguro), aunque no quería parecer descortés. Debía dar la mejor impresión posible, demostrarle a Carol que era un hombre digno para ella.

Durante el rato que le tomó atender la orden, sus pupilas se buscaban como si se tratara de la aguja de una brújula en relación con el norte. Adam levantaba su ceja derecha para demostrarle que la estaba viendo, haciendo muecas con el rostro para hacerla reír o continuar una conversación silenciosa que no había terminado en el momento en que ella lo dejó casi una hora atrás.

Ella le respondía igual, con la mirada, con sonrisas y uno que otro movimiento de sus labios. Trataban de pasar desapercibidos, cosa que a duras penas lograban. A penas y se conocían. Y, la casualidad de su encuentro era un encanto para ambos.

Carol disfrutaba los mohines graciosos de Adam mientras que caminaba y sus miradas se cruzaban. Aquel cliente que le solicitó pasó a ser otro, luego otro y así sucesivamente hasta que

cinco de ellos comenzaron a pedirle órdenes.

De repente, la mañana se activó por completo; todos parecían estar queriendo ordenar algo, ocupándola por completo, pero, durante esos viajes de mesa a mesa, luego a la caja registradora y de vez en cuando a la cocina, sus miradas trazaban un camino que no dejaba de extenderse.

No era nada exagerado, eran simples gestos que servían de catalizador para esa relación en crecimiento. Él lo veía como una forma de mantenerse inspirado, de conocer mejor a la chica que se había robado su atención, mientras que ella lo percibía como un encuentro casual, algo que le animaba la mañana a su propio estilo y que disfrutaba de verdad. Era una distracción sana de todo lo que estaba haciendo y que no le gustaba mucho. Además, el que aquel hombre buscara tener su atención, le hacía sentir un poco importante.

Luego de un rato de enfocarse en su trabajo, regresó con Adam, quien parecía haber terminado con lo que hacía.

—¿En qué nos quedamos? —dijo ella, jadeando en un tono un poco exagerado, demostrando que ya había terminado por ahora.

—Este —vaciló— déjame ver —vio hacia arriba, tratando de acceder al recuerdo de hace un rato hasta que dio con él— ¡Ah, sí! Listo. Sobre el escritor y que no sé qué tenía qué ver él en todo esto.

—Cierto, eso... —hizo una pausa— aja, ¿A qué te refieres con: «en todo esto»?

—No, bueno, que me da cierta impresión extraña que no puedo explicar, es como que... no lo sé. ¿Me entiendes? —Arturo hizo un mohín con la boca de confusión. No lograba encontrar las palabras adecuadas para explicar a qué se refería.

—¿Qué tanto puedes tardar en reconocer a alguien? Parece que tienes mala memoria o algo así.

—De hecho, creo que la tengo. No suelo recordar los rostros de las personas, no presto mucha atención a ese tipo de cosas.

—¿Has ido a un médico? —pregunto Carolina, suponiendo que podría ser un trastorno o algo parecido.

—No —soltó una carcajada— no, nada que ver. Creo que no presto atención a las personas, creo que es porque no me importan mucho, eso creo —repitió.

—Ah, vaya... —no se lo esperaba.

—¿Qué? —continuaba con una sonrisa graciosa en el rostro— ¿Dije algo malo?

—Que no te importan las personas, supongo. No sé, nada más digo —agregó Carol.

—No, bueno, no es como que esté siendo cínico o algo por el estilo, solamente digo que es porque no ando muy atento de todo eso, y por eso creo que no recuerdo a las personas; pero eso es solo mi suposición.

—Es un poco extravagante, la verdad.

—Bueno, ¿Qué me dices de ti?

—Oye, primero terminemos de hablar de una cosa —exclamó Carol— ¿No quieres saber de dónde lo conoces?

—Ciertamente.

—Además ¿Cómo para qué quieres saberlo, de todos modos? ¿Es importante?

—No lo creo, pero no me gusta dejar las cosas sin resolver, pienso que se arruina el orden de las cosas y eso.

—Y ¿por qué no le preguntas?

—¿Qué? —vaciló, se irguió un poco e interpretó una escena— Oiga, señor, ¿De dónde lo conozco? —La miró, juzgando la lógica de sus palabras— ¿Le digo eso? No creo que funcione, ni

que sepa de donde creo conocerlo.

—Um —Carolina comenzó a pensar en diferentes posibilidades.

Se llevó la mano a la barbilla y pensó; como si el problema fuera suyo, concentrándose únicamente en eso, tratando de encontrarle sentido a lo que le iba diciendo. ¿De dónde lo conocía él? ¿Quién es él para Arturo? Estuvo así por casi un minuto hasta que se percató de lo infructífero que era, dado que ella no sabía nada al respecto. Por lo que, cambió su semblante y se fijó en su compañero de trabajo para decirle con la mirada que no tenía nada en mente. No se le podía ocurrir nada porque no sabía qué se le podía ocurrir.

Era un asunto delicado de tratar, es decir, no puedes buscar una solución si no tienes un problema real. El tratar de saber quién es no es un problema del todo, así que, no importaba que opción le diera, era poco probable que alguna de las cosas que le dijera tuviera sentido: ¿Lo conoces de la escuela? ¿Del subterráneo? ¿Lo has visto caminar por la calle?... no había relación, todo era tan probable como no.

Pero se le ocurrió algo que sí podría tener sentido.

—Y —lo consideró de nuevo— ¿Por qué no googleas su nombre?

—Um —lo consideró— puede ser.

—Sí, es buena idea. Colocas, Adam y...

Los dos se vieron fijamente a los ojos, entendiendo lo tonto que sonó eso.

—Sí, no es tan buena idea si hace solo eso.

—Necesito su nombre completo, y para eso necesito hablarle, o pedirle el nombre y, es muy raro que lo haga; no voy a acercarme y decirle: señor, como se llama usted. ¿Cómo es su nombre completo? —dijo Arturo, demostrando lo desagradable que podría ser— ¿Entiendes?

—Yo se lo puedo preguntar —dijo, de forma tan natural que parecía que se le había ocurrido antes.

—Puede ser, puede ser. Pero... ¿Para qué le preguntarás el nombre? —de repente, interiorizó algo— Además ¿Cómo sabes que se llama Adam?

La miró, juzgándola con sus ojos negros intenso. Carolina aclaró su garganta, como si estuviera haciendo algo muy comprometedor.

—Eso no importa —evadió las preguntas— lo que importa es que ambos saldremos beneficiados con esto.

—¿Cómo saldrás tú beneficiada? —preguntó.

—Bueno, yo hablo con él y tú tienes tu nombre. ¿No es genial?

Arturo comenzó a ver a Carolina de cierta forma, como si estuviera evaluando su posición. ¿No es raro que ella quiera hablar con él? No entendía qué tenía de interesante el tío, y, de hecho, de saberlo, tal vez no le daría importancia, pero, era ese mismo misterio de Carol lo que le motivaba a querer saberlo.

—Oh, mira, me están llamando —dijo, señalando a uno de los clientes, utilizándolo como una vía de escape— tengo que trabajar. Hablamos luego —comenzó a apartarse de él— yo averiguaré por ti —dijo mientras se alejaba.

Carolina no tenía motivos para decirle a Arturo por qué quería hablar con Adam. Sí, puede que no fuera gran cosa, pero estaba segura de que no era momento para estar diciéndole a alguien que apenas conocía, sus intereses por los hombres. Como tal, era una mujer que, no precisamente guardaba secretos, pero tampoco iba por la vida divulgando todo lo que pensaba, sentía o le sucedía.

Además, ya estaba sintiendo que la conversación no estaba llegando a ningún lado; lo importante era que ahora tenía, técnicamente, permiso del gerente para entablar una conversación

profunda con Adam, cosa que quería hacer desde que dejaron de hablar horas atrás.

Mientras atendía a los clientes, se fue formulando un plan de acción para averiguar lo que ella y Arturo querían individualmente, pero siempre dando más importancia a sus intereses personales.

Primero conversaría con él de manera natural, aprendiendo de su vida nada más para ella; si Arturo le preguntaba, le diría que estaba recolectando información. Luego, cuando ya pareciera que ya estaban al día, le pediría sus datos, su número de teléfono, su Facebook o su Instagram para tenerlos y, ahí, conseguiría el nombre completo de Adam, casi al final, beneficiando a Arturo.

Sonriéndole a los clientes, más por lo efectivo que iba a ser su plan, los ojos se le iluminaron por completo. No sabía qué quería con Adam, o qué intentaba conseguir al hablar con él, pero, algo le decía que, si realmente se decidía a hacerlo, no iba a perder nada. ¡Totalmente lo contrario!, había muchas posibilidades de que, de hecho, lo sabría disfrutar.

Y fue esa misma idea lo que le hizo sonreír de nuevo aun con más fuerza.

—¿Quiere eso con chocolate, señor? —preguntó, dejando que sus dientes embellecieran sus palabras.

Semanas luego de aquella primera vez, de planear una cena, de conversar y conversar acerca de trivialidades que solo sirvieron para llamar más la atención el uno del otro, Adam estaba esperando a su cita, recostado de su coche mientras que jugaba algo para intentar distraerse.

Las horas pasaban y la batería de su móvil estaba a punto de agotarse, haciéndole pensar que tal vez había llegado muy temprano, o ella iba a hacerlo muy tarde.

A ese punto, ignoraba si Carol, llegaría realmente, si cuando la llamó estaba en realidad saliendo de su casa. ¿Será impuntual? ¿De esas personas que se olvidan de las citas? La mera concepción de esa idea, significaba que la chica tal vez era un poco irresponsable, o, incluso, que se trataba de alguien que no le daba suficiente importancia a la vida.

Era la inquietud hablando, no él. Hasta donde sabía, no habían pautado ninguna hora para encontrarse ahí en el restaurante más que «la hora de la cena», que, para él, era algo universal, tal vez no para ella.

Adam levantaba el brazo y descubría el reloj de su muñeca minuto a minuto buscando saber la hora y descubriendo que, desde la última vez que había hecho lo mismo, solamente habían transcurrido unos cuantos segundos. ¡Oye, tal vez ella no iba tarde, tal vez era él quien estaba desesperado por verla! Pensó, luego de la duodécima vez que levantó el brazo para saber cuánto tiempo tenía ahí.

Su consuelo era el hecho de verla fuera de esa cafetería por primera vez. A pesar de que disfrutaba de las interesantes y apacibles conversaciones que tenían las veces que se podía mientras ella estaba trabajando y él intentaba escribir su libro, sabía que no era suficiente, que necesitaba compartir algo más íntimo, en otro lugar, en otra ocasión; ahora que se daba ese caso, estaba ansioso de que empezara de inmediato.

Para Adam, resultaba interesante todo lo que habría sucedido si no se hubiese decidido escribir su novela en aquella cafetería, si hubiera accedido la ayuda de un escritor fantasma que trabajaría con sus memorias... La causalidad que llevo a su encuentro aislaba por completo todas las cosas que le habían sucedido durante su vida, a un rincón en donde nada más importaba, al que no quería acceder por voluntad propia y en donde no pensaba refugiarse nunca más.

Gracias a eso, fuera lo que fuese, estaba contento, emocionado, inspirado y levantando de nuevo la muñeca porque sentía que había pasado una eternidad desde la última vez que lo hizo.

¿Quién iba a pensar que algo así podría suceder? Sonrió al pensar en ello. Carolina había logrado dejar en él su toque personal, su ingrediente secreto del mejor platillo que había probado en toda su vida.

Por algún motivo nada parecía importar cuando estaba con ella, ni siquiera su novela. Poco a poco sus conversaciones fueron evolucionando a temas más complejos y personales que les permitían acercarse cada vez más el uno del otro; no tocaban temas de su pasado, hasta ese punto, el antiguo trabajo de actor porno seguía siendo un secreto para ella.

Su intención no era ocultárselo, aunque pensaba que no podía simplemente abordarla con algo tan delicado, mucho menos a una persona a quien le tenía tanto aprecio.

Pero, sin embargo, siquiera tenía tiempo para pensar en ello cuando hablaban. Incluso dejando de intentar tocar el tema, se desviaban a tópicos alucinantes, divertidos e interesantes a su manera; para ambos resultaba ser algo sublime, de tal forma, que les alegraba el día a los dos.

Adam, por su parte, una vez dejaban de hablar, quedaba invadido por una sensación tremenda de plenitud que le permitía avanzar en su escrito, de la misma forma en que una persona se hallaba inspirada después de escuchar una hermosa poesía; ella se había convertido en su musa, la poesía que le inspiraba justo después de hablar con él.

El tiempo que pasaron conversando le abrió la puerta de la inspiración, cosa que le ayudó a avanzar de forma considerable en su novela. Su historia tocaba los importantes detalles de su vida (lo que lo llevó a ser actor porno y el tiempo que tuvo siéndolo), pero, luego de unas cuantas hojas escritas llenas de información, de su pasado, de sus pensamientos, comenzó a escribir sobre su presente con ella.

Carolina, a su manera y sin darse cuenta, consiguió su lugar en una historia cuya existencia ignoraba, de un hombre que apenas conocía. Adam estaba tan emocionado con haberla encontrado en aquel momento de su vida, que pensó que, el no hablar de ella en su novela, sería un pecado. Antes de aquel encuentro, no esperaba que su presente figurara, incluso, pensaba hacer de este, un epilogo sencillo al que no le daría mucha importancia; a nadie le importaría el después, le importaba el durante; hasta que entendió que simplemente no podía dejar de hablar de ella una vez que comenzaba a hacerlo.

Luego de aquella cita, escribió la primera vez que la vio fuera de la cafetería:

* * * *

Se podría decir que estaba increíblemente emocionado por verla, o no sé, tal vez solamente era la expectativa; un sueño absurdo que me había formado a la hora de imaginarme lo hermosa que podría ser, lo fantástico que podría resultar encontrarme con ella fuera de esa cafetería, que, aunque estaba agradecido con aquel lugar, no siempre podíamos estar del todo tranquilos.

Supongo que mi emoción se debe a eso, a que nos veríamos al fin solo los dos. En ese momento, no dejaba de pensar en todo lo que podía pasar, en cómo podría ser estar con ella.

A como yo lo veía, no era lo mismo conversar con ella cada vez que le ordenaba algo del menú para que se acercara a mí, que estar sentado en frente suyo y entablar una conversación sin que nadie nos interrumpiera.

Traté de distraerme con un juego que tenía en mi móvil mientras esperaba a que llegara, aunque, me resultó difícil dejar de pensar en ella sabiendo que la vería tan pronto.

Impaciente, veía la hora en mi reloj cada cuanto podía, como si eso sirviera de algo, como si pudiera apresurarla con ese simple gesto. Yo sabía que no tenía coche, así que de cierta forma no era su culpa si llegaba tarde. Me cuestionaba que calle habría tomado, si estaba congestionada, si tenía otra opción, si se fue caminando, qué tan lejos estaba de aquel lugar, por qué no había elegido otro punto de encuentro... en fin, era mi angustia hablando.

Esa misma que me decía que tal vez, si hubiese insistido en ir a buscarla, nada de eso estaría sucediendo; tal vez no estaría esperando como un idiota, o, tal vez, estaría sentado frente a ella apreciando su belleza, su rostro, su hermosura. No ahí, jugando con mi móvil.

Veía la hora de nuevo y me percataba de que no pasaba tanto tiempo como creía.

Y sí, tal vez estaba muy emocionado, (o inquieto) por verla; tal vez por eso no dejaba de pensar en todo.

Los minutos fueron transcurriendo hasta que, luego de un buen rato esperando, advertí la llegada de un taxi que se detuvo a unos cuantos pasos de mí; al principio no pude ver quien lo abordaba, hasta que salió lentamente del coche; allí estaba ella.

Al fin afuera, tuve la oportunidad de ver una de las cosas más hermosas que había presenciado en toda mi vida. La verdad, no creo haber podido imaginarme lo espectacular que se vería, siquiera si lo intentaba; y, no fue sino hasta que la tuve de frente, que acepté que su belleza era de otro mundo.

A pesar de mis años como actor porno, compartiendo con mujeres espectaculares, cada una bella a su manera, no era capaz de decir que había presenciado tal belleza. No se trataba de si tenía las mejores proporciones, si llevaba puesta las prendas más caras; no, era ella. Era Carol quien hacía que todo se viera mejor, que cada segundo de espera valiera la pena incluso si hubiesen sido días o años.

El vestido que usaba, dibujaba una silueta perfecta que se escondía casi por obra de magia en sus otras prendas. Sé que me había encantado antes por la forma de su cuerpo, pero, esta vez parecía ser diferente; no lo sé, incluso mejor.

No sabría explicarlo con palabras, porque, no había nada en ella que fuese anormal, fuera de lo común. Era un vestido negro, corto, escotado al frente, elegante, seductor, sencillo. No adornaba su cuerpo, ella adornaba el vestido; habría podido usar cualquiera y conseguir el mismo resultado: lograr que ese pedazo de tela se viera espectacular.

No tenía necesidad de imaginármela de otra forma, siquiera desnuda, porque sentía que, a su manera, había logrado la perfección.

Su cabello suelto, sus labios pintados, cómo se veía con tacones y la manera en que caminaba... todo era un espectáculo para los ojos de cualquier maldito mortal que pudiera verla desplazarse con total elegancia. Sí que estaba encantado de verla, de saber que esa chica estaba ahí por mí. Me imaginaba a los demás mirarme con envidia cuando entrase en aquel restaurante que no se ajustaba a su esplendor, que era un simple cuchitril en comparación con todo lo que ella representaba.

Y así se veía, tal vez mejor, tal vez una pequeña representación de lo preciosa que es, pero, sin duda, estaba tan hermosa como siempre. En lo que se percató de que estaba ahí, me regaló una sonrisa que iluminó su rostro y mi corazón al mismo tiempo.

En ese instante, creo que entendí que me estaba enamorando de aquella chica, y que, sin lugar a duda, era, por lejos, lo mejor que me había pasado en la vida.

Pero no había sido lo único que entendí.

Viendo cómo se acercaba a mí, con su sensualidad, su dulzura, con la belleza que la precedía y antecedió, entendí que me estaba comportando como un idiota. Sí, me estaba enamorando de aquella chica, pero, no dejaba de lado el hecho de que era una chica; veinticinco años de diferencia, esa es una vida entera.

En ese momento me sentí fuera de lugar; nada tenía sentido. Al final, sabía que aquello no iba a funcionar, pero, sin importar qué, estaba seguro que todo lo que pudiera hacer con ella valdría la pena.

* * * *

Carolina observó de lejos a Adam. Los dos se iban acercando poco a poco, sonriéndose mutuamente. Estaba nerviosa, cuestionándose si en realidad estaba bien vestida para la ocasión a pesar de ver que el hombre con quien había estado hablando todo ese tiempo, lucía un traje que lo hacía ver como todo un caballero respetable.

Siempre que lo veía, llevaba ropa sencilla, nada comparado con la forma en que estaba vestido en esa ocasión. Supuso que el coche del que estaba recostado era suyo, el cual se veía realmente costoso, como la ropa que llevaba puesta.

¿Estaré acorde a él? Se preguntó, mientras que se iban acercando cada vez más.

—Te ves hermosa —le dijo Adam, luego de darle un beso en la mejilla para saludarle.

—Gracias —respondió ella, insegura de si era cierto lo que decía.

Sonrió, un poco apenada; no había salido con algún hombre en mucho tiempo, y con quien lo hizo la última vez, no había sido tan amable como él.

—¿Qué pasó? —Adam sintió que algo estaba pasando, como si hubiera dicho algo inapropiado— ¿Qué dije?

—Nada, es solo que nadie me había dicho eso.

Situaciones extremas, requieren medidas extremas.

—¡Qué! —exclamó, en un gran grito que la aturdió por completo y llamó la atención de las personas a su alrededor— ¿Cómo que nadie te ha dicho que te ves hermosa? —le parecía absurdo, la belleza debía ser apreciada, contemplada y felicitada cada cuanto fuera necesario— Es imposible.

Carolina miró a su alrededor, avergonzada por el repentino grito de Adam, uno que no se

esperaba, que simplemente rompió por completo el molde. Le pareció exagerado, no de forma negativa, pero sí exagerado.

—No grites —le motivó a bajar la voz, observando como de repente las miradas de los demás se posaron en ellos— que nos están viendo.

—¡No importa! —dijo él— Encuentro inaudito que no te hayan dicho jamás que eres hermosa.

Adam, pasó de ser un hombre completamente sereno a alguien que ella nunca había visto. Para su sorpresa, se dio la vuelta, buscó algo con la mirada y, cuando pareció haberlo encontrado, fue a su búsqueda.

Ella no se esperaba nada de eso, se quedó ahí parada como una tonta observando lo que Adam hacía, avergonzada, dejando que su timidez superada en el pasado, apareciera y se apoderara de ella de nuevo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué intentaba? Luego de aquel grito nada parecía tener sentido, ¿Qué demonios está sucediendo? Se preguntaba ella. En menos de unos cuantos segundos frente a él, y ya todo parecía ir a su propio ritmo, sin preocuparse de lo que Carolina podría estar haciendo ahí.

No conocía esa faceta de Adam, claro, tampoco era como que lo conociese del todo. Lo siguió con la mirada, preguntándose qué estaba haciendo; observó cómo se acercó a uno hombre que estaba pasando por el lugar, la señaló, y luego se acercó lentamente en su dirección junto con él, supuso que definitivamente le faltaba mucho por descubrir de Adam.

—Vamos —dijo él— cuénteme, buen hombre —se detuvieron los dos frente a ella, haciéndole sentir un poco incomoda— Observe a esta chica...

El hombre le dio una rápida mirada de arriba abajo; quien le sostenía el brazo parecía una persona sensata, después de todo, le pidió amablemente que se acercara para darle su opinión acerca de la chica con la que estaba. No sabía por qué, para él, aquella mujer era espectacular, no cabía duda, pero, cuando te ofrecen cien dólares para dar tu opinión, no siempre te resistes.

—Bueno —dijo el hombre.

A Carolina le latía el corazón a todo vapor. Miraba a Adam a los ojos, preguntándole con la mirada de qué se trataba todo eso; se sentía humillada, ¿Por qué hacía eso?

—Vamos, dígame —agregó Adam, motivando al hombre a dar su opinión— séame honesto... —vaciló, dándose cuenta que no era lo que quería decir— no, sea honesto con ella.

Adam le sonrió a Carol, dándose cuenta que estaba cruzando una línea entre lo sensato y la locura, e intentó acomodar la situación. Trató de explicarle con los ojos que no se preocupara, que todo iría bien y que escuchara lo que tenía que decir.

—¿No piensa usted que es una mujer hermosa? Que lo que lleva puesto es simplemente un adorno para su belleza. ¿No piensa que alguien cuerdo debería de decirle que es espectacular tal cual es? ¿Qué no hay forma lógica de que nadie pueda ignorar tal esplendor, tal espectáculo de hermosura?

Las palabras de Adam iban adornando, a medidas, ese vergonzoso momento.

—Estamos hablando de una chica a la que nunca le han dicho que es bella —continuó.

—¿Qué? —exclamó el hombre— ¿Nunca te han dicho que eres hermosa? —preguntó, dirigiéndose a ella directamente.

Carolina no tenía las palabras para responderle, así que solamente negó con la cabeza, completamente avergonzada.

—Esto es imposible —dijo el hombre extraño.

—¿No te digo yo? —dijo Adam.

—¿Cómo que nadie te ha dicho que eres hermosa?

—No lo sé —logró decir ella— Solo no lo han hecho.

—Pues me parece una locura —dijo el hombre extraño— No cabe duda que eres realmente atractiva y —se zafó de las manos de Adam y se acercó un poco a ella, no tanto como para invadir su espacio personal— créeme, no importa lo que diga, tú eres una mujer espectacular. No lo olvides. Sé que no te conozco, pero supongo que si eres tan bella por dentro como lo eres por fuera, nada de lo que se haga en tu nombre podrá ser tomado como una locura sin sentido.

Adam asentía con la cabeza, sonriendo, afirmando que las palabras de aquel extraño (mejores de lo que se esperaba), habían tocado todas las notas adecuadas y que tenía razón.

—Gracias —dijo ella, un poco apenada y alagada a la vez.

—Ha sido un placer, en serio. —Le sonrió a ella, le dio un apretón de mano a Adam y se fue, sin más nada que agregar.

Los dos se le quedaron viendo mientras se iba alejando hasta que cruzó la esquina que iba a cruzar antes de que Adam le interpelara. En lo que desapareció, en lo que las miradas de todas las personas ya no estaban sobre ellos, Carolina reaccionó.

Estaba en una combinación de emociones que iban desde furiosa a encantada al mismo tiempo. Y, así tan confuso como se sentía, reaccionó.

—¿Qué demonios fue eso? —exclamó, pegándole con la cartera en el pecho— ¿Estás loco? Eso no se hace, fue muy vergonzoso.

No dejaba de pegarle con la cartera mientras hablaba, recitando cada sílaba en una pausa individual a la vez que su bolso de mano le hacía un mínimo de daño al pecho de Adam. Él, por su parte, se reía de lo sucedido. Se sentía que estaba un poco molesta, pero, en el tiempo que tenían hablando, habían desarrollado una confianza lo suficientemente estable como para sobrepasar ese momento vergonzoso.

—Eso, no, se, hace —repitió— no puedes, simplemente, traer a alguien para que diga cualquier cosa a la chica con la que estás —no dejaba de golpearle— eso, no, no, y no, se hace.

—Lo sé —decía Adam entre carcajadas— pero, es que creí necesario hacerlo.

—No, no se hace, Adam, no, se hace.

Cuando supuso que ya era suficiente, le cogió el brazo y la detuvo.

—Lo siento —dijo, aun con una sonrisa— pero es que te ves increíblemente hermosa, y no había otra forma de demostrártelo; tal vez no me creerías si yo te lo decía —se inclinó un poco— y parecía que no me estabas creyendo y yo quería que lo supieras.

—Pero, yo —Carol estaba dejándose llevar por la forma de hablar de Adam, era sugerente capaz de hacerla sentir intimidada y convencida a la vez— no tenías que... —vacilaba sin saber qué decir— no debiste...

—No lo volveré a hacer —dijo Adam, con un tono de voz calmado y amable— no volveré a hacer que más nadie te hable si tu no lo quieres.

—¿Seguro? —preguntó, queriendo confiar en él.

—Claro que sí.

Poco a poco Adam se acercaba más y más a ella, dejando un pequeño espacio entre sus rostros; le permitía a ella sentir su respiración, embriagándose con lo profundo de su mirada. Por un momento pensó que le daría un beso, que sería la primera vez que tocaría los labios de un hombre al que realmente querría besar, y que, seguro sería encantador.

—Está bien —dijo, dejándose llevar más y más.

Adam no dejaba de verla a los ojos, y ella tampoco.

Se le había olvidado por completo lo que acababa de suceder, no importaba, no ahora que lo tenía tan cerca.

—Creo que mejor entramos —dijo él, interrumpiendo el momento.

Esperó unos segundos y luego se apartó.

Carolina tardó unos segundos antes de reaccionar y darse cuenta que perdió la oportunidad de besarlo en ese momento. Tuvo que superarlo rápidamente porque Adam le cogió de la mano y comenzó a guiarla a la puerta del restaurante.

* * * *

Sé que hice mal al pedirle a ese hombre que le dijera lo que le dijo. Tal vez no debí haberlo hecho, quedarme con esa y continuar diciéndoselo hasta que lo creyera, pero, es que lo creí necesario. Carol debía saber de la boca de otra persona que estaba realmente hermosa, que nada podría competir con su belleza y que, si no se lo decía a tiempo, no sería lo mismo.

Por fortuna, aquello quedó en el pasado tan rápido como sucedió.

Luego de eso, fuimos al restaurante y pedí la mesa que ya había reservado con antelación. El hombre que nos atendió, habiendo reconocido que iba con una mujer realmente hermosa, nos llevó hasta nuestro lugar y nos ofreció algo de beber.

Me había dado cuenta que Carol estaba un poco nerviosa, no supe al momento por qué, pero, quería que ese momento fuera tan especial como parecía serlo. Quería poder hablar con ella de cara a cara sobre cosas que no habíamos podido tocar en la cafetería porque tenía que atender a otras personas o porque no se podía sentar conmigo en la mesa. Esta vez la tenía solo para mí y, no había forma de que nos quedáramos callados viéndonos al rostro.

* * * *

—Lamento ser una molestia, y que tal vez parezca un necio medio loco, pero no puedo evitar decirte que realmente te ves hermosa —dijo de nuevo Adam, sintiendo que todo lo que había sucedido ya no había sido suficiente.

Carolina le sonrió, cogiendo la carta que le habían entregado y enterrando sus ojos entre las palabras del menú intentando no sonrojarse.

—Gracias —dijo ella— pero no tienes que seguir diciéndomelo, me hace sentir un poco extraña.

—Lo siento, no quería incordiarte.

Carolina levantó la mirada, suponiendo que las palabras que usaba Adam eran un poco extrañas.

—No te preocupes, olvidemos lo que sucedió y sigamos con nuestra cita —propuso— quiero

divertirme hoy, y quiero pasarla bien contigo.

—Yo también.

Carolina le sonrió de nuevo, suponiendo que la conversación había terminado.

—Ahora, concentrémonos en pedir. —Bajó la mirada y continuó leyendo el menú.

Adam no apartó sus ojos del rostro de Carolina, sintiéndose realmente afortunado de tenerla ahí en frente. Era una locura, era su locura.

—Vale —asintió él.

—¿Sabes qué vas a pedir? No quiero pedir algo muy costoso, tal vez pida esto —dijo, viendo el nombre más simple del menú, suponiendo que sería el más económico.

—No te preocupes, pide lo que sea, no importa el precio.

—Pero...

Adam extendió su brazo y bajó la carta que tenía Carol en la mano, obligándola a levantar su mirada.

— Pide lo que quieras, el dinero no es un problema.

Estaba tan seguro de sus palabras, que parecía que no había motivo alguno para contradecirlo.

—Está bien.

Y entonces pidieron. Adam y Carol superaron a su manera un silencio que les prometía que esa sería una velada incomoda, dejando de lado sus inquietudes, sus inseguridades, los «tal vez» y los «quizás», para darle paso a un encuentro interesante entre dos individuos.

Luego de un rato de haber empezado a comer, la conversación pasó a ser un poco más fluida, hablaron de las cosas que les gustaban, de los lugares a los que habían ido y la comida que habían probado. Bromeaban entre los dos de asuntos que no tenían nada que ver con lo que estaban haciendo, dejándose llevar por el flujo de sus palabras.

Se entretuvieron por un buen rato entre copas de vino y bocados cortos para no interrumpir demasiado sus palabras. Estaban encantados con el encuentro que habían esperado mientras conversaban en la cafetería, desando tener más tiempo, más espacio, estar realmente a solas y no tener ningún tipo de distracciones que arruinaran su momento.

No había excusas para dejar de hablar, para dejar de mirarse, ella no estaba trabajando, y él no tenía por qué desviar su mirada para enfocarse en la computadora.

—Adam —dijo de repente Carol— he querido preguntarte desde ya hace un tiempo al respecto, pero sentía que era un poco personal para hacerlo.

Esa extraña selección de palabras le hicieron suponer que tal vez, podría saber algo acerca de su pasado, que, aunque no era un secreto, no quería que fuese un problema.

Trago con dificultad el bocado que se había llevado a la boca y luego respondió.

—¿Sí? Pregúntame lo que sea —dijo, tratando de parecer sereno, aunque tenso, con los hombros rígidos y ligeramente levantados.

—¿Qué tanto escribes en la cafetería? —se apoyó con sus codos sobre la mesa, y con ambas manos sosteniendo su barbilla.

Justo en ese momento se sintió aliviado; era bueno que no fuese esa la hora en la que hablarían de su trabajo, por fortuna, todo parecía ir de maravilla.

Aclaró su garganta y bajó sus hombros.

—Nada importante, una pequeña novela que intento escribir.

Puede parecer raro que durante todo ese tiempo en el que estuvieron hablando no habían tocado jamás el tema de la computadora que siempre estaba presente en sus encuentros, pero, una vez se entiende que ambos se sentían tan a gusto con el otro, no había otra forma de verlo más que darse cuenta que los dos hallaban la forma de entretenerse con cualquier tema.

Carolina arrugo el rostro de emoción. No había dudado que fuera escritor, una que otra vez había visto de reojo lo que había en la pantalla de su computador sin lograr detallar lo que decía,

pero, ahora que se lo confirmaba, todo parecía mejor.

—¿Y qué escribes? —preguntó, evidentemente interesada.

Para Adam era un poco incómodo hablar al respecto. No se consideraba un escritor y ni siquiera sabía si era uno de los buenos (siquiera de los que por lo menos lo intentaban), y el que ella se lo preguntara, le dejaba en una posición un poco desconcertante. ¿Qué podría decirle al respecto? No podía mentirle, sería ridículo hacerlo, y si le explicaba a fondo todo, se vería obligado a contarle de su vida como actor porno.

¿Y eso qué tenía que ver? Preguntó de repente a sí mismo, suponiendo que no debía sentirse avergonzado de ello. Resolvió concluir que no podía contarle a la chica al respecto porque no era el momento adecuado, que eso traería preguntas, que el esperar para decírselo no era lo mismo que ocultarle o mentirle, siquiera contaba como evadir la verdad. Tal vez después que fueran más cercanos; en ese momento en que él pudiera ver que ella no lo tomaría a mal.

La veía y pensaba en todas las cosas que podría decirle, en lo que eso podría hacer a su velada y a su incipiente relación.

—Nada del otro mundo, solo estoy trabajando en un proyecto personal.

—¿Y de qué trata?

—De mí, son mis memorias.

Carolina no parecía perder el interés en el tema; era de esperarse que en cualquier momento se tocara, pero, eso no quería decir que él se hubiera preparado para ello.

—Que genial ¿Y desde cuando escribes?

—Desde hace poco, no quería llegar a los sesenta si haber cumplido mi sueño de escribir, aunque sea un libro.

—Oh —dijo Carolina, sentándose bien en la silla e irguiendo la espalda— entonces no eres un escritor como tal.

Adam sintió que había perdido por completo eso que lo hacía interesante para ella. Tal vez solamente se había acercado por eso, y, concebir esa idea, le hizo sentir un poco inútil.

—Bueno, supongo que no —vaciló. Se quedó en silencio, bajando la mirada y tratando de encontrar el interés perdido en la comida sobre su plato. Al parecer, había perdido el interés que Carolina tenía en él— lo siento.

Lo dijo con toda la honestidad que podía sacar de su pecho. No sabía por qué Carolina se había acercado a él en primer lugar, pero ahora que había notado su actitud, lo entendió de inmediato.

—Supongo que no soy tan interesante ahora...

Adam, dándose cuenta que la comida ya no sabría tan bien ahora, dejó caer los cubiertos y se limpió la boca con la servilleta. Durante ese breve instante en que Carol estuvo en silencio, él armó su propia escena de desamor. El silencio de la chica que tenía en frente, decía mucho al respecto y él, que no perdía tiempo en suponer cosas, supuso lo peor.

—¿Qué? —exclamó Carol.

Levantó la mirada y se percató del aura de depresión que rodeaba a Adam en ese momento. Se veía tan triste que se dio cuenta de lo mal que habían sonado sus palabras. No era esa su intención.

—No, oye, no es lo que quise decir —se excusó— no me gustas porque seas escritor —confesó— me gustas y ya. Solamente dije eso porque supuse que habías sido un escritor toda tu vida, aunque me parecía un poco absurdo que lo fueras y no te conociera, más aún cuando pareces que tienes todo resuelto en la vida —pensó en el coche que había visto a las afueras del restaurante, uno demasiado lujoso para alguien que vive como escritor y no es reconocido— de serlo debías ser uno extremadamente famoso.

Adam fue recuperando poco a poco su confianza, a la defensiva para no caer de nuevo en ese estado de ánimo.

—¿Qué tiene eso que ver con que no sea escritor, entonces? —Preguntó Adam, con la confusión tatuada en el rostro.

Carolina sonrió despreocupada, segura de que podría resolverlo todo con una simple explicación.

—Nada importante —afirmó— es que como me considero a mí misma una fanática lectora, el que fueras escritor, y de paso fueras exitoso, me decía que había alguien que trabajaba de lo que me gustaba que no conocía. Aunque fuese incluso nada más conocer tu nombre, el no hacerlo suponía que algo estaba haciendo mal.

—Entonces —Adam no entendía del todo— por qué dijiste eso de esa forma.

—¿Qué?

—De que no soy escritor, como si te estuviera decepcionando.

—¿Así sonó? —trató de fingir demencia, sonriendo confundida.

—Sí, como si me estuvieras hablando solamente porque era escritor.

—Oh —exclamó— no, no, no, no —sus palabras se hicieron más suaves, como si estuviera lamentándose de haberle pisado la cola a un perro que estaba dormido— no creas eso. Lo siento, no fue mi intención hacerlo parecer así.

—¿Segura? —se cuestionó él.

—Sí, en serio. En realidad, me interesas, y no es porque seas un escritor. — Eso dices...

—Claro que eso digo —vaciló— lo único que no encajaba para mí era que, si tenías tantos — lo señaló de arriba abajo— recursos; pensaba que se debía a que eras famoso.

—No, nada que ver.

—¿Entonces?

—Herencia de familia. Tengo lo que trabajo y lo que mis padres me dejaron. Más o menos eso.

—Ah —comprendió— eso explica mucho.

Adam se quedó viéndole fijamente, enterrándole su pupila en el rostro, evaluando si decía la verdad, tratando de entender lo que había sucedido y recuperando poco a poco la confianza que había perdido con una simple confusión. Quería creerle, sacar de su cabeza ese mal trago que se había dado al sentir que ella no estaba del todo interesada en él, hasta que recordó algo que había pasado de largo, que, por sí solo, logró hacerle sentir de maravilla.

—Entonces, me dices que te gusto.

Su confianza se disparó hasta las nubes como si se tratara de un cohete. Su tono de voz orgulloso, cautivador y seductivo; adornándolo con un sutil movimiento de su ceja izquierda hacía arriba una sonrisa de galán, supuso en ella, todo lo que había supuesto durante días.

Logró calentar su cuerpo y su mente de tal forma que no supo que responder. Creyó que había hecho caso omiso de sus palabras y que tal vez podría mantener una actitud fría ante el hecho de decirle, tan apresuradamente a alguien, que le gustaba. Ella sabía que no era el secreto mejor guardado, pero, tampoco era su intención parecer que ya él tenía todo ganado en ella.

—Digamos que sí —dijo, tratando de desviar su atención, pero, Adam, ya había asimilado sus palabras.

—Yo creo que es un sí definitivo.

Y enterró su pupila en la de ella. Las miradas estaban sincronizadas, saltando de un ojo al otro tratando de enfocar las emociones que querían transmitir. No había manera de escaparse de ese encuentro. Ella ya había confesado su atracción por él y, Adam, no era precisamente el más adecuado para ocultar lo que sentía por ella.

Se fijaron uno en el otro como llevaban haciéndolo por semanas, aceptando de una vez por todas, que entre los dos había algo. El sonido del silencio tradujo a la perfección sus pensamientos, aclarando algo más que solo una mirada; la situación dejó a Carol sin armas para defenderse, obligándola a aceptar su derrota; una sonrisa bastó para confirmar lo que sentía.

Una cena agradable, justa y a la vez perfecta, dejó a dos personas con un sentimiento alegre y cálido.

Adam, ignoraba en su totalidad lo que se sentía disfrutar algo de la forma en que disfrutó estar con ella. Era un sentimiento muy diferente a cualquiera. No había nada con qué compararlo, ni nada que pudiera superarlo hasta ahora. La sensación de calma, de completión, de realismo mágico que traducía de su encuentro, inyectándole una hipérbole positiva a su forma de ver la vida cuando estaba a su lado, mejoraba todo por completo.

Carol estudiaba la situación más de lo normal, queriendo asegurar que todo lo que había pasado en las últimas horas era tan bueno como parecía. El tenerlo de frente y conocer cosas que no se habrían presentado estando sentado en una cafetería, demostraban por lejos que aquella decisión que tomó al aceptar la cita de un completo extraño (parcialmente), había sido la mejor que había tenido.

Conversó con Adam como no había conversado con ningún otro jamás, enterró su mirada en la suya de manera tan intensa que parecía que no querría despegarse nunca de él; se abrió por completo con alguien que apenas conocía sin pensar en si estaba apresurando las cosas. Todo parecía estar marchando de la mejor manera, de la forma adecuada y a su justa medida.

El platillo se iba acabando, agotándoles las excusas para bajar la mirada, para mantener el silencio tan agradable que venía luego de una sonrisa o un coqueteo sutil. Las palabras comenzaron a sobrar en el momento en que sus sentimientos se fueron aflorando. Nadie podía descifrar que estos dos personajes de la vida, iban a encontrarse, mucho menos, a sentirse de la forma en que lo hacían; ellos, sus allegados, ni el conjunto de personas a su alrededor ¡La vida misma! era ajena a su afecto, tanto como ellos eran ajenos a la existencia mientras estaban uno junto al otro.

Se veían y lo entendían de inmediato; las miradas, las sonrisas, la facilidad con que traducían todo. En tan poco tiempo se hicieron responsables de su felicidad, o de su interpretación de esta. No querían discutirlo, querían disfrutarlo.

Luego de una entrada, un principal, un postre y unas cuantas copas de vino, las silabas debían unirse para poder comunicar sus pensamientos más complejos.

—¿Te gustó lo que ordenaste? —Adam pensó en la pregunta más simple que pudo haber existido en la historia de las preguntas; no quería parecer un tonto ni mucho menos arruinar la vibra que estaban teniendo los dos.

—Me pareció estupenda —respondió Carolina, siguiendo el mismo flujo de idea que él.

Ambos compartían esa capacidad intuitiva de entender lo que el otro quería. No estaban al tanto de ello hasta que lo ponían en práctica, se sentían conectados de una forma atípica, lo que les hacía pensar que lo suyo era algo que simplemente debía suceder.

—¿Y la tuya? —agregó.

—Me gustó.

No quería decir más de lo necesario. Ese silencio acogedor que nada más se conseguía con el verdadero compañero en la vida, con el que disfrutas algo y sabes que no tienes que arruinar el momento con ideas fútiles, preguntas tontas o pensamientos absurdos porque, la armonía que comparten al estar en sintonía, en que no tienen que comunicarse nada porque lo saben, era algo

que no había experimentado con ninguna otra persona jamás. Estaba a gusto con esa idea, con eso que parecía necesitar, pero no sabía que así era.

Pensó en decir que ya había comido ahí cientos de veces, hasta que pensó que el hacerlo arruinaría algo, no sabía qué, pero un hormigueo en el diafragma le hizo suponerlo.

—Estuvo maravilloso —vaciló— y la cheesecake, estaba más que perfecta.

—Sí —asintió, bajando la mirada para asegurarse que el plato estaba limpio, cosa que le sorprendió demasiado— no esperaba que supiera tan bien. Creí que sabría a parmesano o algo por el estilo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No habías comido cheesecake antes?

—No, esta es mi primera vez —respondió, sonrojándose un poco, a causa de la ironía de sus palabras; su primera vez.

¿Quién diría que estaba dispuesta a dar cualquier paso? Pensó, suponiendo qué era capaz de lo que fuera.

—¿Y por qué no me dijiste? Pudimos haber pedido otra cosa —Adam parecía legítimamente preocupado por la integridad del postre, simplemente no se hacía eso cuando lo que se busca es disfrutar.

—Es que como había sido lo que tu habías pedido, no quería contradecirte ni nada —aseveró Carol, con una mirada salpicada en culpa.

—Pero si querías probar otra cosa, me hubieras dicho —le miró con los parpados bien abiertos, proyectando su preocupación— te dije que podías pedir lo que quisieras.

Carol bajó la mirada, sintiéndose amedrentada por las palabras preocupadas de Adam, para luego levantar el mentón con elegancia, y cambiando el semblante por el de una persona segura. ¿Qué importaba? Pensó, le había gustado, en contra de cualquier pronóstico, así que ¿Qué demonios importa?

—Pero me lo comí —dijo— y me gustó —aseveró— así que no hay nada de malo en eso.

Asintió con la cabeza, adornando su hermoso rostro con una sonrisa segura.

—Hasta creo que puede ser mi postre favorito, de ahora en adelante.

A Adam le costaba creer eso, no quería suponer que le estaban mintiendo para que se sintiera mejor, pero, tampoco quería cuestionar a Carol; Carol era lo mejor que le había pasado, cuestionarla era como cuestionar algo axiomático, no por ello imposible, pero estúpido cuando se sabe que se es un ignorante cualquiera.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella— ¿Acaso no me crees? —sonrió, como si fuera inaudito— ¡Es en serio! Sí que me gustó, no te estoy mintiendo.

Adam solamente torcía el labio a un lado de su cara, cuestionando a medias, en un intento absurdo por hacerlo y no hacerlo a la vez.

—No lo sé...

—¿Por qué no me crees?

—Porque no sé si lo estás diciendo para que no me sienta mal por pedir algo que no te gustaba.

—Pues lo siento mucho, mi amor —dijo Carol— pero no voy a terminar de comerme algo si no me gusta.

La forma en que le habló a Adam, no le dejó lugar alguno para una respuesta.

—Um —vaciló— si tú lo dices.

—Sí —aseveró, irguiéndose y asintiendo con fuerza— me encantó.

Adam y Carol decidieron dejar el restaurante, minutos después de aquella conversación. Carol insistió en coger un taxi para su casa y no hacerlo conducir de ida y de vuelta innecesariamente

cuando podía simplemente extender el brazo y pedir que la llevaran.

Luego de una conversación compleja acerca de lo tonto que sería pagar un taxi teniendo él con qué llevarla, aceptó su propuesta y abordó su coche.

Adam y Carol fueron hasta el condominio de ella en donde se quedaron unos segundos frente a la puerta.

—Fue una noche estupenda —dijo Carol— me encantó salir contigo.

—A mí me encantó más —Respondió Adam, sonriendo de la satisfacción— Espero podamos salir pronto.

—A mí me gustaría lo mismo.

Ambos ignoraban lo que debían hacer después; para él, no había momento previo a entrar a la casa de alguna mujer, y para ella, simplemente no había momentos como ese. Los dos se quedaron en silencio ya que no querían dar la última palabra, despedirse y demostrar que uno de los dos quería irse, cuando, en realidad, ninguno quería hacerlo.

Querían immortalizar cada segundo de ese momento para atesorarlo hasta el final. Fuera lo que fuese que hicieran después, simplemente no importaría, ya que, desde que ambos salieron de sus casas hasta ese instante de la despedida, todo había sido una maravilla.

Intentaban decir algo, pero de inmediato eran interrumpidos por el otro; la intención era lo que contaba, pensaron, aunque, no se decidían a dejar de hacer las cosas para mantener la calma, para mantenerse dispuesto a hacer todo lo que querían, porque, de alguna forma u otra, nada era lo que querían hacer. El silencio era la mejor forma para demostrarlo; sonrisas nerviosas, gestos curiosos que demostraban un ferviente deseo por acercarse más, por verse mejor a los ojos.

Sus manos estaban cada vez más juntas, sus pechos cada vez más cerca. ¿Un abrazo, quizás? ¿Un beso en la mejilla? No sabían cómo traducir aquel sentimiento que los detenía por ese instante, que los dejaba completamente inútiles, desesperadamente inquietos. Podría parecer uno de esos encuentros incómodos con alguien a quien no sabes cómo saludar, porque tal vez no conoces los códigos de etiqueta o no sabes lo que es más conveniente.

Ya sabían que se querían, que se gustaban mutuamente, entonces ¿Qué les detenía? Era momento de tomar las riendas de sus vidas para hacer algo al respecto.

Estando a unos cuantos centímetros de distancia, el uno del otro, lo suficiente para decir que estaban invadiendo, mutuamente, su espacio personal, aunque no tanto como para decir que podían sentir sus respiraciones, Carol, se armó de valor y rompió esa gruesa capa de silencio que los dividía en un plano diferente al terrenal.

—¿Eso quiere decir que se repetirá? —El ceño fruncido, los parpados a medio abrir; cabizbaja y viendo de reojo, demostraba la duda en su interés, y una extraña necesidad de que todo eso se repitiera.

—Quiero que así sea. —Respondió Adam, en un suspiro áspero, controlando sus deseos. Para no perder el control, era su trabajo no acelerar nada.

—¿Me vas a besar? —Carol no tenía nada que perder, después de todo, había apostado al premio mayor.

—Me gustaría hacerlo.

—¿Y qué te detiene?

—No tengo idea.

* * * *

Luego de un fin de semana en casa, con la ventana cerrada y el resto del mundo en el exterior sin molestar, las largas llamadas y los mensajes repentinos de noche, hicieron de su relación algo más íntimo. Adam no acostumbraba a tener una relación cualquiera y Carol no sabía lo que era sentirse así por alguien que pareciera que siente lo mismo por ella.

No era un comportamiento juvenil, sino el de dos personas que se atraían mutuamente.

Lo que hicieron ese fin de semana les hizo sentirse muy bien. Era algo que no acostumbraban, ni mucho menos sabían que se sintiera tan bien hacerlo. Estaban invirtiendo su tiempo en hablar de cosas triviales, de intercambiar ideas; su infancia, la relación que tenían con sus padres, por qué les gustaba determinada película o cual era su dulce favorito.

Para cuando el fin de semana terminó, todo parecía ir de maravilla; habían tenido un par de días interesante, prometedor y que les motivaba a verse porque, con la persona que ahora conocían, todo parecía ser mucho mejor.

Aquel día, Carol llegó primero al trabajo.

—Buenos días —saludó risueña, con una sonrisa amplia y abierta que, aunque no era raro, tampoco era normal— ¿Cómo has amanecido? —preguntó, dirigiéndose a Arturo.

Arturo la miró extrañado, como bien no sabía si eso era típico en ella porque, para ser honestos, a penas y la conocía, no se sentía cómodo con el aura de felicidad que la envolvía. ¿Por qué estaba tan feliz? Seguramente no era malo, pero ¿Por qué estaba tan feliz?

—Buenos días, Carol. —Le sonrió, tratando de imitar el mismo entusiasmo que ella— ¿Bien, y tú?

—Estoy de maravilla —respondió; parecía que saltaba por una pradera con un vestido ligero que la hacía sentir volar y las manos extendidas como un ave.

—Ya veo. ¿A qué se debe?

Instintivamente, Carol enfocó la mesa en la que Adam suele sentarse sonriéndole como si estuviera ahí. Sabía que no habría llegado, había dicho que tal vez llegaría tarde ya que se habían desvelado hablando. Pero eso fue suficiente para Arturo. Entendió de inmediato por qué se veía así, por qué se sentía de esa forma. Algo había pasado entre los dos.

—¿El escritor? —dijo, disparando su proyectil esperando a dar en el blanco.

Carol no respondió más que con un suspiro luego de relajar su cuerpo por completo. Definitivamente él era el motivo.

Y, en ese momento, supo que debía decirle. Tal vez porqué sentía que era su deber, ignoraba qué podría significar, pero, ¿Y si era algo malo para ella?

Arturo, ese mismo fin de semana, había decidido hacerle caso a la recomendación de Carol con respecto a cómo hacer con el asunto de Adam. ¿Quién era? Se preguntaba constantemente, pero olvidaba buscarlo al llegar a su casa porque, al parecer, tenía otras cosas más relevantes en las cual ocupar su atención. Pero, esta vez lo recordó mientras estaba sentado en frente de su computador.

Carol había cumplido con su parte del trato; con el nombre en mano, anotado en un papel, decidió teclear las palabras que comprendían su identidad. Y, en ese instante, todo cobró sentido.

—Tengo algo que decirte —dijo Arturo, girándose en dirección de Carol para contarle su más reciente descubrimiento.

Pero ella no estaba ahí. Ya había pasado al cuarto de empleados. Se le escapó. Por un segundo

pensó en ir hasta allá para contarle, hasta que le pareció muy exagerado el hacerlo.

—Mejor espero a que regrese —pensó.

Cabía la posibilidad de: si hubiese tenido más tiempo para pensarlo, tal vez lo habría dicho de una forma más amable, o incluso, no lo habría dicho, pero; las cosas simplemente sucedieron.

—Y... ¿Cómo te fue con el actor porno? —preguntó, en tono de broma suponiendo que había algo gracioso en ello.

—¿De qué hablas? —preguntó Carol, interrumpiendo su casi absoluta felicidad.

—De Adam.

—¿Cómo así? —Carol seguía sin entender.

—Como estás compartiendo mucho tiempo con ese tal Adam, supongo que ya has de saber a qué se dedica.

Carolina seguía sin ver la relación.

—Bueno, a qué se dedicaba —corrigió— porque ahora está retirado —balbuceó— y no creo que cuente... ¡Pero! Supongo que ya te lo dijo, ¿O me equivoco?

Entre lo molesto que era tener que hablarle de su vida bajo esas circunstancias, que se creyera en el derecho de poder intervenir al respecto con ese tono de soberbia y superioridad ante algo que no le importaba, el que no le explicara con claridad a lo que se refería, le molestaba.

—¿A qué demonios te refieres?

Carolina no era tonta, suponía que existía alguna relación entre «actor porno» y «Adam» que poco a poco fue amainando la felicidad con la que había llegado al trabajo. Esperaba que fuese solamente un invento de Arturo.

—A que tu novio —aclaró su garganta con asco, la idea no le gustaba, no porque le importase, sino porque, un actor porno era alguien desagradable para salir— es un actor porno. ¿No te lo dijo?

Y las luces se le apagaron. No es como que todo hubiera cobrado sentido en ese momento, para ella, ¡Nada tenía sentido! Pero, si algo así se le ocurría a Arturo, debía ser cierto, de todos modos ¿Para qué lo habría dicho? No era como que estuviera ganando algo con eso, no de la forma en que ella lo veía, aunque, de una manera o de otra, todo eso significaba que Adam era un mentiroso.

—Ese maldito —dijo, iracunda.

Arturo entendió al momento que había hecho algo malo. Demonios, pensó, pero bueno, ya no se puede hacer nada.

Carolina quiso enfrentarse a Adam ahí mismo, quería poder ir a donde fuese que estaba y darle una bofetada al instante en que lo viese y decirle que era un desgraciado. Al llegar al café, sabiendo que llegaría un poco tarde, estaba ansiosa por verlo y sonreírle, saludarlo o cualquier otra babosada que quería hacer, ahora, luego de aquella revelación, su intención era otra; estaba ansiosa por golpearle el rostro con la mayor cantidad de fuerza posible; si no tenía de donde, sacaría, no importaba.

Los minutos se hicieron cada vez más largos hasta que, todo se alineó para que sucediera lo que tenía que suceder.

—Carol —dijo Adam al verla. No había notado que se acercaba a él con cierto carácter invasivo.

En su mente solo cruzaba la posibilidad de que le abrazara, total, habían tenido una agradable velada y un fin de semana encantador ¿Qué otra cosa podría querer hacer ella?

Y, la bofetada que atizó en su rostro, le demostró lo contrario.

La búsqueda de su nombre había dado como resultado una serie de eventos que no había predicho, tanto indirecta como directamente.

Al principio, sintió una severa sensación de asco al ver el sexo en su máxima representación comercial. No esperaba que las cosas se vieran así, no cuando lo único que sabía al respecto eran las veces que se masturbaba con el borde de su almohada y todo lo que aprendió en educación sexual.

Aunque imágenes exageradas, no dejaba de verlas con cierto desdén; después de todo, era la primera vez que veía el sexo de esa forma, o lo veía en lo absoluto. Pero no tardó mucho tiempo en adaptarse. Su intención era clara: buscar material relacionado con Adam.

Pero, a pesar de todo ello, no dejaba de alimentar su imaginación. Las imágenes que previsualizaba, lograron estimular algo más que su curiosidad, elevando los sentidos de su cuerpo, los cuales buscaban placer a gritos.

Cuando por fin se decidió a ver el video que «más normal» se sentía en la vista previa antes de hacer click sobre él, encontró una serie de sentimientos en su cuerpo que no pudo controlar al final. Al principio, observo con cierto desdén las cosas que sucedían en el material audiovisual porno que estaba viendo: Adam estaba interpretando un papel, y lo sabía porque no recordaba que él le dijera que había trabajado como masajista. Era obvio.

La mujer, a la cual decidió ignorar, tenía casi los mismos rasgos físicos que ella, una casualidad que decidió dejar pasar para enfocarse mejor en el hombre que estaba interpretando Adam. Poco a poco, con una música de fondo seductora que fue creando un ambiente sexual en torno a Carol, la fueron excitando lentamente hasta que los desnudos completos aparecieron.

La mujer ya estaba sin ropa, cubierta en aceite, siendo tocada con destreza por el hombre del que se había enamorado. En una combinación de celos y envidia su mente comenzó a colisionar: tocaba a otra y no era ella. Pero, luego de unos minutos, unos cortes de edición que servían para acortar el material que se consideraba «gratuito», el pene de Adam, erecto y venoso, estaba siendo succionado por la chica aceitada.

Aquella imagen imprimió algo en ella.

El dedo de la mano en la que aun sentía la bofetada que le había dado a Adam, fue deslizándose entre sus bragas mientras que el video se reproducía.

En sus labios sentía el beso que le había dado en aquella despedida frente a su puerta; el único contacto físico que tuvieron. Sintió un calor que la obligó a pasarse el dedo por el labio inferior, presionándolo y desplazándolo a un lado con pasión, cosa que la hizo recordarlo.

Se encontraba en una situación ardiente que le iba calentando el cuerpo en un palpito de hormonas y sentimientos que no conseguía controlar. No sabía si era por lo que veía, la forma en que lo hacía o porque se trataba de él, de Adam, del hombre con el que había hablado por semanas y con quien había establecido un vínculo; el caso es que no importaba.

Sus dedos comenzaron a jugar con su clítoris mientras que se imaginaba en aquella posición. Material informativo, tal vez, ¿Educativo? No lo sabía. Nunca había imaginado la posibilidad de tener un pene en su boca porque simplemente no se había presentado ese escenario. Sí que sabía de la existencia del sexo oral, pero no lo había presenciado de esa forma.

La mujer estimulaba con su mano el falo completo del hombre que conocía de la cafetería y se

lo introducía en la boca, humedeciéndolo con su saliva. Era extraño verlo de esa forma. Otra cosa que le causaba cierto desagrado, era la idea de que no enfocaban mucho a Adam; la chica era la protagonista del video; ¡Ella estaba ahí para ver a su hombre! ¿Por qué no lo enfocaban?

Pero eso no importaba. La imagen de aquel pene, servía para estimularla. Luego de unos cuantos cortes más, la mujer estaba de espalda, sobre la camilla de masajes, con la cintura levantada y las nalgas abiertas. Su sexo estaba de frente a la cámara y las manos de Adam estaban jugando con este. Su boca sacudía el cuerpo de aquella actriz, y la mente de Carolina. Se imaginaba en esa posición y sus dedos hacían el resto.

Hasta que llegó el momento de la penetración. En lo que Adam cogió su pene erecto y lo fue acercando lentamente a la vagina de la actriz, Carolina no pudo contenerse. Fue imitando los movimientos, suponiendo que tres de sus dedos eran el miembro de aquel hombre. En lo que le penetró, ella se los introdujo. La imagen enfocó como la mujer contenía la respiración tras la invasión de aquel enorme sexo (el más grande, y el único, que Carol había visto) y, como si estuviera ahí, sintió lo mismo.

Imitó las embestidas por unos segundos para luego continuar con los movimientos en su clítoris. Antes de darse cuenta, el video estaba por acabar y ella también.

Un orgasmo tocó a su puerta, intenso e increíble, en el momento justo en que el video dejó de reproducirse.

Ahora tenía resaca. Resaca de placer y un remordimiento increíble por lo que había hecho. No era tan solo el hecho de haberse masturbado con algo que hasta hace unos días aborrecía, tanto así, que abofeteó a Adam. ¿Qué debía hacer? Se preguntó, ¿Acaso había algo por hacer? En sí, no significaba únicamente sentirse mal, o con remordimiento, culpable, o que había cometido un error, que lo había juzgado de una forma un poco exagerada.

Malditos impulsos. Se dijo: A fin de cuentas ¿Por qué lo hice? Lo veía en retrospectiva y lo consideraba un acto ridículo de su parte, ahora, sentía la necesidad de enmendar las cosas.

Debo ir a verlo, se dijo al final. Tengo que resolver las cosas ahora, se propuso. Antes de salir de su casa para ir al trabajo como todos los días, se detuvo en la puerta y pensó: pero ¿Cómo lo voy a hacer?

Su móvil seguía sin sonar, no había manera de contactarse con Adam que no fuera la directa. ¿Debía hacerlo? ¿Debía llamarlo? Su arrepentimiento sobrepasó su cordura y ahora no pensaba más nada que en eso. Quería hacerlo, claro está, porque necesitaba disculparse con aquel hombre al que simplemente juzgo de manera injusta. Es un simple trabajo, nada del otro mundo, ni con lo que debiera preocuparse. Además, ni siquiera era algo que continuaba haciendo, lo que le hacía sentir mucho peor porque, aquello por lo que le abofeteó, había sucedido ya hace poco más de quince años.

¿Y si iba hasta su casa? Tal vez no necesitaba hablar con él ni llamarlo, tal vez solo le hacía falta caminar toda la colina recorriendo casa por casa hasta dar con la más grande. Total, no podía perder más que el tiempo si lo intentaba.

Esa misma mañana consideró, unos días después de su encuentro con su sexo y semanas luego de aquella bofetada, hacerlo: aventarse a la aventura de ir buscar su casa y correr con el riesgo de no ser recibida por él.

Luego de salir del trabajo, sin muchos ánimos de escaparse y perderlo por completo, cogió sus cosas y se fue sin despedirse. No le importaba nada ni nadie, solamente llegar hasta la casa de Adam; la más grande, la que parecía digna de un hombre millonario, a pesar de que, según ella, todos los que vivían por ahí, debían serlo.

No tardó mucho en llegar al lugar en donde se concentraban todas las viviendas, era una subida empinada que daba a diferentes intersecciones. Eran más casas de las que esperaba ¿Cómo se suponía que iba a dar con la indicada? Para ella, todas eran más grande que cualquier otra, es decir, ¡En comparación con su departamento, cualquiera de esas es mucho más grande!

Aunque, a pesar de todo, sabía que no se podía rendir. Se acomodó la mochila de cuero que llevaba, apretó las correas de ambos lados respiró profundo y se propuso a subir aquellas calles.

—La más grande, —dijo— la más grande, la más grande.

Lo repetía mientras giraba su cabeza para enfocarse en cada una de las casas. Aunque todas de gran tamaño, ninguna parecía tener el título de: la más grande. Caminó varias calles, evaluando el tamaño de cada una y deduciendo que tan enormes serían. Conforme subía, las dimensiones de las propiedades iban aumentando, dándole esa sensación de que no estaba llegando a ningún lado.

El calor era insoportable, no por el clima, sino porque no había hecho ejercicio de esa forma en años. Se quitó la camisa manga larga que llevaba puesta quedándose únicamente con la blusa de tirantes que tenía abajo. Por alguna estúpida razón, ese día quiso llevar dos prendas: una debajo de la otra.

La amarró a su cintura y siguió.

Continuó caminando, mirando a su alrededor, buscando de casa en casa la que pareciera ser la más grande, sintiendo, poco a poco, que nada de eso tenía sentido. Pero, su esfuerzo dio fruto luego de una hora subiendo y subiendo.

—Demonios, no creí que hubiera tantas casas en este lugar.

Carol estaba a punto de darse por rendida, no porque no estuviera segura de que la casa estaba ahí, sino que cabía la posibilidad de que no cruzó en el lugar indicado, y pasó de largo en donde vivía Adam. Era lo más lógico, para un lugar que él denominó: la casa más grande, debía ser increíblemente fácil de reconocer, después de todo, nada podría compararse a algo llamado así...

pero, definitivamente estaba en el camino correcto.

En lo que cruzó la siguiente calle, se percató que uno de esos caminos no tenía nada alrededor. Daba directo a un solo lugar, como si fuera exclusivo para una sola persona. Al ver al final, se notaba que había una gran casa de paredes negras que se confundían con el ocaso; su intuición le decía que caminar hasta allá, después de todo, parecía que no había más nada que hacer, ya había llegado hasta ahí.

—¿Por qué simplemente no pregunté? —se dijo.

Pudo haber tocado cualquier puerta y preguntar por la casa más grande del lugar, pero ya no importaba, tal vez, si las circunstancias le eran justas, aquella mansión podría ser la casa que estaba buscando.

Mientras más se acercaba, más grande se hacía. Seguro es esa, pensó.

Aquella casa, en vez de ir para arriba, seguía hacia abajo. Al llegar a la reja por donde se supone que entraban los coches, pudo ver todo más de cerca. De lejos, se veía bastante grande, prometía algo más de lo que mostraba. Seguro era una de esas casas engañosas, pero, hasta los momentos, no creía que fuera la de Adam.

Aunque, de todos modos, algo la motivaba a seguir buscando detalles con la mirada. No quería estar equivocada, esperaba realmente que ese fuera el lugar que llevaba rato buscando.

Sus ojos se pasearon por los alrededores de la propiedad hasta que se detuvieron a causa del brillo del sol. Algo le llamó la atención y fue eso mismo lo que respondió todas sus dudas.

Un Tesla color rojo con negro, uno exactamente igual al que Adam llevó a la cena.

—Tiene que ser aquí —se dijo, tan confiada como podría estarlo— ¡tiene que ser aquí!

Y miró más de a fondo, trató de ver hacia adentro, encontrar alguna señal de movimiento, algo que le demostrara si había alguien en casa y si ese alguien era Adam. Quería que así fuera.

No había guardias ni nadie que le indicara ni respondiera sus preguntas.

De repente, una voz familiar le asustó.

—¿Carol? —se escuchó, no supo de donde procedía eso— ¿Eres tú?

Carol se alarmó, se apartó de la reja de la entrada como si le hubiera dado un golpe de corriente para luego comenzar a buscar el origen de aquella voz. Le daba la impresión de saber de quién era, pero no quería asegurar nada.

—Eh —vaciló— sí... ¿Quién habla?

—Carol, ¿Qué haces en mi casa?

Poco a poco parecía tener sentido.

—¿Por dónde estamos hablando? —preguntó Carol.

— Por el aparato que tienes a tu izquierda.

Carol miró en la dirección indicada y observó lo que parecía una caja con un círculo con orificios, pero no tenía forma de caja, era más como un cajetín. ¿Cómo sabía que estaba a su izquierda?

—¿Me estás viendo? —preguntó, levantando la mirada y buscando cámaras.

—Sí, por las cámaras.

—Oh...

—No respondiste mi pregunta, Carol, ¿qué haces aquí?

—Estoy buscándote —respondió, viendo hacia arriba como si le estuviera hablando al cielo, esperando a hacer contacto visual indirecto con él.

—¿Cómo supiste en donde vivía?

—No lo sabía, solo caminé hasta aquí.

—Um...

Carol siguió buscando la cámara, hasta encontrar un pequeño domo de cabeza en una esquina

de las enormes rejas que separaban la calle de la propiedad. Lo había encontrado, así que se dispuso a verlo fijamente.

—¿No me vas a dejar pasar? —preguntó.

—Primero dime por qué estás aquí. —No quería ser el primero en ceder, no quería parecer una persona permisiva que dejaba todo pasar así como así. Sí quería dejarla entrar, pero primero le debía una respuesta.

—¿Tengo que hacerlo? ¿Tengo que decirte por qué estoy aquí para que me dejes entrar? ¿En serio?

—Sí, se supone que me odiabas y un montón de cosas desagradables más. Me diste una bofetada y me dijiste que no me querías ver más...

—Sí, sí, yo sé lo que dije —interrumpió Carol, molesta por su propia actitud.

—Entonces ¿Qué quieres hacer aquí?

—Quería venir a verte.

—¿Para qué? —Adam seguía viendo a la cámara, como si estuviera haciendo contacto visual con ella.

No importaba ya si lo decía o no, ya había caminado todo eso para detenerse por una simple disculpa.

—Para disculparme.

—Um.

Carol no dejaba de ver a la cámara, convencida de que estaba viendo a los ojos a Adam.

—«Um» ¿Qué? ¿A qué te refieres con eso?

—¿Viniste por eso?

Carol estaba a punto de perder la compostura.

—Sí. Vine solo por eso, Adam.

—¿Por qué?

Cansada, sudando, estresada por no poder ver a Adam de frente; la paciencia se le escapaba.

—¡Maldita sea, Adam! Porque quiero disculparme contigo. ¿Sí? —Comenzó a liberar presión — No quiero dejar las cosas así, no quiero que todo termine de esta forma. Sé que lo que hice estuvo mal, sé que no debí tratarte así, y por eso caminé todas estas malditas calles, adiviné cual era la maldita casa más grande y esperé a que vivieras aquí; porque quiero disculparme contigo —vaciló— porque quiero creer que me puedes disculpar. No quiero que esto acabe, y no quiero saber que lo arruiné todo por unos prejuicios estúpidos...

Hubo un silencio amargo; tragó saliva, sintiendo la garganta seca, arrepintiéndose de no haber llevado agua ese día.

—Y no quiero estar aquí parada —agregó— hablándole a una maldita cámara, quiero decírtelo de frente, quiero pedirte que me disculpes por eso y que me permitas empezar de nuevo.

Pero no había respuesta; miraba a la cámara, sin apartar sus ojos de ella, esperando la respuesta de la caja de la que salía la voz de Adam, pero nada sucedía.

—¡Coño! ¡Adam! Respóndeme.

Pero solo había silencio.

—Ya me tienes aquí —de repente, la voz se escuchaba diferente— dímelo de frente.

Su primer impulso fue mirar hacia la caja de donde salía su voz para ver si algo malo sucedía con ella, pero, en medio de todo eso, en el trayecto que dibujaron sus ojos, se encontró con algo más, algo que no se esperaba.

El rostro de Adam atrajo sus pupilas casi como si se tratara de dos imanes. Era él, de frente, ahí, mirándola a los ojos. No creía que lo pudiera ver de nuevo, ahora, lo estaba haciendo.

—Adam —todo lo que había pensado simplemente se borró de su cabeza.
De repente, simplemente sintió que no existían palabras para expresar sus ideas.

—Adam —repitió.

—¿No me ibas a decir algo?

—Lo siento —fue lo único que pudo salir de su boca.

Y terminaron en eso que se había hecho costumbre entre los dos, mirarse fijamente a los ojos.

—¿Me disculpas? —agregó.

Y sus miradas seguían intactas, penetrando el alma del otro. No había palabras de por medio, afirmación o negación alguna que interrumpiera el flujo de sus ojos con relación mutua. Pero ella quería una respuesta, no había caminado hasta allí para enterrar su pupila en la de él nada más, aunque algo de lo que no se quejaba, no era el motivo de su peregrinaje por la colina de los acaudalados.

—Quiero saber si —vaciló— no importa que suceda, solo quiero que me perdones.

—Te perdono, aunque no tengas motivos suficientes para disculparte; a cómo yo lo veo, no hiciste nada malo, y nunca serás capaz de herirme.

Uno se acostumbra al sexo de tal forma que, en sí, llega a complicar bastante la situación. No porque este, en sí, sea complicado, sino porque las personas y el burdo concepto que lo engloba, les complica a aquellos que son «consientes», la relación con aquellos que no entienden su simplicidad.

Es por eso que complica cualquier situación, la verdad; es que una vez en que deja de ser algo exclusivo, y comienzas a verlo como aquello que es tan natural en el ser vivo, que no influye en nada ¡Qué ni siquiera es porque sea por amor!, entiendes que realmente hay muchas formas de amar, que el sexo es como hacer trampa, facilita las cosas y te condiciona a suponer que es la única manera en la que puedes entregarte a alguien.

Se podría decir que lo hacemos porque privatizamos la idea del mismo y por esos sentimientos que solo podemos entregárselo a ese ser especial. Pero es absurdo, una simple falla en la interpretación; es, más o menos, como el orgasmo del hombre y su confusión con la eyaculación.

Y aunque el sexo es realmente bueno, que te hace sentir bien, plus muchas cosas, plus muchas otras cosas más, solo hace falta un poco de panorama para entender que no es lo único que importa.

Tampoco soy adicto a él, no como cualquiera lo sería, porque no sería adicto al hecho de tener sexo sino a lo que eso ocasiona en mí: las endorfinas, esas hormonas y todo lo procesos químicos que me estimulan la psique y hacen sentir de maravilla. No lo soy, no soy adicto a casi nada porque la adicción es aburrida, es monótona, es querer más de lo mismo sin importar qué;

Así fue como aprendí, junto a la ayuda de colegas que son sexólogos (vaya combinación, ¿verdad?) que el sexo una vez a la semana es más que suficiente para considerar a una relación «estable» y, por experiencia propia, que en exceso ni siquiera es tan bueno, a veces incluso llega a ser doloroso

Pero, ¿Te entregas de todos modos con quien lo compartes? Entregarse es fácil, dejar que una persona te excite, estimule tu cuerpo, tu sexo y luego te haga reaccionar; es lo más simple y sencillo que hay. Lo difícil es diferenciar entre el sexo y el amor.

Y para ti, Carol, tal vez idealizo el sexo porque quiero sorprenderte, pero, la verdad, es que no puedo dejar de hacerlo con algo que me importa menos que un simple estímulo. Me gusta, no me mal intérpretes, pero no lo necesito, no más de lo que te necesito a ti.

Y es ahí cuando entra el amor cotidiano.

¿Qué hace el amor? Vuelve exclusivo al sexo, lo hace situacional.

El sexo no es amar, es un lenguaje corporal con el que decidimos comunicarnos, con el que transmitimos información y llegamos a una conclusión. Sí, es bueno, es placentero, enriquecedor, ayuda a tu cuerpo, eleva cualquier nivel en tu organismo, pero, es eso: sexo.

Pienso que es más especial la persona con la que estoy, que el sexo que puedo llegar a tener con ella.

Adam y Carol estaba poniéndose al día.

—Tu casa es realmente grande —dijo ella, luego de que Adam aceptara su disculpa y la dejara entrar.

—Te dije que era enorme.

—Pero es engañosa, desde lejos parece una casa cualquiera.

—Bueno, no todo lo grande tiene que ir hacia arriba.

Adam le hacía un tour a Carol por su propiedad, bajando las escaleras, yendo de puerta en puerta hasta llegar a la terraza, en la que se encontraba una piscina infinita que daba a una hermosa vista de la ciudad.

—Desde aquí se ve el café.

—Sí, fue por eso que decidí comenzar a escribir allá, fue el primero que vi, además que estaba muy cerca de aquí.

—Ni tanto —murmuró— a una hora de aquí.

—A pie.

Una sutil carcajada detuvo la conversación. Adam ya no sabía qué decir. La casa había roto el hielo que se había formado entre los dos por tantas semanas sin hablar, hasta cierto punto.

Carol, contemplando las paredes de vidrio que daban al interior de la casa, el hermoso decorado de la terraza que le daba un carácter elegante propio de esas revistas con casas hermosas que piensas que seguro son hechas a computadora porque tal perfección no puede existir, sentía que debía abordar el elefante en la habitación. Él pensaba lo mismo.

—Entonces —Carol interrumpió le silencio primero.

Dudó unos segundos si en realidad debería tomar ese camino, continuar y hablar de lo que parecía ser importante. Adam, aclaró su garganta, suponiendo hacia donde iba el tema.

—Con que actor porno ¿eh? —dijo al fin, tratando de evadir todos los puntos relevantes del asunto, queriendo hacerlo pasar por un tema normal y sencillo.

—Sí... actor porno —dijo él.

—Pero ya no te dedicas a eso —Aclaró, demostrando que sabía al respecto— lo dejaste hace mucho tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Internet.

—Claro —sonrió, era obvio— tiene sentido.

—Sí... se me ocurrió buscarte para saber más al respecto.

—¿Buscarme? ¿Qué buscaste?

Carol no quería hablar al respecto, no era algo que le motivaba.

—Bueno, buscarte —se movía de un lado al otro, caminando lentamente mientras que evadía la mirada de Adam— colocar tu nombre en el buscador y ver los resultados.

—¿Y qué encontraste?

—Lo suficiente —afirmó, apoyándose del barandal de vidrio que delimitaba la terraza.

Adam suponía que había algo de por medio. Algo había encontrado y, tratándose de él ¿Qué otra cosa más podría ser? Sonrió, convencido de que había visto su material. Se acercó a ella por detrás, lentamente, hasta tocar su cintura.

—Entonces, cuéntame, ¿Qué encontraste ahí?

—Nada del otro mundo.

Adam se acercó a su cuello, susurrándole las palabras para que el aire que se escapaba de sus labios rozara la piel de Carolina.

—¿Te gustó lo que viste? —Sus labios, aproximándose lentamente a su piel, fueron activando cada sentido en el cuerpo de Carol.

—No lo sé —dijo, tratando de escapar de aquella invasión sensorial.

Adam la había cogido por la cintura con ambas manos, evitando que pudiera escaparse; no había fronteras entre los dos. No sabía si era momento adecuado para hacerlo, si tenía su consentimiento o no.

Si se negaba, se detendría y no lo haría más, pero si no decía nada y dejaba tocarse como lo tenía planeado, era porque, definitivamente lo quería.

—Con que no lo sabes ¿eh?

Con sus labios iba recorriendo su cuello hasta llegar a su hombro.

La sal que había en su piel a causa del sudor que había estado ahí minutos atrás a causa de la caminata por la colina, estaba dándole un sabor agradable para él. Carol se sentía pegajosa, sucia, pero, simplemente no podía huirle a esa sensación.

—No creí que fueras de esas —agregó.

Deslizó un poco el tirante de su camisa y continuó recorriendo el camino natural que dibujaba su cuerpo.

—¿De cuáles? —Carol tenía los ojos cerrados, imaginándose el camino que recorría Adam con sus labios mientras que, los mismos, iban estimulando su piel, erizándola, sacudiendo su mente.

Adam, levantó su brazo y continuó desplazándose sobre él con suavidad...

—De las que hacen las cosas sin saber...

Siguió en su antebrazo hasta llegar a su mano.

— No lo soy... —se excusó Carolina.

Extendió los dedos de su mano y luego pasó a besar toda esa área con cuidado.

—¿Qué intentas? —Carol no tenía ganas de hablar, tampoco quería parecer una chica fácil.

Sabía para donde se estaba dirigiendo Adam, lo que quería hacer y como pretendía lograrlo. Podría ser su primera vez, pero no era una estúpida.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Los dos hablaban entre sí sin mirarse a los ojos. No había motivos para hacerlo, tenían la atención puesta en el otro por completo.

Adam continuó besando su mano, pasando luego a su palma.

—Estas tratando de seducirme. —Aseguró, mientras que Adam levantaba su brazo en forma vertical y procedía a hacer el mismo recorrido, pero por debajo.

Adam pasó a besarle la parte anterior del antebrazo, rozando esporádicamente la piel con su lengua.

—¿Yo? —dijo Adam, sin dejar de hacer lo que hacía.

—Sí, y te digo que no te va a servir de nada.

Luego pasó a la parte anterior de su brazo. Carol ya lo tenía flexionado con el codo arriba de su cabeza y la mano aferrándose a la camisa de Adam.

—¿Eso crees?

Adam ya estaba cerca de su axila.

—Estoy toda sudada —se quejó Carol— No deberías estar haciendo eso. —Aseveró.

—¿No debería?

—No, estoy sucia —vacilaba, sintiendo como los escalofríos recorrían su cuerpo y no la dejaban hablar— no... —inspiraba con intensidad— sigas, por favor.

Hablaba entre pausas, entregándose más a los encantos de Adam. su mano.

Él, regresó al cuello de Carol, mientras que sus manos iban acariciando su cintura. Ya no tenía

que mantenerla en esa posición, ella misma se estaba dejando tocar.

Se estaba dejando, repitió para sí mismo; definitivamente lo quería.

Con sus manos, continuó, siguió y procedió a estimular cada pequeña parte de su cuerpo que sabía que era sensible en esos momentos. Con delicadeza, apretaba la cresta iliaca, masajeándola y causando pequeños escalofríos que se extendían como una corriente por todo lo que la conformaba.

Carol, intentaba apartarse, en un intento por no parecer una mujer fácil o que lo estaba disfrutando tanto como Adam sabía que lo hacía. Sus labios, recorrían las partes de su cuerpo que sus manos no querían tocar, saboreando el salado elixir que llamaba sudor.

Negarse era una estupidez.

—Supongo que no quieres detenerme —dijo Adam, con una voz lasciva y seductora— supongo que quieres que siga ¿Cierto?

—No lo sé —respondió— no...

Y en lo que intentó dar una respuesta diferente, Adam bajó ambos tirantes de la blusa de Carol de tal forma que su torso quedó desnudo por completo y que solamente tenía el sujetador para cubrir a medias su piel.

—Ah —exclamó Carol— ¡Adam!

—¿Qué? —preguntó, haciéndose el desentendido, mientras que sonreía con malicia.

Pero, sin dejarle más tiempo para hablar, le giró por completo, dejándola de frente a él, cogiéndola por los brazos y viéndola directamente a los ojos.

En su pupila podía leer el alma ardiente de una mujer que deseaba eso tanto como vivir. No había visto tanto deseo sexual en su vida, y mucho menos en una persona que no había tenido sexo en lo absoluto.

—Si quieres que me detenga, solo dímelo.

Pero Carol no dijo nada.

—Di las palabras y yo lo hago.

Pero ella solo lo veía fijamente a los ojos.

—Solo no me hagas daño.

¿Cómo podía defenderse en contra de eso?, pensó. Adam sintió como con esas palabras y esa mirada de mujer inocente, había destruido y reconstruido su mundo en un solo intento.

No tenía nada en contra de ello. Y entendió, casi de inmediato, que, dado que era su primera vez, debía hacerla realmente especial.

No quería ser brusco, intenso o hacerla sentir que el sexo era algo distinto, que... que, por algún motivo, podría concebir en ella una especie de trauma.

—No lo haré —le dijo, soltando la presión que estaba aplicando en sus manos, amainando los sentidos y pensando que debía abordar eso de una forma diferente.

Así que, en un solo movimiento estratégico, la acercó a él lo más que pudo y posó sus labios sobre los de ella.

Con suavidad, comenzó a darle el beso más apasionado y dulce que había concebido jamás. Lentamente, Carol se estaba soltando más y más, entregándose por completo a ese hombre que la cogía entre sus brazos e intentaba hacerla suya.

Fue cerrando los ojos porque entendió que aquel día estaría lleno de sorpresas.

De esa forma, se soltó de las manos de Adam y lo abrazó por el cuello, estableciendo por completo, que ahora sí se había entregado, en definitiva.

Antes de darse cuenta, se encontraban completamente desnudos, mirándose uno al otro, sintiendo como la corriente de aire que bordeaba la colina a esa hora de la noche les helaba la

piel.

Lo hacían porque se estaban contemplando. Carol, sostenía sus pechos para evitar que Adam los viera por completo, apenada de que pudiera mirarla desnuda, y en parte por el frío.

Por su lado, él estaba completamente relajado; a excepción de una relevante parte de su cuerpo que se había emocionado por el beso.

—Está haciendo demasiado frío. —dijo Carol, temblando a causa de su cuerpo que aún estaba un tanto húmedo por el sudor— Deberíamos entrar.

Y tomando su propio consejo, dio el primer paso para ir al interior de la casa, hasta que Adam la tomó por el brazo con suavidad y la detuvo.

Se acercó a su mejilla para susurrarle un secreto.

—La piscina tiene calefacción.

Carol sintió de nuevo un escalofrío que se extendió por todo su cuerpo; Adam sí que sabía cómo hacerla reaccionar.

Por un segundo, sin decirlo realmente, se opuso a la idea de hacerlo en la piscina. No tenía ningún problema con el lugar, pero, definitivamente, no era la forma en que se había imaginado en que perdería la virginidad.

—No te preocupes, no tenemos que entrar de una vez —dijo Adam, como si estuviera leyendo sus pensamientos.

Y con elegancia, la fue llevando hasta el borde de la piscina. La invitó a sentarse para luego hacer él lo mismo. Carol sumergió sus pies, aun sosteniendo sus pechos para que Adam no los viera.

—No tienes que preocuparte por nada —agregó él, notando que aún seguía tensa— yo me encargaré de todo.

—¿Ah sí? —dijo Carol, ayudándolo a reconocer que lo que había dicho no había sonado como lo esperaba.

Ambos se dejaron seducir por la risa y perdieron el hilo de su encuentro.

—Es en serio.

Poco a poco Carol comenzó a adaptarse a los intentos de Adam por hacerla sentir bien. Mientras que él estaba dentro del agua y ella aun sentada en el borde, comenzó a jugar con sus piernas y a motivarla a que soltara sus brazos y, poder ver así, su cuerpo completamente desnudo.

Antes de darse cuenta, lo tenía entre sus piernas, interactuando interesantemente (algo que ella misma describiría así) con su sexo.

La sensación era completamente diferente a la que estaba acostumbrada a sentir cuando se masturbaba, incluso mejor que la vez que lo hizo pensando en él y viendo su video. Adam, tenía esa destreza de hacerlo de tal forma que no importaba lo que hiciera, se iba a sentir bien.

Con su lengua, dibujaba sutiles círculos alrededor de su clítoris alimentando sus sentidos, aturdiéndola... la teoría del caos se ejemplificaba en su cuerpo, causando cada vez más un proceso diferente, una respuesta distinta las veces que él cambiaba de dirección, jugaba con otra parte de su cuerpo o incluso, hacía esos extraños sonidos con la boca que hacían vibrar su sexo.

Gemía de placer, componiendo una melodía embriagante para Adam.

Exclamaba afirmaciones, se apretaba los pechos. Mientras Adam más se entretenía con ella, ella más se soltaba. No había nada que detuviera el increíble placer que estaba experimentando, algo que definitivamente no se esperaba sentir en su primera vez.

«Tal vez sea porque él es actor porno» pensó, en los pequeños momentos de lucidez en los que trataba de justificar lo bien que se sentía.

—Detente —dijo de repente, cuando pudo encontrar las fuerzas necesarias entre gemidos y

gritos.

Se irguió, para ver hacía abajo, directamente en los ojos de Adam; excitada, con el cabello alborotado y el cuerpo sensible a cualquier estímulo.

—Quiero hacerte sentir bien —dijo ella.

Adam reprimió las ganas de preguntarle si estaba segura, de si en realidad tenía pensado hacerlo, pero no quería arruinar el increíble encuentro que se estaba desarrollando.

—Está bien —dijo, respondiendo a su sonrisa con otra.

La ayudó a sumergirse en el agua y se subió él esta vez al borde de la piscina.

Una vez adentro, sostuvo el pene de Adam entre sus manos, mojado por el agua de la piscina, pero aun lo suficientemente duro para romper un bloque de concreto. Lo admiraba como admiraría algo que nunca en su vida había visto. ¡No se comparaba con lo que recordaba del video!

Se detuvo a apreciarlo por varios segundos hasta aceptar que no tenía la más mínima idea de qué hacer.

—Tienes que ayudarme —dijo, una vez frente al grueso falo de Adam.

Adam sonrió como si estuviera viendo a la mujer adulta más adorable del mundo.

—No tienes que hacerlo.

—Claro que sí —exclamó Carol, levantando la mirada, dispuesta a hacerlo.

Pero Adam se rehusó.

—No, no tienes que hacerlo —se deslizó estratégicamente por el borde de la piscina, quedando de frente a Carol, cara a cara— no tienes que hacerlo porque no me importa; verte me hace sentir bien, y, si en realidad quieres lograrlo, creo que lo mejor sería hacer esto.

Carol iba a responder a esa pregunta, pero, antes de tener tiempo para hacerlo, Adam se acercó y le robó otro beso apasionado y suave que solamente él sabía dar. Pero esta vez había sido diferente. Ya desnudos, sus manos comenzaron a deslizarse suavemente por su espalda hasta bordear sus redondas nalgas e inmiscuirse en el terreno inexplorado de su vagina.

Carol sentía que estaba haciendo algo que no debía, que tenía que detenerse; un instinto básico condicionado por el hecho de nunca haber sido tocada por otra persona; pero no parecía que estuviera dispuesta a oponerse.

Los labios húmedos de Adam no la dejaban pensar demasiado el asunto. Suavemente, seducían y distraían su mente con movimientos que nunca había esperado que alguien pudiera hacer, mientras que los dedos de Adam se iban abriendo paso en su sexo.

Estaba húmeda, dilatada y lista para él, para su cuerpo. Pero Adam no quería apresurar nada.

Sus dedos comenzaron a penetrarla con suavidad, adentrándose en la personalidad de Carol con total cuidado. Su cuerpo reaccionaba positivamente, la hacía sentir de maravilla.

Arcadas de placer se extendían en su cuerpo como un el movimiento del agua. Sentía que iba a enloquecer si no tenía un orgasmo pronto, porque, Adam, a su manera, estaba controlando su respuesta.

Con la respiración agitada, y con tantos gemidos escapándose por su boca; ahogados por los labios de Adam. Trataba de apartarse, de decirle que lo quería adentro, que necesitaba experimentar algo nuevo, algo mejor que un par de dedos.

Carol ya sentía que dominaba el tema y quería poder subir de nivel. Así que, tras lograr despegarse de los intensos labios de Adam, pudo hablar.

—Te quiero adentro —dijo, sorprendiéndose a sí misma y a él.

—¿Estás segura? —preguntó Adam.

—Sí, estoy segura.

—¿Aquí? O ¿Quieres salir del agua?

Adam no había sacado sus dedos de la vagina de Carol, cosa que la estaba frustrando. Quería

sentir su pene, tenerlo adentro y embriagarse de placer. Para ella, si algo podía sentirse tan bien como la mano de aquel hombre, no aguantaba las ganas de probar como se sentiría su miembro erecto.

Miraba a Adam con un rostro lascivo, intenso, presa de la pasión y del deseo. Adam reconocía esa mirada en una mujer que sabía qué y cuándo quería algo; algo que le encantaba demasiado.

—Lo quiero ya. —exclamó.

Carol, sacudió su trasero para que Adam sacara los dedos de su vagina, se acercó al muro y levantó las nalgas.

—Métemelo, por favor.

Adam no tenía intención de contradecir a aquella mujer, aparte de que, la verdad, sí que quería hacerlo.

Por lo tanto, no tardó mucho en ponerse en posición, cogerla por la cintura, ajustar su pene a los labios de Carol y tomarse su tiempo para decir las palabras con las que consagraría un nuevo mundo para ella.

—Tienes un culo increíble.

Y, sin esperar más, fue empujando suavemente el pene, esperando a llegar a la parte lubricada de su vagina que no estaba siendo afectada por el agua. Y, sin mucho esfuerzo, el primer explorador cruzó el terreno inexplorado.

Carol aguantó la respiración, sorprendida por la sensación de aquel enorme trozo de carne enterrándose entre sus piernas. La verdad, no esperaba que se sintiera de esa forma. Las paredes de su vagina se ajustaron a la perfección en aquel falo experto, sacudiendo sus ideas y su cuerpo.

Adam no había comenzado a moverse y ella ya sentía que estaba en las nubes.

—Ahí voy —advirtió.

Y, con un movimiento, sacó lentamente el pene para volverlo a introducir con la misma fuerza. Las embestidas eran suaves, pero largas e intensas. Carol, no controlaba sus pensamientos, su respiración ni la forma en que sentía todo lo demás que la tocaba.

El agua de la piscina, la textura antirresbalante del borde de la misma y la ingle de Adam chocando entre sus nalgas.

No sabía que eso se sintiera tan bien y, en ese preciso instante, sintió que quería hacer eso durante toda su vida.

Adam trataba de hacerlo con cuidado, acariciándola, besándole el cuello y siendo todo un caballero. Esporádicamente, se movía con más y más velocidad. Chocando cada vez más adentro, incrustando cada vez más su sexo. Carol, respondía con gemidos de placer que se extendían en un eco de pasión a lo largo y ancho de aquella colina. No le importaba ser escuchada por nadie; no le importaba nada.

De esa forma, comenzaron a hacerlo en diferentes posiciones dentro del agua, antes de decidirse a salir y continuar sobre terreno sólido.

Adam sentía como la vagina de Carol se aferraba a su pene como si no hubiera mañana, sintiendo la presión de entregar su mejor desempeño para que tuviese el mejor sexo de su vida.

Carol afirmaba, gritaba y se apretaba los pezones, dejándose sacudir por el falo de Adam.

Embestida tras embestida se sentía cada vez más libre, preguntándose de cómo pudo haber vivido tanto tiempo sin eso entre sus piernas.

—El sexo es estupendo—gritaba de vez en vez— esto es maravilloso.

Orgasmo tras otro, Carol fue perdiendo las energías, agotándose y entregándole a Adam el mejor sexo de su vida.

Al final, los dos habían quedado agotados. Luego de darse una ducha rápida tras salir de la

piscina, fueron hasta la habitación de Adam para intentar seguir con lo que habían empezado; tal vez un poco de sexo o intentar quedarse dormidos, pero no fue así. Sin siquiera intentarlo, retomaron su viejo hábito de conversar y, de esa forma, la noche se hizo larga.

Prácticamente desnudos, sin más que una bata de baño para cubrir a medias sus cuerpos, se desplazaron por aquella habitación, discurriendo entre temas y temas mientras que disfrutaban de la compañía del otro.

El tiempo pasó y ellos cambiaban de tema como si nada; recorrieron la casa, fueron a la cocina, prepararon comida. No querían que ese momento se acabara porque, luego de lo que habían hecho esa noche, no había ninguna frontera entre los dos. Se sentían en confianza. Se reían, se acercaban el uno al otro, se acariciaban, se daban besos sin previo aviso... era su momento.

Luego de varias horas de lo mismo, Carol decidió que no podía aguantar más el sueño, así que Adam la llevó de nuevo hasta su habitación. Una vez ahí, decidieron apagar todas las luces y acostarse uno junto al otro, abrazados, dándole la victoria de aquella batalla en contra del sueño a Morfeo.

Meses después de aquel encuentro, Adam, escribió en su novela:

Aquella noche fue mágica, sí que sí. No recuerdo haberme desvelado con una mujer desnuda nada más hablando de la vida, del pasado, de cosas que uno no espera conversar con una escultural belleza como ella. Supongo que así se debe de sentir el amor.

El sexo de aquella vez (y lo digo con total honestidad) no se comparó a ningún otro encuentro sexual que haya tenido a lo largo de mi vida, y creo que es mucho viniendo de mí; pero es que, la verdad, nunca me había sentido tan bien, o experimentado tal placer que se comparase con aquel encuentro.

En cuanto a ella, no tengo idea de qué le pareció, después de todo, había sido su primera vez, y eso fue lo que me hizo pensar, mientras estaba con ella, que quería hacerla sentir bien, demostrarle que el sexo no era solo penetrar, eyacular y listo. Supongo que esa era una buena intención ¿O no?

Pero, lo que realmente quería mencionar no era lo increíble que fue nuestro encuentro porque es algo que guardaré para mí hasta el fin de mis días. Lo que quiero hablar es lo que sentí después.

Aquella noche no pude dormir, eso fue lo raro. Luego de que hablamos por horas, de que nos entregamos en cuerpo y alma, y justo en el momento en que nos acostamos abrazados en la cama como una pareja de esposos que llevaban haciendo eso durante años, sentí que todo era surrealista.

Su piel, su cabello, incluso el olor que emanaba de su cuerpo. Todo lo que la rodeaba me parecía demasiado bueno para ser real, y, lo cierto es, que lo que es real, no dura para siempre.

Yo ya había contemplado la posibilidad de quedarme con ella el resto de mis días (en el mejor de los casos), como también abracé la posibilidad de que lo nuestro no iba a ser eterno.

En ese instante, evoqué nuestras conversaciones y lo mucho que hablamos acerca de mi pasado, de todo aquello que había hecho, probado, conocido... de las cosas que había logrado en esa diferencia de veinticinco años, y luego pensé en lo que ella me contó.

En comparación, la diferencia entre nuestras anécdotas era agresiva y eso me hizo reflexionar.

¿Realmente quería amarrarla a esto?

Estoy seguro que, si formalizábamos más esta relación, no habría nada que la detuviera de conocer el mundo, de hacer cosas... ¡Demonios, yo tengo la fortuna adecuada para darle todas esas cosas! Pero, siento que estaría quitándole algo preciado de su vida; su juventud.

¿Qué haría cuando cumpliera los sesenta? ¿O los setenta? Poco a poco me iría desgastando, viéndome cada vez más viejo, cada vez peor; ¿Qué le estaría haciendo a Carol?

Mientras que sentía su respiración, no dejaba de imaginarme un mundo en que podría tenerlo casi todo, pero en que no podría estar con ella.

¿Qué debía hacer?

* * * *

Los días pasaron con lentitud.

Carol y Adam comenzaron, de forma azarosa, una relación que no tenían en mente meses antes de aquel encuentro. De una simple conversación en un café, a compartir su tiempo juntos, había una gran diferencia.

Adam continuaba sintiendo que lo que estaba haciendo, de alguna forma, estaba mal; estar con Carol de esa forma era como estar quitándole la vida de a poco, succionándole la energía y la belleza que tanto la caracterizaba. En sí, entendía que era un sentimiento ridículo y exagerado que justificaba con una lógica infalible: yo no puedo ser el hombre de su vida.

En la elipsis de sus días, pasando las horas juntos mientras que ignoraban por completo el resto de los seres del planeta porque más nadie existía para ellos ahora que compartían momentos de calidad, porque, no había otra forma de justificar que estaban solos ellos dos al final, sin espacio para otros en la historia de sus vidas.

Carol, disfrutaba cada minuto al lado de Adam; fuera en la cafetería a la que seguía yendo porque a él le funcionaba para hacer su novela, o en su casa, en la que comenzó a quedarse por un tiempo porque, como una pareja, era su obligación moral vivir bajo el mismo techo; una simple falacia que utilizaban como excusa para poder dormir desnudos todas las noches.

Entre los dos no había más secretos, ni horas aburridas.

Los meses trascurrieron de manera natural. Ella, poco a poco fue asesorando a Adam en su escritura sin tener completo acceso a su novela.

—Es un secreto —decía él, para evitar que leyera las partes en la que divagaba hablando de ella.

—Algún día tendrás que mostrármelo —respondía ella— no podrás ocultármelo para siempre.

— Pero hasta que llegue ese día, no quiero que lo leas; quiero que sea una sorpresa —confesaba Adam para luego sonreírle y robarle un beso.

* * * *

No voy a mentir, todo ese tiempo que estuvimos juntos fue lo mejor que pudo haber pasado; por lo menos para mí. Recuerdo que compartíamos tanto que no había nada que no pudiéramos hacer o pensar en hacer sin que el otro estuviera involucrado.

Largas noches leyendo a la luz de las lámparas porque, de cierta manera, ella inoculó ese hábito lector en mí porque decía que me ayudaría con mi escritura, que no había forma en que podría llamarme escritor sin que pudiera apreciar el arte escrito por otras personas... no estaba para nada equivocada.

Gracias a que ella me ayudó a entregar un mejor material, pude avanzar de manera significativa en mi novela.

Pero también compartimos de otras formas; comíamos, salíamos de vez en cuando para la playa o cenábamos en restaurantes lujosos o de comida rápida según la ocasión. Caricias, besos, sexo tranquilo y sin muchas maniobras porque estar con ella era el premio, no lo que pudiéramos hacer. En definitiva, un periodo de alegría y perfección al que no quería renunciar sin importar lo viejo que fuera o lo fatal que fuese el futuro que nos deparaba.

Yes que, la verdad, no había pensado eso hasta ese momento. Antes, mientras conversábamos o intercambiábamos ideas como dos locos, mi mente divagaba en su sonrisa, en sus pupilas o su belleza. No había nada que pudiera sacarme de ese trance de concentración al que me sometía mientras estaba con ella porque, la verdad, ni yo quería hacerlo. Me preguntó porque esperé tanto para sentirme como me sentí en ese tiempo.

Otro gran culpable, para decir verdad.

Carol había pasado a ser alguien muy especial para mí en tan poco tiempo que, la sola posibilidad de no estar con ella era una maldita tortura; podrán imaginarse como me encuentro ahora.

Spoilers, lo sé, pero, no hay otra manera de decir esto.

Sí que me rompió el corazón y supongo que quebré el de ella en mil pedazos, y digo: «supongo» porque ni lloró, gritó, o siquiera me dio una bofetada cuando le dije que teníamos que hablar. Estaba calmada, razonable, ni se opuso a mi lógica ¿Qué tan devastada pudo haber estado? Creo que nunca querré saberlo, de hacerlo, regresaré arrastrándome a sus pies para que me dé otra oportunidad.

Sí, puede que haya sido una decisión apresurada, pero estoy completamente seguro de que fue

la correcta. ¡Pero oye!, no es para tanto, tampoco es que rompimos relaciones. No dejamos de hablar ni nada por el estilo, solamente... creo que volver a sentir sus hermosos labios sobre los míos no será una posibilidad.

Soy pésimo para esto, tanto que aún recuerdo cómo sucedió todo.

En ese entonces, las cosas estaban marchando de maravilla, así, como lo estaba contando más arriba. No había nadie que pudiera interrumpir nuestro amor porque tan solo estábamos ella y yo. Era mágico, sí que sí.

Pero, cada día me sentía más perdido, más... ¿Cómo lo digo? Ajeno a ella. Cuando me despertaba a las mañanas primero que Carol, me detenía frente al espejo y estudiaba cada arruga de mi cara como si se tratara de un crimen. Estaba viejo, demacrado; me volteaba, trataba de enfocar su rostro, y encontraba que en este no había ninguna imperfección, que la juventud aun susurraba a su oreja y que yo, de seguro, le estaba arrancando esa energía.

Supongo que esa es mi crisis de los cincuentas: boicotear mi propia felicidad, arruinando la única relación buena que tuve en toda mi vida.

* * * *

—No tenemos que dejarnos de ver —insistió ella, tratando de convertir todo ese momento incomodo en algo bueno; mejorar la situación— Podemos intentarlo.

—No es intentarlo.

—¿Por qué no? A penas y estamos juntos ¿Por qué crees que voy a estar toda la vida contigo? No tengo que estar toda la vida contigo —poco a poco, sus palabras se iban llenando cada vez más de desesperación— puedo tener una vida después de ti, no tengo que estar siempre a tu lado, no es que...

Pero no podía mentirle.

—¿Qué intentas decir con eso? ¿Qué no te interesa?

—Yo... —Pero Carol no tenía otra excusa— yo no... —divagaba, insegura, queriendo encontrar las palabras adecuadas, pero no pudiendo hacerlo.

Lo miraba, queriéndole decir que no fuera así, que no la pusiera en prueba. A pesar de no estar llorando, ganas no le faltaban.

—Lo sé... —respondió Adam, en una posición no muy distinta a la de ella.

—¿Entonces por qué sigues? ¿Por qué quieres continuar con esto?

—Porque es lo que debemos hacer.

Y sus miradas ya no eran de seducción, de flirteo, no; aunque aun queriéndose, sus ojos relataban una historia triste, áspera, amarga; difícil de tragar.

—¿Crees que está bien que estés con un hombre que te adelanta por veinticinco años! ¿Crees que está bien?

—¡No soy una menor de edad, Adam! ¡Sé lo que quiero para mi vida! ¡Soy una adulta!

—Eso lo sé ¡Demonios! Pero... —vaciló.

Quería gritar sus palabras, liberar su frustración, pero no tenía caso hacerlo.

—Esto no tiene sentido —dijo al fin— sabes que no quiero hacerlo —la miró a los ojos, buscando apoyo— sabes que no creo que sea la única forma en que podemos resolver esto.

—No puedo estar segura de eso... yo no quiero hacerlo, no quiero que lo hagas.

Y luego llegó el silencio. Los dos interrumpieron sus ideas quedando mudos, vacíos, sin un argumento sólido que pudiera contradecir la lógica del otro porque, a pesar de que no les gustaba, sabían que ambos tenían razón: no tenían que alejarse, y no había forma de tener un futuro sano con alguien que le doblaba la edad sin que alguno de los dos saliera lastimado.

Se quedaron así por un buen rato.

—Entonces —dijo ella, interrumpiendo el silencio luego de un suspiro de resignación— sí vamos a hacer esto.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Carol.

—Hasta que nos convenzamos de que así fue.

Luego de aquella despedida, tras varios meses de procesos complicados para la publicación de su libro, una copia de tapa dura llegó directo a la casa de Carol.

«Para Carol, con amor, Adam» se leía en una hoja pegada a la caja.

En lo que sintió el peso del paquete, supuso de que se trataba. El corazón comenzó a palparle con fuerza. No sabía cómo reaccionar, qué decir o qué pensar al respecto. Para ella, la vida había tardado en coger su rumbo normal luego de que, entre ella y él, decidieron decirse adiós.

El libro significaba el cierre de una historia, de algo que parecía no tener un final pero que, en realidad, sí había culminado.

Corrió hasta su habitación y se encerró en ella para poder abrir el paquete y descubrir lo que había adentro.

Tardó varios segundos en armarse de valor para hacerlo, hasta que, luego de un gran suspiro, lo abrió de una vez.

«TITLO LIBRO»

Sonrió ante el título, pensando que se le pudo haber ocurrido algo mejor.

Abrió el libro, y tras sentir el embriagante aroma a nuevo, procedió a pasar las páginas que hablaban de la editorial, hasta que se detuvo en una que contaba con unas cuantas palabras. Un poema de despedida dedicado a Carol, escrito por José Ángel Buesa.

Mientras leía las palabras de aquel poema, evocaba un sentimiento que creía sepultado en lo más profundo de su ser. Cada palabra, se ajustaba a la perfección a su realidad, apuñalando todos sus sentidos con tal precisión que la mera métrica de aquellas rimas, disecaba la realidad para hacerle entender que todo era una frágil mentira: aún seguía amándolo.

Las lágrimas comenzaron a mojar el papel, obligándola a apartar aquel libro para evitar que se arruinara con su ridículo llanto. Las palabras no salían de su boca, ni se formaban en su cabeza. Nada más recordar las últimas líneas de aquel poema que se ajustaba a la perfección con lo que había estado intentando superar luego de aquella despedida, lograba que el mar de llanto siguiera fluyendo.

—Ese idiota —dijo, con lágrimas deslizándose por su mejilla— Esta no es solo su biografía —aseguró.

Así que, debido a ello, se secó las lágrimas del rostro y abrió de nuevo el libro. Sin prestar atención a las primeras páginas, saltó de una vez al final.

Puede que hayan leído esto esperando una historia con incontables escenas de sexo y, honestamente, me disculpo por ello. Creo que luego de tanto tiempo llevándolo de la mano y guardándolo en mi bolsillo como si fueran las llaves de mi casa, no lo veo como algo tan interesante; créanme, la verdad no lo es.

—Me pregunto qué habrá escrito entonces.

Hasta ese momento, la novela autobiográfica era un misterio para ella. Cerró de nuevo el libro y leyó la sinopsis.

La historia de Adam Patterson, su vida, sus comienzos y lo que sucedió después. Relatos, anécdotas, y un encuentro al final del camino que lo dejó marcado de por vida. Una novela semi biográfica de un...

—Esto no me dice nada —se quejó, interrumpiendo la lectura— tengo que llamarlo.

Por lo que cogió su móvil y marcó el número de Adam. En lo que atendió la llamada, lo abordó.

—¿Hola?

—¿Por qué no me dijiste que ibas a enviarme la novela?

—Oye, oye... —le detuvo Adam— tranquila.

—No, Además ¿Qué es esa dedicatoria? —preguntó, en un despliegue de ira y felicidad— ¿Por qué dijiste eso?

—¿Ya leíste toda la novela? —preguntó Adam, aguantando las ganas de reírse.

—No, acabo de recibirla.

—Entonces ¿Por qué estás tan molesta?

—Porque... —vaciló— porque no me dijiste que me ibas a enviar la novela, ni que me ibas a nombrar en la dedicatoria.

Adam no pudo aguantar la risa, así que quebró en ella ante las palabras de Carol.

—Entonces no has visto nada —dijo, burlándose.

—¿A qué te refieres con eso?

Continuaba riéndose, convencido de que Carol era completamente adorable.

—Léelo y lo averiguaras. —Dijo Adam, incitándola a hacerlo.

—¿Qué voy a encontrar en él? ¿Qué esperas que consiga?

—Ya verás, tú solo hazlo, léelo ya; llámame cuando lo termines.

—¿Qué quieres decir con eso, Adam?

—Hazlo, luego me dices —insistió, apresurándose a colgar la llamada.

—No Adam, ni se te ocurra cortarme —intentó amenazarlo.

—Chao, chao —insistió— te quiero mucho.

—Adam no...

Hasta que colgó.

—¿Aló? ¿Adam?

Carol continuó hablando sola por unos segundos antes de aceptar que Adam había cortado la llamada así no más.

—Ese viejo desgraciado... —gruño histérica, porque sabía que él sabía que a ella no le gustaba que las personas le colgaran así...

Gruño de nuevo. Luego de eso, trató de calmarse y seguir la petición de Adam.

«Lee la novela, y luego me llamas» Repitió en su cabeza, por lo que, respiró profundo, se acomodó en la cama y abrió el libro que tenía en la mano, pasó las hojas que ya había leído y, comenzó en el prólogo.

* * * *

Durante muchos años estuve esperando poder escribir una novela. Honestamente no sabía que escribir al principio, cómo narrar, o siquiera, qué narrar, porqué: debía ser algo sumamente interesante. Lo que me llevó a preguntarme ¿Qué podría ser interesante entonces? Pues: la historia de mi vida. Recuerdo que lo dije como si se tratara de un gran descubrimiento, confiado realmente de que sería bueno.

Al principio solo iba a contar mi vida como actor porno, lo que me llevo a hacerlo y lo que me hizo en el camino, pero, luego de darme varios golpes en la cabeza como un troglodita iletrado, conocí a alguien que no solo me inspiró para poder escribir lo que ahora conforma esta novela, sino que formó parte de lo que, hasta ahora, son los mejores momentos de mi vida... y fue ahí cuando esta biografía pasó a ser la historia de un hombre que se lucró un poco más con el porno a la de un anciano que descubrió el amor cuando menos lo esperaba.

* * * *

Ahora, si el poema que eligió porque no conocía las palabras adecuadas para demostrar sus sentimientos, no había sido suficiente; con esto último, entendió al fin que, sin importar lo complicado que había sido todo al cierre de su relación, Adam no había dejado de pensar en ella, y se lo demostró con el mejor regalo que pudo haber recibido en su vida: ser inmortalizada.

Luego de encerrarse en la lectura por seis horas, terminó la novela.

—Te dije que me llamaras cuando terminaras la novela... —dijo Adam, suponiendo que Carol llamaba para fastidiarlo.

Pero, no recibió ninguna respuesta. Al fondo de la llamada, escuchaba el gemido del llanto de Carol.

—¿Carol? ¿Qué pasó?

—Eres un idiota —dijo, al fin, atravesando esa cortina de lagrimas y sentimientos encontrados.

—¿Idiota? ¿Por qué?

—Tu novela... —dijo, sin mediar más palabras.

Y con precisión, Adam entendió a lo que se refería.

—Ya la terminaste... ¿Verdad?

—Sí —afirmó Carol.

—Supongo que no te gustó.

Y luego de un breve silencio, Carolina estalló.

—¡Claro que me gusto! ¡Tú, grandísimo idiota!

—Carol, yo...

—Yo nada —interrumpió— Se supone que esto sería sencillo, que todo se quedaría atrás y no tendríamos que seguir con esto. Que lo olvidaríamos y que no tendría que pasar por todo de nuevo. —vaciló— Ahora estoy aquí, llorando como una estúpida mientras que tú publicas un libro diciendo lo mucho que me amas y cuanto me extrañas.

—Pero es la verdad.

—¡No me gusta la verdad! —se quejó.

—Yo...

—Tenías que hacerlo ¿Verdad? ¿Tenías que hacer un buen libro y no dejarme superarlo?

—No ha sido fácil para mí tampoco, Carol.

—¿Algún día vamos a dejar esto atrás?

—No me gustaría hacerlo.

—Ni a mí.

Carol sabía que era inútil seguir hablando de lo mismo, si no quería revivir más el momento, no serviría de nada seguir alimentando las llamas del recuerdo. Los dos entendían eso a la perfección. Pero, estaban seguros de que no iba a ser nada fácil superar algo tan íntimo y real como lo que tenían.

—¿No te gustaría hablarlo mejor comiéndonos una cheesecake? Yo invito—Agregó Adam, sonriente, tratando de amainar la intensidad del momento y que su vibra positiva atravesara la línea hasta donde se encontraba ella.

Carol no tuvo de otra más que sonreír por lo ridículo que le pareció eso. Sería prácticamente imposible luchar contra ello, lo mejor sería, adaptarse y superarlo. Así que, con un gran suspiro revitalizador, se secó las lágrimas del rostro y sonrió de nuevo con más fuerza.

—Sí me gustaría.

Carol y Adam, no sentían aversión por el otro ni se guardaban rencor por lo sucedido.

Se levantó de la cama para comenzar a prepararse para la cita que había pautado con Adam, debía verla hermosa, que se notara que la separación le había sentado bien y, mientras lo hizo, reprodujo en si mente lo que ahora se había convertido en su máxima: «[...] Pero te digo adiós, para toda la vida, aunque toda la vida siga pensando en ti»

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo?—pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale—dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya

hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

Haz click aquí

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete
www.extasiseditorial.com/audiolibros
www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo – Laura Lago

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)